

Artemio de Valle-Arizpe

EL CANILLITAS



Lectulandia

Artemio de Valle-Arizpe presenta en *El Canillitas* una obra clásica de la picaresca mexicana. En esta novela el lector está leyendo los sucesos de su propia vida y la del vecino. Es un relato que viene del sueño a plasmarse en la realidad.

El Canillitas relata su vida denunciando las lacras y pecados de su sociedad. Y esta denuncia la realiza con el valor de un testimonio del cual es testigo paciente y actuante porque él también se acusa.

Es una novela cruda en donde no importa el obrar sino el padecer. Es el relato de la consunción de un héroe en las llamas de su propio fuego. La lucha diaria no es para conseguir la fama ni el amor: es la lucha por la vida.

Vitalidad es la sensación que se palpa en torno a *El Canillitas*, es esa vida multiforme y colorista en la que nacer, amar o morir se suceden con la sencillez de lo cotidiano. Esa vida que pasa y se pierde en cada momento sin que pueda ser aprehendida por la rapidez vertiginosa con que desaparece.

Es la vida que no triunfa ni derrota, sino que termina con un simple encogimiento de hombros.

Lectulandia

Artemio de Valle-Arizpe

El Canillitas

ePub r1.0

IbnKaldun 04.08.15

Título original: *El Canillitas*
Artemio de Valle-Arizpe, 1941

Editor digital: IbnKaldun
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Primera parte

Primer tranco

En el que se apunta la noble genealogía de Félix Vargas

Félix Vargas era un muchacho magro, nerviosillo y saltarín. A los ojos le salía alegre su viveza. Miraba siempre de frente y nunca al sesgo como miran los que no tienen limpio el corazón, que tampoco hablan claro, sino que sus frases son también laterales y de soslayo. Se movía Félix por dondequiera, con ágil destreza, y jamás sentíase sobrecogido por el espectáculo del mundo que a tantos cohíbe. Decían que se apellidaba Vargas, pero éste no era su apellido; el suyo propio nadie lo sabía; pudiera ser cualquiera. El Vargas le vino únicamente por aluvión, pues era éste el de un gandul ropirroto y temerón, cordelero a ratos perdidos, que andaba izado con la madre cuando esta pindonga lo soltó al mundo de retorno de una pillería por mesones y molinos.

Félix fue el único ser que expelió y ya no pudo lanzar otros productos que le habían inyectado porque se le secó el cuajo, aunque a éste, para elaborarlo, lo concibió a escote, a contribución que recogió entre muchos, pero su padre, según fieles cálculos de comadres sabidoras, fue un tal Serapio el Mochilón, ladrón corriente y moliente, y además albañil, claro está que más ladrón que albañil, hombre seco, luengo como un pilar. Parecía, de tan flaco que era, que solamente manteníase con aleluyas. Poseía nariz purpúrea, ojo llorón, manos jugosas y rostro atropellado por la viruela. Tuvo la coqueta pretensión de alisarse el cutis y con perseverancia ejemplar se lo embadurnaba a diario con leche de burra, a la que le había mezclado yeso y sesos de res, pero jamás se le emparejaron las cacarañas.

El Mochilón era un bergante poseedor de una larga cabellera montuosa, fenomenal pelambre siempre alborotada y rígida. Se creía que andaba perennemente asustado porque traía todos los pelos de punta. En esa cabeza greñuda con alto rendimiento de caspa y tierra, se le podía sembrar una planta y si era trepadora ésta crecería lozana, enredando sus guías en los retorcidos cuernos que con gran perseverancia le había puesto su mujer, quien en los días de fiesta y de procesión se los adornaba con cascabeles, flámulas, gallardetes, faroles y campanillas. Por esto decían que era un imponente señor de muchas campanillas.

Este sapiente maestro de la ancha facultad de la ladronesca, se vistió siempre, hasta el último instante de su ser, con unas camisas de carlangas, pantalones de mosaico, formados con toda clase de remiendos, y tapábase la cabeza con un sombrero con pringue fósil. Hablaba con acento soterrado y siempre tuvo la exquisita precaución para evitarse cualquier disgusto, de rebajar su ardiente sangre de azteca con alcohol fino, de ese que sólo con el olor se mueren las moscas. Bebíalo siempre con afán meticuloso y reconcentrado, por lo que a toda hora traía una enorme

borrachera, no cualquier cosa. Solía beber chinguere con «resorte», que también le llaman «piquete», que era no sé qué amargo o compuesto, bueno para las riñas, aunque también muy eficaz para el calambre de estómago; pero parece que bebía lumbre con pólvora, así lo enardecía. Para cualquier otro que no fuese él, ese vino era astronómico porque hacía ver estrellas.

Cuando se metía en el cuerpo aguardiente o guarapo con hojasén, alumbre y chile, áspero bebistrajo que él aderezaba, pues estaba iniciado en los misterios eleusianos de la fabricación de bebidas, entonces su embriaguez era una dulce, jovial e inofensiva ebriedad, aunque a veces se le destorlongaba el juicio, y entonces, traspasado de entusiasmo, veía con ojos dementes los volcanes en plena negrura de la noche, claros, y distintos, y aun por rumbo diferente de donde se encontraban.

Este Serapio el Mochilón que casi no tenía ya sino la armadura o esqueleto, vestíase con un casacón viejo muy lince o muy argos, quiero decir, lleno de ojos o agujeros, y poseía un solemne y metódico paso de procesión cívica; hablaba obscuro, como ya se ha dicho, entornando los ojos legañosos, engarzados en tracoma, en los que traía, para un caso ofrecido, el aderezo preciso de una ensalada, porque de uno de ellos le manaba aceite y del otro le escurría vinagre. Como a toda hora se estaba echando grandes latigazos de mezcal con los que agarraba borracheras escandalosamente llamativas, iba eliminando ese líquido feroz, de manera constante, por las manos, que eran una cosa fofa, aguanosa y fría. Manos acuáticas. Le sudaban tanto que decían sus cofrades en la bribia que le debería dar golpes a su padre o madre, ya que asegura la gente que cuando un hijo pega a los que lo engendraron se le seca la mano en el acto; con lo cual él y todos los que lo saludaban, quedarían muy a gusto, complacidísimos.

Falleció este infeliz Mochilón de una rápida afección de garganta, lo ahorcaron en la Plaza Mayor. Murió así, sólo por la simpleza de haber matado al Nalga de Palo, fino gayón, manidiestro que, como elemento principal en su negocio de aligerar bolsas, tenía una cara angustiadísima, como de cólico perenne, con ojos de eso y mucho más me merezco, y en ellos una imperturbable lágrima, esa lágrima indiscreta que se le queda a uno temblando cuando acaba de vomitar.

Estos dos vagabundos farfallones empezaron a cuestionar una cierta mañana. El Nalga de Palo dijo a Serapio el Mochilón que si quería prestarle veinte reales, a lo que éste le respondió tranquilo:

—No tengo inconveniente.

—Ya sabía que lo harías; eres generoso. Gracias mil, pero vengan ya.

—Poco a poco; he dicho que no tengo inconveniente, pero tampoco tengo los veinte reales.

Y, poniendo en la cara una austeridad jurídica, agregó que acababa de reflexionar que si los tuviera tampoco se los prestaría, porque era cosa bien averiguada que cuando se presta dinero a un amigo se pierde el dinero y la amistad.

—No, tú no perderás conmigo ninguna de esas dos nobles cosas; te advierto que

ambas las tienes bien aseguradas.

—Sí las perderé, estoy persuadido de ello. ¡Cómo no las he de perder! La regla es infalible, no falla jamás; pero ya que te empeñas, partiremos la diferencia, vamos perdiendo una sola, y que sea desde luego la amistad.

—¿Conque no quieres hacerme el favor que te ruego? Mira que es una bagatela lo que te pido.

—Pues mira tú también que es una bagatela lo que te niego.

Mascó su coraje el bellaco Nalga de Palo, se lo tragó, pero no lo digirió. Quedóse callado y de modo curioso y lánguido puso los ojos en un borriquillo de hojalata que a modo de imperdible le cerraba al Mochilón el deshebrado cuello de la camisa, y simulando infantil curiosidad le preguntó:

—¿Qué, esto es un retrato de familia?

—No, es un espejo.

Se tendió entre los dos jaques un silencio agresivo, y a poco el Nalga de Palo se puso a hacer un gran panegírico de sus ascendientes los indios mexicanos; dijo que tuvieron en su vida mucha ciencia y mucho arte, cosas esas que enseñaron a los bárbaros españoles, después de que se pusieron a descansar tras las violentas jornadas de la conquista.

Tanto y tanto estuvo dándole vueltas y medias vueltas a ese tema ingrato, y lo hacía con tamaños gritos, que el Mochilón, engestándose, le respondió muy sentencioso:

—¡Ay, qué sabroso eres, mi Nalga de Palo! Desde hace tiempo andas disparatando apasionadamente y me estás refregando mucho en los cochinos hocicos esas patrióticas estupideces. En cuanto a ciencia, los indios, tus encuerados ascendientes, tenían menos de la que tú posees, y tú ni siquiera estás graduado *in utroque*, ni cuando menos eres bedel, ni mozo baciniquero de la universidad, sino un pendejo cabal; en cuanto a pintura los indios se pintaban el cuerpo, y respecto a literatura se ponían plumas en la cabeza.

La rabia volvió a llenar el pecho del Nalga de Palo, pero se apaciguó por prudencia esa lumbre interior para sosegar alteraciones y dar asiento a la paz. Siguió la plática por caminos cordiales y a poco dijo el tunante, ya con el rostro abonanzado, que cuando veía a una persona, en el momento sabía lo que pensaba de él.

A lo que respondió el pícaro Serapio:

—Pues, hombre, qué malos ratos pasarás a diario.

Con esta respuesta inofensiva se sulfuró todo el Nalga de Palo. Empezó a arrojar azufre ignífero como un volcán, y sin decir ahí te va eso, aventó a la cara del Mochilón una maldición estruendosa que no sólo le fue a rellenar los profundos escarbaderos que le hizo la viruela, sino que aún sobró buena porción para picarle el coraje. Le dice eso mismo a la estatua ecuestre de Carlos IV y el caballo le tira dos coces en defensa de su amo, el complaciente cornudo. Al Mochilón le reventó la indignación en un chorro pestífero de cieno hecho dicciones. La controversia corrió

ardiente entre los dos cínicos rufianes. Diéronse razonable barajadura; se enmarañaron, se revolvieron en palabras gruesas y sucias, no sacadas, por cierto, del hampa, sino de devotos *Coloquios espirituales y sacramentales*, de venerable abolorio, del presbítero Fernán González de Eslava, que habían oído en las fiestas del pasado Corpus, que hasta llevan el eclesiástico *Nihil obstat* cuando los sacó de molde en su imprenta Diego López Dávalos, y que tuvieron son de plata en labios de los farsantes que los representaron en el atrio de la Catedral, ante embobado gentío.

El tal Nalga de Palo, que tenía lengua más larga que una bandera, hizo de la pindonga madre del Mochilón, ilustre abuela de Félix, un recuerdo afectuoso, muy delicado, diciéndole que fue más transitada que la calle de los Plateros, y que como no se aguantaba, andaba siempre como sopa de casa rica, es decir, muy caliente; cada día pernoctaba en perpetuas bodas, con un hombre distinto que le satisfacía el gusto a ciencia y paciencia del marido, el maestro Verdolaga, quien poseyó más cornamenta que un rengífero de las regiones hiperbóreas, la que le servía de mucho, porque los cuernos, como los dientes, duelen al salir, pero después como ellos, son útiles para comer; que a él mismo siendo niño, sin ninguna consideración a su edad, lo obligó más de una vez la pindonga tunanta a que le pusiera al Maestro Verdolaga algunas ramificaciones más a sus tupidos adornos frontales, pues el Verdolaga ese, padre del Mochilón, era de esos seres privilegiados que no es que uno los haga, sino que ya nacieron para serlo. El que nace para buey del cielo le caen los cuernos, dice un adagio mexicano. Siempre tuvo a su lado potentes cirineos que le ayudasen a llevar la cruz del matrimonio. Unos piensan el bayo y otros son los que lo ensillan, es la lección de otro refrán.

Pero no bien había rematado esta circunstanciada oración panegírica con el sabio y antiguo proloquio, cuando el Mochilón, que pasaba por hijo legítimo de ese igüedo sobresaliente y de esa daifa insaciable y superabundante en incentivos, levantó la mano y crispando sus dedos, fuertes y rugosos como patas de gallina, le dio una fiera gaznatada, y al ponerle fin a la sacudida, le largó a todo brazo un furibundo mojicón que le hundió entre los cuernos y fue a repercutir sonoro hasta Tlalnepantla y para que ese porrazo no se quedara sin compañía le aventó otro de mayor fuerza con el cual le desabrochó toda entera una quijada; estos golpes magníficos no se los plantó por ofensas inferidas a su progenitora, a la santa memoria de su ardiente progenitora, que a derechas, ni tampoco a izquierdas, sabía quién fue la pelandusca que lo expelió.

Aún no había lanzado el lengüisuelto del Nalga de Palo el ¡ay! de rigor, correspondiente a la exquisita bofetada que le asestaron en el maxilar y que con sólo otras dos de esa misma marca y jaez lo hubieran tenido que recoger por inventario, cuando quién sabe por qué recónditos impulsos del honor ofendido, sacó su cuchara de albañil el Mochilón y aunque sus intenciones eran dar con ella a su lenguaraz contrincante solamente un golpe de plano y para esa amable operación la llevaba bien dirigida, pero por hacer un elegante arabesco antes de descargar el porrazo, no lo volvió a tiempo oportunamente, y así fue como le rebanó con toda perfección el

cráneo hasta la mera boca, y al sacársela de la hendidura extrajo también una buena ración de sesos, pues la cuchara quiso cumplir su oficio; con lo cual el Nalga de Palo consideró pertinente que para él no tenía ya ningún objeto la existencia, y la dejó al instante entre decorativos chorros de sangre. Se precipitó el buen Nalga, qué duda cabe, al tomar tan violenta determinación, pues muchos andan con vida en este mundo sin tener nada de sesos.

Se llevaron al Mochilón preso a la cadena. Pasó una temporada de descanso en la Cárcel de Corte, con más roña que la de costumbre y muy saboreado de chinches y piojos que gustan de ella golosamente, y luego, un buen día, o más bien un mal día, entre honroso acompañamiento, compuesto de lo más lucido, eclesiástico y seglar de la corte, se le condujo a la Plaza Mayor en donde, a pesar de no ser día de su santo, lo colgaron. Le pusieron ceñida corbata de ixtle, y bendijo así muchísimas veces con los talones a la multitud mitotera que fue a ver cómo lo exterminaban y a mirarlo hacer aquellos contoneos y retorcimientos que ejecutó, por cierto, con gracia muy infeliz, al estar suspendido de la horca, la «ene de palo», en la jerga jacarandina de los de su calaña.

La madre de Félix, la pecadriz de que se dio antes noticia, fue una mujerona llamada María la Brincos, hembra de líos, rijosa, emberrenchinada como una fiera y muy dada al revuelco. En su vida no hizo sino robos y voluptuosidades la pobrecita, porque tenía demasiado temperamento, siempre con un vigor nuevo, por eso nadie la aguantaba; sus coimes desfallecían en el empeño, y al poco tiempo de usarlos, de amarse con ellos, los tiraba ya inservibles por la ventana como viejos trapos de fregar, inútiles del todo para el servicio que requería tan exigente y distinguida dama. Era la Brincos peor que las tres de la tarde en Acapulco, que es la hora más caliente en esa ciudad costera.

No fue de malos bigotes María la Brincos; bonita no, pero era de esas mujeres gustonas, que se dice. Tenía un cierto aquél que atraía a todos los de la gallofa, no sólo por el continuo movimiento de popa, ancha y magnífica como la de un galeón de alto porte, que al andar iba subiendo y bajando con un contoneo lindo, ni porque era muy adelantada de busto, muy pechiexaltada, por lo que en tiempos de su excitada juventud la llamaban Los Pechos Privilegiados.

Ese abultado promontorio pectoral entusiasmaba, no parecía sino que traía escondidas debajo de la camisa dos de las cúpulas del Carmen de San Ángel, asustadas siempre, a juzgar por lo que temblaban, por miedo a un rayo que les iba a caer encima. En ese movable arrecife siempre se detenía la vista. Era inevitable que allí se quedara. Además de estas apetecibles excelencias, de estos grandes desniveles corpóreos, mayores que los de un colchón de segunda mano, poseía la bacante un cierto olorcillo axilar que se mezclaba primorosamente con el de otras partes recónditas, fácilmente adivinables, que encalabrínaba a los rufianes, ciertos estadistas y pagotes que se le acercaban, haciéndoles aullar como comanches en pleno delirio de alegría, apenas se le entraba por las narices esa combinación para ellos delicada, y,

si además, con sus negros ojos gachones les echaba de soslayo una mirada promisoría, de esas que dicen, «vengan y verán», en el acto los ponía en el paroxismo de la locura, y con cada suspiro de los que lanzaban podrían abrir una puerta de par en par.

Tenía poco de nariz María la Brincos, pero todo lo que hacía falta oler lo olía con esa chata insignificancia, y en cambio de la porción que le faltó compensóla el Supremo Hacedor con un lunar estratégico que junto a una oreja se miraba y admiraba. Poseía una hermana, la famosa Gugupa, llamada también el Terror; pero al designarla así no era que le cambiaran el género masculino por el femenino que le tocaba, sino que el alias completo de esa perendeca era el Terror de los Pericos, por las narices más que borbónicas que portaba, como de plátano guineo, largas y penetrantes cual un berbiquí, pues perforaba todo lo que olía, y sólo por cómoda brevedad se le suprimía el nombre del antipático pájaro verde. También a estas dos daifas hermanas, las llamaban el Fiel Contraste, porque lo que le faltaba a una de nariz, se compensaba bien con lo que le sobraba a la otra.

Una noche después de uno de esos bailes que llaman de teta y nalga, dormía María la Brincos con su cuyo, que era un jayán que dizque era afamado músico de voz y guitarra; pero, claro está que no andaba con él por sus distinguidas dotes filarmónicas, sino que lo tenía en turno por otras escondidas excelencias. Dormían los dos en el oscuro portal de Tejada, en el que establecieron transitorio berreadero, como llaman los germanes a la mancebía. Cama de novios, blanda y sin hoyos, aunque fuese como aquí el suelo vil.

Fue allí hecha una verdadera euménide, a disputarle esos amores una tal Ninón Lavativa, hembra frescachona, amiga de valentía y zumbido, también poseedora de curvaturas estimulantes, en la boca ávida un bozo de mozalbete precoz, miraduras que engatuzaban las almas y paso airoso de garza.

Siempre estaba esta maleta en una fogosidad imposible. Ese su estado ansioso se simbolizaba bien en el vestido rabiosamente colorado que usaba y tan altas traía del suelo las enaguas, que se hubiera matado si se cayera de ellas, por la altura a que le quedaban. No era suficiente a calmarle su estado ansioso el ser muy solicitada señora de casa llana o venta común, como se les nombra a esos útiles lugares a donde no se va a rezar el rosario ni tampoco a leer el *Flos Sanctorum*, en la comedia de *Calixto y Melibea* que, según reza su título, fue compuesta *en reprensión de locos enamorados, que vencidos de su desordenado apetito, a sus amigas llaman y dicen ser su Dios*.

La acalenturada Ninón Lavativa creía tener esos amores que reclamaba por derecho propio y legítimo, como el rey que es dueño dé sus alcabalas, con el buscavidas, abigotado, chusco y diestro que dormía con la María la Brincos. Este tipo se llamaba don Geripundio de Marras, y no se sabía a punto fijo si esos nombres eran el suyo de pila y su apellido, o bien un apodo sonoro y significativo que le caía muy bien. Este don Geripundio de Marras era obtuso y zonzorrión, que es el zongo en grado superlativo; amigo de la vida birlonga en todos sus aspectos y manifestaciones,

se mantenía con las sobras de las tabernas, y vivía de la liberalidad de los bodegones. Era hombre pulquísimo, de pulque, no de pulcritud, pues a toda hora estaba atolondrado con esa bebida blanca, hedionda y babosa, tan alabada por Hernán Cortés. Era don Geripundio bárbaro y tenebroso como el África. Parecía olla usada, por lo prieto, chaparro, mantecoso, gordo y hocicón. No tenía pelo de barba ni de bigote por su limpia ascendencia indígena, indios sus padres e indios sus abuelos. A cambio de adornos capilares, poseía el regalo de un fruncido costurón que le iba zigzagueando de la barba a la oreja, rúbrica de un solo rasgo, que era tierno recuerdo de una cuchillada muy bien puesta, de muchos puntos cirujanos.

De ese guitón contábase que no tenía dientes, que lo que le blanqueaba en la boca no eran tales, sino un hueso todo él de una sola pieza que se le bajó, con rayitas de trecho en trecho, con las cuales se simulaba bien la dentadura. Tenía un ojo turbio, con una media nube que no dejaba de llover lágrimas en las mejillas, en las que había tantas arrugas como en una nuez de Castilla, y el otro le faltaba junto con el párpado entero, y en el redondo y colorado hueco que le quedó vacante, se le metía el aire y zumbaba, buhú, buhú, tal y como cuando se sopla en la boca de un botellón vacío. Se empeñaba este hombre, porque era tuerto, en pagar solamente media entrada en el Coliseo, en las peleas de gallos y en la plaza de toros.

Este holgazán beberrón rotundamente feo, era el que molía en el molino de la Brincos y con el que, aquella noche, estaba ya de dos dormidas como los gusanos de seda, después del excitante bailoteo en el que habían practicado con entusiasmo la internacional costumbre de beber y se contaron sus mutuas desventuras y tristezas con verdadera retreta de ósculos, hasta que llegaron a las naturales consecuencias de amarse. Besos y abrazos no hacen muchachos; pero son barbecho para el año que viene. Después la fatiga los llevó al sueño, les cerró los ojos y les abrió la boca con la trepidación imponente de los ronquidos.

Pero antes de estar muy cargados de cholla y en oficio de los siete durmientes, se cambiaron una pregunta y una respuesta.

A María la Brincos le dijo el hocicón de don Geripundio con voz entrapajada por gracia de la papalina o bicoquete que le pusieron los variados bebestibles que tragó y que tenía en alborotada efervescencia en el estómago:

—Si te sucede algo dentro de nueve meses, pónle Venancio.

—Si a ti te sucede algo dentro de dos días ponte pomada mercurial —le respondió la traficada Brincos con palabra despaciosa por la beodez.

Don Geripundio de Marras era compadre de Ninón Lavativa, porque le había llevado a bendecir a la Concepción Tequipeuca, con un renegrido cura autóctono, cuyos antepasados reverenciaron al Huichilobos, la chafarrionada estampa de una cierta virgen de bárbara advocación india, que poseía dizque la particularidad no sólo de encender urgentes deseos en los mozalbetes, sino llevárselos a la mujer que tenía su imagen para que les desbravara esos ímpetus, y también conducía a la casa de su poseedora a una excelente parroquia de frailes y clérigos simoniacos, sortílegos y

concubinarios, para que les apagase los fuegos, los cuales empezaban a insinuar en el confesionario, *solicitatio ad turpia* que decían los teólogos y castigaba con rigor la Santa Inquisición, y así con esa imagen, no faltaba nunca buena clientela adinerada; pero la salaz Ninón Lavativa hizo con don Geripundio de Marras la conversión del compadrazgo en casamiento provisional, por eso se lo fue a reclamar a la birrionda María la Brincos, cuyas habilidades andaba usufructuando en plena y máxima dicha.

—Eres una adúltera.

—Mientes, lebrona, yo no lo soy, eso sólo se dice de la leche que tiene agua.

Se armó una bronca imponente. Se llenaron las dos bagasas de improperios, de denuestos enormes, con un griterío ensordecedor, que, de fijo, se oiría hasta la estrella Sirio. Esta trinca de léperas se trabó en riña, muy bien agarrada, en la que continuaban vociferándose con empeño toda su historia privada, en exquisito dialecto de presidio, con citas, notas y apostillas, y después de haber increpado de esa manera amena y encantadora ambas beligerantes, llegó la hora quirúrgica de la defensa del honor agraviado y sonaron estruendosas bofetadas y palos muy cumplidos que hasta levantaban ecos. Aquello era el cordonazo de san Francisco. Fue tal el jollín que armaron que al lado de él no sería nada lo que hicieran los cuatro jinetes del Apocalipsis.

A la dulce mundana doña Ninón Lavativa, aparte de los ternos y epítetos adecuados, de diversos calibres, con que la obsequió cumplidamente su contraria, le dio una mordida en una ingle y bastantes porrazos de muy variada intensidad, para que no se le cayeran por mucho tiempo de la memoria, ni se le borrasen del cuerpo. Iba a tener en él durante largos meses un cónclave de cardenales.

A pesar de esto la que sacó la peor parte en la reyerta fue María la Brincos, pues como en lo obscuro de la noche y en aquel tupido rifirrafe, nadie sabía a ciencia cierta quién le daba a quién, don Geripundio con la muy plausible intención de sosegar a las enardecidas contendientes se puso a repartirles conmovedoras bofetadas, sin que se pudiese asegurar que establecía preferencias en su distribución, y como no logró sus buenas intenciones, quiso eliminar a la belicosa Ninón, y con este sano propósito le plantó con una piedra un golpe en el espinazo, que resonó profundo como dado sobre bóveda, y que primero levantó a la interfecta como un vago rumor de jaqueca; pero como observase el coime que sosegara las manos la ninfa, le asegundó, con desmedido ahínco para mostrar el tesón de su ira, otro eminente pedrazo que dio más excelentes resultados que el primero, pues fue en la cabeza, porque lo que él quería era finiquitar cuanto antes aquel alborotado negocio, para volver al quieto solaz de su sueño que le pedían los chingueres que traía en efervescencia en el estómago. Con este golpe ya no se le insinuó ninguna jaqueca; sólo vio formas inciertas que oscilaban lentamente; luego unas luces que iban y venían rápidas, y otras que juntaban sus llamas formando la gruesa de un hachón, pero al instante ésta se alargaba hasta no ser sino una delgada línea luminosa; después oscuridad, tiniebla profunda. Entre los dientes se le quedó un ajo muy redondo entre dos encendidos

carbones.

Por el grito que lanzó la malmaridada, fluctuando entre la vida y la muerte, y, más que todo, porque percibió don Geripundio de Marras, claras y distintas, las inconfundibles y estimulantes exhalaciones de su fuerte hedentina sobaquil, que con lo agitado de la trifulca le brotó con más vigor que de costumbre, hasta entonces, y ya de modo extemporáneo, identificó a su esposa ocasional, comprendiendo —era de gran intuición el bruto—, que le había chafado el cráneo. Ni un toro con banderillas de fuego, suelto a través de una cristalería, hubiese hecho tanto estropicio como el que causó en aquella contienda don Geripundio de Marras con los fenomenales golpes de piedra en el cuerpo de María la Brincos y como esta mujer no era de risco, quedó muerta, para luego, ya bajo de tierra, aumentar más su peste con la que ya no enardecería a ningún galán.

Ésta es la biografía sintética de los esclarecidos progenitores de Félix Vargas, gente entremetida y entresacada, de poco más o menos o de menos en todo, arriscante, ducha en malas artes, y que, en herencia le legaron, entre otras perfecciones, el excesivo afán de honrar a Baco, pues ellos, en vida siempre trajeron grandes trompetas, mayores, mucho más, que las de Jericó.

Segundo tranco

En donde se cuentan los primeros pasos y aun las carreras que en la vida dio Felisillos

Entre pestilentes inmundicias y constantes bofetones y punteras pasó Félix sus primeros años, su puericia. Andaba siempre por los rincones de su casa-pocilga como un animalillo temeroso, echando la vista con ojos inquietos hacia todos lados, pues, por quítame allá estas pajas, le arrimaban al cuerpo golpizas como para mula taimada, después de una serie caudalosa y progresiva de coscorriones preliminares que, aparte de dejarlo aturdido, teníanle abolladísimo el cráneo como perol de gitanos; lo llevaban y lo traían del pelo sin ninguna compasión, como si el desgraciado muchacho no tuviera brazos y aun orejas para jalarlo de aquí para allá, y fue verdadera maravilla que no se lo extirparan con aquel ininterrumpido tironeo, que continuamente lo traía despeluzado y con el cual, desde sus tiernos años, demostró que siempre lo tuvo muy resistente y bien enraizado. Después de estas aporreadas, sacando de la boca palabras llorosas, se iba a tender en la saca vieja que utilizaba como lecho y en donde seguía gimoteando largo rato con el alma angustiada.

Si le maltrataban el cráneo con los coscorriones, en cambio —no hay mal que por bien no venga— con ellos le hacían el inestimable servicio de no dejarle piojos, ya que todos se los mataban, o, al menos se los lisiaban con los golpes que sin cesar descargábanle con los temibles nudillos, y al dárselos se oía el potente porrazo aumentado con el estallido que producía el bicho reventado. Ni una mala liendre podía vivir tranquila en aquella cabeza greñosa, menos un piojo porque sabía que constantemente peligraba su existencia, y temiendo una muerte airada y repentina, emigraba hacia otras testas en donde satisfacía pacíficamente sus exigentes necesidades gastronómicas.

De la manera triste que se ha dicho, murió la madre, la perínclita barragana doña María la Brincos, tan amorosa y retozona que fue, y entonces Felisillo pasó a conocer nuevos golpes en una mancebía muy frecuentada de la típica calle de las Gayas, que así se le decía a esa rúa estrecha por las mujeres locas de su cuerpo a quienes se les daba ese nombre significativo, la cual, toda entera, la ocupaban con sus oficinas, en las que, por dinero, hacían maldad de su persona, y que se toleraba en la Nueva España «para evitar mayores males», según se expresaba en las reales pragmáticas de Su Majestad.

Recogió a Felisillos, por pura lástima, una prostibularia de ésas, no exenta de caridad, que entendía por la Grititos, porque los daba muy melindrosos y finos entremezclados con ardientes suspiros y lamentos cuando ejercía su noble oficio, y

éstos eran tales que si le hubieran llegado a poner un huevo enfrente de la boca, lo habría cocido en el acto, como si hubiese estado tres horas sumergido en agua hirviendo.

Esta leperuza poseía gracia, garabato y donaire, y andaba siempre muy pulida y olorosa, en la gentil compañía de aquellas mujeres del partido, con su buena saya de raja con franjones de oro, o de felpa corta, o de rasoliso, o de sirgo leonado, o de brocados de grana de polvo con trencilla de plata, porque tenía el gustillo de la vanidad presuntuosa. Se ataviaba solamente con telas finas que ponían envidias en las otras baldonadas. En la gentil compañía de aquellas mujeres del partido, arremangadas y vociferadoras, que tenían a diario grandes y ruidosos jaleos, aprendió el muchacho lindas, excelentes cosas que le sirvieron en su bachillerato de pícaro y luego en su doctorado. Lo industriaron desde niño en virtudes de grande. Conoció a distinguidas y hábiles celestinas, corredoras de oreja, o a lenones o alcahuetes eméritos, que son tan útiles para el servicio de cualquier república bien organizada, y, no obstante esto, no comprendiendo los señores del Santo Oficio de la Inquisición su indiscutible valía, muchos de esos serviciales varones, a pesar de sus canas y a pesar de su exquisita ciencia fueron llevados con su misma mesmedad en muy gentil cadena o bien en la fatídica «calesita verde» a las cárceles secretas del temible Tribunal, la Casa de la Esquina Chata, como se la llamaba siempre con terror.

Salía el chamagoso Felisillo de la manflota y se iba por esas calles de Dios y tenía magnífico arte para buscarle contribuyentes a la Grititos que le daba el pan entremezclándolo con mojicones y, para digerir esa dureza, se bebía sus lágrimas que le resbalaban de los ojillos pitañosos, arrastrando hacia la boca parte del cochambre que tomaban al correr por su cara, llena perpetuamente de pringue.

No había trainel con más avispada diligencia que el despelotado Felisillo en aquella ilustre calle de las Gayas, que apregonara mejor a su señora ama. Hacía la salva a su grandeza, ponderando sus excelencias y habilidades con tales palabras, con acompañamiento de tales gestos, ademanes y zarandeos, que no había quien le resistiera. Ocho y diez veces diarias la vendía, porque todos anhelaban conocer aquel raro primor de carcavera. Hasta las gentes más graves, más austeras, fueron al berreadero a cerciorarse de si era verdad aquello que se les ponderaba tanto, y así, gracias a las buenas artimañas de Félix, la graciosa y competente Grititos daba a diario muchos esquilmos de su fertilidad.

Era una águila para despabilar velas, llevar y traer orinales, y, sobre todo, agua y lenzuelos limpios a la hora oportuna. Para barrer no tenía competidor Felisillo. Con un escuálido plumero no sacudía, sino que cambiaba en un dos por tres el polvo de un lugar a otro, y ni un solo día olvidaba encender dos lamparillas de aceite, una de ellas ante la pitorreada estampa de San Blas, que puso la Grititos bajo su cuidado inmediato, con el noble fin de que con aquella ofrenda de luz no le escatimara nunca parroquianos de buena paga, y la otra lamparilla la prendía ante un tosco San Roque de bulto, puesto en una repisa muy dada de almagre y bajo cortinillas de papel

picado. Se aseguraba que este glorioso santo era buen abogado de la peste, y la tusona para que le librase de corrupción los lugares de su trabajo, lo agasajaba con flores y aceite.

En pecado no caían los que estaban al servicio de mujeres de esta laya, lo ha escrito bien claro en su *Suma de cosas de conciencia* Rodríguez Lusitano, quien afirma que «pueden las mozas y mozos servir a las mujeres cantoneras y malas, abriendo la puerta a sus galanes cuando ellos vienen a pecar con ellas; y cuando ellas van a casa de ellos a pecar, bien las pueden acompañar. También les pueden hacer la cama en donde saben que han de pecar; y llevar cartas a los galanes, en las cuales saben que les ruegan que vengan a verlas, sabiendo que viniendo han de pecar con ellas y puédenlas también llevar recados diciéndoles: *Mi señora os espera para que cenéis esta noche con ella*; sabiendo que acabando de cenar barón lo que suelen».

Conocía bien el muchachillo las diversas maneras de llamar a las mancebías, a las que se les decía cambio, montaña, dehesa, lenocinio, cerco, manfla, vulgo, pifia, guanta o gualta, burdel, aduana, congal, lo guisado, monte, berreadero, cortijo, mesón de las ofensas, manflota, lupanar, campo de pinos, prostíbulo, y otros nombres más en pintoresca germanía.

También sabíase al dedillo todas las que tenían esas pobres mujeres que hacían finca de su cuerpo, desde el clásico de cuatro letras que principia con la p y acaba con la a —¿adivinen qué será?—, hasta los de ramera, coima, gaya, pelota, pacatriz y también pecadriz, mujerzuela, perendeca, grofa, zurrona, maraña, tributo, mesalina, buscona, zorra, cantonera, pelleta, prostibularia, germana, coja, daifa, perdida, gordeña, piruja, quillotra, malmaridada, barragana, marca, proxeneta, carcavera, baldonada, tronca, pencuria, cusca, coscolina o cuscolina, soleta, prójima, rabiza, maturranga, entretenida, ganforra, leperuza, marquida y marquesa, cojinillo o cojinete, cariñosa, enroscada, mundana o mondaria, cotarrera, galocha, piculina, cellenca, meretriz, pendanga, gorrón, maleta, pellejo, churriana, lea, pupila, moscona, manfla, pelandusca, hurgamandera, concejil, pecadora, mujercilla, callonca, pela, tusona, iza, changa, moleta, gamberra, prostituta; mozcorra, bagasa, malcasada, piscapocha o piscamocha, horizontal, espumosa, huila, pípila, chintlatlahua, cócona, pispolota, birlocha, piusa, pelleja, circaténfora, mueblito, pirul o pirú, de donde, acaso, viene la palabra piruja, mujer del partido, mujer de la vida, o de la vida airada, o de la vida penosa, mujer de punto, mujer de mal vivir, mujer de arte, mujer de seguida, mujer de la calle, paloma duende, la del honor perdido, dama de achaque, dama del toldillo, dama servida, doncella de alta guisa, y otras designaciones jergales que harían larguísima ringlera de nombres y frases que el hablista, legisperito y filántropo don Alejandro Quijano sólo alcanzó a conocer y a coleccionar después de cincuenta y pico de años de inauditos estudios y de incansables desvelos sobre libros manuscritos y de estampa.

Cierto día vio, horrorizado, a una celestina, vieja chanflona, zalamera y engatusadora con mil artes sutiles, llamada Alifonsa Garduña, con el apodo de la

Chinguiñosa, porque no se le distinguían jamás las legañas de sus ojuelos grises, orlados de rojo perenne. La vio preparar a punta de aguja y de hilo colorado, a una veterana bien baqueteada en el oficio, dicha la Fraila, para ponerle la honra en el estado en que la tuvo al comienzo de su vida, con el fin de que pasara así, muy doncella, a manos de un urgido caballero fuereño con quien la había negociado como pucela.

Atraído Felisillos por los grandes alaridos de dolor que daba aquella desventurada mujer por la pulida costura que le echaba la insigne Chinguiñosa en parte tan delicada, húmeda y noble, contempló toda aquella maniobra que le asombró mucho, pues él sabía que otras viejas del barrio hacían ese mismo trabajo a cuantas vírgenes abrían tienda a vender y dejábanlas luego que nadie tal dijese, otra vez recompuestas en su corporal castidad, pero empleaban cebolla albarrama, sumaque, alcaparrosa, papo de palomino, agua de romero y vidrio molido, que era el que daba el mero punto o séase la sangre que engañaba a las mil maravillas hasta a los de mayor pericia. Pero todas esas cosas, oyó afirmar a la sabia Alifonso, laureada embaucadora *in utroque*, que eran aire y andar por las ramas, que la medicina más eficaz para la cerradura del postigo era el sirgo y la aguja.

La coima respunteada se ponía lívida, de un subido amoratado, luego palidecía y quedábase blanca como un papel, pidiendo, como que no era de bronce, misericordia con grandes y lastimeros quejidos que partían el alma, aun a aquel que la tuviese más dura, y rogaba que le echaran mejor cualquiera de los menjurjes que su componedora calificaba de impertinentes y que si era verdad que le produciría gran dolor era mayor aún el de esa remilgada costura y, todavía más grande iba a ser el de la reventazón de los hilos a la hora de la hora, la del pecado, como la llama el ya citado Rodríguez Lusitano. La vieja explicaba muy solícita a Felisillos para que no se escandalizara y abriera los ojos con prematuras iniciaciones, que aquello que se le deshizo a la Fraila no fue sino del modo natural y no por embestida de hombre, pues que la virginidad suele reventarse sola como las castañas con el calor.

Felisillo, para librar a la pobrecita pendanga, ¡qué gran corazón el de Felisillo!, de este cruento martirio que ella lamentaba y presentía justamente que iba a ser muy mayor por la rijosa impetuosidad que demostraba tener el de tierra afuera que la contrató, fue a decir a éste, dejándose llevar sólo por su buena entraña, que lo del pucelaje era mentira en aquella moza que había tratado, pues era nada menos que la muy mentada Fraila, bataneada de años atrás en el oficio, y que había pasado por las diestras manos de Alifonsa, hacedora de doncellas, quien ya le había vendido por tres veces seguidas la virginidad y se disponía a continuar vendiéndole el jardín por entero.

Como con este oportuno aviso se le fueron buenos dineros de las manos a la maldita bruja, amenazó a Felisín con que lo iba a transformar en gallo, en lechuza o en negra urraca chilladora, valiéndose de las artes mágicas que sabía, después de haber descargado, como era natural, lo furibundo de su ira con una azotaina en parte

noble, blanda y desnuda, en la que, por algunas semanas le quedó al muchacho bien señalado no dejándolo sentarse con comodidad. De haber tenido allí la residencia del alma, se la hubiese hecho trizas, sin poder juntar jamás los pedazos. La tunda fue de las que se dicen de padre y muy señor mío, y debió haberse oído hasta Mozambique.

Como el mancebo no tenía trabas de guadañones o corma, que era un pedazo de madera que antiguamente echaban al pie del esclavo fugitivo y después la pusieron a algunos muchachos para que no se desgarraran de sus padres o se huyesen de sus amos, y como él no tenía ese estorboso artefacto, se apartó de la Grititos, quien le regalaba con el amplio desprendimiento de una mano liberal, bofetadas y cachetizas suculentas, inolvidables, sin tener ya dónde hacerle chichón, porque no le llevaba para su insaciable afán, suficientes merchantes, buenos mozos, o no, que la disposición del rostro no importaba ni mucho ni poco a la daifa, sino sólo el dinero que traían, para sacárselos con sus airosos movimientos.

Con esa inoportuna aporreada le desviaron su vocación, lo que fue una lástima, pues Felisillo, con las excelentes aptitudes que demostraba, habiese sido un cohén muy licurgo, el más hábil y agraciado de México, un rufián de muchos hígados en esa honrosa facultad de la alcahuetería, en la que se zurcen voluntades, la cual tanto elogió el insigne Miguel de Cervantes Saavedra. Se perdió para siempre, ¡qué iniquidad!, para ese nobilísimo y generoso oficio, un elemento principal que hubiera prestigiado a la clase. Las mejores destrezas son las menos aprovechadas. Félix hubiera llegado, qué duda cabe, a ser el hombre más experto y curtido en las ruines artes proxenéticas, pero sus magníficas habilidades de tercero fueron hacia otra parte menos útil, cuando no había en los lupanares de la reputada calle de las Gayas entre los reclamos o mandilandines, otro como él tan sutil mediador, y, además, tan discreto como el que más lo fuera, ¡y vaya si sería discreto el muchacho!, pues basta decir en elogio suyo que la víspera de su nacimiento aún su madre no sabía que estuviera encinta.

Era Felisillos la pura filigrana del oro para engrandecer por sus perfecciones a la tusona a quien servía con fidelidad; hablaba altamente de sus grandezas y cantábale himnos y alabanzas, con lo que empujaba hacia ella hasta a los de sangre más fría, por lo que se disputaban sus servicios todas esas mujerzuelas de la vida penosa. Cuando salió de la mancebía ya podía ser doctor *honoris causa* de la Sorbona de la picaresca, pues tenía bien completa su cultura académica.

Tercer tranco

En el que se abre un dulce paréntesis de paz en la vida aporreada de Felisillos

Bien cansado llegó el mozalbillo a la iglesia de San Sebastián después de andar varios días huido por otros barrios de la ciudad. Tenía cara de angustia, de tristeza y de hambre. Tal era ésta que echaba de menos el bodrio trasnochado y el cantero de pan paleolítico que le daba de comer la Grititos, para aplacarle un tanto cuanto la prisa del estómago, pues siempre tuvo hambre canina y eterna. Andaba el infeliz que mordía las piedras de la calle, y en ese estado lamentable se metió en el atrio de San Sebastián, amplio y terroso, a disputarle a un perro lleno de cazcarrias una taba seca y sin tuétano que con los picos que tenía le sacó sangre de las encías y del paladar, pero que sorbía el can con goloso placer, creyendo que se la extraía al hueso que continuaba royendo con obstinado empeño.

Como el cura viese a Félix trabado en riña con el chucho cazcarriente se le ablandó en el acto el cogollo del corazón y con mucha suavidad lo llevó a su casa que tenía grato olor de limpieza, un ritmo acompasado de buen vivir, que medía el despacioso tic-tac de un gran reloj de pesas, encerrado en lustrosa caja de madera de nogal.

El cura, don Benito Arias, era un hombre lento y bondadoso; alto, la piel color apiñonada; pardos los ojos, anchos, luminosos, a los que salía a asomarse la ternura; grande la nariz y aguileña, y el hablar opaco. A sus pechos se crió la piedad. Hacía mochila de buenas obras este clérigo ingenuo y cordial; iba cumpliendo con fervor sus deberes; era mortificado, prudente en palabras, pacato en obras. En él estaban los siete dones del Espíritu Santo. Manaba toda excelencia. Su palabra era reposada y cuerdo su consejo, guía seguro y confortante para cualquier pecador. Su entrañable efusión le brotaba en la voz y en el ademán. Jamás el enojo enturbió sus días, siempre tuvo en ellos presente una serena alegría y el suave deleite de perdonar.

Este apacible varón no sólo dio a Felisillos comida y vestido, con lo que el muchacho quedó muy otro, hecho un brazo de mar, y cama blanda, con opulentos colchones y sábanas ligeras, que tenían un embozo blanco como una sonrisa, y cubrirla una sugestiva colcha rameada, sino que lo envolvió en cariño, lo que nunca había tenido en su vida desastrosa el pobre mozalbete, y del cual sentía mayor necesidad que de carne y pan tierno. Todos pusieron sus manos pesadas sobre sus quince años frágiles. Andaba siempre como pontífice en misa solemne, muy acompañado de cardenales, de tanto y tanto mojinete como le descargaban a toda hora. Sus carnes de un moreno indígena más subidas de color por el asoleo y que

tenía despedazadas con azotes, supieron entonces del halago y la frescura de la ropa limpia, del agua y del jabón espumoso, de fino olor, que da sensación deliciosa de salud y buena conciencia.

Don Benito le echó su calicato al muchachuelo y comprendió al punto que era listo y despejado, que él iba a sacar provecho útil y, tal vez hasta lograría que tuviese cuenta con la fama. Le dio esta opinión un domingo en que al sacristán le vino no sé qué dolencia que lo sujetó a la cama con una tenaz calentura, y no había quién recogiese la limosna en la misa mayor, a la cual asistían muchos buenos fieles y se juntaba entre ellos bastante dinero para el santo servicio del templo.

Con el propósito de que Félix anduviese activo, le propuso el padre Arias darle medio real por cada un peso de los que reuniera. Este interés lo movería más. Creyó el plébanos que a todo rigor le tocarían cuatro o siete reales, o un duro cuando más. El acólito aceptó gustosísimo, pues en un santiamén echó cálculos galanos que no le salieron fallidos. Andaba más vivo que el azogue entre el gentío, allegando buena limosna. Pero, al final, el cura se sorprendió enormemente, al ver tan sólo en el plato de cobre siete reales y medio, mientras miraba que el bolsillo de Félix hallábase henchido por todo lo mucho que le metió.

Quedóse sobresaltado y confuso don Benito. ¿Por qué tan poco dinero? La cosa fue bien clara cuando vino la explicación pedida. Apenas se reunió un peso, en el acto extrajo Félix el medio real prometido, con lo que quedaron siete y medio; se acabaló, poco después, un nuevo peso, es decir ocho reales, y volvió a extraer Felisillos su comisión y la siguió sacando apenas se llegaba a esa cantidad. De este modo nunca se pasaba en el plato petitorio de los siete reales y medio. Así repetidísimas ocasiones, hizo solamente la lícita substracción de lo ofrecido; por este honrado procedimiento reunió bastante para sí el avisado mozo y entregó tan poquísima cantidad para el santo servicio del templo.

Pero donde hay un listo, hay un presto y donde las dan las toman, o como dicen otros, donde lastiman las toman. El padre Arias recurrió a una treta bien ingeniosa para saber si el pilluelo hacía extracciones rateriles en las limosnas que daba la devota feligresía impulsada por su buen corazón. En una mano le puso al muchacho el plato petitorio y en la otra una mosca, e hizo que la cerrara para dejársela prisionera entre el puño. Con este sencillo procedimiento sabría don Benito si hubo hurto u honradez. Si el granuja abrió la mano para sacar fraudulentamente algunas monedillas, el animalito prisionero era indudable que emprendería el vuelo; pero si al contrario, estaba en su lugar, era señal inequívoca de que no hubo saqueo fraudulento por parte del pillete porque no desdobló los dedos.

Terminada la colecta le decía el padre Arias:

—Anda, suelta la mosca.

Y si veía que el volátil no se escapó de su estrecho encierro, se comprobaba de manera clara su abstinencia en el robo; pero si realizó la fuga, entonces el pecado estaba manifiesto, pues no era de creerse que tuviera el insecto la insensata

intransigencia de quedarse en espera paciente de que otra vez se cerrara la mano para volver motu proprio a la cárcel, porque hasta hoy no hay noticia de que ninguno de su clase se haya especializado en tanta resignación. No son las moscas tan apocadas, ni se les conoce tanto heroísmo para estarse en voluntaria inmovilidad, o frotándose las patas y alisándose las alas, en espera de que las atrapen para ponerlas en prisión o las lleven a la muerte. Si hicieran esto saldrían de sus inveteradas normas.

Don Benito tomó a Félix bajo su protección y amparo; lo asistía con paternal cariño y providencia, a pesar de las reiteradas protestas y enojos de la ama de llaves, la señora Gerónima, mujer muy remilgada y redicha, llena de repulgos, con una honesta pulcritud de monja, que deseaba echase al rapaz al arroyo, a la buena de Dios. Ella, por su gusto, le iría guiando a palos hasta la calle, pero don Benito oponíase constantemente, negaba su voluntad y le cubría con el manto de su compasión.

Para enterarse si sabía rezar o no sabía, le preguntó curioso:

—Dime, hijo, ¿sabes el padrenuestro?

—No señor, no lo sé muy cabal que digamos, pero le agrego un pedacito que me enseñaron del credo y otro de la salve y así me queda muy vistoso y retebién.

—Dime ahora, ¿cuántos dioses hay?

—¡Pues cuántos ha de haber, señor cura, sino siete!

—¿Siete? ¿Pero qué estás diciendo?

—Sí, señor cura, siete tengo contados hasta ahora. Mire si no, Dios Padre, uno; Dios Hijo, dos; Dios Espíritu Santo, tres; tres personas distintas, seis; y un solo Dios verdadero, siete. Los siete que yo decía, completitos. No falta ninguno.

Viendo esto le enseñó a rezar; ni a derechas sabía hacer el rapaz la santa señal de la cruz; lo enseñó a conocer y a formar los primeros elementos del abecé. Luego a leer en libros manuscritos y de estampa; lo puso en aprendizaje lírico de lo más urgente del Ripalda; en seguida lo hizo estudiar y aprender el Catecismo, de cuerito a cuerito; a mascullar los latines de la misa y aun a escribir, y todo esto con amor, con halagos, con gracias, pues es dulce y sabrosa maestría la que enseña con el donaire.

Forcejaba el muchachuelo con la pluma, poniendo en actividad los músculos de los ojos y de la boca, y le salían primero toscos y sinuosos palotes, después de embijarse tinta hasta el mismo cogote; en seguida, raspeando, escribió palabras más o menos torcidas, y al fin, trastornándose en las letras, y haciendo diversas marañas, aprendió a escribir bien, con claridad y hasta les ponía a vocales y a consonantes, en guisa de adornos, muy prolijos rasgueos, que no parecía sino que estaban echando guías como las yedras. Era un viento en el barrer y sacudir, y cuando andaba ocupado en estas faenas cantaba como para aligerárselas, o alegrárselas, y, ¡Virgen de los Remedios!, lo que canturreaba el niño. Eran canciones con letras punzantes que había aprendido en la mancebía, capaces de achicharrar los oídos en que entraban con su desaforada lujuria. Al cura y, sobre todo, a la señora Gerónima, la pudibunda y melindrosa ama de llaves, le caían como si le vertieran algo corrosivo o plomo

derretido, por lo que le ordenó esta señora con el entrecejo muy turbio y con voz muy afilada y pulida, que se hundiera para siempre en la memoria esas corruptas espantosidades. Ya sólo cantó Félix motetes y fervorines y a veces alguna antífona.

En la iglesia andaba siempre más atareado que una colmena. Con gran decoro y dignidad desempeñaba su oficio de acólito, en el que estaba muy aplomado. Era cuidadosísimo en examinar si estaban limpios los altares; sabía despavesar y encender con prontitud las velas; doblaba con escrupulosa unción las casullas y paños ornamentales para guardarlos en los fragantes cajones de las cómodas de la sacristía; sabía bien cuándo la vestidura iba a ser blanca, cuándo verde, cuándo morada o roja, la única vez que sería azul y en qué ocasiones usábase la negra; estaba atento a que las vinajeras estuviesen llenas y muy a punto; con arte sencillo e innato componía los ramilletes; brillantaba candeleros, salvillas, navetas y platos petitorios; a diario pulía la barandilla para que tuviera constantes reflejos de limpieza; con moscadores de plumas, quitaba, lleno de reverente respeto, el polvo a las imágenes; conocía bien, sin confundirlos, cuál era el breviario, cuál el ritual, el leccionario, el salterio, el misal, antifonario y directorio; demostraba su habilidad de perito en balancear el incensario, con parsimoniosa majestad, y sentía que aquella fragancia hacía mucho bien. Su ánimo de desheredado temblaba de inocente gozo entre aquellas barrocas humaredas que lo hacían ver leves cosas, llenas de pureza, que le salían de dentro de sí y que ni siquiera sospechaba que tuviese. Presentía, confusamente, mil cosas buenas para él desconocidas; por eso era un placer inefable mover el incensario y sentirse entre aquellas nubes leves, azules, olorosas, que lo llevaban a experimentar una deliciosa ternura.

Había en la casa cural una criada, Felipita, vejezuela guardosa, de manos parsimoniosas en consonancia con su palabra lenta; con ojos profundos y sosegados y sonrisa de niña; con el cuello lleno de olorosos collares de ámbar; con las haldas muy limpias, siempre sonantes de almidón. Era una paloma sin hiel esta buena mujer. En ella no pecó Adán. Su vida era como un río de aguas mansas de lenta quietud, que pasa recogiendo paisajes de serenidad.

¡Qué cosas sabía hacer Felipita, y qué cosas sabía decir! Viéndola y oyéndola estaba Félix sin moverse, como en un dulce arrobamiento, mirándola con mirada larga de niño fascinado, subido como en una nube de esas rosadas que solían envolver a los personajes buenos de sus cuentos, para librarlos de la persecución infame de un villano.

En los atardeceres, en la hora suave del crepúsculo, toda mansedumbre y quietud, en que un encanto desciende del cielo y otro muy inefable sube de la tierra, sentábase Felipita en una silleta de tule en el amplio corredor que, de puro limpio, parecía verter carmín de lo más fino, recubierto, casi todo él, con el verde paramento de una yedra. Felisillo, estaba a los pies de la vejezuela, con las manos en el pecho y los ojos puestos en los tiernos ojos de ella, que era de donde salía la expresión exacta de lo que iba narrando, pues ellos le daban el tono, el sentido, abriéndoles,

entrecerrándolos dulcemente, poniéndolos en la cima movediza del ciprés en la que estaba el sol como la aureola en la cabeza de un santo.

Y empezaba a contar Felipita sus cuentos, historias de ladrones, de duendes, de almas en pena y de princesas desdichadas. Cosas leves e ingenuas, embebidas de arcaica fragancia, que sahumaban el alma del niño. Cómo describía aquellos alcázares de puertas de diamantes y techos de oro, cuyos muros estaban tachonados de piedras preciosas y, por lo mismo, las estancias no necesitaban luz, que toda claridad salía de ellas. En esos palacios de quimera vivían infantas y reinas desgraciadas, y cómo sabía decir Felipita con palabras llenas de vivacidad y fascinación, de sus luengos trajes de tisú, de sus leves muselinas y randas, de sus ramilletes de plumas, de sus caballeros amadores, de las músicas templadas que oían y de los manjares que saboreaban, escuchando a los pajes vestidos de terciopelo azul o rosado, que tañían laúdes de plata.

¿De dónde sacaba Felipita aquellas palabras arcaicas, aquellos rendidos decires de enamorados, aquellos romances y endechas? Felisillos, en pleno ensueño, iba viendo la deslumbrante cohorte de seres irreales, con ropajes de sedas chapadas, siempre generosos y magnánimos. Sentía la voluptuosidad del miedo con los cuentos de brujas, de aparecidos y de tesoros ocultos. No quería oír esas historias temerosas que le encarcelaban el corazón de congoja, pero las escuchaba fascinado por el espanto mismo.

La fuente de azulejos, con su música de agua fresca y presurosa, glosaba las palabras magníficas de la hábil narradora, y los santos de los viejos cuadros religiosos colgados en el muro, entre sus marcos de oro caduco, veían con dulce agrado a aquel niño lleno de inocente arrobo bajo el verde ondeante de la enredadera, a los pies de la vejezuela, quien, con palabras cándidas y añejas, ponía un fulgor nuevo en aquella vida, volviéndola a los goces puros de la inocencia que nunca tuvo, y a la cual le faltó un amparo y una protección, un regazo de madre en que entibiar su corazón; criaturita huérfana en medio de los peligrosos caminos del mundo.

Y si estos cuentos y estas consejas perfumadas de candor, lo maravillaban, más le deslumbraba el espíritu ver aquellas manos pulcras ir y venir por la cocina, blanca y con azulejos brilladores, destapando frascos, botes y orcitas, tomando leves pulgaradas de pimienta, de sal, de canela o de azafrán; espolvoreando queso, picando lechuga, o rebanando frutas o pepinos, zanahorias y betabeles, o bien, meneando parsimoniosamente cazuelas de las que salían fragancias de Paraíso. Eran un placer grande para sus ojos esas manos laboriosas. Se quedaba dulcemente embobado ante ellas como si viese la custodia rutilar bajo el palio en las fiestas del Corpus Christi, en la mañana azul encendida de sol y llena de fragancias y de campanas. Deseos sentía de besar a todas horas esas manos buenas.

Felipita hacía unos dulces magnificentes, episcopales: ponía en ellos inspiraciones que no eran de este mundo. Era refinada maestra Felipita en el arte coquinario. Todos alababan la extremada pericia de sus manos que, ante el fogón,

hacían portentos. De esos dulces se iba derecho al cielo. Horacio les hubiera dedicado una oda. ¡Qué manos tan sabias, tan delicadas y sublimes, ¡caramba!, tenía Felipita! Eran unas preclaras manos de querubín. Hasta en las cosas más sencillas, las correosas y morenas pepitorias, los caramelos, las torrejas, los muéganos, los buñuelos, el manjar blanco, las retorcidas y cabezonas charamuscas, que al cogerlas se doblaban blandamente en la mano; hasta en estas cosas sencillas ponía Felipita una delicia inexplicable, una ciencia sutil, un encanto indefinible y maravilloso.

Ya no digamos de la conspicua perfección de aquella cocada, toda oro y gloria; ni de aquellos huevitos de faltriquera entre rizados papelillos de colores, en que cada uno de ellos no era sino un refinado poema; ni aquellos celestiales huevos mejidos; ni aquella conserva asada de coco; ni aquel fragante postre de membrillo y durazno; ni las ciruelas a medio azúcar; ni las almendras de soplo; ni la tirilla de membrillo; ni las incomparables panochitas de piñén que parece que hablaban y que tenían música; ni las jericallas prodigiosas; ni los chabacanos jaleados; ni el pitijur de almendra; ni las esplendorosas cajetas de leche, ya quemadas, ya envinadas, ya de hebra bárbara; ni aquella untuosa compota de mamey y coco; ni aquellos poemáticos e inenarrables jamoncillos a los que, al ser rebanados, les iban saliendo gajitos de naranja y de lima, diáfanos pedacillos de acitrón, de peras cristalizadas, de aguanosos chabacanos, de higos cubiertos; ni aquella mermelada que al pasar por los gatzates era como si le entrase a uno el Señor vestido de terciopelo.

Con todo esto sentía Felitos suavidad y gusto; saboreábalo haciéndosele mil aguas la boca por la gula atizada, porque eran cosas sublimes, casi fuera de los sentidos. Experimentaba mayor dolor con que se acabasen esos portentosos dulces, que con los azotes y guantadas que de todas dimensiones y duración habían caído sobre él, a lo largo de toda su vida. Creía, en su ingenuidad, que todos esos primores no eran sino los cuentos de Felipita que se habían corporeizado sublimemente por alguna ingeniosa invención suya.

Felipita era exquisita maestra en todas las refinadas artes de la gula. Hacía excelentes invenciones de aliños, condimentos, sainetes y gollerías, en las que, sin duda, ángeles y querubines pusieron el celeste milagro de sus manos. Las calabacitas en nogada; el estupendo almendrado de carnero, de un sabor profundo; el salmorejo de carne de puerco; también fragantes lonjas de cerdo en granadino; las tiernas lechillas de vaca en blancas cajitas de papel; los sublimes frijoles refritos de cuatro cazuelas; los suculentos pichones a la criolla, los pichones tapados, los de príncipe enyerbados, con toda una larga gama de sabores; las magritas encapotadas y los fondos de alcachofa al jerez. Todo esto era para morir delicadamente de dicha. ¿Y los pollos substanciales, las migas canas, el caldo de oro para enfermos, y el caldo de pobre con sopas flotantes? ¿Y qué decir de sus gloriosos potajes en que estaban vivos los siete dones del Espíritu Santo? ¿Y qué de sus insignes empanadillas de afiligranados y prolijos repulgos, rellenas ya de seso con tomate o de picadillos maravillosos? No tenía par su insuperable pipián de almendra, ni de su estofado, ni su

adobo magistral en salsa a la buena mujer, ni su carne de puerco en salsa de ángeles, ni su estupendo manchamanteles, ni su conspicuo empiñonado de gallina en el que, era indudable, intervenía directamente la Virgen María para darle el saboreo gustoso, el color, la fragancia y el sustantífico nutrimento.

Estos guisados, estos dulces sublimes, mantenían en perpetuo embeleso al cura don Benito. En la mesa estaba ante aquellas suculencias con emoción contenida. Nadie podía imponerle un ritmo a su dicha. La espetada ama de llaves ponderaba todo con justa parsimonia. Félix, cuando iba a comer, creía que se acercaba a la misma Gloria, y para volverlo a probar diera muy contento un dedo de la mano.

Por la noche caía rendido el mozalbete, sin bullirse, tal como piedra en pozo, después de andar todo el día atareado en la iglesia, en la cocina y en otras mil faenas y menesteres de la casa ayudando a Felipita, por lo que se le habían ido muchas gotas de sudor por el rostro, y de oírle la ingenua maravilla de sus historias y aplicarse a sus cuentas y lecturas de obligación. Mal se garabateaba en la cara y en el pecho la señal de la cruz, cuando quedábase dormido, gozando ya del descanso y sosiego. Felipita con los ojos húmedos de ternura, lo veía en la cama de torneadas columnas muy arropado y quieto, con la cabellera limpia tendida por la almohada con encajes, y sentía hacia él cariño semejante al que inspira un niño enfermo, efusión de lástima que protege y no pide nada. Recordaba sus pláticas, sus donaires, sus vivezas, su trinada y gorjeada risa y sentía piedad por ese pobre ser solitario en el mundo y con tan pocos años, improvisores y floridos, aunque por desdicha ya nada cándidos. La viejecilla tenía para Félix sonrisas, miradas y mimos de abuela que no ha sido madre. Lo agasajaba con largo corazón.

Una tarde la ejecutiva doña Geronimita le dio al muchacho un formidable revés con el que lo hizo dar dos vueltas en redondo y caer con gran batacazo. Le dejó para memoria de esa jornada seriamente hinchadas las narices. Esa bofetada explosiva se la plantó con todas sus fuerzas porque oyó que junto con otro monaguillo trastrocaba, de manera irreverente, las respuestas que da el Ripalda a las preguntas que hace para instruimos en la religión:

—¿Quién peca contra la fe?

—El romano pontífice a quien debemos entera obediencia.

—¿Qué cosa es avaricia?

—La Santa Iglesia la tiene y la usa.

—¿Qué devociones tenéis para cuando os vais a acostar?

—Apetito torpe de cosas carnales.

—¿Qué cosa es la...

Iba a hacer otra pregunta el monaguillo para que la contestara Félix cuando le cayó a éste, en pleno rostro, la mano pesadísima de doña Geronimita que iba bien impulsada por el enojo. Después de que terminó su tarea correctiva se fue en volandas a dar su queja al señor cura con el noble propósito de que saturase de golpes el cuerpo desgachado del muchacho, pero don Benito le dijo con dulce voz de

reproche:

—¡Ay, doña Geronimita, qué cosas tiene usted! Con palabras convincentes le hubiera reprendido al niño su inocente culpa y no cargarlo con esos porrazos como si los hubiese puesto en bestia rejega.

—En bestia los puse, señor cura.

—Calle usted, mujer, no diga esas cosas malas. Van contra la ley de Dios. Si nos hubiera oído lo que decíamos nosotros en el seminario, cambiando por travesura el santo sentido de los textos sagrados, nos hubiera exterminado su rigor y su áspera intransigencia.

—Yo no lo habría hecho, don Benito, no hubiera tenido autoridad, pero sus maestros y superiores debieron atajarles con ejemplares castigos sus intolerables impertinencias.

—¡Jesús! ¡Jesús! Le suplico más piedad, más compasión para ese pobre niño huérfano. Hay que inclinarse siempre a la misericordia, doña Geronimita, ya que la fortuna hace yunque de los desgraciados.

—Si es huérfano el muchacho, tendrá buen acomodo en el Hospicio de Pobres, que es donde debe estar para que le arrimen leña y lo enderecen, que bien lo necesita.

—¡Válganos Dios, doña Geronimita! ¡Válganos Dios! Mire, ya compré el espliego que usted quería, está sobre el bargueño de la sala, vaya a sahumar la ropa, y en el arcón ponga el benjuí, no lo olvide. Y tú Félix, hijo mío, acércate a mí, no llores más, muchacho, seca esas lágrimas y toma este real y vete en paz a jugar por ahí. Dios te bendiga.

Su natural llevaba al mocozuelo a cosas ilícitas, arrebatándolo pronto a aquellas delicias que él buscaba, y a las que quería inútilmente afianzarse. A pesar de comer bien en la esplendorosa cocina cural, de andarse al regalo y sabor de variadas excelencias, gastaba en mil cosas el dinero que iba hurtando de los cepos o de los platos petitorios de las benditas Ánimas, o de Santa Casilda, o de San Benito de Palermo, que tenía entre todos los santos de la iglesia más clientela de almas piadosas a rezarle, dejándole siempre limosnas de buenas monedicas para su cera o su aceite; pero Félix se las sacaba con limpieza, y trocábalas al puntó en fresco tepache, o en rosquillas, o en pétreo condumio de cacahuete, en pepitorias, en morelianas, en ponteduro, en pinole, en charamuscas, en bolitas de caramelo, o en resecos trozos de alegría amasados con miel, o compraba cosas de mayor peso y entidad: pasas y almendras para fomentarse la memoria, chicharrones y carnitas con su incitante salsa de chile verde, pambacitos compuestos, enchiladas, garnachas, chalupas, molotes y tacos de barbacoa o de nenepile o de cuajar, y todo ello desparramaba gratos olores al recibirlos la manteca que en los negros comales de hojalata chirriaba como una risa fina y prolongada; o bien se iba a mercar otras cosillas por el mismo estilo sabroso para regalarse el cuerpo en compañía de los merdosos pilludos del barrio, o jugábase lo de sus hurtos al bebeleche, a la rayuela, al trompo, a las canicas, al balero, o lo apostaba con mucha fe a favor de su papalote, que subía por el aire con su larga y

ondeante cola más alto, más gallardo, que los de sus desarrapados conmlitones y hasta él elevaba presurosas las voces de su entusiasmo.

Don Benito descubrió el robo y dolióse mucho al ver a dónde llevó a Félix su mala disposición. Consideró frustradas las ilusiones que había puesto en él; pero era humano don Benito y sabía perdonar con dulce bondad. En cambio, el ama, la repulida señora Gerónima, sin sutiles sensiblerías, se arremangó bonitamente la manga del brazo derecho para que le quedase más expedito, y se precito en tromba sobre Felisillo y dio principio a una terca función de correllazos. Le batió bien el cordobán, por ladronzuelo. Lo estuvo midiendo largo rato de rabo a oreja, sin dejarle siquiera una sola pulgada en la que no pusiera la marca amoratada de un golpe. Félix lloraba a chorros, parece que se iba a derretir. Y como doña Gerónima le dijo la mentira de que ya don Benito andaba en atareada preparación para henchirle la cara de dedos y luego medirle las costillas con una sogá que previamente estaba remojando, a fin de ponerla en mejores condiciones, entonces el pillastre pensó muy cueradamente que si la señora Geronimita, sin ninguna preparación, fue pródiga de manos, jugando lindamente de la correa, ¿qué sería de él con lo que le hiciese el cura que, le aseguraba ella, se andaba alistando para hacerle gran demostración de su coraje, de quién sabe qué manera temible? De seguro iba a haber una conflagración en sus costillas. Lo descuartizaría hasta dejarlo, indudablemente, como aquel santo, todo rojo de sangre, atado a una columna, que se veía en un cuadro negro que estaba en la sacristía.

Dio por seguro que don Benito había olvidado su cordial mansedumbre, su serena tranquilidad de viejo, e iba a ejecutar en él un furor y una crueldad que no le conocía; y, temiendo aquel jubón de azotes que le esperaba, fue a refugiarse a la cocina llena de la clara limpieza de los azulejos. Allí encontró a Felipita con su delantal blanco en su habitual silleta baja; tenía enhebrada una aguja para recoger a una media ciertas ortografías. En su rostro halló Félix una suave empañadura de tristeza, y a través de sus lágrimas vio su mano blanca y arrugadita con una manzana que le envió su olor saludable, que no supo precisar si brotaba de la fruta en sazón o fluía de la mano cariñosa.

Alargó la suya para tomarla y le vio a Felipita melancólicos ojos, también vio una tierna sonrisa de perdón. Con suave y amable blandura en la voz le dijo:

—¿Qué has hecho, hijo?

Pero llegaron a sus oídos nuevos gritos de la señora Geronimita, maldiciendo porque encontró desherrajada su arquilla, con lo que barruntó otros indudables y eximios azotes, para seguir con ellos preparándole el cuerpo a los ya próximos del cura, y a todo correr salió huyendo de aquella casa apacible, silenciosa y serena, en la que pasó días sosegados y plácidos, basta la hora en que un diablejo malo le aconsejó que hurtara, y él lo obedeció muy gustoso. El ganado que es del lobo, no hay San Antón que lo guarde.

Cuando el bonísimo don Benito supo la fuga de Félix, dijo este sentencioso

latinajo con voz traspasada de tristeza: *Quod natura dedit, tollere nemo potest.*
Lo que quiere decir: No quita nadie lo que da la Naturaleza.

Cuarto tranco

En el que está lo mucho que vio y oyó contar asombrado el curioso Félix

Volvió el mocito a dar a su vida un rumbo picareco. Fue a parar a los lodazales de la miseria entre una turba de galopines de su misma edad y estofa, y como él de estragadas costumbres, que vivían del hampa y medraban con el fraude y los embustes. Había como una pepitoria de todas las castas conocidas, cada una de distinto color y hablar diferente, con sus modismos peculiares; mestizos, criollos, barnocinos, mulatos y calpamulatos, zambaigos, cambujos, chinos, cuarterones, chamizos, moriscos, lobos, salta-atrás y torna-atrás, albarazados, castizos, gíbaros, cambujos, tente-en-el-aire, no-te-entiendo, y albinos, producto todos ellos de las tres razas: blanca, india y negra, mezcladas una con otra, y entremezcladas después en infinitas y complicadas combinaciones, pues el resultante de los elementos primitivos se unía con las mezclas y éstas entre sí, lo que hacían que no hubiera ya denominación posible con que designar a esos seres innominados.

Todos estos muchachos léperos andaban sueltos o entre la desarrapada gallofa de la ciudad; se ponían alas en los pies para alcanzar presto sus latrocinios y portaban lucidamente idéntica indumentaria. Camisa no la tenían, a no ser que se tuviera la condescendencia de llamar así aquel hilachero negro de mugre y rebosante de piojos; de calzones traían la mínima cantidad posible, y eso sólo los pulidos y elegantes que los demás se daban por muy bien servidos con el trozo de sucio taparrabo que llevaban muy galanos para cubrirse lo que manda la costumbre que no se vea, y otros acataban este mandato imperioso, envolviéndose en pedazos de arpillera o en trozos de algo que fue sábana allá por los principios del mundo; sus pies ignoraron siempre lo que eran zapatos; medias, traían las de carne, y sombreros jamás los conocieron aquellas cabezas despeluzadas, cuyo tupido greñero estaba muy bien habitado de toda clase de animales, como una inexplorada selva tropical.

A toda esta taifa mugrosa le doblaba por las noches la fatiga después de su vagabundeo sin descanso ni tregua por toda la ciudad. Dormían en los quicios de las puertas tan a gusto y con sueño tan profundo que había que soltarles una bomba para que volviesen en sí. Se acurrucaban junto con perros llenos de roña y de cazcarrias, que jamás se les separaban y dábanles su calor; con ese juntamiento se hacía generoso intercambio de pulgas. Quien bien duerme, pulgas no siente. Esos perros los seguían en todas sus andanzas a través de la ciudad, alegres, juguetones, su mirada contenía más agradecimiento y más sinceridad que un corazón de hombre, y si hubiesen hablado, habrían dicho cosas agradables y sinceras, pero los animales han

enmudecido después de que los fabulistas los han hecho decir tantas tonterías.

También esa cuadrilla hallaba lecho para su fácil sueño bajo los macizos arcos de los acueductos, del de Belén o del que venía desde la Tlaxpana a rematar en la barroca «caja del agua» en la calle de la Mariscal, a un costado de la Alameda. No elegían ninguno previamente, sino que se echaban debajo del arco en que les tomaba el sueño; pero siempre tierra o piedra era su cama, en la que tenían por cortinas los vientos y por cielo el estrellado. Esto iba endureciendo a Félix, curtiéndolo, al igual que lluvias y soles, y le ponía un bárbaro contento que lanzaba a todas las horas del día. Nada le era difícil, sino fácil y claro; su pensamiento jamás entró en el interior de sus propias tinieblas. No se preocupaba del mañana y olvidábase del ayer. No tenía temores ni desconciertos, sólo un inconsciente optimismo, una sana alegría de vivir.

Con tres ochavos se organizaba una minuta muy competente, pero como casi siempre, le faltaban, comía él y sus adláteres, si era que comían, los manidos escamochos, manjar de cerdos, que en un pedazo de torcida hojalata les echaban en algún humoso fonducho suburbano, lo que les cerraba temporalmente la boca, abierta siempre en bostezo de necesidad y les permitía tomar fuerzas para seguir pasando hambre, pero no sentían jamás indigestión con aquel fárrago que habían introducido al estómago, y bebían agua, eso sí, fresca como la que más lo fuera, en cualquiera de las numerosas fuentes que estaban diseminadas por la ciudad para quitar la sed al vecindario, y a las cuales acudían los aguadores, los «maistros» como se les decía, con sus desabrochadas pantalonerías, su larga pechera de cuero, negra y lustrosa por el uso cotidiano, durante años de faena; a la espalda llevaban un cántaro panzudo llamado chochocol, sujeto por sus asas a una ancha correa que detenían en la frente y también de la misma cabeza les pendía otra correa, ya brillantada, igualmente ancha, de la que colgaba por delante un cántaro ventrudo.

Todo el santo día andaba Felisín entre el polvo o el lodo de la calle o de las plazuelas, con aquella bullanguera hueste de muchachos de su misma condición picaril. Jugaban siempre con gran griterío, al burro, o a la malacatonche, a la rayuela, a la divertida guzpatarra, a doña Blanca, a la matatena, a la cholla, a la momita, a la alocada víbora, a San Miguel y el diablo, a los listones, a la bebeleche, a la moruca, a la roña, a las cuatro esquinas, a la rueda del coyote, a la gallina ciega, a la coscojilla, a la cebollita, al higuí, al toro, e infeliz del muchacho a quien le tocaba hacerlo de cornúpeta, porque salía bien picado, bien banderillado, coleado y arrastrado por las mulillas que eran otros chavales que se lo llevaban por los pies alzando una gran polvareda.

Con las fenomenales pedreas que organizaban se rompían muy a menudo los cascos, y quedábanse por buen rato desatinados, fuera de sentido. Con sus juegos y sus carreras caían de clavado con harta frecuencia en las pestilentes atarjeas de negra agua cenagosa, que iban por en medio de las calles, o bien daban los traviesos y harapientos muchachos dentro de las acequias que cruzaban por otras muchas más, y que eran un sucio legado de la ciudad azteca a la colonial. Era el suyo un vivir libre,

fácil y descuidado. Bello vivir de pícaros.

Esta desafortunada pandilla de pilluelos recorría toda la ciudad ganduleando de arriba abajo y de abajo arriba. Se metía por todas partes como la humedad. Hacían siempre groseras travesuras, chocarreándose de los pacíficos transeúntes; tenían entre ellos clientela fija para sus burlas. Coleaban y manteaban perros; atábanles a la cola botes de hojalata, con los que salían huyendo muy asustados los animalitos; o cohetes de fuerte trueno y gran chisporroteo que los empujaban más y más en su carrera loca con la que iban sembrando el pánico, o bien derribaban, descrismando a la gente con la caída intempestiva, lo cual era para los muchachos muy divertida cosa, de las de mucha risa y todavía más ameno era el suceso si las del batacazo eran mujeres, porque entonces descubrían lo indescubrible, con lo cual se daban ellos muy buena y larga ración de vista, aunque a veces con lo que les contemplaban a muchas viejas, o a encopetadas damas menopáusicas de edificante virtud, les quería brotar erisipela.

Subía de punto su regocijo si los empavorecidos chuchos entraban en las casas con ese fuego prepósteros que les achicharraba el traspuntín, con lo que hasta echaban humo por las orejas y los hocicos. Era muy de ver entonces los sustos que daban; el ruidoso tumbadero de las macetas que hacían prorrumpir en gritos desolados a las pobrecitas solteronas, porque tenían por definitivamente fenecida la fucsia, la begonia, el agapanto azul y la dalia disciplinada, en que tenían fincados sus íntimos amores de vírgenes apolilladas, porque se atrancaron en la virginidad de puro feas, pero que en el hogar representaban la fealdad honesta y humilde.

Recorrían las plazuelas y calles suburbanas por todas las cuales se veían andar libremente, como en campo comunal, vacas, asnos, pencos trasijados y larguiruchos, con más o menos mataduras, y en ellas su correspondiente dotación de moscas. Trataban estas pobres bestias de nutrirse con manjares fáciles y livianos, zacatillos y otras yerbas raquílicas que brotaban por ahí, llenas de esa justa ilusión, iban de un lugar para otro, libres, como sin dueño, a poner sus dientes largos de hambre en los matojos y en el verde de los desmedrados arbolillos, pero su alimentación resultaba quimérica en esos páramos, por los que pasaba el viento alzando grandes, espesas polvaredas, parece que con el propósito generoso de meterles en los hocicos un poco de tierra para ver si les nutría algo, ya que ellas no la comían de por sí, desdeñándola.

Había también numerosos cerdos gruñidores, que hozaban revolviendo los espesos fangos de los pantanos, con lo que iban sacando borbollones de hediondecas; andaban muchas vacas flacas que trataban en vano de hacer acopio de leche para sus amos que las dejaban en aquella libertad inútil. Esas plazuelas y calles, llenas de inextinguibles léperos, tropel de gente desocupada y vaga, era cuadra y establo para todos los animales de pezuña, zahúrda para todos los cerdos y gallinero para todas las aves de corral.

En las siempre terrosas plazuelas se ponían todas las mañanas, muy temprano, ordeñas de cabras y vacas del mejor garbo. Allí acudían los pobres con sus pucherillos llenos de tizne o los criados de las casas ricas con sus jarras de talavera

poblana o de porcelana china, con su gran blasón multicolor, o con picheles de plata maciza, a comprar la leche para los desayunos de sus señores, y de ese lugar se iban presurosos a las porterías de los conventos de monjas a buscar los ilustres molletes de yema, las semitas de manteca, los panqués, los escotafíes, los áureos rodeos, las amarillas pechugas de ángel, el frangipán, los bolillos de almidón, los encanelados rosquetes, las leves hojaldras de muchos faldellines, u otras fragantes maravillas, para que hicieran cumplido acompañamiento a los eminentes tazones de chocolate.

En esas mismas plazuelas se establecía más tarde sitio de carros; éstos, generalmente, cojitrancos, regidos casi siempre por un fosco troglodita; también se estacionaban coches, los pesados carruajes llamados de providencia, que por asientos llevaban unos como fofos sofás, y en cuyas tablillas se solían subir los muchachos, a hurto del cochero, quien, al descubrirlos les vaciaba su cólera a puros chirrionazos que abrían surco en las carnes asoleadas, y, además, les echaba palabras mayores con las que dedicábales un violento recuerdo a la madre que los pariera, lo que importaba un bleo a los pilludos; no se daban por agraviados porque no sabían ni a quién iban a tocar esas ardientes maldiciones, pues desconocían a la señora en quien los inyectaron y que los aventó al mundo, y, aunque le conocieran bien, no irían, de seguro, a hacerle las cosas feas que les mandaba el brusco automedonte que ejecutasen en ellas, infringiendo el sexto mandamiento de la ley de Dios.

Félix y su harapienta hueste se lanzaba en polvoroso tropel, como dice el distinguido colega Virgilio, a la Plaza de Santo Domingo,

«Calva de hierba y de flores
y lampiña de arboledas».

A toda esa patulea le gustaba mucho ir a ese lugar, tanto porque el portero del convento dominicano solía darles algunos relieves de la comida de sus paternidades, en los que casi siempre pescaban cosas succulentas que eran para ellos el *non plus ultra* de sus sueños gastronómicos, como porque divertían su hambre trasnochada al andar entre las numerosas recuas, carros y carreteras que en gran número llenaban esa anchurosa plaza. Muchas veces algún caballo, al son de medio relincho, les descargaba dos coces. Saltaban ágiles por entre pesados cajones llenos de géneros; por entre olorosas churlas de canela; por entre tercios de azúcar o de morena panocha, piloncillo que también se le decía; por entre trincheras de costales de trigo, de maíz, de cebada o de harina, que emblanquinaba en torno buena porción del suelo.

Gran bullicio y parlería traían allí entre las arrias los rancheros de pintoresca indumentaria, alegre de colorines, los arrieros, recueros y comerciantes de toda laya, que iban a registrar sus mercancías y a pagar sus derechos al Fisco en las oficinas de la Real Aduana, enorme y rojo caserón de tezontle, muy blasonado, con amplios patios de anchos corredores, con su gran escalera señorial de dos subidas, con mil dependencias llenas de empleados de manguitos y montera, perdidos con sus plumas

de ave entre montañas de papeles. Edificio construido por el Real Tribunal del Consulado, frente al umbroso y achaparrado portal de Oñate, en el que se decía que andaba por las noches, sonando sus espuelas, el fantasma de un sanguinario conquistador, envuelto en amplia capa y tocado con sombrero de largas plumas blancas.

En la plaza de Santo Domingo se deslizaban los mismos desordenados escuadrones de pícaros, los mismos pobres fingidos, los mismos vagos, y las mismas deshonestas y taimadas viudas que pululaban por la Plaza Mayor y los patios de Palacio, la eterna y humana representación de los pecados capitales. Entre esta animada confusión encontraban Felisillo y sus constantes acompañadores, con su eterna gojería, algo apetitoso con que apaciguar los urgidos furores de su estómago; pero con eso solamente se despertaban el hambre, no la mataban jamás, apenas les quedaba medio muerta, próxima a la resurrección; no dejaba de alentar sino hasta que iban los míseros a engullir los revueltos escamochos con los que solían regalarlos en varias tabernas y en tiznadas y mal olientes almuercerías, negrura y peste que ellos también poseían con eminencia en sus carnes y en las flotantes hilarachas con las que no lograban taparlas. Ávidamente se metían a puñados en las bocas ese asqueante conmistión y se paladeaban con él como si estuviesen gustando la refinada exquisitez de un manjar o rosquillas y almendrones de azúcar. A pan de quince días, hambre de tres semanas. Con lo que se denota haber algunas cosas tan repugnantes de suyo, que para arrostrar a ellas, es menester que estreche mucho la necesidad. A veces les daba monedas de cobre alguna dama, de las que acudían a ganar sus jubileos a la iglesia de Santo Domingo, seguidas de sus galanes y devotos que lo eran más de sus gracias que de las indulgencias papales.

Iban también los carlangüentos muchachos a divertirse con juegos muy nobles, como que eran a base de zancadillas y bofetadas, y a garbear su pitanza diaria — eternos garganteros— por los mesones más bulliciosos de la ciudad, como era el del «Puñal», el de las «Ánimas», el del «Ángel», el alegre de los «Cinco Señores», el del «Chino», el de la «Herradura», el de «Don Rufo», el del «Parque del Conde», el de los «Siete Príncipes», el de la «Serafina», el de la «Pájara», el de «San Cayetano», el de «San Juan Evangelista», y por otros más, con pías designaciones de santos o con nombres pintorescos y expresivos. Además del rótulo con el que se designaba la casa pintado encima del portón, estaba la tablilla con el advertimiento sabido: «Hay paja y cebada. El agua se da de balde».

Todos estos mesones tenían anchos zaguanes cuyo empedrado resonaba constantemente al golpe de las herraduras de las bestias, las bien enjaezadas caballerías de los señores y de sus escuderos o criados acompañantes; las mulas de los pesadísimos coches de camino, o las de las conductas; los atajos de burros, símbolos de la sumisión paciente. En uno de los muros del zaguán se ponía ya un crucifijo, siempre de feísima facha, o ya la imagen de un santo, si éste no era el que le daba nombre a tal posada, y lo adornaban con flores de papel para que tuvieran

mayor duración que las naturales, y lámparas de aceite o velillas de cera que le donaban los trajineros con el propósito de que les diese buen suceso en el camino, los librara de ladrones o de acometidas de indios bravos, que solían escapelar las cabelleras para traerlas en sus andanzas como preciado trofeo.

También en el zaguán estaba pegada en una tablilla la tasa o arancel de los géneros que se vendían y de los servicios de que se hacía prestación, porque desde tiempo muy antiguo ordenó el Ayuntamiento que se pusiera ese aviso en sitio bien visible de los mesones, ventas y paradores y para el que no lo hiciera así habría sanciones. Pero los dueños de estas casas, taimados bergantes, para burlar el ordenamiento municipal y cobrar a su puro antojo, lo clavaban en lugar bien alto, en donde no era posible que lo leyera nadie, ni el de ojos más lince y así estuviere con letras gordas y grandotas, y además, no ponían debajo de él los muy maulas, silla, ni banco, ni menos escalera en que treparse para saber su contenido, y así los viandantes ignoraban siempre la razón de lo que se les había cobrado. Ya se sabe que hecha la ley, se hace la trampa.

El patio siempre vastísimo, empedrado igualmente, ya con losas o con piedras redondas de las de río; en el centro, la fuente, más larga que ancha, para abrevadero, y en torno el corredor amplísimo con techumbre de vigas sostenidas ya por postes, ya por cuadradas columnas de piedra. Se accedía a los aposentos por recias puertecillas que abrían de trecho en trecho, con grandes números negros encima del umbral. En un rincón había albardas, almártagas, enjalmas y ataharres puestos en largas estacas ringladas en los muros y soltaban al aire el tufo constante de sus cueros mal curtidos y el del sudor de las bestias que tenían adherido. Adosado a la pared daba vuelta por todo el corredor un poyo en el que sentábanse a conversar los recueros, arrieros y tratantes, pláticas las suyas llenas de roncas, reniegos y porvidas, y también de chocarrerías, o escuchaban allí las cosas apacibles que narraba algún clérigo con terciado manteo, que había venido a México a oponerse a alguna capellanía o a solicitar congruas, o bien las historias fabulosas que referían estudiantes sopitas o brodistas o de aquellos otros capigorriones y calvatruenos que todo lo fizgaban y de todo hacían burla y pasatiempo, y acudían a la posada a ver algún pariente o amigo suyo que llegó de sus tierras, o bien iban allí por estar entretenidos con alguna moza del mesón y asistían puntuales en busca de carne, tanto de la del cuerpo como de la que ellas substraían de la cocina, para calmarles con entrambas sus dos hambres insaciables.

Referían estos desenvueltos pollastros, groseros lances con mujeres con los cuales sacaban a los arrieros y mozos de mulas grandes y caudalosas carcajadas, o narraban otros sucedidos chistosos y picantes, aventuras imaginadas con buen ingenio, porque tenían todos ellos una refinada aptitud para idear intrigas a las que adornaban con celajes, leyendas, martinetes, estrellas, patrañas, dijes y poleos, que todo el concurso admiraba babeando de puro embeleso, pues cuando más gorda era una rueda de molino, tanto más aprisa la comulgaban. Relataban chistes obscenos, anécdotas

picantes y sabían manejar encendidos retruécanos. Félix oía maravillado, sin parpadear, casi sin cerrar la boca, todas aquellas historias fabulosas, dichos, lenguarajos y palabrotas con la atención de un buen estudiante en cátedra de su agrado. Grande la sed y el hontanar cercano.

En un cuartucho cerca de la entrada estaba el huésped, por lo general gordo y lento, pero siempre con ojos escudriñadores y sagaces, lleno de adagios, de picardías y de mañas sutilísimas por lo que bien podía dar al más ladino tres y raya, y aún así le ganaba con ventaja, trocándole gato por demonio. En una mesilla vieja tenía el libro de registro, resobado y pringoso, en el que iba asentando los nombres de los que descabalgaban en su distinguido establecimiento, el número y señas de los animales que traían, las cantidades de pastura que a diario les servía, los cuarterones o almudes de cebada, que mojaba o hervía previamente para que abultara más, y a pesar de este engaño todavía mal medidos, pero siempre bien cobrados, y que sacaba de una hondísima y oscura bodega que hallábase al fondo del patio, cuyas llaves no se le despegaban jamás de la pretina, al lado del cuchillo cachicuerno o de aquellos otros que solían llamar jiferos.

Las habitaciones, de piso enlosado o de sólo apisonada tierra, pocas alhajas eran las que tenían: la principal, una cama formada por dos bancos que sostenían unas tablas lo más horizontal que les era posible, sobre las que se echaba el colchón, ético y estrujado, con leves indicios de lana, y más parecía por lo duro que era que estaba relleno de piedras o de nueces, y lo cubrían sábanas burdas, como de arpillera, ya tan sutiles como una argumentación escolástica, y que habían servido a más de cincuenta pasajeros después de la última vez que fueron lavadas. Había sillas de inseguro equilibrio y a veces hasta algún tapetillo de ixtle que aún prestaba medianos servicios, a pesar de que donde no estaba roído se hallaba costroso o manchado con sospechosos churretes de todos colores; a veces veíase por ahí alguna mesilla coja, derrengada, pero útil todavía para echar un rentoy, unas quínolas, unas cuantas manos de pintillas o de birlonga o de cualquier otro juego del pasar, de los sangrientos, o algún flemático y desabrido, como el de la polla, el ganapierde y el de la maribulla.

A algunas de esas sillas de tule que habían llegado a una maltratada vejez, se habilitó honrosamente de mesa de noche para poner las pajuelas junto con la chorreada vela de sebo en su candelero de barro; y estaba un banco, de altas patas, llamado burro, cosa importantísima, indispensable, en el que se echaban las bizazas de camino y la montura, y se colgaban de los palillos que hacían las veces de orejas, las espuelas, el freno, la cuarta, el bozalillo y demás atalajes; en la encalada pared, encalada haría como una centuria por lo que era ya de un blanco amarillento, una cruz de madera con su palma bendita, alguna imagen de la Guadalupana, o del Señor de Chalma, o del de Esquipulas, o del negro del Veneno, de esas de mala estampa, y una percha para colgar las tias calzoneras de tapabalazo, el algodón de cuero, la chaqueta con alamares, el sombrero jarano de anchas alas, con apretada, gruesa y retorcida toquilla ya plateada, ya dorada, que subía hasta lo alto de la copa, baja y

redonda.

Había habitaciones mejor aderezadas, con un lujo que rayaba en la opulencia, con destino a personas de suposición que bajaban en esos destartalados mesones. Más lana poseía el colchón; las mantas menos burdas y, por ende, con algo más de trama; pero casi no había diferencia apreciable en las pulgas y chinches bravas que eran las mismas que habitaban en los otros cuartos, con idéntica y feroz habilidad para el piquete. Eran inteligentísimas todas ellas, con admirables conocimientos de la anatomía humana, y, además, sabían bien los lugares en que mayor molestia causaba su indeseable presencia. Casi devoraban a diario un payo entero y verdadero. No se extinguían con nada, así les echaran lo que les echasen. A pesar de que había eficacísimas oraciones para conjurarlas con el fin de que no picaran y se estuvieran quietecitas, los mesoneros habían tomado el humanitario acuerdo de fomentar la cría de cucarachas, con el loable propósito —Dios debe habérselos tomado en cuenta— de que se comiesen a ese maldito animalero que no dejaba dormir. Inútil empeño. Las cucarachas estaban acobardadas ante las chinches; parece que les tenían un miedo cerval o, al menos, se hacían las disimuladas, y dedicábanse pacíficamente, sin estorbos, a engullir los comestibles que traían los viajeros, y era un positivo milagro que no se hubiesen aficionado a chuparles la sangre.

Eso sí, tenían las camas su pomposo rodapié de puntas de gancho o bien de almidonados holanes, sus alegres colchas de cutí o de listadas zarazas o cambayas, o ya unos cobertores de mayor lujo, de terciopelo o damasco, que mostraban haber sido cortinas de buenas casas en tiempos pasados; también eran limpísimas sus almohadas, dos grandes que llamaban traveseros y también travesaños, y otras dos más chicas y muchas veces una tan pequeña como un acerico, propia para que descabezara un sueño un niño Jesús, y todas ellas llenas de randas y relindos, sepulcros blanqueados, pues debajo de esa nitidez estaba el temible hervidero de chinches y de pulgas que organizaban temerosos cónclaves para tratar del importante negocio de su alimentación, preocupación universal, y de allí salían decididas para atacar en masa, causando copiosas pérdidas de sangre. Se rascaba la gente hasta desollarse, y entonces, en las desolladuras, con un perverso refinamiento, satisfacían sus ansias gastronómicas y, a pesar de las uñas que iban a tratar de ahuyentarlas, volvían con su acometividad a los lugares de su preferencia. Ya no picaban, sino que mordían con iracundia satánica.

También en esas estancias solía encontrarse una mesa pequeña, de gruesas patas torneadas, obra tosca de un carpintero de lo blanco; cubríala generalmente una carpeta de indiana, y hasta tenía tintero de loza con sus respectivas plumas aunque ya muy pelechadas por el largo uso, y la indispensable vela en su candelero de cobre, con sus grandes despabiladeras de caja. Debajo de la cama se hallaba el vaso de loza de la Puebla que se destina para cosas privadas, pero necesarias, las que tenían que ir a despachar a los cuatro vientos del corral los que paraban en cuartos de menor precio y que carecían de esa manuable comodidad. En un rincón, el cofre o petaquilla, ya

michoacana, desteñida y descascarillada por los largos años de servicio, o bien de esas de recios forros de cuero crudo, claveteado de tachuelas doradas, con las que se formaban mil complicados dibujos. A veces esas cajas eran peruleras, o de las Filipinas, también las solía haber recubiertas de cordobán rojo o verde oliva, con flores pintadas y con todas las orillas guarnecidas con ancha banda de latón brillador.

Las imágenes de estas habitaciones eran de mejor facha; hasta había, increíble lujo, una alfombrilla aunque descolorida y calva, y además, indiscreta, porque estaba enseñando su recia trama de tripe, y también otro inusitado lujo: una palangana de estaño, en la que cabrían algo más de tres buches de agua, destinada a lavar la cara y manos, cantidad suficiente para ese menester, y junto el fuerte estropajo de ixtle con el jabón de puerco, amarillo y grasoso, ya en una bandeja de cuerno, ya en un tecomate michoacano, rojo, con ancha cenefa azul y un patito blanco en el fondo. Colgada de un clavo se veía la toalla de nido de abeja, para enjugar la leve humedad que apenas se detenía en los rostros y en las manos, con la que los videros creían que les quedaban más limpias que las de Pilatos. Se contaban, arrimadas a la pared, hasta seis u ocho sillas de tule, de las verdes de pera y manzana, para las visitas que tenían los viajeros que allí se apeaban, las cuales siempre llevábanse algunos de aquellos ávidos insectos, a cambio de los que solían traer, pero que de seguro, no estaban tan bien amaestrados como los de estas fementidas posadas, llenos de arte y astucia, por lo que las tales eran verdadero y temible pulgatorio.

Por causa de estos asquerosos insectos había perpetuos dimes y diretes entre los viajantes y el mesonero; éste les había asegurado *per signum crucis*, que en sus limpios aposentos como en el cielo no tenían cabida ningunos animales.

—¿No decía usted, señor, que no los había ni por soñación? Acabo de encontrarme una chinche enorme. Mire, allí está donde la maté.

—¿Una? ¡Bah! Una no es ninguna.

—¿Y todas esas otras que están allí amontonadas? ¿Qué dice?

—¡Hombre! Como mató usted una, éstas que estamos viendo muy sosegaditas vinieron sin duda al entierro de la otra pobrecita que dejó de existir.

Otra ocasión le dijo al huésped uno de los que se aposentaban en su casa:

—Oiga, tío embustero, venga a mi cuarto para que vea una chinche que está en la almohada muy quitada de la pena, haciendo tranquilamente la digestión de los cuartillos de sangre que anoche me extrajo, aprovechándose indebidamente de mi sueño.

Fueron el maula del posadero y el quejoso y, en efecto, contemplaron ambos al animalito que estaba abultado como un cojín por todo lo que tenía adentro.

—¿No decía que no? Ahí la tiene usted que se cae de gorda.

—Esto es enteramente nuevo para mí. Nunca había visto esos bichos en mi posada porque no pernoctan en ninguno de los colchones y buenas camas que hay aquí. Esto no es más que una pura casualidad.

—Pues voy a levantar este colchón. Ya está. ¿Y ésta que está ahí qué es?

¿Chinche, verdad? ¿O acaso cree usted que es pez, ave fénix o un alfeñique?

—Sí, sí, ciertamente es chinche, no lo dudo. Es una casualidad que se encuentre en ese lugar.

—¿Y ésa otra? ¿Y la de más allá? ¿Y aquéllas que corren y éstas que están durmiendo?

—Señor, le repito que esto no es más que una casualidad, una pura casualidad, usted puede ver las camas de los otros cuartos.

—Pues entonces mi cama es la única que está hirviendo de casualidades. Y me voy a otro mesón porque entre las chinches y yo siempre ha habido una total incompatibilidad.

En el vasto mesón al que iba Félix a buscar con los de su carpanta juegos y comida, oyó bien un atardecer que un caminante bien trajeado le preguntó al dueño para saber si le convenía quedarse o no quedarse en la casa:

—¿Tiene usted chinches y mosquitos?

—Sí, sí, los hay ciertamente, pero no son míos. Si usted quiere puede llevarse los que guste; no me pertenece ninguno de esos animalitos.

Y el muchachuelo, agudo y entremetido, sin que nadie le pidiera consejo, le dijo al viandante:

—Lléveselos, señor; lléveselos, no sea tarugo, son muy pocas las cosas que hay en el mundo de que se puede ser dueño plenamente y que no se las disputen a uno, ni se las envidien.

Por lo general, se ponía más de una cama en los cuartos de estos clásicos mesones o paradores; dos, tres, y aun cuatro, una en cada telarañoso rincón, cuando en México se celebraban fiestas a las que acudían forasteros de todos los rumbos del país, gente encogida, huraña, silvestre. Entonces el mesonero acomodaba en esos aposentos a muchísima, por grupos, por series, por manadas y pasaban días con notable descomodidad echando de menos la cama, la comida el silencio y sosiego de sus casas. Por esto se dice en un adagio que el salir de la posada es la mayor jornada.

Llegaban coches de camino polvorientos y pesados, ya forlones amplísimos, ya bombés de muelles sopandas, unos y otros forrados con resistente lona blanca. De lejas tierras llegaban en esos carruajes lindos y bizarros con sus lucidos trajes de camino y provistos ya de sus antojos o bien de sus papahigos y quitasoles para defenderse de los rigores del sol; damas cortesanas de ojos estrelleros, muy sonantes de sedas, que venían a dedicarse en México al dulce pendoneo, buscarle buenos merchantes a su cuerpo muy trabajado y práctico en lides de amor. Unas bajaban solas a revolotear por su cuenta y gusto, y otras austeramente acompañadas de sus señoras tías o madres postizas que abarcaban todo un mar de astucias, engaños, taimerías y habilidades. Eran todas ellas excelentes celestinas y habilísimas en enmendar o remendar doncellas, así como en oficiar de parteras, ligar corazones, zurcir voluntades; reunían yerbas y eran curanderas y ensalmadoras, sabían hacer bailar el cedazo, echar las habas y decir las oraciones de Santa Marta, San Erasmo y

la prodigiosa de la Estrella.

También muchas señoras y doncellas arribaban en esos carruajes a la capital del reino a cumplir mandas devotas o hacer ofrecidas novenas a Nuestra Señora de Guadalupe, a la Virgen de los Remedios, al Señor del Buen Despacho, al de Santa Teresa, al de Burgos, al de los Conquistadores, o a otras imágenes milagrosas de iglesias o conventos. Muchas veces venían estas mujeres por piedad o devoción, pero también, repetidas ocasiones, ese viaje era para acudir a devaneos y concertados amoríos que les impedía tener en sus pueblos y lugares el austero recato de la vida familiar y se trasladaban a México a despacharlos a su gusto, sin conocidos que las fiscalizaran. Por esto Fray Juan de la Cerda en su Libro intitulado *Vida política de todos los estados de las mujeres...*, folio 16, exhortaba a las madres a que no enviasen a sus hijas «con sirvientes ni escuderos a devociones y romerías, revueltas, tapadas y hechas cocos porque no acaezca que vayan romeras y vuelvan rameras, y que vayan a ganar perdones y traigan cargazón de pecados». Y Fray Gabriel Téllez, Tirso de Molina por otro nombre, escribe en la escena X del acto III de su linda comedia *Por el sótano y el torno*:

«Estas novenas de ogaño
suelen volver intereses:
novenas de nueve meses,
cuando las hace el engaño».

También llegaban a estos bulliciosos mesones personas de calidad y rango que viajaban ya solas o con sus deudos y relacionados, y siempre con la escolta de sirvientes, «hombres de su pan»; venían a México cuándo por curiosidad de conocerla, cuándo por negocios públicos o particulares, y descendían a la puerta del mesón o bien en el patio del mismo, por escalerillas de anchos peldaños para asegurar en firme la pisada. Debajo del vehículo estaba la baca que no era sino el depósito en el que se metían los almofreces, canastones, fardales, altos colotes de carrizo, líos de mantas, y porción de cosas más de las que se utilizaban para tener algún regalo cuando se acampaba al raso o en los sórdidos paradores del camino.

A veces todo este equipaje se amontonaba detrás del estrepitoso armatoste en lo que se llamaba tablilla, para colgar debajo la movable hamaca en cuya incomodidad acomodábanse los criados que acompañaban a los amos en viaje tan arriesgado. Como casi quedaba al ras del suelo es de suponer las mojaduras de esas infelices gentes al pasar por ríos o simples arroyos aun de los de escaso caudal, y cómo quedarían cuando se cruzaba por ciénegas y aguazales. Siempre llegaban muy cubiertas de tierra, por ser enorme la que levantaban constantemente las ruedas del carruaje y las patas de las bestias corredoras; casi era tanta la que traían como la que les iban a echar en la sepultura encima de sus cuerpos difuntos.

El vehículo venía escoltado siempre por mozos decididos, bien montados, bien

armados, para defender a sus señores de los asaltos de indios o de intempestivos ataques de ladrones —tulises en jerga de arrieros y caminantes— que no eran bastante a terminar los castigos constantes y rigurosos de los de la Acordada.

Los festejos a los que acudían los fuereños eran los de las vistosas juras reales, los que se hacían por nacimientos de infantes, bodas de soberanos y entradas de virreyes, y, como si también fuera festividad, los autos de fe, en los que tenían grandes ganancias espirituales los fieles cristianos que presenciaban las quemazones de herejes, y, hasta para obtener mayores indulgencias, traían desde sus ciudades, pueblos o lugares, para las santas hogueras del castigo, cargas de zarza, de ocote de fácil llama, de encino y de otras leñas.

Importante festejo era el del Corpus Christi, tan lleno de boato, en el que la ciudad alborozábase toda entera en esa fiesta del Señor. Ese día se llenaba México de un entrañable olor de rosas, unido al de buenas yerbas del campo. De los fragantes armarios y de las arcas salían los afiligranados peinetones de carey y de plata que se erguían sobre los peinados de rizos, de copetes y de cocas; los trajes vistosos, los de las grandes ocasiones, los de terciopelo, los de tisú, los de armoisines, los de brocado, los de jametes, los de tabíes, con encajes, pasamanerías, abalorios, trenas y orifrés; los grandes tápalos bordados en la China, junto con los mantos de sutiles encajes; conservado todo ello entre leves fragancias de sándalo o de habas toncas. De las arquetas o de los cajoncillos de los bargueños y contadores, se sacaban las alhajas relucientes de pedrería para llenar con sus fulgores las manos, los pulsos, las orejas, los cuellos y los pechos.

La gente del pueblo si en esa ocasión no se ponía traje nuevo, lucía al menos, el de los disantos, con fragancias de membrillo o de alhucema del arca en que estuvo guardado. En todas las calles había diseminados perfumes y se aderezaban, con primor y celo, con arcos de verdura, con banderolas, con grímpolas que se revolvían en el aire, con sonantes cadenas de papel de colores; salían a los balcones tapices, reposteros, colgaduras, paramentos de Damasco junto con tibores, espejos, adornadas jaulas con pájaros que no cesaban de cantar, cornucopias y platería; el suelo estaba cubierto de hinojo, de tomillo, de romero, de cantueso y de flores para que bajo el palio refulgente, pasara Nuestro Amo en su gran custodia de oro, entre cánticos y barrocas humaredas de incienso, que ablandaban dulcemente el alma y subían lágrimas a los ojos.

Otras de las festividades que atraían mayor número de fuereños eran las de Semana Santa, en las que se prohibía por las calles todo tránsito rodado. Estrenar en esos días traje suntuoso era costumbre vieja venida de muy atrás, establecida sólo para la presunción exhibita del señorío opulento, que la gente del pueblo o lavaba y planchaba sus ropas de diariotraer, o se las hacía con humildes zarzas, chitas, cambayas, crehuelas, frisas, vellorines o cuando más, de vistosos veludillos o febles tirañas que estaban al alcance de los escasos dineros de su pobreza.

En las imponentes ceremonias de las iglesias, en las largas procesiones, siempre

deslumbrantes, por las calles, con cristos lacerados, dolorosas, santoentierros, acudía tal gentío que no quedaba alma viviente en los hogares. Las rúas estaban de mar a mar. Con todo esto los mesones allegaban grandes haberes. Quedaban opulentos los huéspedes con las pagas, los criados con las propinas y alguna moza de servir con algún hijo en cierne.

El lugar a todas luces más importante en estas posadas era la cocina, grande siempre como de convento de frailes gerónimos o de colegio mayor, y en las que podían tomar el pienso hasta cuarenta personas. Tenían su gran brasero rojo del que subía el humo de olorosa leña de pino, que se escapaba por entre el hollín de la campana hacia el cielo de alegre azul. Borbollaban en el fuego las panzudas ollas en las que se cocía la abundancia maciza del puchero, sostenidas por trébedes o tenamastes de piedra, o más bien dicho sesos, que así es como se llaman en buen romance —la que no pone seso a la olla, no lo tiene en la toca, dice un refrán castellano— y se les oía un grato ronroneo y se les miraba unas ligeras nubecillas blancas que difundían deliciosos olorillos que alegraban los olfatos.

En las paredes se veían las ristras de ajos, las cuelgas de chiles colorados, secos y crujientes, las mancuernas de mazorcas hechas chicales para los días de la cuaresma. De una soga ya negra de tan pringada por las moscas, y que iba de muro a muro de los dos que formaban esquina, colgaban muy orondos los encendidos chorizos, las largas longanizas y la morcilla, «¡oh gran señora, digna de veneración!», y del techo pendían egregios y gigantescos jamones; también colgadas de los muros tiznados, se veían cazuelas de todos los tamaños imaginables, desde las pequeñas vidriadas en las que apenas si cabría un huevo frito, hasta las enormes de dos asas enhiestas, hondas como peroles, para guisar los guajolotes enteros; y estaban otras todavía mayores para las sabrosas fritangas de bodas, a más de cazos grandes y chicos, de un sinnúmero de picheles de cabida diversa y de jarros de todas las formas y tamaños, que hacían presentir el perfume adorable del barro fino, y con los que se formaban en la pared cenefas, ondas, mil dibujos graciosos.

En un rincón las orondas tinajas del agua, resudadas siempre, y la destiladera de piedra que con un claro son dejaba caer en la colorada y panzuda olla de Guadalajara su rítmica gota que parecía iba marcando el compás a algo desconocido o invisible. En el testero principal, la alacena grandísima, con burda loza de la Puebla de los Ángeles, de Oaxaca o de la rameada de Guanajuato; había cuchillos y cucharas de estaño o de alquimbre para uso sólo de las personas de calidad, que los más se servían ágilmente de los cinco dedos de la mano. Las tazas y platos más finos de la casa estaban puestos en fila multicolor en el revellín, o sea el saliente de la campana del brasero.

Trajinaban sin parar, haciendo sus guisotes, las sucias maritornes montaraces, con gran tufo cebollero además del suyo propio, que soltaban sin ninguna dificultad al más leve movimiento de sus cuerpos sin baño, y que sabían con gusto de las lujuriosas brutalidades de los arrieros y zafios mozos de mulas. Hasta la calle salía el

festivo chirriar de la manteca con la grata y picante fragancia de lo que se guisaba; se oía un blando batir de huevos y el afanoso tortear de las molenderas, que hacían las grandes y redondas tortillas que se doraban y esponjábanse en los comales de barro a los que ponían una trémula orla las llamas de la lumbre que estaba debajo.

Trascendían el tocino, el jamón y el chorizo fritos, la carne asada en las brasas, así como las alcomanías —cominos, anís, azafrán, clavos, pimienta— que ponían su acento pronunciadísimo sobre el olor de las viandas exaltando sus exquisitas succulencias para el gozo del paladar. Los olores que de allí emanaban hacían levantar las cabezas a los perros que iban por la calle lentos o trotando con tristeza humana en los ojos, y que en todas las esquinas alzaban la pata para desaguar, después de oliscarlas, y los lindos aromas que salían del mesón los jalaban hacia dentro como si los tirasen como fuerza de una cuerda.

Si esto hacían esos animales, es de suponer la rapidez con que entraría aquella taifa de muchachos famélicos. Los guisados que olorizaban el aire aflojábanles las glándulas salivales. Siempre, ya lo sabían, encontraban en el mesón la cazuelilla de caldo, el taco con carne, el tieso pambazo, y el desbocado jarrillo con leche aguada o con tepache, o bien tortilla fría con sólo chile, porque eran de buena entraña aunque maldicientes, aquellas fregonas indómitas y selváticas, y no parecía sino que les daban perlas a los muchachos, según era el gusto con que todo recibían.

Esos mesones eran lugares ruidosísimos, llenos siempre de un constante trajín de arrieros mal hablados, con largas pecheras guadameciladas, que venían con sus largos atajos ya con las platas de las minas o conduciendo variadas mercaderías con destino a las ferias famosas del país; por las noches, ya en sosegada paz, contaban prolijamente los incidentes del camino, o sacaban «el desencuadernado» para jugarse algunos pesos o tenían grandes retozos con las maritornes, que, aunque grasientas y hediondas, no les parecían mal para el deleite en sus mezquinos camistrajos. Ellas les daban palabra de que los irían a ver esa noche en sus cuartos para refocilarse plácidamente y siempre la cumplían, así la dieran en un monte y sin testigos.

Había entre los arrieros, vino y guitarras jaraneras y con sus ágiles trinados acompañaban canciones en las que se decían los afanes, celos, las acedías, las esperanzas de su cuita amorosa, y como Félix y los suyos querían estar siempre en primera fila para gozarlas a todo su gusto y sabor, sin perder detalle y aprender buenos voquibles y frases finas, en muchas ocasiones les tocaba si no una limpia bofetada, cuando menos tenían que aceptar un empellón que es de suponer la magnitud que tendría como salido de aquellos fuertes brutos peleoneros.

Se metía esta patulea con el mismo loable fin de dar al vientre algún gustillo, en los amplios corrales en los que se encerraban los trenes de carros y bestias, no me refiero al decir esto a los acemileros, sino a sus animales; sitios que eran un complemento de los ruidosos mesones y en los que jugaba aquella caterva de arrapiezos entre los carros que tenían polvo de todos los caminos, o se montaban en las mulas, aprovechando somera distracción del cuidador de los macheros, para

ejercitar sus innatas aficiones hípicas; y así era como recibían costaladas formidables o sacaban descalabraduras de consideración al tirarlos las mulas rejegas, que no sabían de jinetes menos aún de enancas, o porque les «hacían pelos» para que respingaran.

Sus ropas salían de esos trances con más desgarrones; entendiéndose por tales, no las hilachas y flecos mugrosos con que andaban cubiertos, sino el vestido de Adán con el que vinieron al mundo, que traían con desgarraduras constantes y sempiternos costurones, pues entre toda la pandilla no se reunían completos ni una camisa ni un calzón. Sobre sus costras y roñas les escurría la sangre en la que se daban baños muy salutíferos piojos y pulgas, y también la preferían al estiércol, las moscas que andaban zumbando errabundas en las caballerizas de olor agresivo.

Quinto tranco

Se pone aquí el triste suceso que tuvo Félix en un mesón,
junto con otras cosas que sabrá el curioso lector

En uno de los mesones bulliciosos de los que se habla en el tranco anterior, en el que se llamaba «La mujer silenciosa», porque su muestra alegórica, bien ornamentada con chillones colorines representaba con muy buen humor a una mujer sin cabeza; en ese mesón estaban Félix y otros muchachejos de los de su calaña con sus respectivos perros, a los cuales les alzaban a cada momento la pata como para iniciarlos. Se hallaba la tropilla en espera paciente de algunos huesos y alones que solían llevar pegados pingajos de carne, que les daban a menudo junto con una abundante cazuela de bazofía, pero todo esto se retardaba más que de costumbre, por la razón de que acababan de llegar unos caminantes que habían traído larga jornada sufriendo los tumbos y malandanzas de un maltratado y peligroso camino, y preparábanles con urgencia la cena, porque ya el cansancio, el hambre y el sueño los tumbaban.

Uno de los viandantes pidió jamón, y le contestó una fregona que no lo había ya por la casa, porque era cuaresma y nadie deseaba comerlo a esas alturas para no perjudicar su alma con un pecado, pero Félix de ojo avisor siempre, había visto un succulento pedazo, rojo y mantecoso, colgado de una estaca clavada debajo de un vasar, y para que otra vez que lo pidieran los caminantes no mintiesen las criadas, negándolo, pues sabía que la mentira era grave y fea cosa, lo robó, aprovechándose del fácil descuido de la guisandera, y ya así, si otra ocasión aseguraban las maritornes que no lo había en el establecimiento, no dirían sino la pura verdad de Dios.

Se fueron al corral relamiéndose todos los haldraposos pilletes. Se echaron con ímpetu sobre el jamón, y en un dos por tres se lo despacharon llenos de gozo, y tomaron ahitos a la puerta de la cocina a esperar la acostumbrada pitanza, poniendo en sus caras un fingimiento de hambre para disimular lo del hurto. Los perros también tenían mirada atenta y cola expresiva. Entonces vieron a la hija del mesonero, de cabello ígneo, azafrañado y fosco, que andaba como desesperada de un lado para otro; rebuscaba aquí y allá con su buen ojo, más bien con su ojo bueno, pues era tuerta la moza, tenía uno en que estaba todo revuelto lo blanco con lo negro.

Por fin dijo la alazana con el enojo pintado en su cara, colorada y pecosa, que en dónde demontres habían puesto el trozo de jamón que estaba allí colgado apenas hacía un rato, y que era con el que su pobre madre se curaba las almorranas, pues se hallaba la infeliz con grandes dolores y solamente sentándose y remolineándose por un rato largo sobre el jamón aquel, era lo único con que se le calmaban los ardores de esa enfermedad traicionera, porque solamente ataca por detrás.

Esas palabras de la doncella de mirada impar, fueron a modo y manera de grandes plumas que les metieron dentro de los estómagos a todos los pilluelos; con las ruidosas bascas que les sobrevinieron, entre trasudores de agonía, se descubrió claramente el robo, y a pesar de la restitución que habían hecho del curativo jamón, recibieron una fragorosa golpiza de manos de todas aquellas maritornes pingajosas.

De los bullangueros mesones se iban felices los de esta banda por toda la ciudad. Trepaban listos y ágiles como ardillas, por el esplendor arquitectónico de las fachadas churriguerescas de las iglesias; se iban afianzando de sus prolijos adornos, enredaban piernas y brazos en las torcidas columnas y metíanse detrás de los hieráticos santos de los nichos; se encaramaban con gran soltura por todas las cornisas; se deslizaban por volutas y ménsulas, para ir a coger palomas o sorprender lechuzas en sus escondites.

Hacían gentiles acrobacias en las cruces que había en los atrios de las iglesias o de los conventos, como la roja de Mañozca en el anchuroso de la Catedral; en la de los Tontos, en la Plaza Mayor, desviada hacia el Portal de Mercaderes; en las enormes de San Francisco y Tlaltelolco; en la de Cachaza que se alzaba en la plazuela del Volador y a cuyo pie se ponían los cadáveres de los pobres con el pío fin de recoger limosnas para su entierro; en la de muy labrado pedestal de frente al colegio de San Pedro y San Pablo de los padres jesuitas; en la que se erguía en la polvorienta plazuela de Jesús Nazareno, ante la que se cometió un horrible crimen que durante mucho tiempo tuvo consternada a la ciudad entera; en la del Factor, sita en el bullicioso baratillo de la calle de la Canoa, al que, a diario, iban a gallofear estos desarrapados galopines.

Se encaramaban en el sucio muro que rodeaba a la Catedral para jugar parejas, con inminente peligro de ir al suelo y caer, no sobre empedrado ni blanda tierra suelta, sino sobre la hedionda blandura de lo que soltó el cuerpo con muchísimo gusto, cosa de la que había allí una variada y extensa colección por un lado de esa barda, que subía su mal olor hasta la misma cima de la Catedral y que sólo cada semana se arrollaba con palas, haciendo terribles montones que después de días de formados se llevaban en carros para tirarlos Dios sabe dónde.

En los anchos patios del vetusto Palacio Virreinal retozaban, lozaneábanse y daban voces. Iban gozosos por ahí porque conseguían algo para sus estómagos insaciables, siempre en ansias de hartazgo. Se veía en esos lugares, aparte de los litigantes, soldados, perennes pretendientes, bizarros alabarderos de ceñido talle, una confusa multitud de gente que iba y venía alharaquenta con agrio hedor de miseria y sobre su algazara y las voces con que los merchantes y merceros pregonaban su mercancía, estallaban las desgarradoras palabrotas de los hampones y tunantes, que sin ningún temor a la Real Audiencia y demás tribunales que allí tenían asiento, urdían sus fraudes, sus mentiras, sus burlerías y trampas.

Estaban llenos los patios de vendimias, de fritangas, de mil cosas de comer; por dondequiera salían los espesos humazos de los guisotes que llenaban el aire con sus

olores acres y picantes. Felitos y sus colegas paladeábanse con aquellos infinitos bodrios. Entre apostrofes brutales sonaban los gritos continuos de los barilleros, de los que expendían dulces, frutas, mantequillas, agua de nieve, barquillos, buñuelos, bulas y pliegos de cordel, y mil cosas más. Se alargaban los pregones, clamorosos y finos, de los indios vendedores. El bullicio y la hedentina de la Plaza Mayor se metían hasta la Real Casa. Sus patios no eran sino una pestilente prolongación de lo que había afuera, en la bulliciosa Plaza. En ellos tendía Félix, con gusto y sin estorbos, junto con sus inseparables acompañadores, su ancha vida picaril. En uno de esos inmundos patios estaba instalado un juego de trucos con su algarabía constante y en otro, un ruidosísimo boliche en el que apiñábase un gentío curioso que gritaba desaforadamente, siguiendo los divertidos y variados lances de las partidas, y en el cuerpo de guardia, uno de baraja con sus frecuentes trifulcas; eso era casi, y sin el casi, un garito o tablaje, de los que se llamaban en la ciudad madrachos, palomares, coimas, o leoneras, con sus mil fulleros, ventajosos y barateros.

Estaba establecida en otro patio una botillería, paradero y refugio de la gente bulliciosa, alegre y apicarada, que ni aun de noche cerraba sus pringosas puertas, con su indispensable jolgorio de bravas leperuzas y truhanes peleoneros, y a toda hora se encontraba hirviendo de vociferaciones, de cánticos, de alaridos alegres de los borrachos.

Los sórdidos fonduchos o almuercerías, evaporaban sin cesar sus exhalaciones de comidas pasadas y cuando se contemplaban éstas, ¡Jesús!, se padecía vértigo y estoy por decir que oftalmía. Existían infinitas bodegas de fruta, de loza, de variados comestibles; allí tenían habitación muchos de los puesteros de la Plaza Mayor, y en todas ellas no faltaba jamás la ordinaria tertulia de léperos los más arriscados, con pulque y chinguirito para amenizar el rato, guitarras y canciones soeces, u otras muy tristes entonadas con voz sutil y quebradiza, que apretaban el corazón, en las que se cantaban desdenes de mujer, amores imposibles o se gritaban celos furiosos.

Ésta era la Real Casa en que vivían llenos de ostentoso lujo, de majestad y orgullo, los señores virreyes de la Nueva España. Penetraba en las oficinas, en los salones magníficos, colgados y alhajados con primoroso refinamiento, todo el enorme ruido de los patios, el griterío, aquel runrún de voces inacabables, junto con el olor de los guisos, la pestilencia de las basuras y de los desechos, que, a medio podrir, fermentaban bajo el sol.

Por entre el asco y el bullicio de esos patios en los que rebosaba la vida de la Plaza Mayor, cruzaban temibles olores de amplia garnacha y peluca blanca; los disparatados e inofensivos arbitristas llenos de fantasías y descabelladas invenciones, con sus memoriales en los que ofrecían virtudes y maravillas nunca imaginadas para «remedio y socorro de las necesidades universales»; bizarros alabarderos con uniformes llenos de ardientes colorines; maestros de la universidad con sus amplias gramallas; imponentes corchetes o soplonos; gentileshombres de cámara, gallardos y desdeñosos; muchedumbre de letrados sin oficio, catarribas y eternos pretendientes;

los altos dignatarios de Palacio; abogados y litigantes llenos de papeles que iban a solicitar causa y bullir pleitos; y la abundantísima tropa de procuradores, escribanos, papelistas, relatores, alguaciles, porteros de vara, fieles ejecutores y corchetes, comiendo todos ellos a costa de las vidas, honras y haciendas de los desventurados que caían entre sus afiladas garras de milano; el virrey, la señora virreina, sus damas, envueltas en sedas recamadas y con fulgores de alhajas.

Robustos brazos de lacayos de librea transportaban a menudo por aquellos patios sillas de manos —también se les decía toldillos— de copetes dorados, o literas de dos yemas, llamadas así porque tenían dos asientos, aunque algunas veces en su lugar se tendían colchones, y ya en unas, ya en otras, se veía a algún oidor gotoso o a una dama anciana de rostro de marfil, o bien a un matrimonio de elegantes viejecillos adinerados que iban a cumplimentar a Sus Excelencias.

Rozaban las hediondas piltrafas de la plebe los rameados tisúes, espolines, jametes, brocados y terciopelos; junto a los pies descalzos y los zapatones enlodados, pasaban sonoras las chinelas de finio cordobán de lustre con hebillones de oro, las jervillas con áureas margomaduras, los chapines de virillas de plata, picados o a lo ponleví; plumas, encajes, espadines de corte, bandas, galones, veneras, reverberaciones versicolores de joyas, los bombés de cajas charoladas, llenas de brillos fugaces, la pesada carroza virreinal de laqueados tableros color bermejón y ampulosas molduras de oro, tirada por caballos fogosos, braceadores. A través de esa vasta inmundicia y del habitual vulgacho de ganapanes, pícaros, pregoneros y léperos, desfilaba la fastuosidad rutilante de la corté. En esos patios Félix y sus pillastres encontraban no sólo con qué servir al vientre, sino mucho que mirar y en qué divertirse.

Estaba una mañana Felisillos al lado de la puerta de la Audiencia en espera paciente de un escribano de barba de cola de pato, que solía darle de vez en cuando alguna cuartilla, cuando salieron dos graves oidores de los de la Sala del Crimen con sus birretes, altos y temerosos y crugiendo la seda negra de sus amplios ropones, y oyó bien claro que uno dijo al otro esta cosa estupenda, espantosa, con la mayor naturalidad del mundo.

—De los cinco criminales que hoy hemos condenado a muerte inapelable, tengo la plena seguridad de que dos de ellos sí la merecían.

Dos estudiantes sonrientes y parlanchines, que iban de doñeo, acertaron a pasar por ahí y oyeron bien lo que manifestó el grave magistrado y entonces uno de ellos dijo, guiñándole maliciosamente un ojo al compañero de travesuras:

—En sepulcro de escribano
una estatua de la Fe
no la pusieron en vano,
pues firma lo que no ve.

Y el otro le contestó en el acto con estos otros versillos:

—¡Callen!, dijo un magistrado
al escuchar un gran ruido,
en la sala del juzgado.
¡Por Dios que estoy arruinado!
¡Diez pleitos he sentenciado
sin haberlos entendido!

Y ambos muchachos se fueron riendo, celebrándose mutuamente con grandes y ruidosas carcajadas las coplas que habían dicho.

Salía Félix de Palacio con los de su desenfadado tercio, y saltaban haciendo ágiles piruetas y volantinerías de una a otra de las pulidas pilastras, guardarruedas o marmolillos, que de estos tres modos se les decía a las piedras que estaban clavadas a la orilla de la acera de la Real Casa y de la fea columna dedicada en honra del hipocondriaco Fernando VI. A veces se iban al Portal de Mercaderes y en el acto un oculto embeleso les tenía ocupados los sentidos y enhechizada la imaginación. Aquello era el Paraíso.

Mudo y todo ojos se quedaba el tropel de pilluelos ante tantos y tantos juguetes como allí había y que con gran variedad llenaban alacenas enteras. Con sólo verlos subían a hollar la cumbre de la felicidad. Verdaderas montañas de baleros, de pelotas, de trompos multicolores; muñecos pintorescos de barro, de trapo y de cartón colorido, muchos de ellos con movimiento de cuerda, en los que el alma popular puso una sonrisa; carritos de madera, cochecitos de hojalata, que en todo copiaban con esmerada perfección a los de Providencia; mil pequeñas cosas de iglesia: custodias, candeleros, blandones, atriles, cálices, arañas, ramilletes, copones, palabreros, todo ello para jugar a los altarcitos; arreos militares, como tambores de muy pintorreada caja, cornetas, espadas de puño dorado, cañones de estaño y de bronce que hacían tiro. La contemplación de estos ensoñados primores les arrebatava todas las potencias a los pobres muchachuelos.

Felisillos, permanecía siempre arrobado, como fuera de sí, contemplando unos ciertos toritos de cuero y unos airosos caballos tordillos, otros prietos, otros cuatralbos, otros de color albardado güinduy o rocío flor de durazno, con su pelo al natural; lo mismo quedábase embebecido ante los soldaditos de barro, esbeltos como avispas, y los numerosos y severos personajes que salían en el Paseo del Pendón el día del glorioso mártir señor San Hipólito. También se llevaban embobada admiración los minúsculos objetos de vidrio, leves y frágiles, animalillos de toda especie, trastos variadísimos, sillas, arañas, candelabros, floreros con sus ramos de colores, toda una variedad sutil de esas cosas delicadas, y las numerosas monjas y frailes de todas las órdenes monásticas y hospitalarias establecidas en México, labradas curiosamente las figurillas con navaja en medias habas y con sus hábitos

pintados muy al propio. Ante las pulgas vestidas, maravillas de paciencia y de buena vista, quedaba Félix suspenso y atónito, lleno de imponderable embeleso.

Todo esto era el deleite del pobre niño vagabundo que nunca se había atrevido ni tan siquiera a soñar que fuese de su propiedad sólo alguno de esos primores que lo ponían en éxtasis por largo rato, privado de seso y de juicio. Solamente tenía el infeliz muchachillo huesitos de chabacano y patoles que robaba en las huertas, para jugar a la cholla o a los pares y nones, matatenas de río para el pinaco, y, cuando más, unas descoloridas canicas de piedra.

Pero si había ahorcado en la Plaza Mayor, era para él ocasión de holgorio, motivo de gran regocijo, que excedía al que alcanzaba con la brillante procesión de Corpus Christi, en que la ciudad entera se encendía en fiesta y en la que él lograba siempre el mejor puesto para contemplarla a todo su gusto y sabor. Al saber Felisitos de la ejecución, daba saltos de placer, centelleaba de contento; el corazón le salía de sí del gozo y dábale como pasión de risa.

Encontraba siempre con los perdularios de su cohorte churretosa el mejor lugar para presenciar sin estorbos, en todas sus partes, aquel espectáculo honesto y divertido. No perdía ripio. La salida del reo, montado en una mula vieja, colosal armazón de huesos, o a veces en un caballejo ético, muy villano de talle, que iba haciendo hacia todos lados reverencias muy cumplidas, no porque estuviese renco, que eso era lo de menos, sino por fino y bien educado que era el rocín, hijo de buenos padres. A ese pobre animal se le contaban, sin mayor dificultad, todos los huesos debajo de la piel con mataduras en unas partes, encallecidas en otras, y en las más sin pelo; ya los años lo habían despojado de la cola y de las crines, retorcido las patas y enjutado el cuerpo y le pusieron, además, un triste balanceo en la cabeza descarnada y le apagaron un ojo, y en el que le quedó había un mirar melancólico que expresaba resignación ante el infortunio.

Casi siempre iba el preso trasudando y demudado de muerte, como que no lo llevaban a ningún sarao, ni a beber fresco rosoli, ni chocolate, atado de pies y manos, con su «músico de culpas» por delante, y rodeado de un lucido golpe de alguaciles y de otros graves ministros de la ley, y al lado de la mula flaca o del jamelgo acecinado, lleno de abatimiento, un fraile que estiraba el pescuezo a todo lo que daba de sí, y, a la vez, alzaba la voz para echar más fácilmente en la oreja del criminal las exhortaciones piadosas en las que hablaba de arrepentimiento; lo que ya no hacía falta que se le predicara al reo y con ello perdía su tiempo el bendito padre, pues el mísero iba ya mil veces arrepentido de lo que hizo con tan poco arte, porque le salió malísimamente el negocio, pues por eso lo iban a colgar como racimo de uvas en la «ene de palo» tan temida. Si no le hubiese echado mano la gente de la justicia, tan entrometida que es, o si hubiera tenido con qué untarla, estaría lejos del arrepentimiento, en el mero disfrute de la vida, y hasta tendría, que duda cabe, el respeto y estimación de mucha gente principal, pues el rico dondequiera halla amigos. Ya lo dice el refrán: el rico de todos es honrado y el pobre despreciado. Otro

también, de innumeral filosofía, asegura que no hay rico necio, ni pobre discreto, porque ya se sabe que poderoso caballero es don dinero, y que vileza es pobreza. En una deliciosa comedia de Tirso de Molina, la rotulada *Martha la piadosa*, se lee en el acto I, escena VIII, esta exclamación profunda y siempre eterna:

«¡Ay, dinero encantador,
qué grande es tu señorío!».

Oía Félix la voz del pregonero, pausada, hueca y tonante, que iba diciendo, indiscretamente, las cosas que cometió aquel desgraciado hombre quien después de que se había graduado con mucho aplauso en la cárcel o en galeras, iba a acabar sus bizarrías en la horca, dicha el *finibusterre*, ejerciendo el inalienable derecho del pataleo.

No perdía Félix ninguno de los gestos del ahorcado, que eran parte principalísima en la función, ni menos aún ninguna de sus palabras, cosa también muy importante en estos actos, las que solía decir al pueblo desde la altura de aquella eminente y no envidiada cátedra en la que enseñaba cómo y por qué perdía su bonita existencia. Después le estaba atento a los numerosos visajes que iba haciendo al ajustarle el áspero lazo de ixtle en torno del cuello, y luego, no desperdiciaba ninguna de sus innumerables contorsiones y zangoloteos más espontáneos que si bailase una briosa zarabanda, un bullicuzcuz, una jacarandina o un popular gurigurigay al suave son de la dulzaina y del adufe.

Muchas veces sucedió que contagiado Félix por la multitud, por lo muy nefando que hizo el malhechor a quien se ajusticiaba, la emprendiese, enardecido, a pedradas contra el cadáver, hasta que salían sus mercedes los alguaciles o los vistosos alabarderos del Real Palacio a extinguir aquel ardor de indignación que tenía el argüendero gentío que llenaba la plaza de mar a mar, haciéndolo suspender esa labor meritoria. Sólo muerto se ponían esos temibles señores al lado del reo para defenderlo, para impartirle la necesaria ayuda, cuando ya el infeliz no la necesitaba para nada, ni le hacía maldita falta semejante protección.

Cuando iba junto al reo, lo más cerca posible que le permitían estar los estirados alguaciles del cortejo, le oía hasta la respiración, agitada o pacífica, que denunciaba su estado de ánimo, y hasta le contaba los suspiros que echaba. Así fue como escuchó bien a uno a quien llevaban a ejecutar por un pésimo asesinato que realizó en un camino, y según arrastraba y sonaba las erres, denotaba ser de otras tierras, galo, tudesco o flamenco. Desde que salió de la Cárcel de Corte no dejaba de sonreír ni un solo momento, y al preguntarle el padre que lo auxiliaba cómo tenía valor de ir con aquella inacabable sonrisa que en momentos tan graves denotaba gusto, respondió con una mayor extendida por toda la cara:

—Vuestra paternidad se reirá después, padre mío, tanto o más que yo, al comprender también que estos bergantes ahorcan ahora a un inocente.

Una ocasión iba un malhechor en una mula de andadura muy lenta porque era vieja y coja y agravaba más su lentitud la ceguera que tenía a menos de media luz, haciéndola ir casi a tientas. El fraile dijo al criminal que ayudaba a bien morir, con voz muy dulce como para consolarlo:

—Hijo, feliz tú que hoy vas a comer con la Santísima Trinidad.

A lo que respondió el paciente con viveza:

—¿Feliz?, padre mío, al paso que va esta maldita acémila, ni a cenar llevo. Estoy desesperado.

Otra vez, a otro que llevaban a ajusticiar por sus largas fechorías, oyó Félix bien claro que le dijo el padre auxiliador:

—Dichoso tú, hijo mío, que de aquí a un rato estarás gozando de la bienaventuranza eterna por medio de una muerte tan dichosa, pues estás arrepentido. ¡Qué suerte la tuya!

Y en el acto le contestó el muy socarrón, entrecerrando maliciosamente los ojos:

—Pues vamos trocando, padre. Ándele...

—No, hijo, no, a ti es al que te conviene, pues yo en el mundo tengo hartito que hacer: convertir a muchos pecadores, llevarlos por el buen camino. Tengo que soportar grandes trabajos.

—Los cambio yo, muy gustoso, por éste que sólo ahora tengo.

—No, hijo, no. Tú eres el elegido de Dios Nuestro Señor, y nunca hay que torcer sus santos designios. Vamos rezando el «yo pecador». Di conmigo, pero lleno de contrición: Yo pecador, me confieso a Dios...

Pero eso sí, ni Félix ni ninguno de sus medrosos conmlitones se acercaba mucho a la horca, «la ene de palo», dicha así en parla de germanes. Veían a una buena distancia, el nefando artefacto con muy respetuoso temor, porque tal vez tenían el obscuro presentimiento de que, acaso en día no lejano, alguno de ellos sería arrastrado por justicia hasta esa máquina, final de la galopesca, para acabar en él sus años, lindos años, porque algún negocio les hubiera salido fallido o se los estropeasen después los malditos corchetes y porquerones, los odiados agarrantes, que en todo se metían de mala manera y echaban a perder así tantas cosas con su sola presencia.

Cuando fenecía alguno en la horca se desarrollaba en las escuelas una terrible carnicería, principalmente en las de los padres betlemitas. Estos insignes varones son los que descubrieron esa persuasiva pedagogía traumática que tenía como principio esencial el apotegma de que «la letra con sangre entra». Fueron los primeros en divulgar en México ese principio esencial e irremplazable, con lo que demostraban ser los más competentes pedagogos. Además, tenían fincados sus enérgicos procedimientos en el antiguo adagio español: Al zote, lo hace listo el azote. Así, muy a conciencia, enseñaban a leer y escribir, poniendo en juego correas, varejones, palmetas, que tenían cinco agujeros en memoria de las cinco llagas del Señor, y hasta utilizaban para sus nobles fines singulares cachetizas, pellizcos muy bien retorcidos y buenas trompadas cayeran donde cayesen. También ellos eran los inventores

exclusivos de la aporreada general el día en que se ahorcaba a alguien. No hay que quitarles esa gloria legítima a los de la religión betlemita.

Se refería a los consternados alumnos con palabras que escalofriaban, los hechos nefandos del criminal, quien en la vida se aplicó más a emular vicios que virtudes y por sus acciones iba a acabar de tal manera, y para que más les aprovechara la lección ejemplar, se les daba a todos a calzón quitado, sin respetar edad ni condición, grandes zurras con las que se entusiasmaban los excelentes educadores, poniendo a prueba la eficaz resistencia de todas sus disciplinas y manojos de correosas varas de membrillo, aunque muchas veces quedaba temporalmente incompleta tan preciosa colección.

Los muchachos, a la hora de la tunda, prorrumpían en espantosos alaridos de dolor, pero los pródigos padres seguían impertérritos su método pedagógico con sus golpizas despampanantes, con las que hasta balaba el Cordero Pascual, y que hacían suponer que en aquellos frailes no había ningún humano sentimiento.

Sexto tranco

En el cual se dicen las numerosas andanzas de Félix a través de la ciudad

Recogíase Félix después de andar diableando todo el día, en calle céntrica y principal porque los huecos de las puertas en que dormía a sueño suelto, eran amplios y así estaba más al resguardo de los vientos, lluvias y fríos. Bien haya el lugar donde no se respira aire que otro haya respirado. Conocía todas las casas de esta calle ilustre que tenía, como las más de la ciudad de México, un galano prestigio de leyenda. Conocía no sólo a sus moradores uno a uno, sino a todos los que habitualmente pasaban por aquella rúa, vieja y noble; a los menestrales que venían ya de vuelta de su trabajo; de ellos los había limpios, calzados, y también los había de los que llamaban «de chiche pelada», y entre éstos, los panaderos que andaban casi, y aun sin el casi, en muy ventilada traza, *in puribus naturalibus*, tal y como sus madres tuvieron el gusto o el dolor de largarlos al mundo. Iban los tales cubiertos únicamente con una manta vieja con trama de mugre, y con esa somera indumentaria transitaban no sólo por la calle, sino que así, disolutamente aireados, entraban en las iglesias a oír misa, o en los atardeceres a rezar muy devotos el santo rosario, antes de ir a sus tahonas, pues raros eran los de este oficio que se ponían camisa o calzón, y así descubrían cosas que no fuera menester que viera la luz del sol.

Conocía a todos los pordioseros, ya ciegos o lisiados de verdad, ya los que simulaban serlo, pues sabían a la perfección fingirse toda suerte de miserias corporales, llagas sanguinolentas con escurrimientos amarillos, hinchazones tumefactas, lepra, perlesía temblorosa y agitado mal de San Vito. Con esto emparejaban lo ruin de su interior con su exterior, ya que todos eran hábiles maestros en trampas y bellaquerías, buenos maulas, pero pintorescos socarrones, matreros y ladinos de tomo y lomo.

Andaban a pedir ya tartaleando con su gozque a la cuerda o apoyados con gran esfuerzo en un palo tallado, desnudos de pie y pierna, y lo poquísimo que les tapaban las carnes eran trapos cochambrosos, o vestidos viejísimos que habían pasado ya por los cuerpos de diversas personas en uso de años, llenos de desgarrones y remiendos de varios colores puestos siempre de malísima manera. Cantaban trozos de viejos romances, rezaban o iban invocando a santos y a vírgenes con tono tan lastimero y desgarrador, que parecía salir esa quejumbre de entre un féretro o de las mismas llamas del Purgatorio. Triquiñuelas doloridas para meterse en las lástimas de la gente de buen corazón y así pescar ochavillos, que era el negocio al que andaban arrimados, con mucho del ¡Mira mis tristes años y amancíllate de este pecador! ¡Una limosna

por el amor de Dios! ¡Santa Lucía bendita les guarde los ojos! ¡No hay prenda como la vista, hermanos! ¡Ilustre caballero —o linda señora— sea Cristo en su ánima y mire a este pobrecito desventurado y duélase de él! ¡Qué no te mires nunca, hermano prójimo, como yo me veo, lastimado de la mano de Dios! ¡Por la Virgen Santísima de Guadalupe, nuestra madre, den una limosna a este infeliz, comido por la miseria! ¡Un aire corrupto me privó de la luz natural, y pido unas moneditas para mi consuelo! ¡Miren y ténganme lástima, ay, ay, de mí!, ¡denme un pedazo de pan para mi hambre! ¡El Señor, bendito sea, me ha dejado sin movimiento, pero con la palabra para agradecer los bienes de caridad que me hagan las almas compasivas! Y con otras quejumbrosas salmodias, por el estilo de éstas, demandaban limosnas los muy sinvergüenzas, siempre melancólicos, humildes, compungidos.

Para aclamar a todos los santos del cielo poseían una escogida variedad de tonos tristísimos y conmovedores. Conocían las actitudes más sumisas para que se les tuviera por los mayores necesitados, afligidos y enfermos del mundo, y se quejaban con florida inspiración elegíaca. Eran innumerables y de gran variedad los conocimientos de que eran dueños estas buenas piezas, lacerados con sus almagres, sus untos y su cera de colores. Sabían lindos romancillos en loor de cualquier santo, y los recitaban ya en tiple o bien en potente fabordón.

Conocían a las mil maravillas infinidad de oraciones para todos los males, que gangueaban con el ritmo mendicante habitual. La de Nuestra Señora de la Soledad para que acabaran las tribulaciones; la de Santa Polonia para hacer cesar el más impertinente dolor de muelas; la de la piedra imán para proteger a los ladrones y la del Justo Juez para verse libre de cárceles; la de San Erasmo, la del Espíritu Santo, grave y sonora, la de Santa Elena y la de la Virgen de Belén, todas tres inmejorables para atraer al ausente y desamorado; para alejar a los importunos, la complicada de San Judas Tadeo que se rezaba poniendo una escoba detrás de la puerta; para unir los corazones más enojados recitaban la de San Silvestre; para ser embarazada, la de San Juan y la linda de San Nicolás Tolentino, y para que desapareciese ese fregado, así tuviera los meses que tuviera, la de Santa Prisca, o la de Santa Eulalia aún de mayor fuerza para el caso; canturreaban una magnífica a San Ramón Nonnato para que los partos fueran bien alumbrados; y otra para que a las estériles les diera San Francisco de Paula descendencia que se propague y se fecunde; la de San Ginés y la de San Aparicio para conocer lo ignorado; para obtener lo que se solicitaba, la de las benditas ánimas del purgatorio; para encontrar las cosas que se pierden la de San Antonio de Padua, llamado así sólo porque murió en esta ciudad de Italia, pero vino al mundo en Lisboa en donde gozó su mocedad. Y sabían estos bellacos, otras ciento a cual más eficaz, que decían por paga.

¿Y conjuros? ¡Válgame Dios, los conjuros que sabían estos ciegos pedidores, esta colmena rufianesca! ¡Qué excelentes eran todos esos conjuros y cómo les llevaban buenos dineros! Los sabían a la perfección y sin un solo tropiezo, para concertar los más combatidos casamientos, para hacerse querer con loco frenesí de la persona

amada o atraerla, si es que andaba lejos, o que le diera, si era preciso, un mal repentino que la sacase de esta vida baja y miserable en que se padecen tantos y tantos trabajos.

Sabían el conjuro del umbral y el de los tres demonios mayores; el de la piedra alumbre, el de los palomos, el de la sal, el de la almea, el del ánima sola, el de los tres clavos, el del niño no nacido, el de la ventana y el dedal. ¿Cuáles conjuros más eficaces que el de las tijeras y el cedazo, y el de Satanás y Barrabás, para encontrar las cosas extraviadas? ¿Y cuál mejor que el del cabello, el de la simiente y el de los orines, para unir estrechamente a una persona con otra? ¿Y cuál era superior al del azufre para ser agradable y estimado? ¿Y cuál como el de la escoba, y el del huevo para deshacer el mal de ojo? ¿Y para contentar a alguien, qué otro más útil que el del gordolobo?

Conocían las virtudes salutíferas de infinidad de yerbas y las daban en pótimas para extinguir enfermedades, o bien para lograr amores no satisfechos, o causar daños mortales. Con raspaduras de uña y sogas de ahorcado, hervida junto con unas raíces y ciertos simples, en agua bendita que se tomó el día de Pentecostés en una parroquia que viera hacia el Sur, alejaban inmediatamente, hasta tierras bien distantes a las personas que no se querían tener cerca; preparaban el agua de cayena para hacerse querer con pasión desorbitada; con ciertos humazos de abominable hedor, aliviaban a los endemoniados; para adivinar el futuro echaban las habas y ejecutaban la suerte del rosario, haciéndolo andar con unos rezos que iban murmurando precipitadamente, en los cuales se nombraba a Santa María, el ara consagrada, a San Cebrián, a San Remigio, el cáliz bendito, y la Porciúncula.

Difícil en verdad era el arte de mendigar, pues se deberían saber tonos los más quejumbrosos para utilizarlos oportunamente en las peticiones; aprender de coro innumerables rezos para todo lo bueno y para todo lo malo del mundo; recibir de cierta manera la limosna mendigada y tener gracia para besar el pedazo de pan o lo que se diese. Se necesitaba ser afable y lisonjero, y también siempre humilde, muy manso de corazón, pero ducho en mil artimañas y trampas y saber birlar lo ajeno lindamente, para lo que era necesario manos ligeras y sutiles y gran habilidad de dedos como el más consumado matachín o prestidigitador.

Félix admiraba mucho, y con razón, a los que profesaban este noble oficio con el que tan buenas ganancias sacaban a diario, gracias a sus incomparables ardides. Era caudalosa granjería el mendigar. En repetidas ocasiones quiso ser uno de estos ciegos rezadores, alto grado en la carrera hampona, ya de esos ambulantes de vida agradable y regalada, o de los pacíficos que estaban arrodillados, encogidos con humildad, en las puertas de las iglesias, o con los brazos levantados a lo seráfico, gangueando sus lamentaciones, pregonando sus miserias; aunque allí parecían estar acongojadísimos y traspasados de infinitas desgracias, ya juntos entre sí tenían lindo humor y hablaban en jerigonza, dábanse bromazos crueles y divertidos, y no les faltaban jamás ni mozas para el revuelco, ni vino peleón para acrecentar su contento. Por eso dijo Cervantes

de estos maulas a quienes conocía a las mil maravillas que «a la sombra de la manquedad fingida y de la llaga falsa, andan los brazos ladrones y la salud borracha». Todos ellos eran sutiles zorrastrones, muy redomados maestros en la ciencia villanesca; por eso se llevaban la admiración incondicional de Felisillos que, aunque muchacho, sabía comprender y aquilatar los méritos.

En una ocasión vio a uno que demandaba limosna con voz melancólica y en el rostro marcada expresión de profunda tristeza. Decía muy compungido al implorar caridad: «Para este pobrecito ciego». Acertó a pasar por frente a él un señor, a quien le dijo con palabra dulce, como para serle grato:

—Adiós, mi buen señor don Lucas, viva su merced con salud muchos años y yo lo vea. ¿Qué, no me da su merced una limosna?

—¿Pues si dices que eres ciego, entonces cómo me has visto?

—Yo digo «para este pobrecito ciego», pero yo no digo que lo soy. Santa Lucía bendita me conserve los ojos. El ciego de nacimiento es este infeliz perro que me acompaña. Para él pido y no engaño con mi petición.

Como este ciego había muchos otros por la ciudad que a todo el mundo saludaban melosamente por su nombre y apellido y si se les reconvenía por su ceguera, contestaban que sabían los nombres y apelativos por el olfato y también hasta por el tacto.

Había un ciego, viejo él y salaz, de encendida sangre, cuyo pecho lo abrasaban constantes incendios de amor. Movía a gran risa su exaltada lujuria de mozo; cuando pasaba por un puesto de pescado y llegábale su hediondez a las narices, éstas se le dilataban y hasta se le movían las orejas. Se encalabrínaba todo con ese tufo y decía muy sonriente:

—Adiós, muchachas. A la noche vengo.

Otros ciegos eran muy dignos, llenos de categoría, pordioseros muy señores. A uno de esta clase le daba un caballero un real, indefectiblemente todos los domingos a la salida de la misa de once, y lo recibía con un gesto benévolo que denotaba agradecimiento y conformidad, a la vez que decía con tono ungido de humildad: «Dios, nuestro Señor, se lo pagará». Le echaba el pícaro toda la deuda a la Divina Providencia, pues él no tenía ningunas intenciones de cubrirla. No faltaba domingo que no pusiera este buen caballero en la mano trémula del viejo su realito muy reluciente. Pero he aquí que estuvo enfermo o se marchó de viaje, el caso es que no fue a la iglesia cuatro domingos seguidos, y cuando asistió a ella después de su ausencia, dio al mendigo el dicho real que tenía por costumbre entregarle, pero se quedó con la mano extendida y se puso a ver la moneda cejienarcado, con extrañeza manifiesta, como si fuera cosa de admiración que nunca habían contemplado sus ojos.

—¿Qué es esto, señor?

—Pues que ha de ser, ¿no lo sabe?, el real que le doy cada ocho días.

—Sí señor, usted lo ha dicho bien, ca-da-o-cho-días, y, como ha faltado el señor

cuatro domingos, en vez de un real, de este real, deben ser cuatro reales. Ésos son los que me adeuda en conciencia.

—¿Cuatro reales?, óigame, yo doy lo que quiero, cuando quiero y en donde quiero. Nadie me puede exigir que dé más de lo que a mí se me antoje, y en la fecha en que me venga en gana, y en el lugar en que yo determine. ¡Qué está usted ahora con impertinentes exigencias! Si no quiere el real, démelo.

—Pues téngalo. Llévase su cochino real y busque otro pobre que le convenga. Que le convenga a usted y que le convenga a él el socorro. Nosotros nos prestamos voluntariamente para que ustedes, los ricos, practiquen la caridad, y con esto no crean que nos auxilian, están muy equivocados, sino al revés, ustedes son los que se benefician, pues les ayudamos a conseguir el premio en la otra vida. Así es que como los que dan limosnas a los pobres son siempre gratos a los ojos de Dios, somos nosotros un medio seguro para su felicidad eterna, contribuimos para su salvación. Aquí dan y allá cobran. Esto no es caridad, es un cálculo. La dádiva es para ustedes una letra de cambio muy cómoda. Y todavía haciéndole yo un bien infinito me regatea cuatro míseros reales. ¡Caramba, qué entrañas de señor! ¡Búsquese a otro pobre a quién explotar! Conmigo ya no cuente usted para nada.

También conocía Félix al ágil vejezuelo que iba dejando en cada puerta la *Gaceta*, a cuya aburrida lectura se pegaban con avidez todas las gentes para entretener la monótona lentitud de muchas horas. Conocía, igualmente, al demandadero de las monjas carmelitas, otro viejecillo untuoso y sonrosado, vestido siempre de negro, con ademanes muy unciosos de lentitud eclesiástica, y de mirar tierno, como si estuviera perpetuamente ante una imagen de la Virgen pidiéndole merced o rogándole que le remediara una desgracia. Con muchos de los transeúntes se iba deteniendo el vejezuelo para preguntarles con palabras llenas de miel, por todos y por cada uno de los de su familia, y él, a su vez, daba minuciosa razón de ésta o de la otra monja, refería sus arrobos, enfermedades o achaques; hablaba siempre muy contrito de la pobreza de las benditas señoras y de los grandes milagros que ejecutaba tal o cual santo de su iglesia; de la olorosa molienda de chocolate de tres tantos, que estaban haciendo las madres por encargo de un señor oidor, para enviarla de regalo en la próxima flota, no sabía a punto fijo si a un prior, a un caballero de Calatrava o, tal vez, a un valido del Rey nuestro señor, pero que, de seguro, iba a dar buena parte a la real mesa de Su Majestad, quien lo saborearía con indudable deleite; o hablaba de las lindas palias y ornamentos que mandó bordar algún pudiente caballero para un predicador ilustre, o del gremial que iba a obsequiar una cofradía al arzobispo. Siempre llevaba este melindroso ancianillo en una batea de Olinalá o en una rameada charola algún encargo delicioso de dulces, cubiertos con primorosa servilleta, ya deshilada, ya bordada con sedas de colores o con chaquiras, labores pacientes de las santas y pulidas manos monjiles.

Conocía Félix a las mil maravillas, al sereno, el señor Juan Francisco, que caminaba indolente, balanceando su humosa y enrejada linterna flamenca, vestido

con luengas calzoneras de gamuza, adornadas de sonante botonadura de acero, amplias botas de campana, haldudo sombrero cubierto con forro de hule, y al hombro el chuzo que le servía de arma terrible. Felisillos tenía herido el corazón de envidia al contemplarlo, bien rebozado en su manta abrigadora en las noches frías y nevosas del invierno y cuando llovía, tronaba y relampagueaba a trechos. Le infundían respetuoso temor sus grandes bigotes como de tártaro, que le llenaban la cara de pelambre fosca, y ya sabía el pillastre que antes de que sonase el toque pausado y grave de ánimas, andaba muy diligente, encaramándose en la escalera para encender los faroles cuya luz agitaba las sombras de la noche, manteniéndolas alejadas solamente a poca distancia.

Con un grito amplio, sonoro y claro, iba anunciando las horas. Tras la salutación a la Virgen, decía la que era y en seguida el estado, bueno o malo, del tiempo para que los vecinos desde la tibia comodidad de sus camas, supiesen cómo estaba afuera, si con frío, o con lluvia, o soplaba viento, o si se hallaba tranquila la noche, «¡Ave María Purísima! ¡Las once y sereno!», o ya «¡Ave María Purísima! ¡Las doce y lloviendo!». Y así continuaba avisando los cambios climatéricos con una potente voz que llenaba toda la calle y apenas había terminado de lanzar un grito que diluía en la paz de la noche, soltaba otro también largo y lento, con flexibles modulaciones como de canción, y dándolo recorría cada hora varias calles, las de su jurisdicción, y el pregón rompía su vasto silencio cargado de sombras.

Conocía bien al lego del cercano convento de frailes, el risueño y candoroso hermano Antolín, lleno siempre de amor de piedad y que no saludaba sino con un *Deo gratias*. De él decía la gente que iba en camino propincuo de ser santo. Pasaba con su hábito raído, con la cuerda blanca de los cinco nudos simbólicos, atada a la cintura, y en ella clavado el rosario simbólico de negras cuentas, gordas y sonadoras, rematado por un gran crucifijo de cobre. Venía de los poblezueros y lugarcillos cercanos, a recoger limosnas para su convento, y caminaba despacioso, fatigado, pero con ojos alegres de niño e inextinguible sonrisa de bondad, detrás de un mansueto borrico que traía abundante carga de pollos, manojos de gallinas colgados de un lado y otro, algún cabrito o cordero lechal, amplia canasta con quesos, mantequillas envueltas en hojas de maíz, huevos, muchas frutas y también verduras y frescas hortalizas, con todo lo cual sus paternidades se iban a regalar plácidamente. Esas cosas decían de andanzas bajo el sol, de la fatiga de caminos largos y polvorosos y de las buenas almas que dieron aquellos dones para los frailes. Se contaba que este pálido y enjuto Fray Antolín poseía corazón muy limpio, y que con grandes y constantes penitencias torturaba mucho su enflaquecido cuerpo, el hermano asno, como le llamaba el señor San Francisco de Asís, y que tenía arrobos y dulces pláticas con Nuestra Señora la Virgen.

Miraba Félix llegar al atardecer, tarde con tarde, a una vejezuela vestida de negro, que se acercaba con lentitud, encorvada sobre un bastón de muleta, a la esquina de aquella sombría casa nobiliaria, la del esbelto mirador de azulejos, cerrado con

vidrios entre marcos de plomo, y que ostentaba bajo el pretil de arcos inversos, robustos canalones sostenidos por angelotes sentados en ménsulas muy esculpidas. Sacaba la viejecilla una alcuza de debajo de su verdoso y raído manto de anascote; la colocaba con mucho cuidado en el suelo como si fuese cosa frágil; deshacía el nudo del cordel, atado de una escarpia pequeña clavada en el muro de piedra gris, e iba bajando, poco a poco como si pesara bastante, el farolillo que, pendiente de una garrucha, se hallaba ante la Virgen que refugiábase plácida con su amplio traje de piedra rosada, lleno de afiligranadas labores, en el nicho que se abría en la esquina de ese enhiesto caserón.

Limpiaba cuidadosamente los ahumados vidrios del farol con un paño que con pulcritud llevaba envuelto en un papel. Los iba limpiando con la cariñosa ternura de una abuela que aseara la carilla de un nieto enfermo. Con nimio cuidado echaba después en la lamparita el aceite de la picuda alcuza; mudábale mecha, la encendía; tornaba a elevar el farol, tirando dulcemente de la cuerda que ataba en la alcayata con nudo pulido, que no parecía sino que lo puso en los chapines de una dama que fuera a asistir a un sarao, y luego, al concluir todas sus minuciosas faenas, quedábase viendo a la imagen con honda dulzura.

Se arrodillaba la ancianita a la orilla de la acera, sin quitar de la Virgen la mansa suavidad de sus ojos cansados, siempre con brillo de lágrimas. Sus labios arrugaditos los movía una oración. Se alzaba con dificultad, apoyándose en su palo y se iba a casa, paso a pasito, lentamente, inclinada sobre el bordón que sonaba pausado y sonoro en el empedrado. Y ya en la calle solitaria quedábase sola esa luz, esa cosa tan tenue, tan fina, tan trémula. Parecía guardar el sueño de todo el barrio; que con amor cuidaba su reposo hasta que en el cielo se ponía la aurora. Los seres y las cosas dormían en la sombra; ella velaba fiel, poniendo con delicadeza sus suaves resplandores en la Virgen. Silencio y paz. Y entre este amplísimo sosiego, la lucecita vigilante, insomne.

Félix veía a la viejecita enlutada amechar tarde a tarde el farolillo, sin que faltase una sola, y todas esas cuidadosas operaciones que iba ejecutando tal vez pensaba ella, eran trascendentales, importanísimas en su vida solitaria de mujer pobre. Y así todos los días, de todas las semanas, de todos los meses, llegaba a la misma hora de siempre, y se iba menudita, despaciosa, encorvada. En cierta ocasión oyó decir Félix a una mujer del barrio, que desde que murió la madre de esa viejecilla, creo que allá por los años felices en que gobernaba el buen virrey Revilla Gigedo, ella continuó en esa piadosa obligación que tuvo en herencia y que seguiría ejecutándola hasta que hiciera tránsito de la vida que tenía a la que aguardaba, y angustiábase la pobrecita vieja y se apretaba sus manos secas y leves, al decir que, quizá alguna tarde no lejana, ya no vendría a encender la lamparilla de la Virgen porque la muerte le andaba cerca, queriéndole cerrar los ojos, y que ya nadie, era su gran dolor, se volvería a ocupar en poner esa luz a la imagen, que día a día encendió su abuela, y después encendió su madre y en seguida ella, a lo largo de muchos años; y desolada posaba sus ojuelos,

húmedos de ternura, en la grácil virgencita de piedra, que alzaba sus leves manos bendiciendo. Honda lección, grave lección de constancia y de fe, la de estas vidas humildes. Félix estaba bien lejos de comprender esta piadosa constancia y este fe grande, inextinguible, fe de toda el alma.

Pronto distinguió el perdulario muchacho el toque de todas las campanas de los conventos que sonaban afanosas, cristalinas y límpidas, entre el sosiego nocturno. Supo cuáles eran las de San Juan de la Penitencia, cuáles las de las claras, las de Santa Teresa y las de la Encarnación y cuáles las lejanas de Regina, cuáles las de Balvanera, cuáles las de San Lorenzo y las de los pobres carmelitanos, las de San José de Gracia y las de Santa Isabel y las de Corpus Christi, las de San Agustín, las de los padres fernandinos, mercedarios, franciscos y agonizantes, y las de los de Santo Domingo, las levísimas de las santas madres gerónimas y las de las brígidas, y las de las monjas de la Concepción y las de las de San Bernardo, y las de la Casa Profesa.

De otras campanillas que sonaban por la ciudad bien distintas a éstas, puras y leves, conocía perfectamente la voz. Como la del terrible «carro nocturno» que llenaba la calle por donde iba, de un olor intolerable que atemorizaba la respiración. Ese carro lo formaba un grueso tonel tendido sobre tablas, puestas sobre dos ruedas; una mula mohína, de andar tardo, tiraba del hediondo artefacto que, de trecho en trecho, se iba deteniendo, y entonces el sucio conductor agitaba aceleradamente la campanilla, y a su son salían presurosos los vecinos de todas las casas a vaciar en la inmunda *pipa* ya altos «condes» de loza poblana muy rameados o con otras decoraciones policromas, o bien botes de hojalata o vacines de los vulgarísimos de barro o de los vidriados, en cuyo fondo estaba pintado un ojo muy abierto con la graciosa picardía de esta leyenda: *¡Que te estoy mirando!* Estos íntimos recipientes a los que las monjas llamaban mira-visiones, contenían lo mayor y menor que en ellos almacenó la familia durante el día.

Al sentir este estrepitoso carromato salía Felín de estampía, como toda la gente, para huir pronto de aquel hedor tan infernal que desmayaba a muchos. Sobresalía bizarro y ofensivo sobre el asco y hediondecas que traían los muchachos de su tropilla encima de sus carnes y de sus andrajos. Se alejaba el armatoste bamboleándose terriblemente por las grandes desigualdades del piso, lleno de altibajos y baches; no parecía que caminaba sino por una escarpada loma. Con estos horribles vaivenes desparramaba más sus pestíferas emanaciones que desvanecían la gracia de los aromas que se llevaran al olfato, solamente el sucio conductor iba impasible, parecía que respiraba tales pestilencias como si fueran suaves olores de rosas y manzanas.

La otra campanita que por las noches escuchaba Félix, era la tristísima de la Cofradía del Rosario de las Ánimas. Los cofrades recorrían la ciudad hasta las altas horas e iban haciendo lamentosa imploración de sufragios. Se asentaba un gran sosiego en la calle y a la distancia levantábase un eco doloroso tras el ruego

gemebundo de «¡Un padrenuestro y una avemaria por el alma de don Fulano de Tal que acaba de morir!». Sonaba otra vez la campanilla y, en seguida, volvíase a alzar el gemido largo, clamoroso. Silencio, paz profunda tomaba a asentarse en la rúa tenebrosa y, a poco, otra vez el lento, el gemebundo tintineo, y recomenzaba de nuevo a brotar la petición lastimera con inflexiones anhelantes: «¡Un padrenuestro y una avemaria en bien de las benditas ánimas del Purgatorio!», para que las recordara el descuidado durmiente o el regalón cenante. Y al son sonoro y triste, como un grito entre lágrimas, se iba alejando poco a poco, hasta que al fin perdíase en la obscura distancia y la calle tornaba a encontrar su perdido silencio.

Al oír Félix estas voces largas y dolientes, junto con el persistente tilín, tilín de la campanilla llorosa, voz que pedía sufragios por los muertos, se le metía un vago temor en el alma; algo extraño sobrecogía al pobre niño, y hacíale sentirse solo, más abandonado, más desvalido que nunca, y recordaba entonces ciertas consejas alucinantes de las que le narró Felipita, y se le metía aguado frío en el tuétano de los huesos. Estremecíase más aún cuando los perros con su aullido largo, tal vez venteaban a la muerte en las interminables noches de lluvia.

Conocía el rapaz, como los de la mayor parte de su caterva, a todos los trasnochantes del barrio. Miraba llegar a la casa de la suculenta y ostentosa viuda de Dorantes, a un embozado que la abandonaba siempre a las primeras luces de la madrugada. Una noche, ya pasada de filo, salió del caserón más rápido que nunca ese hombre; algo abultado ocultaba debajo de la capa y oíase el llanto persistente de un recién nacido. Al otro día oyó decir Félix a un paje de esa hidalga mansión, que su ama estaba en cama por un enfurecido cólico miserere que le hizo gritar mucho durante toda la noche pasada, en que no la dejó sosegar.

Otra vez vio cómo un individuo iba trepando por los gruesos nudos de una cuerda hacia el balcón del que se hallaba atada, y como ésta se moviera mucho, en un constante bamboleo, Felisillo fue muy comedido, pues era muy servicial el arrapiezo, a sostenerla para que pudiese subir con mayor comodidad ese hombre, y corriera menos peligro de caerse, porque si esta desgracia sucediera, se descrismaría el pobre por la altura a que estaba sujeta. Se dijo a la otra mañana que fue un audaz ladrón el que había subido, y que del enorme susto que con ello recibió quedóse como amortecida la melindrosa señorita Lisarda en cuya alcoba entró aquel dizque jayán sin alma.

Pero de allí a poco fue a meterse esta damisela muy descolorida en un convento para aislarse del mundo, de sus novedades, modas y extravíos, y contrastaba mucho con su palidez cérea, la gran salud que demostraba tener, pues que iba muy ancha de caderas y abultada de vientre. Pero aseguraron unos criados que ese bulto y amplitud de cuerpo era porque estaba atacada de vapores, y por eso sentía un decaimiento penoso. En una esquina escuchó Félix a unos caballeros que hablaban entre risas de esa púdica Lisarda y de su señora madre, la viuda de Dorantes; comentaban el suceso de la gordura y palidez de la doncella y manifestaron que en la hija se cumplía la

infalible ley de la sábana, porque lo que es la madre, es la hija y hasta la sábana que las cobija. Felisillo se quedó pasmado, no sabía cuál era esa ley inexorable y misteriosa.

A la casa de rojo tezontle, sombría y blasonada, de los ricos Pérez Tagle, cuando se marchaba don Filiberto, el amo y señor de la morada, lo que era dos o tres veces por semana, a su árida hacienda pulquera de los llanos de Apam, entraba, ya anochecido, un orondo fraile mercedario, que tal vez iba a la ilustre mansión para aplicarse a rezar piadosamente con la señora doña Estefanía, con fama de muy devota y limosnera. Ella, por buena y antigua costumbre, rezaba únicamente a dúo; sola, no, nunca jamás, pues afirmaba siempre, que parece que no rezaba si así lo hacía, y faltándole el amoroso acompañamiento del marido lo reemplazaba con ventaja para no desatender sus santos ejercicios, con el buen fraile mercedario, quien sabía, de seguro, mejores, más eficaces y más exquisitas preces que el esposo ausente.

¡Qué bondad y qué sacrificio ejemplar el de ese excelente fraile de la Merced, que acostumbrado a acostarse temprano, lo hacía tarde, únicamente para que doña Estefanía no abandonase sus oraciones, que no podía hacer sola la pobrecita! El buen padre la ayudaba con todo desinterés a ganar el cielo. También lo retenía con ella toda la noche, tan sólo por mera precaución, para que si le llegaba la hora terrible de la muerte, el santo varón le echara luego la absolución, sin pérdida de tiempo, y le dijera las oraciones de los agonizantes. Era de lo más precavida esta pulcra señora. ¡Qué bonita una gente así!

De la casona de piedra de doña Rosa Pomferrada, con gran escudo nobiliario, sostenido por aquellos dos perros escuálidos, trasijados, y con el hocico abierto, señal inequívoca de que ladraban de hambre, claro está que canina, que tenían la inaudita pretensión de querer pasar por fieros leones rampantes, de esa casa sacaban muy a menudo grandes y pesados envoltorios y en la mañana temprano, o esa misma noche, se alzaba como motín en la hidalga mansión porque, asegurábase, que entraron ladrones audaces a quienes nadie sintió, y se llevaron lindas cosas de subido valor.

Los hijos de doña Rosa Pomferrada andaban muy encorajinados, echaban llamaradas y humadas por los ojos y narices, dejaban correr sin rienda el ímpetu de su furor por lo magnífico que tuvieron el audaz atrevimiento de hurtar aquellos extraños forajidos, lo que ellos más amaban por haber sido de su difunto padre, que en santa gloria estuviera, y juraban y perjuraban que los tendrían que encontrar así revolvieran Roma con Santiago, para despacharlos sin confesión a la otra vida, que eso era lo menos que merecían por su nefanda acción, y su madre, la ingenua y dulce doña Rosa, lloraba desconsolada a lágrima viva, calmándoles el enojo. Se le salía el corazón desleído por los ojos a la buena señora. Y ellos, tan sólo por obedecerla, ¡qué excelentes hijos!, sosegaban su furia. Tal vez, para consolarse de lo perdido, varios días andaban gastando dinero a manos llenas por garitos y prostíbulos. A poco tiempo tornaba a repetirse el robo y con él los enojos rabiosos de los hijos, quienes después desenfrenaban los apetitos, disipando pródigamente oro y plata para que, acaso, se les

acabase el disgusto, que habían empujado hasta lo sumo.

¿Y qué tal el uncioso sacerdote don Eduardito, que vivía a lo último de esa calle, y al que Félix besaba la mano, una mano gordezuela y fina, tropezándose por llegar pronto al lado suyo, pues a respetuoso nadie le ganaba? Una noche salió con precipitación el padrecito, como si lo hubiesen impelido fuertes brazos, y tras de él apareció como viva centella la pudorosa damisela que jamás alzaba del suelo los lindos ojos azules, temblorosos como estrellas, y de la que decía don Eduardito con tierna humildad, que «era su querida sobrinita»; pero, ¡ay!, las malas gentes que nunca faltan, Señor, en este perverso mundo, afirmaban que sobraba que dijera el parentesco ese, que tan sólo debería expresar el cariñoso epíteto que lo acompañaba, porque eso y nada más eso, era del clérigo la recatada y preciosa muchacha, dizque lo que llaman combleza, que, ¡ay!, no sé qué es, menos sabíalo Félix, pues reconocía como yo reconozco mis pocas letras.

Esa noche, mostrándose harto irrespetuosa con su señor tío, le dio, ¡sagrada mortaja!, un par de estrepitosas cachetadas que hasta levantaron eco, y al cleriguillo, de seguro, alta hinchazón; y cerrando la puerta con estruendo de cañonazo, dejó al bendito en medio del arroyo y en ropa blanca, que tampoco era otra la que ella traía, a juzgar por el color y lo flotante. Quedó expuesto el pobrecillo de don Eduardito con esa desconsiderada violencia, a que cogiera si no una pulmonía doble cuando menos un romadizo, o se resfriara con el rocío de la noche.

Félix no se explicaba por qué sucedió aquello ¡Entrambos con esos trajes indecentes! ¿Por qué? ¿Dónde estarían? Entonces recordó que no pudo entender lo que dijo esa púdica señorita de ojos tembladores a una enlutada santurrona del barrio, cuando le refirió una mañana, junto a la cruz de piedra del convento, «que ella derretíase en amor de Dios», y tampoco comprendió Félix, ¡poco caletre el suyo!, por qué esta beata al contarle ese dicho a otra vieja gazmoña y bigotuda, comentó la tal «que ese derretimiento ocurría en brazos del padre Eduardito». Ni tampoco se explicaba el muchacho lo del esbelto don Guillermo Roldán de Figueroa, de talante hidalgo y genial puntilloso, que moraba con gran asistencia de criados y bucelarios en la casa achaparrada, de pretil rematado con amplios arcos invertidos, en cuyas juntas se alzaban airoso estípites, y que tenían gran balcón de forja con bolas de bronce en los ángulos. Ese lujoso señor pasaba a mayores excesos. A toda hora se le veía en los juegos de trucos, en los de boliche, en el de pelota del convento de San Camilo, en el Coliseo, o bien andaba muy oloroso y pulido, en las tertulias de las alacenas del Portal de Mercaderes, en las de las tiendas del Parián, o en las de las tercenas de tabacos, o paseaba, muy estirado y magnífico, viendo a todo el mundo muy por sobre el hombro, por la Alameda, por el paseo de la Orilla, donde contemplaba embelesado el lento ir y venir de las canoas, cargadas de verduras o de flores de las flotantes chinampas.

Regresaba a su casa cuando ya se estaba haciendo obscuro, a boca de noche, pero antes de entrar no olvidaba la exquisita precaución de echar su digna mirada de gran

señor, hacia el balcón para ver si había atado a sus hierros algún lienzo blanco o estaba por allí algún jarro con rosas. Si veía algo de esto, se iba erguido, pomposo, escupiéndole prosapia, para entrar en su morada cuando desaparecieran estos avisos que él respetaba, para ponerse tranquilo ante la mesa a despachar con largo saboreo una suculenta cena, ganada con el grato trabajo de su esposa.

El rey don Alfonso el Sabio en las *Siete Partidas*, enciclopedia social y jurídica en que trata de dar unidad a las leyes de sus reinos, enumera con perfecto conocimiento cinco clases de alcahuetes, «la cuarta —escribe— es cuando el hombre es tan vil que alcahuetea a su mujer», y en el año de 1566 dio una pragmática el prudente don Felipe II, en la que señalaba castigos ejemplares para «los maridos que por precio consintieren que sus mujeres sean malas de cuerpo». Pero en esta bella México, como en otras partes, se hacía caso omiso de esas nimiedades sin importancia, pues de algo habían de vivir los buenos hombres temerosos de Dios y de su conciencia, que tenían el excelente gusto de no trabajar para no envilecer sus nobles manos, pero que poseían mujer hermosa. Ella arrimaba su dulce labor al sostenimiento de la casa, y ellos, en cambio, portaban, con digna parsimonia, la enhiesta eminencia de sus cuernos magníficos. Muchos truhanes ponían a sus amasias en las mancebías, y a esto se llamaba en su lenguaje tener puesta vaca o yegua en la dehesa, o ya coima en el cerco, y así hacían de las mujeres públicas ganancia particular.

En aquella casa que tenía aspecto de orgullo austero, esgrafiada, viejísima, de balcones muy saledizos, como púlpitos enfáticos, de ferrado portón, tupidas rejas en las ventanas bajas, clara por de fuera, tenebrosa por dentro, vivía la austera señora de rancia y noble prosapia, doña Graciana Almanza de Quezada, con un hijo mozo, muy pálido, muy fino, muy elegante, siempre de negro impecable. Junto con su madre iba a diario a los locutorios de los conventos; no faltaban los dos en las iglesias a las misas, a los rosarios, a los sermones, a las novenas, a los trisagios, en las que el mancebo estaba muy contrito y encogido en los rincones más penumbrosos, en las capillas más solitarias.

Se refería de este mozo linajudo que una noche, a la entrada de la primavera, cuando la subida de la savia, despertó a doña Graciana con grandes gritos:

—Madre, madre, me quiero casar.

—¡Válgame Dios! —le dijo la señora—. Qué cosas tienes, hijo. ¡Despertarme para eso!

—Sí, madre, me quiero casar, me quiero casar...

—Anda, duérmete, Arnulfito que no es hora de pensar en esto. Claro que te casarás, hijo, pero será dentro de tres o cuatro años, Dios mediante.

—No, no, yo no espero más, me quiero casar, pero ahora mismo.

—¿Ahora mismo? ¡Ay! ¡Qué dices!

—Sí, ahora mismo. ¡Ahora mismo! —siguió repitiendo con voces urgidas el ingenuo mancebo.

—¡Jesús, Jesús nos cuide! ¡Ave María Purísima! Arnulfo, pásate inmediatamente a mi cama. ¿Qué es eso? Te mando que vengas a dormir conmigo. Ven, rezaremos tres credos al casto patriarca Señor San José. Mañana mismo te compro su cordón para que te lo fajes en la cintura. ¡Qué niño éste! —contestó doña Graciana.

Fue fama en toda la ciudad que al día siguiente la rígida señora le mandó poner al mentado Arnulfito en el techo de su alcoba, un gran lienzo en el que estaba pintado un enorme ojo, muy abierto, con grandes pestañas y estas palabras debajo, en gruesas letras negras: «¡Dios te está mirando!», y para que lo viera mejor, le colgó debajo una lámpara que no se apagaba en toda la noche, con lo que el pobre mozo tenía las manos en sosiego absoluto, contritamente cruzadas sobre el pecho, no atreviéndose a bajarlas para nada, ni tan siquiera para rascarse una pierna.

Pero cansado, sin duda, de esa inmovilidad, se escapaba por las noches con mucho recato, pegándose a los muros para confundirse con su negror. Aquella sombra viva se perdía, se desvanecía en la sombra muerta. Iba, tal vez, el barbilindo a partes donde no lo viese aquel ojo inquisidor. Pero, una de tantas ocasiones, le salió un individuo al paso y le atajó el camino que llevaba y también le atajó la existencia con una gran puñalada, y casi tras el agresor llegó corriendo una mujer, alta de pechos y de ademán brioso, y se arrojó desolada sobre el ensangrentado cadáver, dando largos gritos de loca, explayaba después el raudal de sus gemidos.

Estos y otros misterios más descubrió Félix en aquella tan quieta y solitaria rúa, bordeada de grandes caserones de piedra, muchos emblasonados, que exhalaban altiva majestad, que imponían miedo, porque parecía que en las horas nocturnas iban a romper a hablar con voces espantables y nunca oídas para referir los sombríos dramas que pasaron en su interior. ¡Cuántas cosas extrañas sucedían en esa calle apacible! Por las noches chichirimoche; y a la mañana chichirinada.

Admirado de todo esto que veía, lo contó a un tal Colindres, uno de aquellos descamisados leperillos de su cofradía, tallado él, hasta como de dieciocho años de edad, ya barbiponiente, y todo maltratado, roto, descosido y hediondo como el mismo Félix, y al que a veces se llevaba una prójima muy movediza ella, mujer de esas comunes y de precio, que era manceba de un grave señor abogado de la Real Audiencia, y que dizque no la satisfacía, y para ese gusto cargaba con aquel granuja, quien dijo a Felisillo que todo aquello que miraba no eran sino cosas del querer.

—¿Cosas del querer? ¿Qué es eso del querer?

—A derechas no lo sé —respondió el muchacho— pero he oído decir que es algo que sube a uno muy alto o que lo baja muy abajo y no sé más.

—Pues no entiendo lo que me dices. Yo nunca he tenido un querer.

Y siguió Félix con terco pensamiento preguntándose a sí mismo:

—¿Qué será eso del querer?

Y entre tanto no apartaba la vista de un perro pinto que muy afanoso oliscábale el trasero a una perra que alzaba la cola para facilitarle la operación. A lo lejos se oía el embrujado maullido de un gato, ya rabioso de amor.

Séptimo tranco

En el que se verá a Félix perdido en la gran Catedral y después entre la humanidad que llenaba la plaza mayor

Presidía la anchurosa Plaza Mayor la enorme Catedral de piedra gris, con una sola torre, la del lado oriente; la otra estaba aún inconclusa y para su terminación pedía en una mesilla fuera del atrio, un lamentable *Ecce Homo* de ojos tristes, lleno de sangre, y con larga cabellera humana, llamado el señor del Cacao, porque a sus pies estaba un tompeate en el que arrojaban los devotos, por vía de limosna, granos de cacao con los que pronto se llenaban costales que luego se vendían a un mejor precio que el de las tiendas, por estar ese dinero destinado a tan piadoso fin. En las noches tenía una vacilante lamparilla de aceite que avisaba su presencia. En torno de la Catedral reuníase la picaresca mexicana. Ella satisfacía sus necesidades, las del cuerpo miserable y las del espíritu, leve chispita en aquella carne dolorosa, entre aquel confuso y revuelto mar de pecados.

En los amplios huecos de sus grandes puertas claveteadas, en los rincones de los bastos contrafuertes, en las escaleras de dos subidas que van a las entradas de las torres, dormía en pestífero hacinamiento de miseria y de mugre una infinidad de pelafustanes, y los muchachos no se separaban nunca de esa gente baldía y desocupada, la seguían con fe ciega y heroica, pues andaban tras sus bellas enseñanzas, porque los tales eran maestros en varias disciplinas, especializados en raterías, alcahuetajes, y en cosas de manfla o mancebía, lo que iban aprendiendo bien dada su excelente aplicación, unida a sus dotes naturales. También en el atrio, junto al pedestal de la roja cruz de Mañozca, quedábanse bastantes de ellos, despatarrados o encogidos, según la costumbre de su dormir.

Ésa era el aula de la filosofía del ocio, como el estadio de sus contiendas, de sus juegos y torneos; derribaban o, cuando menos, dábanles sustos mortales a las beatas con las carreras que traían en sus juegos alocados, frenéticos; allí comían alegres, a sorbimuerde, su parva ración de frangollo, y allí también la descomían junto a cualquiera de sus muros, sin especial preferencia por ninguno, o bien al lado de la cerca que rodeaba el espacioso atrio, hacían de sus personas con la mayor desfachatez del mundo, como si estuvieran en la intimidad de un lugar cerrado, sin ojos testigos, y así era como estaba todo aquel sitio perennemente embijado, pestilente y fatal.

Entraban en el interior de la Catedral a rezar o a pedir —suprema inconsciencia— porque no les fallaran sus socaliñas, sus trapazas, sus embustes. A la Virgen de la Soledad le rezaban con inmenso fervor, a fin de que les saliesen abundantes los robos que preparaban, sin ninguna quiebra ni riesgos apreciables; a San Judas, para que les

alejase a buena distancia de sus eternos enemigos los señores alguaciles o porquerones que los perseguían no se sabía por qué, se sospechaba que solamente por diferencias doctrinales; al negro San Benito de Palermo le demandaban algo aún más efectivo: que les diese muerte a esos molestos servidores de la justicia, aunque después consiguiera con Dios que los pusiese a gozar de los inacabables deleites de la Gloria. A ese santo le colgaban de los brazos las cintas de colores con que habían tomado medida de la estatura del interfecto para que el glorioso bienaventurado, ya con esas señas exactas, no se equivocara lamentablemente y fuese a matar a una buena persona. Le rezaban a San Antonio, para que les trajese el amor de alguna hembra placentera, de las de su enjambre, que los despreciaba; a San Cayetano bendito y Santa Brígida, para que les dieran dinero, claro está que sin trabajar, pues si trabajaran y recibiesen paga, no era milagro el tener dineros.

Tomaban agua bendita y se hacían repetidas cruces en frente, garganta y pecho, levantándose así somera porción de sus mugres añejas con las que iban a aumentar las que había ya en las piletas de piedra de tecalli en donde entraban y salían manos con úlceras, manos que acababan de dar unciones a un enfermo con el temido matlazáhuatl o el cocolixtle; manos que habían puesto con mucho arte una lavativa estupenda o limpiado con esmero la baba en una boca de tísico; manos con revueltas secreciones; manos que se santiguaron tres veces sobre un bostezo desquijarante que mostraba la floración de un cáncer; manos que andaban rascando cabezas tiñosas o que habían exterminado entre sus gruesas uñas, ribeteadas de negro, una legión de piojos tronadores.

Y hasta de esa misma agua bendita bebían en un constante acceso de humildad para lavar sus culpas ya que con ella, con pan bendito y golpes de pecho más o menos sonoros, se podían hacer un perfecto aseo espiritual.

Oían misa, muy contritos, en el áureo altar del Perdón, en el cual el churriguera lograba exuberancias inusitadas; estaban persuadidos que con sólo estar allí arrodillados y con caras compungidas, se les borraban para siempre todas sus culpas, quedando tan limpios y relucientes de alma como si recobrasen la perdida gracia del bautismo. Besaban el suelo y se ponían muy devotos en cruz, aunque, muy a menudo, deshacían la rigidez de los brazos y los bajaban para rascarse con afán las llagas, calmar las comezones que los ponían pulgas y piojos porfiados que tenían feliz madriguera en su indumentaria con entretelas de nalga pura, o los bajaban para algo más efectivo, ir a tentar los fondos de las faltriqueras y extraerles los tuétanos.

Un atractivo misterioso tenía para Félix, el dorado esplendor de las capillas, penumbrosas y fragantes, celadas por altas rejas de tapincerán, cuyos retablos estaban llenos del desenfreno ornamental del churriguera, y no se precisaba si aquel ensueño de oro subía de la tierra, o bajaba de las bóvedas toda esa áurea rocalla llena de innumerables refulgencias.

La leve fragancia que fluía de las capillas, era algo que le hacía sentir a Félix un embeleso delicado y desconocido. Se olvidaba de los rateruelos, sus compañeros; de

sus inmundos lugares de holgorio; de los golpes que tenía puntualmente prometidos a este o al otro rival; no se acordaba más de sus juegos villanos, y ni tan siquiera de su hambre, que siempre tenía alerta. Su vida toda estaba trémula, puesta en sus ojos maravillados. Religioso deliquio embargaba su espíritu. Los oros luminosos de la escrespada y delirante complicación de las tallas; las vestiduras magnificentes de los santos; las elevadas rejas que celaban misterios; las formidables columnas como árboles petrificados que alzábanse a las alturas tenebrosas y cobraban a la escasa luz de la tarde, una grandeza irreal; las imágenes estofadas a oro y trasflor, ya metidas en sus éxtasis dulces o soñando con infantil placidez, con los símbolos de sus martirios en las manos; y aquellos cristos y aquellas dolorosas.

En su olfato entraban con deleite los balsámicos olores que emanaban de todas partes: los del incienso, los del estoraque, los de la cera, los del cedro y el de otras maderas humildes, el delicado de las flores que agonizaban en los altares, y el muy fino y sutil que lanzaban al aire las ropas litúrgicas a través de las cajoneras de las cómodas de granadillo con tiradores de plata, y de los esculpidos arcones en que se guardaban y en donde iban madurando lentamente sus colores antiguos.

Alzaba la vista el desarrapado mocito y se figuraba que era ella como un pajarillo que no llegaría hasta la altura de sus bóvedas blancas, de donde bajaban las cadenas de recios eslabones de hierro que sostenían las grandes arañas de plata y que creía él eran como un brazo delgado y largo, que remataba en una enorme mano de argento, con una vela en cada uno de sus múltiples dedos enclavijados. ¿Y el pavor que le infundían los sombríos confesonarios? En ellos estaba invisible la presencia de algo que era terror, que reprendía con aspereza, que castigaba con terribles penitencias. Pensaba que iba a salir en larga fila la horrible personificación de los pecados que entraron por las caladas rejillas. ¿Y el coro? Al coro se acercaba con detención delectable; le era grato aunque brotasen de él cantos tristes, hondos y angustiosos, como los trenos de la vigilia de difuntos, que parece que anuncian terrores sin fin aunque brilla en ellos una esperanza ultraterrena. Se arrimaba a él empujado por inocente curiosidad. Sus rígidos santos en relieve, áureos y de plegadas vestiduras, entre retorcidas columnas salomónicas de luciente oro, correspondía cada uno de ellos a un elevado asiento, lleno de tallas y de escopleaduras exquisitas; al fondo, el lugar episcopal, con su rameada alfombra coquense, escalerilla al frente, y en el testero una imagen mitrada; al enorme facistol rematado por un grácil crucifijo de marfil y con leves figurillas también de marfil en sus ángulos, sostenía libros enormes, recubiertos de chapería de bronce o de azófar y con sus esquinas de lo mismo, cuyas hojas de vitela sonaban al ser vueltas, y las veía llenas de líneas carmesí en las que resaltaban cuadritos negros y algunos encarnados, y, en la parte superior, una enorme letra rodeada de oros, de azules magníficos, de verdes, de amarillos y rojos ardientes.

Se asombraba Félix contemplando los órganos enormes, fastuosos, resplandecientes de dorados, con inverosímiles tallas, que se hacían más prolijas y

complicadas en los altos copetes con gran corona y muchos ángeles, y que elevaban hasta las mismas bóvedas la plateada profusión de sus tubos, con sus caras grotescas, de cuyas bocas, ya en risa, ya en rictus de dolor o de espanto, salían los chorros de música que ponían palpitante todo el templo. Cuando tronaba la vasta polifonía de los órganos gustábale a Felisillos poner su mano costrosa en las balaustradas de tumbago, en los muros, en las columnas, y sentía que su interior estaba trémulo, como si dentro estuviese palpitando aquella tempestad sonora. Y miraba al fondo del coro el gran cuadro gris sin entenderlo, con azules muertos, con leves encarnados, con amarillos en suave delicuescencia, lleno de santos innumerables en actitudes tranquilas, y encerrado en un ancho marco, que era como una coagulada espuma de oro toda fulgurante que lanzaba un sin fin de reflejos.

Veía Félix a los señores canónigos ya con sus negras lobs, o con sus sobrepellices cuyas rígidas mangas de blancor almidonado, les daban vuelta sobre los hombros, muy encarrujadas, arrellanados en sus esculpidos asientos, o poniéndose en pie mayestáticos, según lo demandaba la liturgia del rezo, lento y soñoliento, que decían con voces huecas que llenaban todo el amplio recinto de la Santa Iglesia Mayor, o bien entonaban sus salmodias que se hundían en un murmullo fervoroso; canto que al pobre muchachuelo atónito le parecía muy tétrico, al igual que las vestiduras de sus señorías; pero le daba noble motivo de contemplación la preciosa reja de tumbago y calaín que con suntuoso misterio cerraba el coro apenumbado y los ojos se le quedaban azorados en las filigranas renacentistas de su crestería, cincelada como por oribes prodigiosos.

Pensaba Félix que en cada capilla y rincón hallábase enfoscado un hombre de ronca voz que estaba entonando aquellos majestuosos e incomprensibles cantos que ponían en constante inquietud todos los ecos. Y cuando veía salir a los señores canónigos por aquellas puertecillas bajas, de labrados cuarterones, sentía un inefable placer en ir a besarles la mano o tocarles con dedos tímidos y lentos la crujiente capa coral, o en sólo acercárseles, y aun en contemplarlos de lejos. Muchos le sonreían con suave benevolencia y entonces, confusamente, entreveía la afable sencillez de sus vidas tranquilas, llenas de reposo, en una vieja casa embalsamada de silencio y de paz.

Y seguía vagando de un lado para otro por la enorme Catedral, fría, olorosa y resonante. En sus ojos quietos había un fondo de pasmo. Sentíase junto a aquellas capillas en que fulgía la concienzuda prolijidad de las tallas, al lado de las columnas vertiginosas y bajo las altas bóvedas, más pequeño, más insignificante y poquita cosa. Perdido en aquella vastedad magnificante, le parecía ser un animalillo dando vueltas en torno de una de esas joyas suntuosas que miraba con ojos ávidos en las mesas de los orfebres de la calle de los Plateros.

Salía de la Catedral y sus ojos, acostumbrados al reposo de aquellas gratas y suaves penumbras, de aquella luz tamizada, tranquila, se encontraban con la gran plaza reverberante, anaranjada de sol. Había en ella enorme bullicio y trepidación,

mucho ir y venir de gente entre los gritos largos, finos, ondulantes de los pregones, que se incrustaban en la mañana, toda azul.

Aquella plaza era tumultuosa y varia. Era una plaza tan grande y tan varia como el mundo. Estaba llena de las cosas sabrosas y vivas que sólo da el pueblo a quien de veras quiere buscarlo. Se hallaba con un sin fin de tenderetes y sombrajos, ya de tela negra por las lluvias, ya de tejamanil o de petate, y había innumerables jacales de madera cuyos techos bajos eran sucios depósitos de mil cosas viejas, inservibles, botes, hojalatas, botellas rotas, huesos, harapos, costales podridos. Había, además, los «cajones» de San José, incómodos cuartuchos de madera; una fila de ellos frente al Portal de las Flores, otra hilera rostro al Palacio. Todos ellos eran tiendas de ropa y de las que se llamaban mestizas, de comestibles.

Era bien difícil andar por esa plaza que «estaba muy sucia y llena de vestiglos, con grandes muladares». Si llovía, todo aquello era un lodazal espeso y pegajoso, un atole negro y hediondo batido y rebatido por los pies de tanta gente; y si no había lluvia, el viento levantaba grandes cegadoras polvaredas. El piso de piedra estaba desigual, se extendía lleno de baches, de subidas y bajadas hondas; los hoyancos y caños de aguas pútridas que atravesaban la plaza en todos sentidos, eran propicios para las caídas aparatosas, con sus correspondientes roturas de huesos. Era dicho muy dicho, tenido por gracioso, decir que primero se caía en esa plaza que en tentación. Las cáscaras de frutas también ponían un excelente medio para el resbalón y el porrazo, junto con otros mil estorbos que allí había, sin contar los corruptos basureros, que hacían difícil el tránsito, a no ser que se estuviera avezado a sus ostugos y vericuetos. Para salir de ellos sin perderse era menester un buen trozo del hilo de Ariadna.

Otro peligro constante y grave para los transeúntes lo constituían las turbas de perros hambrientos o enamorados, de todas razas, castas y tamaños, que trababan constantes riñas por unos pellejos o por un hueso seco o con leves indicios de carne, o iban en manada erótica, gruñendo y ladrando, detrás de una perra libertina de cola movediza; se aporreaban entre sí por ella, disputándose sus favores de hembra desdeñosa, o la seguían incansables, con el hocico abierto y la lengua un palmo de fuera, palpitante.

Había unos beques o secretas, que eran públicos y que estaban en perpetua hedentina y hacían tan espeso el aire, que si se tiraba un trozo de plomo de seguro no caía al suelo, sino que quedábase detenido en el espacio como si estuviera en lugar firme. Por lo inmundo de los tablones de su asiento, muy bien muestreados, arreglaban sin compostura hombres y mujeres sus sucias necesidades fisiológicas trepados en cuchillas, con la ropa levantada, con lo que ponían sus vergüenzas a la vista de las numerosas personas que allí andaban comprando o vendiendo, pero todas ellas se quedaban ante esos negros espectáculos con la misma tranquila indiferencia como si estuviesen viendo en los puestos los jitomates, los nabos, los huevos, las zanahorias y los chiles. Cerca de ese beque pestífero, del más puro estilo virreinal,

había puestos de carne cocida y en barbacoa, de chicharrones, de pescado de tufo pecaminoso, y de un lugar a otro iban y venían incesantes las moscas llevando y trayendo en feliz intercambio. Las hediondecas que llenaban la Plaza Mayor, cedían parte de su soberanía al olor que daban estos lugares asquerosos.

¿Y la pila del centro? ¡Jesús, la pila del centro! Era síntesis exacta de la Plaza Mayor. Una mísera aguililla de bronce erguía muy levantada de pico en la última taza de las tres que tenía, y de las que de una a otra iba cayendo el agua que el animalito soltaba en chorros raquíuticos por los dos orificios, copia exacta de los naturales, con que su cuerpo comunicábase con el mundo exterior. Pero el líquido no brotaba a diario; por lo cual el de la fuente estaba turbio, hediondo, muy puerco por las mil variadas cosas, todas repugnantes, que metían en ella constantemente. Allí revolvían sucios guiñapos, lavaban zaleas y las ollas y cazuelas de la comida, las asaduras sanguinolentas, los quesos engusanados, las verdosas panzas de res y de carnero, las tripas que dejaban mucho de lo que tenían almacenado, no todo, pues como de allí las llevaban a freír, lo que les quedaba dábales gustosa sazón, según decían aquellos horribles sibaritas de la inmundicia. Los indios y gente soez metían los pañales de los niños, trapos que no estaban muy de perlas que digamos, para lavarlos después en las piedras del brocal y así donaban mucho de su continente al contenido de la pila, y también fregoteaban otras ropas cuya jabonadura hacía el piso resbaloso, por lo que abundaban las caídas espectaculares, que eran buen negocio para los algebristas que tenían que concertar esos huesos desquiciados.

En aquella vasta plaza, pestífera, ruidosa, había a todas horas una gran confusión de gente; salir de semejante apretura costaba tanto trabajo como nacer. Ese gentío ni por un momento tenía reposo, y daba voces en todos los tonos imaginables. No se le oía hablar sino a gritos; pregonaba sus mercaderías entre los puestos numerosos y los espesos humazos de las fogatas, en las que se guisaban bodrios extraordinarios. Oíanse limpias y fuertes voces de indios anunciando flores, loza de barro, pollos, carbón, patates, pato cocido y con chile, pescaditos blancos, tierra negra y pudrición de encino para las macetas, y no sé cuántas cosas más. Esos devoradores de lenguas estaban obligados por sí mismos a realizar precisamente en la mañana su mercancía, porque tenían que llegar a sus pueblos y lugares lejanos apenas puesto el sol. Se «pregonaban aves con gritos tan desapacibles como el cacareo de las aves pregonadas; agréguese a esta algarabía el disparatar de los hombres, los gritos de las mujeres, la charla de los criados que hacían la compra, el ruido de los talleres, el son de unas campanas vecinas que tocaban a niño muerto, los perros ladrando, los pobres pidiendo limosna, bestias cargadas que iban y venían, y el correspondiente vocear del que las arreaba, y se formará juicio aproximado» de lo que era aquel importante lugar de la ciudad de México.

Andaba entre la multitud, a lo que saliese, mucha gente vagabunda, haragana, corrillera, de vida libre y licenciosa, de la que no tiene asiento fijo, sino que siempre lleva camino a la gruesa ventura, y no pocos ciegos rezadores, de esos de muy buenas

prosas, y ladrones, además, de mocitas tempranas; de ellos andaban en ensartas de cinco y seis tocando, con insufrible desentono, chirimías, dulzainas, guitarras, harpas, adufe y tamborino, para a su son acompañarse siempre fuera de compás canciones de amores o de celos rabiosos, con más ayes que los que hace dar un agresivo cólico miserere, y como parte componente de los cantos hacían innumerables visajes, al revolver la blancuzca ágata de sus ojos sin luz. Iban y venían rufianes churrulleros y matasietes, fanfarrones, insolentes, de sombrero caído, mirar zaino, bigotes buidos a lo cuerno y lentos andares a lo columpio, con espadas de más de marca que tenían tantas rejas como monasterio de monjas. Los tales iban echando fieras bravatas y maldiciones aforradas de blasfemias, pero sacaban con diestra gracia lo que había hasta en el fondo mismo de las faldriqueras, que era el negocio suyo, como maestros en el ladronico; pues se les estaban mirando las manos, y se podían jurar mil juramentos que no las meneaban y sin que se echara de ver hallábanse cortando la bolsa y robando las joyas, lo que desmentirían los ojos de todo en todo.

Se veían aquí y allá romancistas que decían sus versicos fáciles ante embobados y boquiabiertos corros, en los que contaban la truculenta historia del último ahorcado; el espeluznante crimen que se cometió en un barrio; la golpiza o cuchillada que «un mal hijo dio a su cariñosa madre o a su cariñoso padre», por la leve cosa que estos señores le arrearon una fenomenal paliza, de las de ordago; de un labrador que con arado, yunta y todo, se lo tragó la tierra por trabajar en Jueves de Corpus, y cada año, en ese día solemne, se oía cómo bramaban los bueyes con voces casi humanas; de una osa que se raptó en la sierra a un médico cazador a quien tenía encuevado para su deleite y del que le nacieron varios hijos varones, medio osos y medio gentes; de la campana mayor que estaba prisionera, bien encadenada en una iglesia, porque se vino abajo de la torre, cubriendo al caer, como un enorme fanal, a una niña que había hecho su primera comunión y a la que no le quedó, como es fácil suponer, ni un solo hueso sano; y también se decía de otra campana que a las doce de la noche del último día del año sonaba quejumbrosa bajo las aguas del río, y relataban otras cosas así de importantes puestas en jácara, que partían los corazones y con las que recogían maravillosa mosca.

Abundaban en la confusa plaza los muchachos zangones, desvaídos y buenos para nada, que mostraban la carne entre los mil desgarros de la camisa y los calzoncillos, que era toda su indumentaria, sacando al fresco todo lo que quisiera salir, abundaba también la peligrosa gente de la carda, junto con jaques, izas, cañones y demás gurullada adscrita al finibusterre que es la horca, o al apaleo de sardinas que no es sino las galeras. Era un pasar continuo de escuadras de estudiantes rijosos, alborotadores, con la risa sin tasa, la mano larga y el chiste pronto, que improvisaban coplas y cantares e iban utilizando bien las apreturas para tentar senos y palpar grupas. En cambio otros, muy formales, se proponían cuestiones, argumentos ontológicos, virtualidades tomistas, o formalidades escotistas. Ergotizaban sin término.

Caminaban veloces por entre el laberinto de la plaza, los maestros barberos, constantes habladores, siempre en mangas de camisa, pues no usaban más que sólo chupa, portaban su caja de madera con esquinas de azófar, en la que iban las navajas, el frasco, dizque con agua de olor, la bacía de cobre, las tijeras, lienzos blancos, jabón, peines ya de hueso o ya de fragante madera de naranjo, y la bola de cristal, o si no un limón, que metían siempre en la boca del parroquiano para que se le abultaran las mejillas y así facilitar la rasura. Volvían a aquella hora los maeses de afeitar o algún rico señor o iban al trote a ejercer su oficio en casa principal, o bien llevaban la botella de las sanguijuelas que, junto con el gallo y la guitarra, jamás habían de faltar en su barbería, para aplicarlas a algún paciente; además eran duchos en «tomar sangre, gobernar con tablillas un brazo roto, topicar y cataplasmar aquí y allá».

Andaban legos mendicantes de Santo Domingo, de San Francisco, de la Merced, de San Diego, y pobrecitos juaninos, hipólitos, betlemitas y camilos, que recogían muy humildes, con uncioso ademán, limosnas por el amor de Dios, para sus respectivas casas. Pasaban y repasaban señoronas muy enhiestas, con el pecho levantado, rebosando dignidad y decencia, vestidas de negro y con luengos mantos de tafetán o de lo fino, hasta el mismo suelo, con lujoso equipo de paje, dueña y lacayo, y con una recatada doncella al lado suyo, con tal o cual collar o brazalete, con guantes de ámbar y ampulosa saya de seda rica y manto de soplillo o de los de humo, para que mejor transparentase las excelencias que tenía. Entre toda esa gente se sumaban muy bien los tres enemigos del alma: mundo, demonio y carne.

Los cándidos o los tontos, que de capirote habían de ser, tomaran a aquellas damas por venerables matronas, más honradas que el Cordero Pascual; pero que no eran sino unas cabales y redomadas tunantas muy de lo bueno, exquisita flor de picardía, que sacaban todo aquel estruendo para exhibir mejor a la niña, prender en ella algún deseo, y luego cobrar por él limpiísimos dineros al antojadizo que quisiera satisfacerlo; lo que era tanto como ponerle precio al engaño, pues la doncella no era tal, ya había sido reconstruida varias veces por las manos primorosas de la vieja cobejera, que era una águila en el oficio de remendar virginidades y adobar doncellas.

Pululaban gorgotereros con sus cajuelas en las que traían todo linaje de niñerías y pequeñeces que iban anunciando con voz afilada, llena de ondulantes modulaciones de cántico:

«¿Compran peines, alfileres,
trenzadores de cabello,
papeles de carmesí,
orejeras, gargantillas,
pebetes finos, pastillas,
estoraque y menjúí,
polvos para encarnar dientes,
caraña, capey, anime,

goma, aceite de canime,
abanillos, mondadientes,
sangre de drago en palillos,
dijes de alquimia y acero,
quinta esencia de romero,
jabón de manos, sebillos,
franjitas de oro milanés,
listones, adobo en masa?».

Además, quedaron fuera de estos versos otras mil menudencias que vendían con mucho éxito, tales como cuchillos, botones, agujas, randas, tijeras, dedales, espejillos, collares de lucientes cuentas de vidrio, de la misma calidad de los que tuvieron antes un alto precio y estima entre los ingenuos indios mexicanos a quienes el hábil Hernán Cortés y los suyos se los trocaban por perlas y oro puro. Todas estas bujerías eran canal por la que se desaguaban grandes sumas de dinero, con escándalo de los pacatos moralistas y aun de las mismas Cortes, que acusaban a sus vendedores «de muy grandes ladrones», y de «muy diestros en pesar y medir falso».

No paraban los pies muchos de esos hombres ladinos que pedían por las ánimas benditas del purgatorio, con voz que iban fingiendo muy penitente, y lo que juntaban no era con destino a ellas, para aliviar sus quemazones y sufrimientos, sino para complacer su propia liviandad y darle gozo al cuerpo. No se extrañaban allí a los pintorescos pregoneros que modulaban de modo inverosímil e incitante sus gritos, que tenían así mucho de música, anunciando ventas u ofreciendo premios en dinero por objetos perdidos, o voceaban excomulgatorias cartas paulinas para que se devolvieran cosas que fueron robadas o que maliciosamente se escondieron. Tampoco faltaban por nada del mundo en lugar tan populoso, los buleros que vendían las de la Santa Cruzada, con las que ganaban que era un juicio, y también los había que las vendían falsas, de las llamadas de composición, engaño que nacía de su hambre canina de dineros.

Abundaban las espetadas amas de llaves, limpiísimas, repolludas las más, con exuberante adiposidad y chongo como rollo de cuerdas, iban sonoras de almidón, con sus collares ya de alquimia, ya de rojos corales, o de gruesas cuentas de ámbar, con cien ojos vigilaban al paje o a la moza india, adefesio sudoroso, que portaba la gran cesta en la que metían la abundante compra para los primores que iban a aderezar a sus amos, lo cual habían adquirido entablando con sus regateos una polémica rabiosa con cada vendedor, y verdaderas campañas en los tablajes, porque el carnicero les maliciaba los pesos, con notable falta de menos en las cantidades vendidas; y con el trozo de carne sanguinolenta, con las secas patas de pollo o de gallina, las gruesas costillas de res que sobresalían de la cesta, daban una buena embestida a las caras de los descuidados transeúntes, o bien se las sacudían con alguna lechuga, o con el manojito de apio, o con los verdes rabos de las cebollas, haciendo soltar palabras

rabiosas a los dueños de esos rostros perjudicados con tanto desacato. No faltaba nunca un buen número de arrieros, perpetuos trajinadores de los caminos, que buscaban bastimentos para sus largas jornadas o mozas para darle contento a la carne, el incomparable enemigo del alma.

Pululaban las sucias y desgredadas maritornes indígenas, obras maestras de fealdad, descalzas o con zapatos fétidos, con sus canastas embrazadas en que conducían los menesteres para los condumios que iban a guisar. Se aparecían por dondequiera alguaciles, ministros del agarro, vestidos de negro; con sólo su severa presencia se sosegaban disputas y se ponían fin a las dificultades más enconadas. Había junto a los pajariteros que estorbaban el paso con verdaderas murallas de jaulas con clarines, con jilgueros, zenzontles, dominicos, gorriones de rojo pecho, cardenales y calandrias maromeras, que metían entre el barullo de la plaza la musical algazara de sus cantos, había una larga fila de mujeres sentadas en el sucio suelo, unas parlanchinas, las más silenciosas, con ojos bovinos, empañados de dulzura, y en quietud de animales cansados, con todas las manos pintadas de amarillo congo; tenían el duro oficio de lavar pisos y aguardaban, con resignada espera, quien las ocupase. Contrastando con esa hilera melancólica había mozas miradoras y por el modo de echar el ojo, así como por lo que solían decir al oído, hasta el más tonto, así fuera de capirote, se convencía al momento de que ya estaban hociadas, pero, no embargante, como eran de buenas partes, se tenía la certeza de lo magnífico que serían para el arte de las ofensas.

No faltaba entre éstas una que otra de crujidora basquiña de seda con encajes y trenas, el rostro cubierto con el manto para que no la conocieran, porque así era menester para su negocio; pero dejaba, a la turca, una oportuna rendijilla para ver y mirar a su gusto lo que le conviniera, se nombraba a las tales en lenguaje villanesco, «preñadas de medio ojo».

También había mujeres de todo embestir —¿cómo habían de faltar éstas en lugar tan concurrido?— muy arreboladas, con mucho blanquete y mucho colorete, y vestidos versicolores, que miraban de reajo a todos los hombres para mejor encantarlos. Muchas de ellas estaban bien condimentadas, con carnes estimulantes así en popa como en proa. Estas damas no se acogían a ninguna casa llana, porque sueltas lograban mejores ganancias con cualquier remiendillo somero que una vieja ducha les echase en los afanados lugares de su trabajo, con lo que las dejaban más vírgenes, decían, que la madre que las parió, y aun sin la tal compostura trabajaban muy relindo. Eran suaves en el modo y fuertes en el asunto. Esas vejezuelas, sabidoras portentosas, de melosísimo hablar, sagaces, astutas, enlutadas siempre con gran rosario sonador de cuentas frisonas, que sabían enbaucar a la canalla picaresca, no tenían rival en preparar cepos a la lujuria y a la virtud, y en reedificar doncellas que salían de sus manos tan enteras como cuando nacieron, y eran además de estas imponderables gracias, magníficas zurcidoras de gustos y corchetes de voluntades, lo cual equivale a decir con muchas palabras y de manera obscura para que no se

entienda bien, que eran buenas alcahuetas, por lo que mozos y caballeros en ellas confiaban sus negocios de amor y sus ansias de placer. Estas astutas y utilísimas ancianas además de ser excelentes celestinas y sutiles y diestras en enmendar y remendar doncellas, eran curanderas y ensalmadoras, habilísimas para hacer afeites, oficiaban de parteras, reunían hierbas extrañas, sabían unir corazones, hacer bailar el cedazo, correr el rosario, echar las habas, y decir sin el menor tropiezo las oraciones de Santa Marta, de San Erasmo, de la Estrella y de la Mano Encarnada, que casi no era gracia el decir las porque andaban de boca en boca, sino otras mil magníficas para atraer daños, así como para ahuyentarlos, curar desvíos y encontrar rendidos amores. Había bastantes de estas utilísimas vejezuelas entre el bullicioso gentío de la Plaza Mayor, ejerciendo con mucho mimo sus artes peregrinas.

Se veían allí a histriones trashumantes, bululúes y naques, que iban por los pueblos a divertir con las exiguas gracias del ingenuo repertorio de su compañía, farándula, gangarilla, garnacha o lo que fuese, que andaban por la plaza a ver que ración pescaban para su recia hambre de artistas. También se veía por ahí, al bigardo marrullero y chalán, puntal de quicios y caballero del naípe, tan raído de calzones como de vergüenza, persona eminente en la cofradía ladronesca. Pasaban arrogantes hombres de España, nobles hidalgos de portante, con su capa puesta y su sombrero con plumas y cintillo, otros, los más, eran hambrones, de los de gotera en su patria, que con presunción infatuada de nobleza, llegaban muy jactanciosos, a estas tierras que aborrecían, a buscar solamente casamiento ventajoso, condescendiendo, así como generoso favor, a que se enamorase de ellos alguna rica dama criolla para lustrar con el dinero del matrimonio los opacos cuarteles de su escudo ya desconchado o roto por muchas partes. Hablaban a todo el mundo con arrogante menosprecio, mil insolencias y desafueros cometían a destajo; con gran altanería decían a toda boca descender de los siete pares de Francia, del Cid Campeador, del Condestable de Castilla, cuando no de Nabucodonosor o del mismo triunvirato romano. Orgullo y nobleza, todo en una pieza.

Tenían estos hombres por cosa indigna y vil, cosa de mucha vergüenza, trabajar; sin embargo, no era deshonor para ellos trampear, mentir, el beber y no pagar. Eso sí, su labia era mucha y florida para poder engatusar a padres bobos y adinerados, se fingían de gran caudal, y aveníanse a casarse con la hija a quien traían deslumbrada, al igual que a sus progenitores, con falsas palabras de miel. Se aficionaban a oírlos y deleitábanse oyéndolos. Los hacían trepar hasta la cuarta o quinta rama de su frondoso árbol genealógico para maravillarlos y que vieran que no había en ellas ningún fruto podrido. También eran muchos los aventureros sin arraigo, llamados «los de la capa al hombro», que desembarcaban en Ulúa y subían hasta la capital para ir de allí a las minas o a alistarse en las «entradas» y «pacificaciones». Hablaban a la fanfarronesca, contando las valentías que habían hecho en la guerra, sin más certidumbre que sus dichos. Eran de esos que decían con voz hueca: «Somos hidalgos como el Rey, dineros menos». Llamaban mucho la atención algunos señores que

marchaban con un paje por detrás y con guardasol, muy a lo dineroso, y otros también arrogantísimos, con harto garbo, que cualquiera pensara que eran de esclarecida prosapia y que iban muy bien comidos, en realidad, no lo estaban sino de piojos y chinches. El hambre los doblegaba, pero la vanidad los sostenía. Comían, si llegaban a hacerlo, una tristísima cazuela de verdolagas o quelites cocidos, sin otro aderezo que un poco de sal, y aún tenían el descaro de ofrecer a Dios ese ayuno forzoso; querían hacer virtud de la necesidad, pero salían eructando faisán y pastel trufado, y hasta ave fénix empanada, sin que les faltase el indispensable palillo en la boca, para persuadir de una excelente comida con carne.

«Tú piensas que nos desmientes
con el palillo pulido,
con que, sin haber comido,
Tristán, te limpias los dientes,
pero la hambre cruel
da en comerte y en picarte;
de suerte, que no es limpiarte,
sino rascarte con él».

Aparentando una dorada existencia de grandes señores, portaban con gallardía sus capas largas, que por delante descubrían mucho terciopelo, tafetán y chamelote, y por detrás sólo tapaban ropas con más agujeros que un panal, con sucias entretelas de pellejo, sin falsificaciones. Contaban, muy a voz en grito para que bien los oyeran y admirasen, arriesgados lances de guerra, llenos de valor y de audacia, y que aquella ancha cicatriz que les cruzaba la cara era herida honrosa que daba clara luz a sus vidas, y que en Portugal, o que en Francia, o que en Italia, o en Flandes, se las dieron en un paso honroso, ¡puras balandronadas!, cuando sólo la habían sacado en una taberna o, a lo mejor, se las plantó algún coime o alguna brava mujerzuela a quien pretendieron hurtar la bolsa después que la infeliz los mantenía. Hubiera sido un magnífico negocio comprar a estos farfantes por lo que realmente valían y después venderlos por lo que ellos creían valer.

Atravesaban bizarros alabarderos de vistoso uniforme, casaca y calzón azules, chupa y vuelta encarnada y alamares de plata, y fatuos soldados del Comercio, de rojo y blanco, y muy fanfarrones y parlanchines; se veían conocidos traineles y donilleros ir y venir, por aquí y por allá, muy atareados en sus oficios para ganar la soldada con el sudor dizque honrado de su rostro, por cuyo trabajo si no merecían el castigo de la horca, sí el de una buena tanda de azotes. Trabajaban por cuenta propia tramposos gariteros que se llevaban tras de sí un buen golpe de incautos; también se veía por esos sitios a una porción de rufianes acompañados de sus jorgolines de ojo avizor y manos habilísimas; andaban dedicados unos y otros muy a su gusto «en cosas de *agibilibus rateras*».

Pasaba y repasaba sin parar, una constante multitud de indios astrosos, de cerebros desfosforados, mineralizados, con el huacal auestas y el palo en la mano, dando mortales testerazos o llevándose de encuentro lo que se les ponía por delante. Sostenían con ceñidor de colores sus calzones, blancos en tiempos remotos, o lo que les quedaba de ellos; los otomíes, también de asnales condiciones, con sesos metaloides, andaban tapados con un ayate que se anudaban por el cuello, y cuya aspereza de ixtle no les importaba; parece que traían un rico paño de seda acariciándoles la espalda con su halagadora suavidad.

Cruzaban rápidas personas de viso y otras que aspiraban a tenerlo y melindrosos señores vestidos muy de hidalgo principal, que en lindas tabaquerías tomaban rapé — sol en polvo, selva tropical— o se pegaban a la antena sensual de las narices las canillas de sus barrilillos de ámbar para no sentir el fastidio de aquellas pestilencias ofensivas, e iban a las tercenas del Portal de Mercaderes a fabular en sus pacíficas tertulias, a ocuparse en la dulce tarea del desuello, murmurar santamente del prójimo, pues la discreta maledicencia es la sal que da gusto a la conversación más insípida, o a comentar por décima vez, un sucedido sin importancia, o hablar, inacabable tema, de la nao de la China, de la flota de España y de los piratas, de cosas de iglesias, de frailes y monjas, o a lamentarse de sus tristes achaques de viejos y de lo malo de los tiempos que corrían.

Constantemente iban y venían indias y más indias, de fealdad imponente, enredadas en el estrecho chincuete azul obscuro o solferino, rayado siempre ya de blanco o de negro, tejido por sus mismas manos y sujeto a la cintura con fajas de colores encendidos, con dibujos graciosos que les venían desde sus pasados; la camisa de burda tela blanca con bordados en negro, o en azul brillante, en las mangas y en el cuello; con el huipil embrocado del que les caía un largo pico hacia adelante y otro pico hacia atrás, ambos profusamente decorados con animalillos inverosímiles alrededor de una gran planta extraña que salía de una maceta, llena de ramas de regularidad geométrica y de flores de todas formas, bordadas en negro, en rojo y en azul ultramarino; la cabeza tocada con la clásica teja: lienzo de lana atado por debajo de las trenzas, entretejidas con cintas angostas de varios tonos, que se remataban con una delicada labor de chaquira brilladora; en la espalda conducían a sus hijuelos, pedazos de carne morena con ojillos atónitos, ya dormidos, con cabeza y brazos colgantes, o ya haciendo largos berrinches con fermatas y calderones, o bien llevaban la cesta rebosante de flores de sus chinampas, y en las manos el manojito de patos de largos cuellos flácidos, o las policromas bateas de Quiroga colmadas de fragantes frutas del país, entre hojas frescas de camedores, o ramas de hinojo, o bien llevaban hortalizas, o tamales de elote, de juiles, o de capulín que teñían de morado intenso la hoja de maíz en que los envolvieron. Con sus pláticas hacían una eufónica algarabía con su dulce mexicano, lleno de *xes*, de *tlés*, de *ches*, que les licuaban suavemente en los labios en canturía deliciosa para los oídos, y al cantar su pregón alargaban las vocales en cadencias llenas de melódicas sonoridades. El castellano era el lenguaje del

comercio para hablar con los señores, y el mexicano la lengua de su intimidad, la de los hogares y la de las calles.

Hervía una multitud de léperos ensabanados, de rostros salvajinos, gente de vida rota, muy llenos de cochambre y de lodo, derramaban pestilentes olores, con sólo moverse, distribuían colmadas raciones en todos los olfatos. A estos holgazanes trashumantes se les llamaba en la época del virrey Revilla Gigedo, «almas en pena», porque andaban casi desnudos y sin rumbo fijo.

Por dondequiera había mauleros cargando con la variada policromía de retales de diversas telas; ganguistas, mercachifles, buhoneros y honrados pardillos que querían con poca plata llevarse algo que luciera y reluciera, y entremezclado con tan buena tropa tal o cual caballero de esos de manos ágiles, doctos en todas las artes de la bribia, que así limpiaban un reloj al distraído transeúnte como le metían gato por liebre en venta o cambalache.

Pasaban viejecillas menuditas con una gran carga de novenas resobadas, con sus rosarios de sonoras cuentas de madera, tintineantes de medallas milagrosas, y con sus sillas plegadizas, pues los rezos iban a ser largos y muchas las solicitudes a los santos, y había que hacerlas sentadas muy cómodamente. Cruzaban en olor de santidad, bien por la Catedral a aburrir a las imágenes con impertinencias y perpetuas súplicas, y en las que ellas y el demás vulgacho rezandero maltrataba con barbarismos e ignorancias el precioso latín de los oficios divinos, o bien salían de la Santa Iglesia Mayor para meterse por la Callejuela, cruzando por el estrecho puente de las Marquesotas, e ir a dormirse pacífica y dulcemente, en los sermones de San Bernardo, en donde había un predicador, famoso pico de oro, que mantenía jadeando al auditorio bajo las fogosas oleadas de su oratoria, o iban a los confesionarios a vaciar con leve susurro sus inocencias.

Pasaban criollos soberbios que, de vez en cuando, con la orgullosa indisciplina del *non serviam*, lanzaban miradas de encono hacia los balcones del Real Palacio, como queriendo compensar odio por odio. Cruzaba lento e indolente, por entre aquella ruidosa humanidad, un señor todo de negro, muy erguido, de buen talle, mostacho a la borgoña y redondos anteojos de letrado, los estudiantes —había adunia de ellos en la Plaza Mayor— se destocaban los sombreros a su paso, lo saludaban con aprecio, y decían con respeto, que él agradecía mucho:

—Es el señor licenciado don Artemio de Valle-Arizpe que va a la universidad.

Octavo tranco

Por el que se tendrá conocimiento de la mala pasada que le jugó a Felisillo un estudiante trapalón, y de otras desventuras que le acontecieron

Los estudiantes capigorriones que pululaban embromándose en la vasta Plaza Mayor, tan llena de movimiento y vida, andaban siempre con su vademécum, su Antonio, sus tesauros y calepinos bajo el brazo, con sus doctos tratados o leves manuales, y eran los tales de toda laya y pelaje, dados al gozo y al pispoleo. Estudiantes fregones desde los desarrapados y famélicos sopistas, que tenían la necesidad ingeniosa y comían a costa del hambre ajena, hasta los poderosos a quienes se llamaba «de firma»; pero todos ellos salaces y más vivos que el azogue, con la risa pronta y la mano larga. Andaban travesando y burlando por igual los bien puestos como los pardales. Todos traían mucho hablar y chocarrear. Varios de ellos tenían muy graciosos dichos y sátiras; otros soltaban chanzas y chufletas picantes, haldadas de equívocos; algunos decían chistes graciosos y todos desparramaban ironías. Hasta al más listo le jugaban malas pasadas, y al mejor diablo echábanle la zancadilla. Pasaban tan adelante en sus bromas como el que más alto hizo la raya.

Una mañana algunos que oían Decretales estaban con la boca llena de risa refiriendo a otros, indigestos de Clementinas y de Instituta, lo que habían hecho al grave doctor don Petronilo Alanís de los Heros, maestro muy cegato, que profesaba Teología, «según las tres veredas», Santo Tomás, Escoto y la Nominal. Contaban los malditos que llevaron a la cátedra un burro flaco y con grandes mataduras y lo pusieron ocupando el lugar de su asiento, y todos los alumnos se quedaron muy serios y atentos, como si le estuvieran oyendo lección. Querían los diablejos significar con esto que el saber del asno huesudo y el del profesor eran enteramente iguales. Les reventaban los ojos de alegría. Estaban bañados de extraordinario placer.

Entró en el salón el doctor don Petronilo Alanís de los Heros, y comprendiendo al punto, como que no era lerdo, la burlesca idea de sus alumnos, fingió no ver al esquelético animal y ni siquiera sacó a su rostro la menor extrañeza, sino que con toda calma se puso a pasar lista y al terminar de leerla se quedó examinando con mucha atención a la bestia, haciéndose más el cegatoso, y luego que la hubo mirado y remirado muy despaciosamente por todas partes, dijo con un fingido asombro.

—Me he quedado sorprendido, señores míos, de que no figure en mis listas el nombre de este buen compañero vuestro. ¿Decidme, hijos míos, quién es éste su discípulo que no lo recuerdo ahora, puesto que tengo muchos iguales a él en esta aula? Por eso es que lo confundo con bastantes de vosotros.

Comentaban los alegres muchachos que quisieron mofarse de don Petronilo Alanís de los Heros, pero que su diligencia salió vana y sin efecto; él fue quien se burló de ellos con donaire. Quisieron ir por lana, y salieron trasquilados.

—¡Ay, hijos míos! —les dijo— *stultorum infinitus est numerus*, el número de tontos es infinito, esto es lo que significa, sépanlo, lo que he dicho en latín tan vulgar, y es muy verdad este proloquio, porque si volaran los pendejos que hay en México no veríamos la luz del sol en muchos días.

Y esa misma mañana, decían, que les pasó otra y muy buena con el maestro don García de Sanabria, quien sabiamente explicaba Retórica, en cuya cátedra tenía siempre muy festivo el humor.

Don García de Sanabria era hombre puro, excelente, un ser superior con carácter de paz y bonazo que heredó, según fama, de sus abuelos. Era don García muy limosnero y rezador, pero perdidas lenguas, royendo en su prestigio, aseguraban que dejó la carne en el mundo y que llevaba los huesos a la iglesia. Se diría sin hiel su delgada y quebradiza persona si no les hubiera tenido tanta tirria a Marco Antonio y Cleopatra de quienes decía mucho mal, verdaderos horrores, y lograba que esta ojeriza germinara en sus discípulos, quienes también al poco tiempo de conocer a tan sabio maestro de Retórica, tenían a esos libidinosos personajes el mismo odio que en él fermentaba de manera inextinguible. Marco Antonio y Cleopatra para don García de Sanabria eran, como se suele decir, su pluma de vomitar.

Con el propósito deliberado de poner en trance de apuros a un tal Mateo Gauna, mozalbete de buen portante y de ingenio afilado, le dijo que le diera pronto un consonante a disimulo, porque una palabra con ese final era la que hacía falta para que estuviese completa la redondilla que estaba componiendo para adiestrar a sus discípulos en el arte de rimar, sin necesidad del *Arte Poético* de Rengifo que no había sastrero que no lo tuviera.

El dicho Mateo Gauna, sin pensarlo mucho, porque era pronto y fácil para cualquier cosa, dijo con su voz chillona, meciendo cadencias poblanas, pues era oriundo de la Angelópolis:

—¿Conque un consonante a disimulo es el que quiere su merced?, pues ya lo tengo, maestro.

—¿Qué hace entonces, que no lo dice? Dígalo sin dilación. Ande.

—Es rabadilla.

A oír esto los estudiantes se morían de risa y el maestro don García de Sanabria de placer. Don García se metió la mano con parsimoniosa lentitud en un bolsillo de la bordada chupa de seda, y sacando un doblón se lo alargó al Gauna, diciéndole con sonrisa socarrona:

—Vaya este duro por la aproximación a disimulo. Está bien pagada.

Lo que armó un nuevo y gozoso rebullicio, propio del caso. Se hallaron otra vez las carcajadas súbitamente en las bocas de los muchachos, haciéndoles gorgoritas en los dientes. Se caían todos con las ruidosas risotadas. El regocijo les forró las tres

potencias del alma.

Refirieron otro caso curioso del que hicieron gran risa y llevaron en chacota por todas partes. Los que lo escuchaban apenas si se podían tener de las carcajadas. El doctor don Tello Brizuelas leía *Vísperas de Medicina* en la Real y Pontificia. Era ya viejo don Tello, sonrosado y parsimonioso, con ojos azules de mirar tierno. La salud le salía en colores a las mejillas. No era un gramaticón, sino un espíritu fino, inclinado a cualquier burla este maestro. Solían interrogarle por qué estaba siempre tan bueno, y respondía sonriendo:

—Voy a descubrirles el misterio; es muy sencillo mantenerme así; no tomo jamás las cosas que yo receto.

Sólo se denunciaban los años que tenía encima por el temblor constante de sus manos. Al mirárselas con aquella agitación exclamaba, moviendo la blanca cabeza de un lado a otro como con desconsuelo:

—No, no estoy acondicionado para robar panderos. Malas manos tengo para hurtarlos.

Descendía siempre con sus alumnos al familiar tuteo que autorizaba su edad. Una vez le preguntó en su cátedra a un escolar con adquirida fama de bufonista:

—¿Cómo te apellidas tú?

—Anchondo, maestro.

—No, no te digo cómo estás, lo que quiero saber es tu apelativo, pero dejemos esas cuestiones de superficie y profundidad y dime, ¿qué le darías a un prójimo que hubiese ingerido, por vía de suicidio o de desgracia, una gran dosis de arsénico?

El Anchondo se quedó pensativo. Como acción previa para activar sus tardos pensamientos empezó a rascarse la cabeza sin alzar los ojos del suelo pero como estaban obstinados en no bajarle del cerebro a la boca, echaba miradas pazguatas hacia todos lados porque acaso, creía que se le iba a aparecer de repente en el aire muy luminosa la respuesta. Al fin, arqueando las cejas, sonrió largamente, mostró ojos blandos y halagüeños, y exclamó satisfecho, con visible gozo:

—¡Ah! Al fin sé lo que he de dar al envenenado.

—¿Qué?

—Pues la extremaunción. ¿Qué otra cosa, pues?

Al oír esto acometió a todos los circunstantes un gran tropel de carcajadas que los hacía levantar brazos y piernas. Don Tello Brizuelas, fingiendo un enojo inocente, reprobó a su alumno la contestación.

—Eres muy torpe, Ramoncillo Anchondo. A la edad que tú cuentas ahora, sabía yo eso y más.

—Pues tendría su merced mejor maestro que yo.

Los estudiantes se realegraron, volvieron a recibir esas palabras con risadas caudalosas.

—¡Oye, oye tú, no te sobrepases! ¿De dónde eres que pareces listo?

—Parezco y lo soy, modestia aparte. Nací en Monclova, de las Provincias internas

de Oriente. ¿Pues de dónde había de ser?

—¡Pero, hombre, muchacho! ¿Por qué tuviste la desdichada ocurrencia de nacer en esa tierra de comanches?

—Pues nació allí para no estar lejos de mi madre.

Se volvió a renovar el bullicio y vocerío. A todo el mundo le retozaba el gusto en el pecho y centellando le salía a la cara. En las bocas de los muchachos sonaban cascabeles de contento. Salieron a los claustros, a la calle después, a referir aquellas gracias que, oyéndolas, hacían descalzar a la gente de risa. Además de las gracias y astucias que había en las aulas de la Real y Pontificia Universidad, ésta era rica en alborotos, ruidos y pependencias, pero salía de ella cada un año buen golpe de letrados y doctores que honraban luego la garnacha en los estrados de la Real Audiencia o en los corregimientos, juzgados y diputaciones de la Nueva España.

Uno de los estudiantes, muy extremado en tejer falsedades, inventar mentiras y componer marañas, pues aspiraba a las ardorosas lides de la jurisprudencia, le hizo a Félix una burla bien pesada, y en realidad lo fue de peso porque le costó al muchacho un golpe de bastantes libras. Le ofreció un real de a ocho porque fuese junto al Puente de Palacio a ver a un tal Pelagio León, conocido más bien por el mote de don Sebos, que allí tenía una tienda y al mismo tiempo un genio insoportable. Su alias y su apellido los emparejaba con los hechos. Estaba perpetuamente en un puro cochambre, y un constante berrinche lo traía siempre retorcido como viruta que sale de la garlopa. Era una tienda de velas la que tenía abierta este puerco varón, robusto y doblado; su boluda cabezota, erizada de pelos cortos y rígidos como púas resistentes, se zambullía entre los hombros. Debajo del cuero cabelludo le abultaban infinidad de protuberancias de todos calibres; había como nueces, había como chabacanos, como alverjones y chícharos, tal cual como huevo y una que otra como manzana. Poseía piernas curvadas como los signos de un paréntesis, nariz florida, colmillo móvil, párpados acojinados, mirada furibunda bajo las cejas enmarañadas y era muy ancho de frente y de conciencia.

Este escolar rogó a Félix con una sonrisa de mimo, le hiciera la señalada merced de ir a comprarle en esa tendezuela un peso de velas, y le entregó, para que pagara el gasto, la moneda que lucía como un sol, con la leyenda excéptica o soberbia, *Plus ultra*, y que era de aquellas a las que les decían columnarias y también de busto, porque estaba de perfil algún rey, para popularizar, tal vez, sus típicas narizotas borbónicas.

Dijo el estudiante tramoyista y urdemales, que él no mercaba las dichas velas porque en ese preciso momento iba a despachar un menester urgente y para indicar la precisión que lo acuciaba, apretábase con entrambas manos el estómago, y se fue en volandas dizque a diligenciarla; pero antes encareció mucho al mozuelo que le dijera al mercader que partiese por mitad cada una de esas velas, y esas mitades las cortara en seguida en dos partes perfectamente iguales, y luego, cada una de esas porciones se las dividiese todavía en dos trozos del mismo tamaño, y que todo ese pedacerío se

lo trajera pronto, porque necesitaba, cuanto antes, tenerlo en su poder, y que mientras volvía con el encargo, se iba él al beque a proveer en lo suyo.

Engatado quedó Felín con la dulzura de sus palabras. Fue a la velería, pues muy bien mandado era el mozalbillo, y más aún en este caso en que hubo dinero por medio; ya lo dice el refrán: por dinero baila el perro, y no por el son que le hace el ciego. Estaba muy sulfurado el don Sebos ese, pues Félix vio entrar en el pequeño establecimiento a un ranchero jorobado que empezó a ver hacia todos lados con boba admiración. Tal vez fue allí sin saber la especialidad a que estaba dedicado el establecimiento; creería que se expenderían otros géneros, no únicamente velas, y dijo sorprendido:

—Oiga, ¿pues qué vende aquí su mercé?

—Pues ya lo estás viendo, animal, vendo cabezas de burro —le respondió don Sebos, con hartos mal semblante, tono regañado y la bilis en ebullición.

El payo con sorna se quedó mirando fijamente a los ojos del mercader y le contestó poniendo un vago azoro en sus palabras a la vez que se rascaba la nuca:

—¡Válgame Dios nuestro pues la mera verdá, señor! No me había fijado, créame, pues ya se conoce, ya, que tiene su mercé hartos despacho de esas cabezas de burro, porque veo que no le queda más que una sola.

Con lo que se fue despacioso, balanceándose, con sus piernecillas de enano, que por lo estevado se asemejaban a dos tajadas de melón; tal vez ese arqueado se lo impuso la constante montura, y sostenían un torso estrecho entre dos airosas jorobas que se encontraban abrigadas bajo una chaqueta de cuero muy piteada.

Por la respuesta del hastial corcoveta se quedó el mugroso cascarrabias con el genio a muy alta presión; lo que lo hacía mover en su cara una tempestad de gestos, espumando por los ojos basiliscos y escorpiones. El hombre de por sí poseía un humor trepidatorio, siempre en estado ígneo, y como le dio una ciática lo tenía de peor condición.

Así fue que cuando Félix se le acercó para cumplir con el encargo que llevaba, lo encontró con el hocico muy arrufado por el berrinche que le andaba rebullendo dentro del cuerpo; en esa roja tesitura tuvo el inconsciente valor de ponérsele enfrente y le dijo todo cuanto el estudiante le mandó que dijese; más bien, no lo acabó de expresar, pues apenas iba a solicitar que le hiciera el favor de dividirlo en dos las primeras mitades, cuando recibió por toda la cara un desatinado golpe con un gran manojo de velas, que le hizo ver a la mitad del día todo el firmamento lleno de estrellas relucientes con uno que otro cometa.

Ese sebo le quedó aplastado por toda la azorada faz, y el frenetiquísimo viejo se quedó con sólo los pabilos; pero, indudablemente, para ocuparlos en algo útil —que era de esos seres que no desperdician nada— en el acto le suministró un sonoro latigazo por un carillo, y para que le hiciese buena compañía, le regaló inmediatamente otro rapidísimo azote en el pescuezo, en donde se le enredaron muy amorosos, dejándole un colorado y ancho verdugón como recuerdo de su presencia.

Félix salió despavorido al ver que don Sebos levantó furibundo las manos para preparar la catástrofe final. Habría deseado el carro de Elías para escapar con más prisa. Rápido y todo como iba, fue a alcanzarlo el encendido enojo del velero, tirándole a la espalda un golpe de seis libras, pues le arrojó derechita al cráneo, una pesa, que, gracias a Dios, Señor de todo lo creado, no le tocó la cabeza, pues el hierro salió un poco del camino que llevaba, si no hubiese hecho tortilla de sus sesos para el saboreo de los perros de cola enmarañada y mirada lánguida que por allí pululaban con el justificado afán de buscar que comer.

Con esa oportuna y providencial desviación se les frustró el banquete a los famélicos animalitos; también, cosa principal, evitó el mozuelo derramar su alma en el mar de la muerte. Pero como la pesa le dio en los meros lomos, por poco no le saca un omóplato por las costillas delanteras, con pulmones, bofes y demás porquerías, saliéndosele el hierro por el boquete del pecho con todo ese rojo acompañamiento; solamente el golpe lo hizo emitir hasta las heces un largo quejido que fue un largo do de pecho. Don Sebos se quedó muy echado para atrás, con el océano gelatinoso de su vientre temblándole de indignación, a la vez que rechinaba maldiciones incomprensibles como si las triturara entre su fuerte dentadura de salvaje.

Sucedió que el estudiante ya había ido, hacía poco rato, a ver al malhumoriento velero, para pedirle, lleno de dulce zalamería que le dividiera y le subdividiera las mentadas velas, tal y como mandó a Félix que lo solicitara, y tras de hacerle una gran reverencia le devolvió todos los trozos diciéndole a la vez que se los ponía entre sus peludas manazas, que se los metiera por el trasero, despaciosamente, y uno a uno, con lo que gozaría mucho; y salió en el acto de estampía, como si le soplasen atrás un vendaval.

Rogó después el maldito a uno de los trapisondistas de su carpanta, que fuese a pedir lo mismo al seboso varón, y también le suplicó este otro estudiante, lleno de comedimiento, que se escondiera toda aquella menuda pedacería en el mero traspuntín, y agregó:

—Óigame, don Mantecas, don Aceites o don Sebos, o como quiera que se llame, se ve que no tiene usted dinero, que es pobre, así es que siga inmediatamente el útil consejo que da el refrán que dice que el que no tiene dinero, que ponga el culo por candelero. Acátelo. Le aseguro que será un espectáculo primoroso verlo con una luz en tal sitio.

Y salió el escolar con una de esas velocidades de que hablan los astrónomos, dejando hasta su Escoto y Aristóteles en la desatada carrera que emprendió, claro está, sin tener la curiosidad de cerciorarse siquiera con una simple mirada de reojo, si don Sebos hacía aquella paciente operación que habíale pedido ejecutara, aunque es casi seguro que no la llevaría a cabo.

Cuando llegó el cándido Félix con la súplica de las divisiones y de las subdivisiones incomprensibles, ya estaba el velero en plena posesión de un humor de carga máxima. Se le caían de la boca unas centellas y miraba con arroba y media de

ceño. Así es que no esperó más el mantecoso comerciante a que le hiciera el muchacho la petición final de sepultarse aquellos numerosos fragmentos en parte tan noble y pudibunda de su cuerpo, y como tenía hirviendo el coraje, a punto de ocasionarle una alferecía, le aplastó en el rostro, sin ningunos prolegómenos preparatorios, las tres libras del sebo bien corridas de peso, junto con las otras seis de hierro que le sonaron a hueco en la espalda, y retumbaron en su pecho como golpe dado en bóveda.

Félix se quedó perplejo, sin saber por qué fue el extraño exabrupto; pero en medio de aquellos porrazos bien pesados, se conformó con la reluciente moneda columnaria que le dejó el estudiante trapalón. Había salido del relámpago y se iba a meter en el trueno, o como quien dice escapó de la sartén y fue a dar a las meras brasas. Así era de adversa su suerte.

Tuvo en el acto el muy legítimo deseo de comprar, para consolarse, un cierto zancajo de carnero que desde hacía varios días le estaba haciendo tilín a su hambre, siempre alerta, nunca desmayada; se lo iba a comer con la adorable blandura de unas tortillas recién salidas del comal. Se acercó al puesto de barbacoa con ese alto propósito gastronómico. Ya iba a dar gusto a su gusto; ya iba a acallar por aquel día sus ansias de comer, rellenándose los amplios vacíos de su estómago hasta que dijese «no quiero más».

Se arrimó al puesto y vio, amontonados, los incitantes trozos de carne temblorosa y colorada, cocida con tequezquite para darle ese color, que se estaban transmitiendo unos a otros su grasa derretida por el sol y bien musicados por el zumbir constante de legiones densas de moscas que iban y venían atareadísimas, del beque al puesto, y del puesto al beque, buscando variada manutención.

Descubrió Félix el dulce zancarrón de sus anhelos, dio la moneda, y al entregárselo rodeado de rojos colgajos de carne sancochada, creyó que iba a quedar de borde a borde, lleno hasta el gollete; solamente esperaba el vuelto para sentarse en el suelo y allí mismo, en paz y gracia, sepultar la carne en su vientre, para en seguida sorberle el tuétano al hueso. Luego se bebería un gran vaso de agua fresca de la que vendían por ahí enfriada y presa en cantimploras. Después daríase a la grata tarea de resolver en qué iba a gastar el resto de su dinero con el que se creía hecho un fúcar maravilloso.

Ya estaba con tragantones de saliva y curvaturas de rostro, saboreando por anticipado aquel manjar exquisito, pero en vez de recibir el cambio que iba a colmar su contento, recibió del mercader una mirada sulfúrea, promisor de cosas atroces, con la que casi le sollamó la cara, y entre interjecciones y frases conmemorativas, dedicadas todas enteras a la madre de Félix, a éste lo regaló especialmente con algunas imprecaciones rotundamente escatográficas, y le gritó como para que lo oyesen en Alfajayuca, que el peso era más falso que la maldita alma de Judas; por lo que el pobrecito lépero tuvo que hacer un gran esfuerzo para no desmayarse.

Le tiró el peso a la cara y le rebotó sonoro en un temporal; pero en verdad, en

verdad, no se supo bien, quedó en duda para siempre, si lo que emitió el sonido fue la moneda o el hueso del cráneo. El mozuelo estaba tratando de deslindar esta grave cuestión de acústica, pero le interrumpió sus cogitaciones la mano del vendedor, ancha y pesada como pata de paquidermo, que se alzó con rabiosa violencia para recuperar su mercancía alimenticia. El muchachejo, saliendo rápido de su ensimismamiento, le dejó al puestero por todo pago dos epítetos altos, sonoros y significativos, los mejores de su extenso y selecto repertorio, que fueron a poner al de la carne —uno de los tres enemigos del alma, según dicen— el genio más fosfórico, y sin más ni más, saltó sobre el mozuelo, cayéndole encima con una bofetada de urgencia estratégica. Fue un puñetazo de tal magnitud e intensidad que por poco le extirpa la cabeza del tronco. Era, sin duda, el mejor de la temporada. Con ese golpe salió Félix por el aire más rápido que bacín por ventana, como suele decirse, y fue a caer dentro de la fuente, desplazando con su cuerpo gran cantidad de aquella agua espesa, con la que bañó a los que estaban a su alrededor, quienes a falta de otra cosa más efectiva, le soltaron gruesos malhayas y maldiciones, junto con los indispensables y efusivos recuerdos a su progenitora, por no haberles avisado oportunamente que iba a caer en aquel lugar, en el que todos ellos estaban poniendo sus buenas dosis de inmundicias con sus trapos, con sus cazuelas, con sus asaduras, con sus pañales y quesos podridos.

Bebió Félix con la zambullida más de cuatro cuartillos de agua puerca casi de consistencia de atole de un hervor, que es cuando aún no alcanza el máximo de espesura; pero como, afortunadamente, se le quedó atravesado entre los dientes un gran burujo de lana de las zaleas que allí lavaban, éste le estuvo colando el agua como benéfico cedazo, deteniéndole así las cosas que allí flotaban, verdes, amarillas, coloraduzcas, amaratas. Como el puestero con inconsiderada violencia, le arrebatase al cuitado muchachillo el zancarrón que no había soltado ni por un momento, ni aún en su intempestiva excursión por los aires, le dio con él en la nuca un porratazo gótico, el cual lo hizo abrir la boca, y con la inevitable aspiración, se le fue para adentro, esófago abajo, la bola de lana con todo aquello que tenía detenido de colores y matices que no era muy católico que digamos.

Salió del agua el mozalbete entre la ensordecedora rechifla de la descalza falange de léperos, al verlo que en cada andrajo tenía pegada una completa colección de todo lo fétido y de mal ver que sobrenadaba en la pila, y de la cual un variadísimo lote llevaba ya albergado en el estómago. Podría asegurarse, sin temor de equivocación, que en toda su vida no le había tocado el cuerpo una gota de agua sino cuando lo bautizaron o cuando llovía y le cogió el aguacero al descubierto. Ésta fue la primera vez que sus carnes costrosas tuvieron el regalo de un baño completo.

Corrió Félix en veloz huida, como disfrazado de huracán y desolación, y como si no llevara harta malaventura, recibía a su paso el estímulo de tal cual puntapié, o el dulce halago de un mojícón. Detuvo su carrera en el Real Palacio; se metió por su ancho zaguán como bolilla impelida por cerbatana, y se fue a echar desfallecido en un

hediondo montón de basura. Se puso a llorar su desconsuelo, bebiéndose sus lágrimas. Pasaba y repasaba gente a su lado, y en ningún pecho hallaban eco compasivo aquellos largos sollozos de niño. No bajó piadosa, suave, ni una mano a posarse en su pueril dolor. Al verlo inmóvil, un perro cenizoso y lanudo se le acercó, y después de olerlo por aquí y por allí, y de hacer otras maniobras preliminares, alzó la pata y le echó un riego. El sol lo secó y con su calor se fue durmiendo blandamente. Con el sueño lava el corazón sus tristezas.

Noveno tranco

De lo que le pasó a Félix Vargas con un doctor y una vieja siendo mancebo en una botica

Cierta vez, con uno de los de su hilachosa carpanta riñó una importante cuestión a espada y capa por mor de una pelota, y como Félix descubriera en esa escarapela, no sé por qué indicios, deseos sanguinolentos en su empeñado contrincante, tal vez juzgaba esto por las frenéticas puñadas que le tiraba llevando escondida una piedra entre la mano agresora, quiso tomar otra también con propósitos nada cristianos, y por andar escogiendo la más adecuada por picuda entre las muchas que había en el arroyo, por si las cosas venían mal dadas, le ganó tiempo el que peleaba con él y se la plantó con gran ímpetu en medio de la frente, rajándose la como si hubiese caído sobre un melón maduro y, por la hendidura, entre un grueso chorro de sangre, le asomó curioso un buen montón de sesos, claro está que con curiosidad malsana.

Un chapetón que pasaba por ahí, Juan de buena alma, al ver aquel sanguinolento estropicio, llevó al haldraposo rapaz a una botica cercana para que con algo le detuvieran la violencia de aquel rojo manantial, entre el cual se le estaba yendo la vida, y, además, le sumieran basta el lugar en que estuvo primitivamente, el pedazo de circunvolución que le salió por la rajadura del frontal para ver el espectáculo del mundo.

En ese mes, según *Astrolabios y Lunarios* y lo prescrito por la *Urania Americana Septentrional* y por las *Efémeris Mexicanas*, no se deberían, por ningún motivo, ministrar sangrías por el maléfico influjo de no sé que planeta y qué contraria conjunción de estrellas, solamente se podían tomar purgas, evacuar flemas, darse pediluvios y bañarse «capital o infrirígidamente», contraviniendo esos sabios mandatos le aplicaron a Félix una copiosa sangría para que arrojara todos los humores coléricos, y en seguida, cuando ya se calculó que los había echado fuera, embadurnaron en una venda un cierto emplasto amarillo, y se la plantaron muy apretada en la frente; pero, al hacer esta faena, le quedó entre las manos al caritativo boticario algo de sesos, y también con ellos no sé qué importantes facultades mentales de las que tenía Félix ubicadas en ese pedazo blanquizco. Después le dieron repetidas fricciones con caldo minorativo y epítemas de agua avinagrada con bolio arménico, las píldoras de los tres ingredientes, y otras medicinas lubricativas para que lo ayudaran a desopilar y ablandar los demás humores que le quedaron descompuestos.

Taponeáronle la herida con hilas y a través de ellas se tiñeron de rojo las vendas. El boticario, acogedor y tierno, llevó al muchacho herido a un limpio aposento de su

casa donde siguió curándolo con amor y regalo. Encima de un bufetillo ante una virgen de madera colocada, una mariposa difundía en la cámara con delicadeza, diríase que con amor, la tenuidad de sus resplandores. En esa habitación del enfermo parece que se reconcentrara todo el recogimiento de la casa, y que el tiempo no era ahí como era antes, sino más largo, más ancho, más profundo. De tarde en tarde se oía el ruido levísimo de unos pasitos quedos, y un rostro se inclinaba sobre la descolorida faz del doliente y mirábalo atento, y sonaba una voz insinuante, llena de inflexiones de bondad.

Felisillos estaba entre un vago sopor; todo lo percibía, pero no claro y distinto, sino como a través de un velo en movimiento. Iba borrosamente de la conciencia a la inconsciencia en un ambiente de irrealidad. Su espíritu flotaba en suavidades sin fin por los limbos de lo desconocido. Parecía que iba atravesando por entre una niebla donde se hallaba perdido y ausente de todo lo creado. El sueño acogíalo y le daba paz, breve paz, porque a poco salía de él y quedaba sumido en un marasmo profundo, perdido en una vaguedad sin fondo; la lamparilla en aquel medio, agitado por el sufrimiento de un pobre ser, tembleteaba con cariño como indicando que, en tanto que el enfermo dormía, ella estaba vigilante, guardando y velando su sueño, para que al abrir los ojos no hallase la tiniebla. Después, fina y vibrátil, lo seguía acompañado con su humildad consoladora. ¿Era ya de tarde o estaba la mañana en plenitud, llena de sol? Una penumbra grata, sedante, llenaba el aposento, y entre ella la llamita, constante y fiel de la lamparilla, y el arrobado rostro de la Virgen y sus manos acogedoras.

La fuerza de la fiebre que le entró a Félix lo tenía envuelto en un fuego de ansiedad delirante y hacía decir palabras confusas, de ininteligible incoherencia. Sentía aún la cara húmeda de sangre tibia, y escuchaba un rumor hondo, como de mar lejano, y de él iba brotando la insistente dulzura de una canción de cuna, cuyo ritmo amoroso se empeñaba en seguir con voz cansada, que apagábase luego en los labios reblanquidos y la tornaba a subir con flébil ondulación como el chorrillo de una fuente.

Sentía en su rostro el cálido aliento de los que se le acercaban, pero no los veía tal y como eran, la calentura se los desleía ora entre sombras, ora desfigurábase los de manera grotesca, y a ratos miraba por todas partes formas inciertas que oscilaban lentamente y se disolvían después en una luz increada, luz etérea, con irradiaciones tan suaves, tan resplandecientes, que no se pueden explicar. Luz inefable.

Se sosegó después de muchos días de estas visiones y de estas fiebres que le prendieron su llama. Una apacible convalecencia le fue dando sangre nueva, aunque algo fluida, pero, poco a poco, cobraba vigor. Se restituían a su cuerpo las fuerzas perdidas. Una constante sensación de placidez corría por su cuerpo. La vida para Félix era de una maravillosa tenuidad. Dejó la cama, la suave y fresca cama, cuyas sábanas estaban sahumadas con alhucema o cantueso y entre ese olor guardaban aún el de las matas de romero, sobre las cuales las tendían en las huerta para que se

secasen cuando las lavaban y su humedad absorbía la delicada fragancia.

Dijo el boticario que ya tenía el muchachillo ordenados en la conveniente proporción los humores. Se vio al fin sano y bien puesto. Recobró la entereza y salud de antes, su salud jubilosa. Como no tenía casa a donde ir el pobre vagabundo —la suya era la fresca posada de la «Estrella», o sea el aire libre, en la que nunca se le hacía la cama mal mullida— se quedó en la botica desempeñando el importante cargo de mancebo, que empezó a ejercer con diligencia, vestido ya con una ropeja de cotonía que no era sino la adaptación o refundición de un vestido viejo del amo a su esmirriado cuerpecillo.

El dueño de ese establecimiento sulutífero era un tal don Filogonio Azcárate, viejecillo risueño, limpio, melindroso y pulido. No se quitaba jamás de la cabeza un bonete rojo de aguja, porque era enfermo de váguídos. Le llamaban el señor Amapola por lo rojo de su cara, siempre muy arrebatada de color. No contradecía nunca este buen viejo, siempre asentía a todo con cariñosa reiteración. No era de esos seres enredosos y encizañadores. Si alguien le decía mal de alguna persona, tomaba la voz por ella, poníase como su escudo y amparo, y la defendía con razones que sacaba de su blando corazón. Jamás llevaba otros oídos el parecer contrario que había oído decir, pues el chismorreo le producía un malestar íntimo, angustioso; como para muchos son un fino placer las hablillas, porque encuentran en ellas satisfacción muy gustosa, para don Filogonio eran repugnantes, las tenía aborrecidas con detestación.

Este viejecito pulcro, silencioso y atildado, empezó con amorosa paciencia a adiestrar a Félix en todo menester. Poco a poco le fue alumbrando el entendimiento al irle enseñando nombres de piedras extrañas, de raros yerbajos guardados en las esbeltas canillas talaveranas, blancas y azules, en las que se ponía el nombre, no el que a derechas le decía la gente, sino un desfigurado remoquete latino con el cual nadie atinaba a saber el verdadero nombre del simple. Pronto supo también los potingues que contenían los coloridos botes de porcelana que llenaban la anaquelera, y sobre los cuales leíanse con caracteres góticos raros letreros que no parecían sino desentrañables fórmulas de alquimia: —*Rad. Polip. Q.-Ra. Su. Eboris-Stirac. Cala*— y otros rótulos de no menos siniestro cariz. Lo enseñó también el cordial boticario a majar en el mortero y en el sonoro almirez; a revolver sobre el marmolillo con las flexibles espátulas; a preparar sencillos elíxires, aceites, conservas, vomitorios, julepes, purgas y cáusticos para todas las enfermedades, dolamas y ajes humanos; agua de olor para la ufanía de la gente, y pomadas, tales como la de toronjil, en la que pronto fue práctico, y que tenía gran consumo entre las mozas de servir, para adobarse los cabellos tan duros y gruesos que comparados con la cola de una res orejana, resultaba ser ésta de una suave seda de la Mixteca. Por eso unos decían que eran pelos de jabalí y otros aseguraban que crines.

Pronto fue peje para hacer con todas las reglas del arte el diaquilón, emplasto excelente para ablandar tumores; píldoras de acíbar con estafiate; alquermes y esparadrapos de varios aglutinantes, y hasta algunos ungüentos madurativos;

preparaba diversas blanduras, que son los afeites que usan las mujeres para parecer más blancas, y coloretos para los frescores del rostro. Preparaba en un santiamén el cocimiento de guayacán para sudar las bubas y a falta de éste buenos eran también los de zarzaparrilla, sasafrás o la raíz de China para curar esa enfermedad cortesana y atajar sus estragos. También en un dos por tres hacía tanto el julepe rosado como el ordinario, y el julepe para refrescar y confortar en las calenturas; bebidas de coliquintida que purga blandamente; de raíz de Jalapa que también limpia el estómago de las superfluidades; de gordolobo, muy demandadas para las cámaras de sangre, y no tenía cuate en las de zaragatona para lubricar y linir el vientre. Con diestra prontitud despachaba a toda hora pastillas, licores, bálsamos, electuarios y linimentos.

Recetas médicas que quizá eran salvación o, al menos, esperanza.

Con maestría insuperable supo disponer estas últimas cosas, y ayudaba muy eficazmente a don Filogonio en las complicadas, que requerían no sólo cuidado, sino suma experiencia, como jarabes preparativos para evacuar la flema o el humor pituitoso; bálsamo para heridas, dicho también aceite de Aparicio; defensivos para refrescar el hígado de la destemplanza caliente; vomitorios destinados a trasbocar el humor colérico y el melancólico; letuarios astringentes o cordiales; el precioso unguento blanco para la sarna y el de trifarmación, inmejorable encarnativo; el emplasto de Galeno para estancar la sangre, y confortativos para el corazón, en los que entraban el ámbar gris y piedras bezoares disueltas en vino blanco.

Sabía que los *polvos ad casum* no eran más que sangre de macho cabrío seca y pulverizada; que el *album graecum*, llamado también canina, se hacía con excrementos de perros nutridos algunos días antes exclusivamente con huesos, y amasado después con agua de llantén, cortábasele en curiosos trociscos y se guardaba para el uso; que el conocimiento antictérico no era otra cosa sino el excremento de ganso con fragante agua de peonía; que el *virgum graecum* era sólo orina de vaca, llamada pomposamente Mil Flores, a la que se le echaba cola de tlacuache que no sé qué extraña virtud tendría, y revolvíasele achicoria; que los polvos de Gutteta llevaban entre sus preciosos componentes, rasuras de marfil, de cuerno de ciervo y de la uña de la gran bestia; que las conservillas de alquermes y de jacintos contenían polvos de esas gemas preciosas y, además, de perlas, de coral y lazulita.

No ignoraba tampoco el mancebo que el caldo de víbora era excelente cosa para ciertos humores de la cabeza, y que contra la mordedura de esos animales ponzoñosos, no había como la piedra de las Filipinas; que el polvo de chinachina, desleído en buen vino rojo, atajaba la porfiada tarea de las tercianas y cuartanas y de otras endemias más, dejando salud perfecta para varios años; que el cocimiento purificativo de zarzaparrilla extinguía el morbo gálico. ¿Y para qué seguir enumerando todos los muchos medicamentos que en un dos por tres aprendió Félix para contradecir eficazmente numerosas enfermedades, así como los disparates astrológicos que sabía junto con muchas ridiculeces judiciales?

Supo pronto que San Cristóbal y Santo Domingo Loricano eran abogados magníficos para el dolor de cabeza; San Eusebio Samosetano, para las jaquecas; San Javier para las pesadillas y lograr buen sueño; Santa Ludovina secaba el catarro; Santa Apolonia y San Francisco Javier extinguían el dolor de muelas; San Tobías y Santa Lucía los males que caen en los ojos, y para los de riñones era inmejorable San Zoilo; San Andrés Avelino sosegaba los ataques; San Juan Cancio dábale fin a las úlceras y a la tisis más galopante; San Luis Beltrán y San Gonzalo de Amarante volvían sanos a los atacados del terrible cólera; San Bernardo hacía que tornara el apetito; contra el hambre no tenían rivales tanto San Nicolás Tolentino como Santa Tiricia y los Reyes Magos; San Blas daba remedio inmediato a las enfermedades de garganta; San Antonio de Padua hacía a los tullidos de velocísima andadura; San Pedro Tomás extinguía el tabardillo más pintado que un cuadro de Echave, el viejo; las tercianas y cuartanas se rendían al benéfico influjo de San Alberto; San Juan de Dios volvía a meter en quicio a los que con la locura perdieron el entendimiento.

Además de esto que aprendió bajo la tutela y doctrina de don Filogonio, supo muchos de los aforismos hipocráticos que él repetía continuamente y muy al propósito, y que dizque eran del español don Manuel del Casal, doctor peregrino, que se escondía tras el anagrama de don Lucas Alemán. Estas máximas, hechas entre burlas y veras no estaban desprovistas de valor, pues eran producto de una observación larga y atenta.

Decía a menudo Félix, aplicándolos bien al caso, los consejos prudentes que el curioso médico español compuso para dar remedio a distintos males. Seguramente el gran don Lucas Alemán experimentó bien las recetas que dio como preceptos axiomáticos, compuestos en tono chancero y en versos prosaicos y macarrónicos.

«Al que mal de corazón le dé
apriete el dedo gordo del pie.
Si el ángulo del ojo comprimieres,
el estornudo impedirás si quieres.
Si te duele la cabeza,
ponte ruda en la oreja.
Más mató el cavilar,
que embriagarse y trasnochar.
No conocer a los treinta y uno su naturaleza,
será notoria rudeza.
Gotoso que puede menearse,
cante, lea y hable para ejercitarse.
A falta de ejercicio,
las friegas suplen su oficio.
Quien en la cama está en la enfermedad
como estar solía en la sanidad,

no promete en su mal malignidad.
Huya el viejo los agrios,
lo frío, flatulento y mantecoso,
pero no del vino rancio y generoso.
Bebe el agua que no tenga olor, sabor ni color,
y empina el vino que tenga olor, sabor y color.
Queso mejor y de más estimación,
el que roe el ratón.
Quien come calabaza o almoronía, no tema apoplejía».

Y relativos a la difícil profesión médica supo Félix estos otros proloquios que por don Filogonio fueron «sacados del libro de la experiencia» del ínclito don Lucas o don Manuel, que tanto monta:

«Cuando va a dejar de ser,
empieza el médico a saber.
Al mal ejecutivo
y médico aturdido,
enfermo perdido.
Mal con su salud está
quien médico muda sin necesidad.
En casas de alto rango donde suele
reinar la adulación, chisme y envidia,
libre Dios al médico más sabio
del que le pone al amo la camisa.
Enfermos que a su médico entretienen
con inútiles, vanas frioleras,
no son enfermos, son moscas borriqueras.
Médico de gran perla y bien vestido,
cuéntese de repente introducido.
Médico de confianza,
será menos que otro,
pero más alcanza.
Si tu enfermedad postrera
nadie te la ha de curar,
la que no te ha de matar,
te la sanará cualquiera».

Ni el experimentado don Filogonio, ni nadie en la ciudad de México, ni creo que en el mundo entero, no estimaran sino como cosas risibles y de juego las agorerías de no lavarse las orejas en marzo, ni cortarse las uñas en mayo, ni el mes de junio levantarse con hambre de la mesa, siendo quizá la única buena y cierta la predicción

de abril: No prestéis, porque tarde lo cobraréis.

Don Filogonio estaba muy complacido de lo habilidoso que era su mancebo. Descubrió en él unas excepcionales facultades; día a día le tomaba más ley y con paciente bondad le iba acreciendo sus conocimientos. Cuando le alababa su prontitud, limpieza, esmero, lo diestro que era o alguna cosa, el picaruelo creíase que lo subían sobre los cielos, y no sabía que hacerle a don Filogonio, y se ponía más ancho que largo. Pero a pesar de la afección indulgente que le demostraba el boticario, tuvo con él un notable disgusto. Salió el cordial viejecillo del compás de su bondad.

Fue un fulano a la botica y dijo a Félix que le prestara un vomitivo.

—¿Que se lo preste, dice? ¿Es acaso para verlo?

—No, no es para verlo ni mucho menos —respondió el otro—, que poco o nada tiene que vérselo a ese brebaje dulzarrón sino que lo quiero para tomármelo, y únicamente lo pido prestado, pues créame, se lo devolveré pronto.

Don Filogonio sufrió alteración en su serenidad al enterarse de que el muchacho dio el menjurje en préstamo, sin cobrarlo; por lo que le suministró, por vía de enseñanza, un buen paloteo, a pesar de que Felisillo le exponía centellas de razones cuando no se anegaba en llanto, porque, afirmaba que aquel fulano, fiel cumplidor de su palabra, comenzó a almadiarse y después devolvió todo lo que él le había prestado y aún mucho más, lo cual puso en una redoma aparte, ya que, repetidas veces, iba gente a la botica solicitando un vomitorio el más barato y eficaz que hubiera, y así se les podría dar ése por poco dinero, por ser de medio uso, el cual, además de tener un costo mínimo, haría de seguro mejor efecto emético para lanzar hasta las tripas.

Don Filogonio se dolió con íntimo pesar del castigo que impuso al desdichado mocito, y se llenaba de ternura al verle los ojos llenos de lágrimas y en la boca un gesto de tristeza, que era como un callado reproche, como una débil y pesarosa recriminación.

De esa horrible porquería o de otro cualquiera asqueroso vomitivo tenido por insuperable, que para el caso es lo mismo, tomó un enfermo por mandato del célebre filosofastro y locuaz declamador, doctor en medicina y pedantería, don Aniceto Valdivieso, quien a las pocas horas de haberlo ingerido su pobre paciente fue a la casa de éste y le preguntó a la esposa:

—¿Hizo efecto el vomitivo? ¿Devolvió el enfermo?

—Sí, señor; devolvió todo, hasta el alma. Murió a las doce.

Pidiéranle a Félix lo que le pidiesen, no decía nunca que no lo había en la botica. ¡Qué capaz que dejara que se fuese el cliente y con él las monedillas con que iba a pagar! En un vaso echaba un poco de este líquido, luego un chorrillo de alguno distinto, después vaciaba algo del frasco de este lado y en seguida algo más del pomo que caía a la otra mano, sin preferencia por ninguno determinado, y luego le iba añadiendo con mucho tiento, polvos que sacaba ya de este pote o ya del de más allá, y si toda esta extraña mixtura se ponía efervescente cobraba un real, pero si no hacía espuma, solamente medio; y si aquello tomaba color obscuro, el precio no pasaba

entonces de tres cuartillas. Semejantes cosas les sacaban a muchas gentes la enfermedad que tenían bien enraizada, y otras, tal vez, no hay que dudarlo, daban las boqueadas de rigor al ingerir esos brebajes insoportables.

Pero como en este pícaro mundo nada es eterno ni estable, sino que todo es eterna mudanza, interrumpió Félix su contacto con la farmacopea, por una muerte que ocasionó; un selecto y claro entendimiento por grave culpa suya, quedó oscuro. De este modo pasaron las cosas:

El doctor en medicina, don Aniceto Valdivieso, médico de espadín y gualdrapa, iba a diario a tertuliar a la botica con otros modorros caballeros del distinguido barrio de Santa María la Redonda. Era muy imponente, muy majestuoso y grave este señor doctor, fatuo, finchado y orgulloso; no se reía ni por muestra, su cara era un puro responso. Don Aniceto Valdivieso creíase siempre en el paraninfo de la Gloria. Soberbio y testarudo como mula burreña, jamás cedió ante nadie; no admitió jamás contendores; era él único dueño de la verdad absoluta. Lo que decía era ya cuerpo jurídico para toda cuestión que ocurriese después, y así como los místicos o los mártires más exaltados creen en Dios, así don Aniceto creía en sí mismo y en su ingenio con fe ardentísima, sin mezcla de duda alguna.

Respiraba don Aniceto con tal insolencia que parecía no querer dejar aire para los demás. Andaba limpísimo, de negro perenne sobre el que resaltaba el escarolado follaje de su pechera, blanca como malvavisco. Iba siempre muy afeitado; quién sabe cuántas veces al día rasparíase aquel cutis de atezada color, que relumbrábale; a toda hora tenía un inextinguible brillo en los pómulos, y en la purpúrea punta de la nariz, una gotita de luz, al igual a la que tienen las cucharas que se acaban de fregar. No poseía ni un pelo ni en los macizos carrillos, ni encima de la boca ni en la barba; sólo unas cuantas cerdas negras desempeñaban el importante papel de cejas en aquel rostro adusto, con expresión de patíbulo. Se peinaba con mucho esmero y pompa, levantábase sobre la frente un alto copete. Era su cabeza un prodigio capilar.

Don Aniceto Valdivieso le ponía a todas sus frases muchos perejiles retóricos, y hablaba con inextinguible rimbombancia. En todo echaba su terraja y asentaba su canon con prosopopeya, blandiendo el dedo índice en el aire con autoridad magistral, y según fuera el de la mano que levantase, hacia ese mismo lado inclinaba la cabeza para ver a sus interlocutores con expresión de suficiencia, mientras que iba soltando sus engoladas vaciedades. Era disparatón sin medida y como una gran campana, muy sonoro y muy hueco. Dice Alfonso el Sabio en las *Partidas* que «así como el cántaro quebrado se conoce por el sueno, otro sí el seso del hombre se conoce por la palabra». Emitía juicios sobre el mundo y la vida con una petulancia dogmática. En su existencia tenía la oratoria como común denominador. Hasta para pedir un simple vaso de agua ahuecaba la voz, ponía los ojos en blanco y con las manos en tribuno arrebatado, trazaba en el aire amplias parábolas. Creía este pobre mentecato que un discurso era la única manifestación de inteligencia que podía dar un individuo, y él que los hacía a todas horas, era un idiota cuadrado. El ronco dondolón de los

cencerros, era una cosa grata y suavísima, comparado con su vocejón espeso y becerril.

Si alguien preguntaba alguna cosa a don Aniceto, fruncía en el acto las cejas, como para reunir recuerdos; luego desarrugaba el ceño y sonreía con esa insoportable afabilidad del orgullo adulado, hacía funcionar a muy alta presión su energía intelectual y volitiva y alzando al aire un dedo socrático poníase a decir al modesto mortal que consultaba su sabiduría, un hatajo de insípidas tonterías, chabacanas y vacuas estrepitosidades. Curaba por el método de la vía seca o particular, invención del cirujano de Sevilla, Bartolomé Hidalgo de Agüero, al que ponderaba con palabras exorbitantes, en las que iban para manifestar su saber, muchos latines equivocados y citas inoportunas de autores antiguos. Aseguraba que él debió de poseer mayor talento que el que en la actualidad tenía, con el cual hubiese dejado turulata a la humanidad entera; pero que su madre, gran previsora, comprendió que iba a tener una desmesurada inteligencia y que nadie lo iría a comprender en el mundo, por lo cual iba a sufrir mucho, aunque fuese de voluntad de mártir, y para rebajarle el talento, le dio por varios meses, como única comida, leche de burra, con lo cual ya le quedó al alcance de todos los mortales.

Este parsimonioso pedante tomó ojeriza a Félix porque lo bautizó con el adecuado remoquete de don Pendejo el Magnífico; lo que causó gran risa y bullicio entre los pacíficos desocupados de la tertulia; por lo cual el fachendoso médico, se quedó espumando de rabia y con cualquier plausible pretexto, alargaba el brazo hasta la oreja del muchachillo y se la retorció bonitamente, tal como lavandera con un pieza de ropa mojada. Cada vez que podía alzaba la mano para emparejarle entrambos carrillos con buenas cachetadas o sonoramente le machacaba la caspa.

Como además el chico, presintiendo el mandato del refrán que dice que al vanidoso húyele más que al leproso, le hacía a diario el incalificable desacato de no tenerle el estribo cuando subía o cuando bajaba de la mula, ni se la ataba corto en la argolla de hierro que sobresalía del muro, ni le arreglaba la gualdrapa amarilla, ni menos lo andaba a cada paso rodeando como paje con la escobilla; por todas estas graves faltas, los tirones y retorcidas de orejas menudeaban con frenesí inextinguibles; se embravecía con ellos don Aniceto, y Félix iba alimentando un odio de calabrés contra el deuteronomico señor, al que ya tenía por enemigo capital. Le profesaba entrañable aborrecimiento. Sólo el ver a tan detonante sujeto le ponía humor de calamar en su tinta.

Una vez que vio al pomposo doctor encaramado en su mula que parecía castillo de carne por lo ancha y grandota, pero que era de genio dócil y trote mesurado, tuvo Felisillo una rara inspiración de esas que sólo llegan al cerebro de los hombres que se han calificado como genios. Muy humildemente dijo a don Magnífico que si le otorgaba la venia de comunicarle a la bestia un secreto al oído, que le importaba mucho conocer. Por tontiloco tuvo al muchacho el sonoro figurón, y no se dignó hacerle el menor caso, solamente lo envolvió en el fuego de una mirada desdeñosa;

pero Félix continuaba en la misma súplica, con la tristeza de sus ojuelos negros y pitañosos.

Como don Aniceto, o don Magnífico, siguiera con el índice extendido como quien señala y guía, sin soltar un discurso enfático, dogmático y trifauce que no se acababa nunca, y en el que desatinaba con una ignorancia frondosa, haciendo finuras de análisis en pleno vacío, tuvo al fin la magnánima generosidad de conceder por medio de un ademán despectivo lo que Felitos solicitaba humildemente, mientras que terminaba la vaciedad imponente de la disertación que hacía sobre la lunaria mayor mezclada con la sal gema, ante sus admirados tertulios, que lo rodeaban extáticos, muy sorprendidos de que tan fecundo caudal de ciencia se albergara en aquel ser privilegiado, y de la que una mínima porción no por pequeña menos sorprendente, les hacía el señalado don de derramar sobre su pasmo de ignorantes para deleitarles el paladar del entendimiento.

Estaba diciendo don Magnífico, con frases crespas y ensortijadas, un discurso que era un prodigio de mal gusto e insensatez y, así y todo resultaba el más exquisito de su carrera médico-oratoria. ¡Qué voz potente la suya! ¡Qué órgano vocal tan prodigioso! Se pensaba que iba a hacer saltar los cristales de las ventanas de todo el barrio. Estaba tan orgulloso el altitonante señor que se creía más alto que el Inri, y, seguramente, se hallaba bien persuadido de que sus tripas no trajeran dentro lo que traían, sino ámbar, rosas y largos sartales de perlas.

Félix llevaba oculta en una mano una yesca encendida que con gran disimulo se puso en la boca, y al arrimarla a la oreja de la bestia se la sopló hacia adentro, hasta lo más recóndito, con lo que inmediatamente salió la mula como un torbellino, con polvareda y todo, tirando patadas en todas las direcciones de la rosa de los vientos. Distribuyó varias, sin ninguna equidad, pero con limpieza, entre los señores que rodeaban a don Pendejo, escuchándolo absortos, bebiéndole a saboreados tragos sus preciosos conceptos, pero a todos ellos el maldito animal, sin consideración alguna, los desparramó con aquellas potentes coces por nuestra común madre la tierra. Cuando arrancó la mula, don Magnífico dio un alarido disforme y, claro está, que a los primeros respingos salió el superfirolítico señor como disparado en cohete por encima de la cabeza de la enloquecida bestia haciendo diversos chingolings por el aire. Ésta no lo quiso mandar hasta las nubes; se contentó con que llegara dando esas variadas volteretas hasta la altura de los tejados. Después de ese rápido y parabólico viaje aéreo cayó con fragoroso retumbo aquella sapiente humanidad y fue tal el porrazo, que abrió pozo en el suelo. Trepidó toda la calle con el prepotente golpe de la caída; se creía que se hubiese derrumbado todo el Ajusco.

Desencuadrado lastimosamente fue a quedar el enlutado fantasmón en medio del espeso terregal que levantó con su estrepitoso costalazo. Se rompió don Magnífico la cadera y otros huesos crurales, a consecuencia del rápido descenso; quedó con varias costillas astilladas y el cráneo rajado; de él le manaba sangre y agua en gran cantidad; en ella, indudablemente, iba disuelto mucho de su portentoso saber,

la cual nadie, absolutamente, ¡qué lástima!, tuvo la exquisita precaución de beber en aquel instante preciso y único para quedar, con los tragos que diera, hecho una maravilla. Gracias a que don Magnífico tuvo la hábil precaución de cerrar la boca muy a tiempo, pues si no lo hubiese hecho así, se le habría escapado por ella el alma.

Entretanto, la mula corría y corría despavorida; parece que un encorajinado demonio se le iba retorciendo dentro del cuerpo y la impulsaba cada vez más en su carrera arrebatada y loca. Se llevó de encuentro a varios transeúntes; derribó unas mesas con fritangas, otras con frágiles alfeñiques; pasó sobre un puesto de loza haciendo un completo y sonoro estropicio. Dondequiera levantaba gritos y exclamaciones. El rayo es paso de tortuga en comparación de ella. Se sentía tan infeliz, tan llena de desventura con aquella mecha que le achicharraba el tímpano, que tomó la desesperada determinación de suicidarse y se quitó la vida conforme lo pensó, lanzándose ciegamente contra la blanca pared de un convento lleno de sol.

Félix estaba que se derretía de gusto viendo aquella desafortunada carrera, profusa en respingos y coces. Se retorció de risa; pero bien pronto se le extinguió el gozo en el cuerpo al mirar ante sí al boticario con cara de tragedia. Félix se limpió en los muslos las manos empapadas en el tibio sudor de la congoja. Se le cayó el alma a los pies, según se quedó de horripilado y aturdido ante los indicios de aquel furor de volcán que traía don Filogonio visible en el rostro, amapolado más que de costumbre. No desmintió en nada su actitud agresiva, pues tras el doloroso prólogo de unos contundentes coscorrones, y de una apretada retorcadura de oreja con la que se la dejó más colorada que pedazo de chorizo frito, le soltó una expresión cáustica, adecuada a las circunstancias, y luego que la terminó le dijo a gritos:

—Dime, muchachejo del demonio, ¿qué cosa le dijiste a esa mula que partió tan despavorida? Juro que te hago mil fragmentos si no me lo dices ahora mismo.

—Señor, la mera verdad de Dios, nada más le descubrí un secreto íntimo de familia.

—Pues toma, maldito, por chismoso. Eres más indiscreto que un tal Miguel Abascal que tuve yo por condiscípulo.

Y acompañando la palabra con la acción, le largó una amplia bofetada que caía dentro de la lógica inmanente de las cosas.

—Oiga, señor Filogonio, pégueme su merced si le viene en gana, pero, por amor de Dios, no me compare con gente que no conozco.

—Pues para que te avergüences de la comparación con ese Miguel te diré ahora que era un gran embrollador, pues él solo era una vecindad entera, más bien dicho, era todas las vecindades de México. Tenía la lengua tan larga como la espada de Roldán, para él no había juramento seguro, ni reputación sana, ni mujer virgen, ni viuda con toca, ni casada sin velo, ni virtud viva, ni palabra entera, ni capirote que no estuviera al revés, ni cosa alguna derecha. En jamás de los jamases guardó en la vaina del respeto la envenenada daga de la maledicencia. Y no sólo decía ascos y horrores de los vivos, sino que resolvía los huesos de los difuntos cuya conducta y

circunstancias no tuvo lugar de poner en claro mientras vivieron.

—¡Ay!, aunque yo no entiendo la retahila que ha soltado su merced, debe de ser de puras cosas feas, y sería, cuando uno lo viera, para ponerle las cruces a ese Miguel Abascal con el que no creo, ¡Dios me libre!, asemejarme en nada, con perdón de su merced.

Don Filogonio sin muchos preparativos, siguió con empeño, con *delectatio morosa*, en una moquetiza formidable, que parecía no tener intenciones de acabar nunca. Con uno de los puñetazos que le regaló a Felisillos, no se sabe a punto fijo si fue con el treinta y ocho o con el setenta y dos, se derrumbó el muchacho, dando con la cabeza sobre una piedra que creo se fue a poner allí adrede para el efecto de que le cayera encima aquel cráneo, ya de suyo tan aporreado con tanto coscorrón más que tamboril de titiritero.

Por esta golpiza tuvo Félix durante muchos días vislumbres y amagos de loco; pero si lo suyo fue pasajero al ilustre doctor don Aniceto se le cuajó para siempre el cerebro, se le salió diluida toda la razón en aquella agua blancuzca que le manó abundante por la rajadura de la cabeza, la que todo México aseguraba, babeando de admiración, que era hecha para un concilio ecuménico.

Félix fue la causa directa de que con ese estropicio perdiera para siempre la ciudad, ¡qué digo!, la nación entera, a ese portento de hombre, y únicamente le quedó a la humanidad, como recuerdo suyo, su obra en veintisiete robustos y copiosos volúmenes en gran folio, rotulada *El guacayán, bondad insuperable para la gota y para el chorro*. Era tan sabio este ínclito varón que cada volumen de ésos pesaba hasta dieciocho libras, bien corridas, por lo que, si se llegaban a publicar, sólo al peso iban a valer un dineral. Esa obra dizque estaba ya premiada por una docta academia y otras imponentes corporaciones.

Un doctor muy agudo y muy lince que profesaba cátedra de Vísperas de Medicina en la Real y Pontificia Universidad, dijo a sus alumnos después de mostrar sentimiento con ternísimas palabras por lo que le aconteció a su estupendo colega don Aniceto Valdivieso:

—Yo aseguro, apoyándome en mi larga práctica, que una caída, así sea de caballo como de mula, que es la del caso presente, es el único mal que no tiene recaída. Largas meditaciones en noches de desvelo me ha costado sacar en claro esta consecuencia que ahora afirmo.

Al boticario, se le puso en vez de su dulzura constante, un humor de cocodrilo, por la cerrazón del cerebro de don Magnífico, que era quien le enviaba más recetas, pues este señor no acababa nunca con una enfermedad, sino que la substituía con otra, pues ya se sabe que los mortales enferman del mal, pero mueren del doctor. Don Filogonio anduvo muchos días desatinado por los rincones; sorbía a diario amargos cocimientos de ruibarbo para juntarse la bilis que la traía muy desparramada por todo el cuerpo; echaba muy de menos la compañía y buenos consejos de aquel campanudo pedante, que alambicaba formalidades, abstracciones, trascendencias y entes de

razón. Se le fue a don Filogonio su tierna y cordial suavidad, su carácter pecaba más bien de bronco y áspero que de fino y cortés, cuando antes lo ponía junto a una mantecada y ésta salía perdiendo, y le empezó a suministrar a Felín unas sistemáticas y siniestras aporreadas con las que casi lo desmenuzaba, ya con una señora tranca que parecía un robusto as de bastos, o ya con unas correas que eran de lo más recio que se conocía en materia de pieles. Así es que el pobre pasábase el día becerreando de lo lindo.

Pero eso sí, cuando el muchacho no tenía el cuerpo ocupado con ninguna golpiza inoportuna, se lucía preparando brebajes, ceratos, elíxires, cataplasmas y lejías. Iba y venía rápido por la botica; subía y bajaba por la escalerilla con ligereza de simio. Era como una cendra, ágil y listo, aunque cada vez estaba como más enclenque y descolorido; se asemejaba por lo extenuado y por su color, a una de esas tristes velillas de sebo que las almas piadosas, llenas de caridad cristiana, encendemos ante San Judas Tadeo para que aleje de nosotros o nos haga el gusto de matar a las personas por las que sentimos una cordial antipatía.

Pero si estaba en ese estado lamentable, también se hallaba más ufano y zalamero, sin acordarse más del repompeado don Magnífico, ya deficiente del entendimiento por los vapores que tenía entre el cráneo, vapores que en los pobres se llaman locura, al igual que lo que acontece con el vino, que cuando lo trae el rico subido a la cabeza es únicamente alegría, y si al pobre es a quien se le trepa, entonces es borrachera repugnante.

Don Filogonio, después de que terminó la ardua tarea que se había impuesto de aplicar esas golpizas, cayó en nueva melancolía. ¿Por qué alteró ese intempestivo furor su natural tan manso, tan afectuoso, tan sereno? Muchos días anduvo sin gusto ni contento el pulcro viejecillo. La tristeza le asombraba y turbaba el corazón. Por su boca entraban tragos de amargura a causa de esa reprensión tan áspera, tan grave. Creyó que para siempre había cerrado con sólo bondad y perdón su fosa bestiaría; pero salieron rugiendo las malas bestias de sus instintos primitivos, de monstruoso parecer y sin un gesto humano.

Sufría en silencio don Filogonio, alma arrepentida y pacífica. Tenía ansias de lágrimas.

Cierta mañana llevó una vieja el récipe de un afamado protomédico en el que se prescribían, disueltos en una azumbre de agua de enduvia, ciertos polvos nocivos, buenos en pequeña dosis para acabar con un mal de la orina, que era el padecimiento para el que fueron recetados por el notable facultativo. Se mandaba que se pusiera en el líquido solamente la cantidad que se tomase de ellos en un real de plata. Don Filogonio encomendó a Félix tan delicadísima operación. ¿Por qué lo haría? Nunca se le hubiera ocurrido semejante cosa, aunque ya otra vez había llevado a cabo muy airosamente otras semejantes. Mientras que el mancebo preparaba el medicamento, él se atarearía en redondear entre el índice y el pulgar unas ciertas píldoras de zaragatona que con urgencia esperaba un criado de casa rica para la tiricia de su

señor, y después de terminar esa operación se iría a la rebotica a llorar a dos ojos la locura de don Magnífico; quería llorar como se llora sin testigos, a fuente abierta, pues estaba inconsolable porque hacía dos días que se habían llevado al hospital de locos de San Hipólito al retumbante señor. ¡Pobre mentecato bambástico! Desde veinte años antes, cuando menos, o más bien desde que nació, deberían de haberlo aposentado en algún tonticomio, sin dejarlo que asomara ni tan siquiera las narices.

Muy garboso fue Felisillo a preparar el útil remedio. Por mucho que hubiera prensado el entendimiento para idear la mayor barbaridad del mundo, no hubiese atinado, como acertó sin expresarse los sesos, con el desatino del más grueso calibre que cabe imaginar. A esas horas no había en el cajón de ventas ni un solo real de plata, que era en el que se debería tomar el polvo aquel; pero como el muchacho no se paraba en barras, nunca hubo para él dificultades a las que no diera inmediata solución, cogió una moneda de cobre, eligió la más limpia, y con ella fue tomando hasta doce veces seguidas de aquel mortífero polvo amarillo, para completar así en morralla, el equivalente justo al real de plata, que era lo mandado. Lo echó todo en el agua de enduvia, bien tibiecita, y hasta endulzada con azúcar cande para deshacer en la boca o al menos amenguar, el mal sabor que pudiese tener. Con esto creyó el mancebo que había quedado como las propias rosas; pero al enfermo, si es cierto que le extinguió la dolencia que padecía, también es muy verdad que sin decir siquiera: «Jesús me ayude», con el mal se le acabó la vida, porque el veneno se le fue muy de prisa por la sangre y le apagó el respiro entre ruidosas bascas, con las que echó no sólo el alimento de ese día, sino hasta la primera leche que había mamado. Por eso decía un antiguo refrán: «Médico, viejo, cirujano joven, y boticario cojo». Cojo para que no salga de casa, dejando la botica en manos de inexperto mancebo.

Por esta muerte atrapó a Félix la justicia, que, a pesar de todo, se llama así. Fue a dar con sus quince años frágiles a la cárcel que es ésta una de aquellas cuatro posadas, junto con el hospital, la iglesia y el cementerio, que no se cierran nunca a los miserables del mundo. En la Cárcel de Corte completó el muchacho su educación con enorme aprovisionamiento de ciencia, entre el inmundo lodazal humano que ahí se albergaba en premio de sus alientos y bizarrías.

Décimo tranco

En el que se verá a Félix hospedado en la Cárcel de Corte y adiestrándose con todo empeño en muy nobles artes para su oficio de pícaro

Desde que llegó a la Cárcel de Corte, mar inmenso de errores y pecados, y sonó la campana avisando al alcaide que entraba un preso nuevo, y el sota echó su largo grito gutural: «¡Ese nuevo, ese nuevo para arriba!», y subió a la oficina del temido alcaide a que un oficial de péñola le tomara la talla y cata, le dieron el manjar del espíritu molido y deshecho, y a poco le imprimieron y sembraron doctrina en sus tiernos años, con lo que fue doctor prematuro en muchas nobles artes, pues alojábase en tan distinguido lugar, gente de la más variada condición del mundo, de amplia conciencia y accidentada historia; eximios maestros en todas las disciplinas, quienes le enseñaron al mancebo cosas fundamentales. En esos catedráticos de condición rahez, no tenía fin su ciencia, ni número su sabiduría.

Allí estaba bien apergollado, entre otros gallofos y malandrines, el zorrastrón de don Colgajos Fondillo, cuatrero sin igual que en su trabajo ponía cartel contra el mejor; el Galafre, emperador de la ganzúa, que hasta con la más mala y elemental, tenía la gracia de abrir puertas por mayores seguridades que tuvieran las chapas, fallebas, colanillas, trancas, aldabas, alamudes, teleras, fiadores y cadenas. Espiridión el Memo, pontífice de los barateros; don Quirileisón, con más nervios que un gato, tenía puesto pendón de santidad, y a cuyo amparo el muy maula hacía lindezas en todos los templos; el galano Pancho Barbas, apodado así porque gastaba unas muy crespas y venerables que le comían todas las mejillas y esos pelos se le juntaban con los de las cejas y detrás de tanta maleza esgrimía unos ojillos vivos y joviales. Este don Barbas era un gallofero insigne, que no había quién compitiera con él en las cuchilladas de quince o veinte puntos cirujanos. Con sus bizarrías dio voz a la fama. Era perfecto en el revés, en el tajo, estocada, medio revés y medio tajo, las cinco tretas que tenían «preeminencia de poder constituir heridas». El Culiparado que otros le decían el Culipacá, peligroso maulero, habilísimo en toda suerte de embustes, triquiñuelas y trocatintas, era de lo mejor que había dado México en donde existían magníficos especímenes, y estaba allí por viceversas de la fortuna con sus sonantes calcetines de Vizcaya, como los de su clase llaman a los grillos. El Apenitas, dicho así porque era muy tímido, muy humilde y callado, muy suave en todo, con un aspecto conmovedor de tristeza, pero un redomado bribón que se colocaba con mucho arte debajo de los párpados el pellejillo interior del huevo para recubrirse los ojos y así, con halagadores resultados, simulaba una lamentable ceguera de

nacimiento; y, además de esta gracia, sabía pegarse al cuerpo una magnífica colección de pústulas y llagas purulentas, hechas de cera, para mover con ellas corazones a la caridad; el deshonrible Siringosifo, de suaves manos de seda que deslizaba hasta el fondo mismo de las bolsas más bien defendidas, sin hacer sentir su presencia; el Francesillo Caloca, el Chaneque, el Gimigiede, el Roscas y el Friegaquedito, quienes con unos pequeños hierros, un hornillo, plomo suficiente y somera porción de plata, sacaban a la perfección peluconas de alto cuño, con mejor sonido que la voz de un ángel, y con un Borbón de perfil que lucía sus extremadas narizotas. El don Fanegas que era un gran fullero, hombrecillo enteco, oscuro, mugroso, que veía sólo de soslayo, con larga y honorífica fama por dar la tragantona, arte admirable, delicadísimo, para enmudecer a cualquiera, así fuese el más hablador del globo terráqueo. Consistía esta eximia facultad en meter en la boca del asaltado un trapo provisto de un grueso nudo hasta que topara con la campanilla, impidiéndole sonar, con lo cual el individuo no alcanzaba a decir ni pío, menos ¡Jesús me ayude! Por esta imponderable maestría, eran muy solicitados sus buenos oficios por todos sus connilitones, pues el tal don Fanegas no tenía precio para un asalto en plena calle o robo en casa-habitación por saber de modo conveniente silenciar protestas, acallar gritos de auxilio o de dolor, de esos que parten el alma sensible y sencilla de los bandidos. El veloz Corriguela era dueño de este justo remoquete debido a su extraordinaria facultad para la huída, pues tenía como alas en los pies, en donde estaba su destreza más que en las mismas manos que también eran singulares para la rapiña, pero, sin embargo, hubo otro más veloz que él puesto que estaba allí entre rejas. «Lista es la zorra, pero más quien la caza». El facineroso Montoluca, troglotipo perfecto, al que temían y respetaban todos los presos porque no se había hartado nunca su insaciable crueldad con la sangre y muerte de muchos hombres, metiéndoles la daga por los pechos. Era un asesino alevoso, pérfido y cruel el tal Montoluca, quien había cortado el hilo de muchas vidas sólo para gozar inhumanamente de las agonías de sus víctimas. De la misma calidad de este nefario, era, entre otros rufianes, el Cuajarón Ordoñez, quien acababa de estrenar en la garganta de uno un cuchillo de los llamados de lengua de pájaro, por ser largos y estrechos. En su vida tenía acumulados, sin que le importara ni mucho ni poco a este malvado matante, improperios iracundos y ardorosas maldiciones de los familiares y allegados de los pobres a quienes dio muerte. Allí estaba un hampesco, larguirucho él, consumido, de palidez amarillosa de cadáver, ojos lánguidos de un verde desleído y pelo rubio deslabazado y lacio; por su porte fino, muelle, le llamaban María de Azúcar y era un estuprador prodigioso; por ser docto cultor de esa habilidad se le tenía ahí aposentado con todas las delicadas comodidades de ley, pues en su ambiente de vicio, robo y vagabundeo envolvía a las chiquillas de su especialidad, de once a trece años, en palabras suaves y canoras, llenas de primorosas promesas, y con estos preliminares no dejaba a una sola incólume. Estaba bien sujeto el Medialuz, maestro de los embustidores, quien con sus finas artes no sólo engañaba a sandios y a motolitos, que

no es mérito hacerlo, sino que le jugaba treta al más hábil; el potroso Cagatintas que había sudado catorce cargas de bubas en el hospital del Amor de Dios y que con una pluma de ganso no tenía rival en el mundo, porque hacía con perfecta igualdad el nombre con la más revesada rúbrica que parecía talmente un indubitado autógrafo, y, además, le daba a mano la antigüedad que no tuvo, para ponerlo al pie de una escritura o de una libranza cobrable, con lo cual hacía su agosto. Bonarillo, el Almocafre, el Piticuiz y el Piscapocho, capeadores muy acreditados además de sobresalientes lenones en sus ratos perdidos; el Barandillas, pomuloso, de cara muy reluciente que parecía estar untado de grasa, y ojillos emboscados, inquietos, como de ave cautiva, les sabía destilar a yerbas y flores sus venenos esenciales, echábalos en una copa de vino que nadie desdeña, y a poco al que la bebía le llegaban hasta el corazón, helándole la vida en sus fuentes. ¿Para hacer un escalo y volar quién con más suelta destreza que el baboso Tonto Torrejón?

Se encontraban en la Cárcel de Corte afamados cañones, jugadores de ventaja, muchísimos matasietes, espantaochos y perdonavidas muy hombres, siempre dispuestos a matarse con el primero que les hiciera cara, para lo cual tenían prevenido el puñal o la espada que llamaban temerosamente *la de requiescat*, «si es que había hombre para hombre». Abundaban zorrastrones, facinerosos, estadistas, calvatruenos, capigorriones, desaforados jaques de los que se llamaban de feria y pendón verde, y fina gente de la carda.

Toda esta gentualla estaba imbuida de exquisitos conocimientos; y si se pasaba al patio de mujeres, a los cursos de perfeccionamiento, allí se encontraba la mera flor de la canalla, la hez de la hez y la nata del fango, muy al servicio de los tres enemigos del alma.

Por supuesto que toda esa soez gentuza no era en su opinión, sino una blanca e impoluta parvada de Espíritus Santos revuelta entre un rebaño de cándidos corderos pascuales apacentados por San Francisco de Asís, pues según su propio parecer no habían hecho ellos nada malo en la vida, sino que estaban allí indebidamente, por puras diferencias de criterio con los señores de la Justicia.

Lo que sí es verdad que bastantes de estos hombres estaban presos más que por sus mismos delitos, por falta de algunos dinerillos —el famoso unto mexicano— con los que hubiesen untado bonitamente la péñola del procurador para avivar su ingenio a fin de que los sacara limpios de culpas, comprándole así la soltura. A muchos de los maleantes que pululaban por la ciudad los querían aprehender, pero daban hacienda en que tomasen seguridad y dejábanlos ir libres, muy campantes y rampantes, como si no hubiesen cometido una punible fechoría. Pero lo cierto y verdadero era que quien entraba en esa terrible casa de castigo iba quedando muy bien prendido entre las péñolas de escribanos, procuradores y abogados voraces y veían subir con espanto los folios, menudear las comisiones y embargos, el montón temeroso de los autos y piezas, chupando con todo ello, poco a poco la sangre del presunto reo o del imprudente litigante a poder del cañón de sus negruzcas y afiladas plumas de ave.

Se encerraba en la Cárcel de Corte a lo más florido de lo peor de México y de sus contornos; una pura rebujina de maldades y podriciones criada con la ponzoña de los vicios. Decían todos estos tunantes que eran cabezas de monjas puesto que siempre se asomaban entre rejas. Toda esta gente del bronce aseguraba, muy convencida, que en sus respectivas ocupaciones nadie les sobrepujaba, y para demostrarlo saldrían a bregar con el más pintado, dándole quince y raya. Quevedo escribió que:

«Quien no se precia en su oficio
nunca fue en él eminente».

Esa gentuza tenía tiempo de estar encerrada en tan incómodo y bullicioso lugar, pues era axioma viejo, irrefutable, que entrando un reo en la prisión se le detiene un mes en si es o no es; si es algo, un año; y si cosa grave, sólo Dios sabe. No era tan fácil aprehender como soltar. Pero era el caso que llegada la sentencia las penas eran suaves y levísimas para la magnitud y maldad de los crímenes declarados por los confidentes. Entre lo más selecto del hampa empezó Félix a adiestrarse convenientemente a la picaresca y fue subiendo sus virtudes y merecimientos siendo, desde luego, un buen rufezno o pagote.

Aprendió con facilidad el muchacho mil tretas, mohatras, triquiñuelas, trampas y artilugios magníficos para ganarse la vida o la muerte, según vinieran las cosas, ya que la vida humana es una serie de astucias, lazos, zancadillas, falacias y anzuelos que se tienden los hombres unos a otros, y el más sagaz, como advierte Metastasio, acaba, al fin, por caer y enredarse en lo mismo que preparó en ajeno daño, o en lo que le previnieron otros para que cayese en la trampa, pues bien dijo quien dijo: «El hombre es lobo para el hombre», pero mejor lo expresa el viejo adagio español: «Araña, ¿quién te arañó? Otra araña como yo».

Perfeccionó Félix su lenguaje, y en breve tuvo una nueva manera de expresarse desgarrada y soez. Conoció pronto los más complicados vocabularios jergales y también supo pronto aquellas canciones bárbaras cuya letra se acompasaba en los puntos de la vihuela y en las que se gemían con furiosos lamentos un querer perdido, o se cantaban sin ninguna convicción los goces de un amor puro, o gritábanse celos arrebatados; se decían en ellas de muertes y cementerios, aunque a veces alguna presa arrullaba con el cristal de su garganta. Logró el conocimiento de todos los juegos de naipes, con muy competentes catedráticos, y no ignoró el marcar las barajas para no perder nunca, operación que en germanesca se llamaba «herrar los bueyes»; hizóse consumado en toda clase de mañas para el juego de dados; fue ducho en tatuar lindamente en espaldas, pechos, brazos y piernas, e hizo por dinero dibujos complicados según el gusto del cliente, con motes amorosos, emblemas y divisas como los de los escudones que están encaramados sobre las portadas de las casas nobiliarias; aprendió a raspar pelos y barbas, y aun a retorcer y arriscar bigotes con mucho arte, dejándolos primorosos, como colas de alacrán; grande fue su habilidad

en labrar cuchillos de madera, puntas se les llamaba, que tenían grabados lemas de valentía, y eran más agudos que los jiferos de buen acero y tamaños como hoy y mañana, que pasaban bonitamente las carnes como si se hundieran en inconsistente manteca; ayudaba con éxito y con nuevas invenciones de su fértil cacumen, a los culebrazos, las pesadas burlas que se hacían a los presos nuevos, en recompensa de no haber pagado la patente, o bien, en despique de haberla satisfecho, lo mismo daba; lo cual se reducía a suministrar al nuevo muchos bofetones, patadas y latigazos, con las luces previamente apagadas, para hacerlo creer que también todos entre sí se los daban por partes iguales y que él no era el único que se llevaba sobre sus carnes aquella penitencia rigurosa.

Salió librado de las inhumanas manos de los hampones, no así de las de los muchachos de su misma edad y condición picaril que allí abundaban componiendo las costumbres con el trato continuo de aquellos bárbaros pelafustanes, espuma de lo malo. Estos rapaces lo festejaron con terrible novatada. Lo emblanquecieron con salivas; lo bañaron con jarillos colmados de orines; le echaron ceniza caliente en los ojos, y si con ella en la frente se le recuerda a uno que nuestra humanidad no es sino polvo y nada y que en eso se ha de convertir el día menos pensado, en los ojos se tendrá, sin duda, más presente la irremediable transformación de nuestro pobre cuerpo mortal. Con unas tijeras sin filo y melladas le hicieron grandes trasquilones que le amenguaron grotescamente la abundosa pelambre; lo hacían correr y, de pronto, le envolvían las piernas con una rápida mangana, con la cual daba soberbio batacazo. Le echaron hasta dos copiosísimas lavativas con agua cargada de vinagre, alumbre y semillas de chile molidas, todo lo cual daba una combinación ardiente, y con ese enjuagatorio interior berreaba de lo lindo como si en todo su cuerpo le hicieran sajaduras. Félix, dolorido, humillado, sin valor para quejarse, con media boca reía y con la otra media lloraba. En cambio los feroces maltratadores no eran sino puras risadas y alegrías.

Cada uno de esos muchachos léperos le hizo, al final de esta colectiva y entusiasta manifestación de bienvenida, el buen regalo de un cascarón de huevo repleto de pulgas, chinches y piojos de los negros y de los blancos y también con innumerables ladillas, para que hubiera variedad en el gusto. Le hacían a un huevo pequeños agujeros, uno en cada extremo, sorbían en seguida yema y clara, tapaban con cera una de las perforaciones y por la otra metían de todos aquellos animales bravos que recolectaban, sin mayores dificultades, ya entre las hendiduras del piso, las grietas de las paredes, o en los negruzcos petates de dormir, y después de tenerlo bien lleno, lo quebraban en la cabeza del triste recién llegado como si fuera tiempo de alegres carnavales, con lo que quedaba el infeliz muy habilitado para el resto de sus días, como si al ir a la cárcel no llevara en el cuerpo ninguno de esos bichos. Con los suyos propios y con los del opulento regalo, ya iban a tener constante ocupación sus negras uñas hasta el término de su vida. Claro está que todas estas cosas no eran malas conforme al elemental criterio de los reclusos, sino que las tenían todos ellos, chicos

y grandes, por un juego gracioso, por un divertido esparcimiento del cuerpo y del espíritu.

Tanto a Félix como a otros muchachejos, pícaros en agraz, que eran del agrado del sotalcaide, que como sabía bien que no se habían de huir por lo muy contentos que estaban entre aquellos rufos y valentones, que les estaban poniendo los pies en el camino y con mucho amor les alumbraban el entendimiento para que siguieran la profesión de la vida barata, les daba licencia de ir por vino y comistrajos a la botillería del mismo Palacio, o a las sórdidas almuercerías o fonduchos, que estaban instalados en sus patios, llenos siempre de gente arriscante y sucia, con tanto bullicio y sin ningún silencio como en la misma cárcel, en la cual había constantes canciones, trinado de guitarras, riñas alborotadas, más ruido en fin, que en la Bermuda, y solamente se hacían el silencio tanto en los patios como en las pestíferas galeras, cuando iban a sacar a alguien, vencido ya por el rigor de su desventura, para que dejara la vida en la horca, puesta junto con la picota frente a la Real Casa.

En este lugar empezó Félix a iniciarse en la bebida, metiéndose a menudo entre el cuerpo pulque fuerte y buenos fajos de anisete, que son los pasos primerizos en la carrera de un bebedor, así como quien dice, los temblorosos palotes de la experiencia, igual que bajamanero es el simple deletreo en la cartilla ladronesca, que en la parla germana de los jácaros equivale a ratero, apenas aprendicillo en hurtos. Con esa buena y constante práctica llegó Félix, andando el tiempo, a tener excelente letra bastarda y aún gótica. A eso y a más se llega con el heroísmo de la perseverancia.

También en ese recinto, una daifa de las más hociqueadas y salaces, de cabellos rojos, llameantes, dicha la Chimbirria, que por ser su temperamento rijoso era capaz de pervertir hasta al mismo cordero de San Juan, se quedó en una cálida tarde de agosto con la florecilla de su doncellez, que ya tenía Felisillos medio deshojada y marchita cuando llegó a aquel distinguido albergue en que se encontraban tan ilustres personas. De ahí en adelante seguiría gustando con un encendimiento ingenuo de la revelación carnal de las mujeres. Su ardor insaciable le hacía correr por el espinazo el gustoso calofrío del placer y después de estas fiebres se sentía con una invencible dejadez, deliciosamente agotado.

Se encerraba a los reos en las anchas galeras que no olían a vísperas solemnes. No tenían las tales más que la recia puerta de entrada con su enorme chapa, cerrojos y cadenas resistentes, y en lo alto del muro, ya cerca de la techumbre, unos cuantos tragaluces muy enrejados por lo que aquellos albergues estaban penumbrosos aun en pleno día y envueltos en vapores pestilentes. En ellos se seguían pláticas ya alegres y disparatadas, llenas de fieros, de bernardinas y maldiciones con las que los presos decoraban sus tropelías, u organizaban otras diversiones tan honestas y recomendables como carreras de piojos, con las que se armaba gran bullanga. Un preso se quitaba uno, y otro, ponía el competidor; la meta era una raya que echaban en el suelo y el primer bicho que llegase a ella daba la ganancia a su propietario y a los que con él apostaron, y al perdidoso se le tronaba entre las uñas de los pulgares

por pachorrudo y chambón.

También se organizaban concursos raros: de feos, de orejas sucias, de callos, de uñas, de cuerpos lunarosos, de pies grandes, de ojos con lagañas y aun se celebraban otros certámenes descarados de longitud y grosor, de cosas indecibles. También, sólo por diversión, se tramaban agitadísimas peleas en las que no faltaban nunca contusos y descalabrados; pero, por lo general, era más frecuente que se entretuvieran con los dados o la baraja, el bibriático libro de Juan Bolay, también dicho el de Maese Lucas o Masalucas, o sólo el desencuadernado o bien el de las cuarenta hojas, y si aquella gente arriscante y lenguaraz descubría las inevitables chapuzas, había entonces grandes escandaleras y pependencias, se acompañaban mil oprobios con la violencia de las manos. Después de haber tenido fuertes contestaciones se establecía definitivamente en todos los sectores, una enorme y resonante pelea, con todas sus consecuencias de efusión de sangre, huesos rotos, carnes desgarradas. Junto a estos agarrones no pasó de ser lo de la Noche Triste sino un fútil dime y direte y sólo una verbena lo de la matanza de Cholula.

Viendo una partida de rentoy, un erudito jácaro le depositó a Félix el secreto de que en los cuatro reyes de la baraja se representan a David, Alejandro, César y Carlomagno, y le hizo notar que todos son zurdos. Cuando se hacía noche continuaban las partidas a la luz de una macilenta velilla de sebo. Había por ahí unas hornillas de carbón en las que calentaban los jarrillos con la parva ración de frijoles, duros como balas de mosquete, y siempre brotaba de entre aquella humanidad corrompida alguna canción con voz quebrada y entrañable.

Ya de noche y ante cristos patibularios, pintados en la pared con humo de ocote y fiero almagre, se rezaba en coro el rosario con voces desgarradoras y aguardentosas, o bien ante imágenes de vírgenes o santos milagrosos que a los presos les llevaban amigos o familiares para que los acompañaran en sus cuitas y tristezas. En el cabildo de 15 de julio de 1524 se dio permiso al «carcelero para que pueda pedir para los pobres de la cárcel dos días cada semana, los viernes y los domingos, y de que de las limosnas que se le dieran tenga una imagen de Nuestra Señora y una lámpara para que se encienda de noche delante de ella».

Lo que más impresionó a Félix fue la salve carcelaria que decían los reclusos con un trágico sonsonete que le daba frío a los huesos. Igualmente escalofriaban las carnes, las desgarradoras quejumbres con que entonaban el Alabado a la hora del alba, en la que el presidente restallaba el largo chirrión de varias pajuelas, para que despertasen los presos, aunque no era necesario hacer ese ruido inconsiderado, pues como ponían para que hiciera las veces de almohada una gruesa reata o maroma bien tirante, atada en alcayatas fijas en los muros como a medio palmo de altura del suelo, con sólo desatar uno de los extremos, caían las cabezas con golpe tan rotundo en el pavimento, dando un tupido redoble, y a todas ellas pronto se les formaba callo con los porrazos que a diario recibían. A pesar del violento golpazo muchos había que no despertaban y para sacarlos del sueño era menester regalarles con una competente

ración de patadas.

En siendo las diez de la noche el alcaide ponía tres velas o centinelas en lo alto y bajo de la cárcel, y como si fuese nao o fortaleza estaban todos tres remudándose con otros por sus cuartos, diciendo a voces: «¡Vela! ¡Vela! ¡Ahaoo!», y lo mismo respondían los demás. Estos gritos, largos y continuados, que entrecruzábanse en el sosiego de la noche, quitaban el sueño a los primerizos, pero a los reclusos que ya tenían tiempo de habitar en aquellas corruptas estancias, como que les servían de arrullo para atraerlo a sus ojos y no sabían ya que cosa era despertar. Quedaban como marmotas; si les soltaban un redoble de tambor en los oídos no movían pie ni mano.

En ese desvelo imprescindible estaba Félix atento a todos los ruidos. Oía respiraciones sosegadas que denotaban el sueño feliz de una conciencia tranquila; otras, resoplaban fatigosas por los catarros que taponaban las narices; aquí y allá alzábanse persistentes y grandes ronquidos que eran como el impresionante rugir de un león, y recorrían una larga gama de tonos, desde el flébil flauteado hasta el potente y ronco gorgoreo. Como que trataban todos ellos de sostener una temeraria competencia. Salían gritos acongojados, reveladores de agitadas pesadillas, o ya los alaridos de locura de los que fumaban yerbas infernales, o se murmuraban entre dientes cosas ininteligibles; sobresalía el ruido de las uñas afanándose en rascadas inacabables, no sobre la carne, sino en las costras que la cubrían, pues para llegar a ella sería menester destruir las espesas capas que acumularon muchos años de perseverante horror al baño; sonaban toses, lamentables, cavernosas, que decían claro de constantes derrumbes interiores; se oía el chocar de las armas que portaban los guardianes o el tintineo de las inexorables llaves en sus manojos. Estallaban escandalosas risotadas.

También estaba su oído alerta a los distantes rumores de la calle; percibía, apagadamente, los pasos arrastrados de un trasnochante; las pisadas de una caballería; el traqueteo de un carro al regolpear en los baches; el son delicado, leve y lejano de una campanilla de convento; o sonaban mal agoreros los aullidos de un perro. Entonces descendían a la memoria de Félix los cuentos de brujas, de duendes, de almas en pena que, estremeciéndose de horror, le oyó relatar a Felipita y creía ver aparecer algún difunto entre aquel silencio lleno de tinieblas en las que tembloraban las tenues lamparillas que ardían ante el altar de la Dolorosa vestida de negro y morado y con grandes puñales clavados en el pecho.

Recordaba también la estancia oscura que olía a humedad y que se hallaba en uno de los rincones de un patinillo de la cárcel y de la que referían que la habitaban fantasmas y hasta el diablo y su madre, y que se oía ronco resonar de cadenas, llantos y suspiros horribles como sólo deben suspirar los precitos entre las llamas del infierno, y, además, se oía intermitente y pausada, una voz siniestra que pedía oraciones y misas para tener paz en el otro mundo y que escucharlo daba frío al tuétano de los huesos. Félix se encogía todo tembloroso, casi las puntiagudas rodillas se le pegaban a la barba, tenía grandes sudores y no le era dable conseguir sosiego ni

cuajar sueño. Al fin, entre sus miedos, temblores y sudorosas congojas, le llegaba dulcísimo, sepultándole del todo los sentidos.

A las seis de la mañana, hiciera buen tiempo de sol, lloviera a torrentes o estuviese fría la temperatura, echaban a los penados a los patios en donde, como desayuno, bebían en sus jarrillos atole blanco y aguado o un café incognoscible o una chirle infusión de hojas de naranjo, de manzanilla, suelda, ítamo real, o de alguna otra yerba aromática. Se veían entonces tantos paños arpados y rotos, como tanta barba luenga y tanta cabeza despeluzada. Se podía decir que comparado con aquella turba de bergantes, facinerosos y desalmados, nuestro padre Adán no anduvo sino de jubón de raso.

Tornaban los inacabables juegos de baraja y dados; los ordinarios de manos, como el de Maese Coral, llamado de pasapasa; también seguían las conversaciones llenas de risas y de ásperas palabrotas; se hacían galanos proyectos para nuevas fechorías al salir a la libertad; algunos presos movían con rapidez las largas agujas con las que tramaban bastas medias de lana, o el gancho con el que tejían randas que mandaban vender por la ciudad, al igual que graciosas cigarreras de papel de varios colores o de cerdas, entremezclando curiosamente las blancas con las negras; esculpían huesos de durazno y hasta pequeños de chabacano, con finura y primor; ponían en cocos con exquisita habilidad una pormenorizada cantidad de figuras, entre una fauna y flora quiméricas y con incrustaciones de pedacitos de concha nácar; en la superficie cilíndrica de un bastón, enredaban mil motivos curiosos. Todo ello lo ejecutaban bajo la mirada adusta del silencioso y erguido presidente o caporal, dicho así con un nombre más eufónico, y que no era sino el jaque más mal agestado del cotarro.

Se escogía para ese puesto eminente no sólo al de cara feroche, sino al desalmado de ejecutoria más sombría, para que por el miedo se hiciera superior a todos, y con mando y señorío pusiese las leyes a las cosas y las hiciera cumplir. Ese germanazo de siete suelas metía de tal manera en pretina a los presos que ninguno de ellos le chistaba. No apeábase de la cintura el terrible chirrión; con él ponía paz en los alborotos o tomaba sumisa la voluntad que se resistiera a su mandato omnímodo. El cuerpo de Félix conoció bien la excelente calidad de ese instrumento, porque a buen son le repicó algunos azotes con los que vio numerosas estrellas a mediodía. Con ellos le sujetó el cuello, como a todos, al yugo de la obediencia, para que caminara por donde lo guiaran. El mozo bajó la cabeza a ejecutar e hizo resignación de su voluntad en la del temible presidente, y así lo pasó bien, bebiéndose los vientos por servirle, y él, por su parte, le soltaba la rienda para que hiciera su antojo.

Tenía el bellaco honestas utilidades, «bustas» que se decían. Apañaba buenos reales, medios y cuartillas que honradamente iba compartiendo con el alcaide o con el sotalcaide. Alquilaba los petates para dormir, atestados convenientemente de chinches y de pulgas como amaestradas para el piquete; si algún preso quería el lujo de sábanas, se las facilitaba con bastante mugre, como era natural, que servía a las

mil maravillas para cerrar algo más su trama sutilísima; con hacerse de la vista gorda lograba buena ganancia porque se jugara dinero o por permitir que entrase chinguirito, o no recoger el que pasó de ocultis, y aun lo vendía con su alumbre respectivo, o compuesto con su hojasén, o sus cáscaras de naranja y de lima, o su anís, según lo demandara el gusto caprichoso del cliente; hacía cómodos préstamos de ocho con dos, nada usurarios, sobre prendas de los penados, zapatos, cobijas, calzones, guitarras y otras alhajas.

Un preso, también de los temerones, tenía el ladronil y provechoso cargo de «animero». Para cada tres presos el Estado daba con un desprendimiento que por generoso infundía susto, una pieza de pan, grande y dura, con más salvado que harina y más tierra que salvado, y como los delincuentes no tenían con que partirla, y, además, si la rebanaban para que no hicieran lo que dice el rimado refrán que el que comparte y reparte y al repartir tiene tino, siempre deja de consino para sí la mejor parte, para que esto no aconteciera había dos o tres a los que se les nombraba pomposamente «oficiales de contar raciones», quienes con un cuchillo que imponía temeroso respeto porque era tan grande como la cuaresma, partían el mentado pan en cuatro porciones iguales, tres de ellas las distribuían, equitativamente, entre los tres presos, dándose para sí una como pago legítimo por aquel ímprobo trabajo de rebanar la torta. También el alcaide y el presidente comían del «ánima» de los presos y aun la vendían por dinero contante y sonante, nada de al fiado.

Félix andaba con el presidente muy comedido y locuaz para granjearse, y solía salir a la calle para introducir con maña botellas de aguardiente o de pulque o de agrio vinazo. Admiraba el cómitre su hábil destreza. Procedía el muchacho con tantos embustes, artificios y tretas, que se creyera que el que hacía aquel contrabando no fue un simple mancebo, sino un hombre bien experimentado. Pero era ducho para eso y para otros primores, a pesar de sus pocos años. Dice Góngora:

«Olmo que en jóvenes hojas
disimula años adultos».

Los rezos de la cárcel cuán distintos eran, siendo las mismas palabras, a los que había oído en la pulcra iglesia de San Sebastian y con cuyo recuerdo le entraban suaves oleadas de frescura en el alma en donde le dejaban su ideal fragancia. Recordaba las salves, avemarias y padrenuestros que rezaba bajo la mirada suave y tranquila de Felipita y que eran como más delicados, más llenos de ternura; estas oraciones carcelarias le metían invencible terror por el tono doliente, de súplica arrebatada, con que las decía aquella gente mala. Imploraban esos hombres como con rencor y sus ruegos estaban en consonancia directa con los cristos desencajados, espeluznantes, llenos de llagas, de anchas heridas, de largos verdugones morados y de sangre, con el pelo enmarañado sobre los ojos, sin bondad en sus rostros bárbaros, sino que parecía que una maldición era la que les brotaba de la boca tumefacta. ¡Cómo era aquel

crucifijo de San Sebastián, de ojazos que no veían, sino, que perdonaban, llenos de inefable ternura! ¡Y aquellas vírgenes con una cordial bondad en los leves rostros sonrosados y aquellos santos que bendecían con mano delicada!

Pensando en estas manos finas venía a su memoria con suave añoranza, la mano de Felipita, de vida resignada y humilde, ofreciéndole una manzana. Entonces era un infinito echar de menos. No volvería a encontrar los días apacibles, con sosegadas delicias que tuvo al lado del cura don Benito, tan bondadoso y cordial, una alma de Dios, y con la maternal Felipita que era de esos seres dulces que crean felicidad en torno suyo. Sentía la tristeza amable de las alegrías pasadas.

La evocación le trajo siempre un rayo de consuelo en su desamparo. Aún le hacía buena la vida esa ilusión pequeñita. Hasta los golpes que le suministraba la señora Gerónima, ya le parecían livianos, dados con entrañable afán. Engarzó en sus cifras fatídicas la malhadada fecha en que dejó la casa cural de San Sebastian, en la que hubo de encontrar tibio calor de hogar. En su memoria aún persistía el encanto de una música lejana.

Undécimo tranco

Por el que se sabrá la vida aporreada que llevó Félix entre truhanes, mujerzuelas y galeotes

Grandes ansias tenía Félix de fugarse de la prisión —lo bueno y constante al fin y al cabo aburre y hostiga— para gozar de ese bien infinito, del placer de estar libre. La libertad, ha dicho Cervantes por boca de don Quijote, «es uno de los más preciados dones que a los hombres dieron los cielos». Cuando echaron a Félix a la calle porque cumplió su condena y anduvo por la ciudad vagabundo, viviendo a sus anchas entre flores de corte, como se les decía a los gariteros, bailones, ciertos, pagotes, cohenes, amigadas, prostitutas, bigardos, rufianes y cañones de toda laya y toda broza que no tienen oficio, beneficio, ni domicilio. Entre esa gente granada fue su escuela y con tan eximios directores de su conducta, agregados a sus disposiciones naturales, quedó hecho un consumado doctor en bellaquería.

A esa sazón llegaba su edad hasta los veinte años, y ya por entonces bien que mojaba la palabra, pues desde esa época envicióse en el destemplado uso de endemoniados bebistrajos alcohólicos y empezó a poner apelación de la sala del vino a la del agua. También, cargado de malicias, fanfarroneaba mucho, con arrogancia moza, alabándose a sí mismo por cosas que le pasaban con mujeres; refería que recuestaba viudas y ya había deshecho no sé cuántas doncelleces. Faroleos de muchacho imaginativo y rijoso.

Había crecido Félix con prolongadas dimensiones; era como un cañuto, estrecho y largo. «Comenzaba a barbear por los ojos y acababa en los dedos de los pies». Parecía cepillo de dientes, porque no tenía más que hueso y pelo. No se atinaba, a punto fijo, si por la borrachera, a la que ya tenía inmoderada devoción como se ha dicho más arriba, o bien por su flacura, caminaba entrelazado las piernas. Se le trababan, pero se le destrababan en el acto; las tejía y las destejía rápido; eran como intrigas de cortesanos, a las que personificaban a la perfección.

También por ese tiempo salió libre de la trena una tuzona, peripuesta y ufana, nombrada la Pintosilla bacante de un moreno retinto, descarada e irascible, que hallábase perdida por sus partes y lo agasajaba con largo corazón para demostrárselo. Resistió Félix su empuje todo lo que es dable resistir a uno que presume de jaque valentón. Con ella, sólo por satisfacerle el gusto, se fue a Veracruz a buscar, sin duda, la hierba de la buena fortuna, y en ese puerto bullente quedaron pronto ahitos; los dos se pusieron tedio y fastidio. La Pintosilla se marchó con otro tunante y Félix contrajo comercios conyugales con otra habilidosa gordeña de los más finos quilates, que paseaba entonces por esas playas, y tenía el delicado apodo de la Hocico Suelto, pero

algunas gentes, por la abultada prominencia de sus fauces, la llamaban con perfecta galantería, Madam Trompadur.

Al verlo la perdida mujerona se empezó a beber los vientos por el talludo muchacho, a quien quiso de modo desordenado, ya que pronto supo con gozo inefable que, a pesar de sus cortos veinte años, antes escasos que corridos, era poseedor de secretos muy ansiados por las mujeres, pues era fama que sabía el maldito amar a lo burdo, porque dicen todas las damas que ya entre brazos lo grosero es lo mejor. Se fue con la gorrón a la pacífica ciudad de San Luis de Potosí, a embriagarse con sus colonches famosos, comer jugosas tunas cardonas y a oír la maravilla de sus campanas. Su hato y su ajuar cupo en las cuatro puntas de un pañuelo.

En esa apacible y noble ciudad potosina se dio Félix muy buen verde; vivió a sus anchuras y pasatiempos, a rienda suelta y a banderas desplegadas. Sin cansarse nunca dio vuelta con amigos de toda huelga y diversión, de un entretenimiento a otro entretenimiento mayor. Afectuoso y tierno se entregaba a sus regaladísimos chingueres. La Hocico Suelto se partió a Guadalcázar con un minero rico y gordo que la besaba con anchos besos grasientos, a la vez que le llenaba el puño de castizas monedas de plata. Esta beldad tusona dejó a Félix con una exorbitante borrachera y con la luna en prenda; al volver a su juicio el beodo abandonado y enterarse de la insospechada infidelidad de su dama, ni se entristeció ni se alegró con su ausencia, pues conocía las veleidades amorosas de las señoras de esa laya, además ya sabía que el amor es una como embriaguez pasajera que deja una huella de melancolía.

Conoció en San Luis de Potosí, a un perillán de esos de plaza y callejuela, que andaba huido de la justicia por unas ciertas puñaladas muy bien puestas que suministró en México a un portero almotacén de la Nobilísima Ciudad. Era el tal medio tuerto, medio cojo, medio sordo, medio idiota, y medio hermano de una repolluda fulana, pájara de cuenta, prieta y caliente como un comal y, por lo mismo, andaba siempre pidiendo guerra, y a quien llamaban la China Velera, a cuya casa lo llevó con el buen propósito, el diablo debe de habérselo recompensado, de que tuviera un rato de expansión deshonesto.

Llevaba Félix para regalar a señora tan principal en el selecto gremio de las sinvergüenzas de la vida airada, una botella con bebida diabólica, de esas de acción inmediata. Al verlo lo envolvió la China Velera en una mirada incandescente con la que le declaraba que estaba a lo que mandase, y para confirmárselo le dijo mil regalos y dulzuras. Félix le ofreció con rendida cortesía de su bebistrajo:

—Ande usted, China, déle un buen trago.

—No, no, porque se me sube.

—Déselo, China, no me le subo.

Y de este breve diálogo siguió la cosa, alegre, con muchas palabras efusivas, que determinaron abrazos, y de éstos se derivaron imprescindibles besos, muy ruidosos, sorbidos y largos. Más tentaleos cordiales y risas hubo cuando contó la pecatriz que

su buen padre había muerto aplastado por un órgano de los de la dorada catedral de Valladolid del Michoacán, lleno de tallas y de pitos y flautas. No pudo resistir ese peso el pobre hastial que la engendró no obstante ser de buenas arrobas y tan grandote como uno de esos sonoros artefactos.

—¿China, qué crees tú que pese más, un órgano de éstos o un hombre?

—Yo aseguro que un hombre, pues nunca he tenido encima un órgano de éstos. Yo siquiera he cargado algo como buena trabajadora que soy. ¿Tú qué? Eres un gayón más flojo que migajón remojado.

—Yo he cargado y cargo en la conciencia todo lo que tú quieras, pero en la espalda, nada. ¡Dios me libre!

Bebieron y tragaron largamente de aquella infernal bebetura, hasta no ver las heces a la botella, y en su beodez se convencieron mutuamente de que ambos eran expertos en lides amorosas, excelentes cualidades muy de tenerse en cuenta para vivir juntos, deslizarse por la pendiente suave y placentera del cariño. Durmieron todo lo que tenían que dormir, y después, por muchos días, se derramaron abundantemente por cuantos vicios y placeres sabían. Éstos fueron muchos, pues los dos tenían grandes y especiales conocimientos en esas materias.

Llegó a su noticia que partiría para México una conducta muy custodiada, con platas y mercaderías, y que uno de los carreros era amigo de la China Velera. Fueron a verlo y se concertaron fácilmente con él los tiernos amantes y se dirigieron a la capital del reino, echados en el fondo de un carro bamboleante, con techo de petate. No supieron de los gozos del camino ni de sus sobresaltos, hundidos como fueron siempre entre los vapores espesos de una borrachera eximia, y al disipárseles, se decían su querer y lo practicaban; para repararse las fuerzas desgastadas en el envite, volvían al vino para a poco tornar entre los movimientos del vehículo, que sabían aprovechar bien, para el amplio desahogo de su pasión, y luego otra vez al sueño reparador de toda fatiga. Éste fue su arduo trabajo durante el largo y asoleado camino.

Como la señora zurrón llevaba algunos dineros, producto de su trabajo honrado y movedizo de buena prostituta, compraba a los carreteros un poco de cecina, un poco de panocha, un poco de pinole, y en los mesones y paradores se surtía de vino para alegrar el cansancio de las lentas y fatigosas jornadas bajo el pesado bochorno de agosto que envolvía el paisaje de verdes lejanías.

Llegaron a México los malcasados y en el acto se dieron a frecuentar lo más elevado y de punto de la canalla, matarifes o jiferos, maniferros, bravos, jaques y gayones, que son una misma cosa, así como también lo son sus artes y fechorías, diestros en muertes y en heridas, como en robos, socaliñas y trampas. En un dos por tres subió el mozancón la empinada cumbre en la bribia con esa gente grave y sesuda. No resistió ya la conquista del vino, y así, casi a diario, traía una zorra de la cola y hasta un lobo de las orejas. Un día en la taberna «Voy más a mí», se echó más munición y carga que podía llevar; quedó sepultado en el sueño y en los vapores del

aguardiente, y su hembra se fue por ahí con otras celebradas damas del tuzón, mujercillas no de poco más o menos, sino de menos en todo, pero alegres, con cascabeles en la cabeza. A cualquiera de ellas se le hubiera hecho recibimiento de doctora y consumada maestra en el más distinguido lupanar de la antigua Roma.

Se encontraron con un profesor de la universidad, de rostro descolorido, con amarillez de tiricia, vestir atildado y de vida ordenada y calmosa, que andaba paseando sus soledades y sus pensamientos. Llevaba la cabeza muy inclinada como si se fuese confesando con la panza o bien comunicándole algún secreto al bazo. La China Velera traía el humor jovial y dijo al pálido y parsimonioso maestro una chirigota, grosera cosa de risa, para que la celebrara la alocada tropilla de daifas con la que iba de merendola y bureo a las arboledas de Tacubaya. El profesor caminaba distraído, desenvolviendo en silencio sus pensamientos que lo llevaban en meditación profunda, pues siempre estuvo atareado como un bruto en la tahona, moliendo las sequedades escolásticas. Al soltarle las grofas aquella bronca carcajada y al estallar el alborozo de las risas, salió de sus profundas cogitaciones de sabio, se volvió con mucho sobrecejo y miró muy despacio, de arriba abajo a la China Velera; pero al ver que era una pelandusca, lanzó el brazo por el aire en un amplio ademán de desprecio, y dijo:

—Creía que era gente la que me motejaba, ya veo que la que me arroja mandrón es sólo gentualla soez y unas dicterías.

—¿Qué dice su merced que somos, viejo pindongo?

—Lo que sois todas vosotras, unas aulétridas. ¿Qué otra cosa sois?

—Eso lo será su merced y la cogollona madre que lo echó al mundo, nosotras no somos sino putas muy decentes.

—¿Decentes, siendo hetairas? No lo comprendo, no lo comprenderé nunca jamás. Son términos antitéticos, por lo que hay que dividir la cuestión en dos premisas, llamaremos A a la primera, y a la segunda premisa, B. La primera la subdividiremos en cuatro proposiciones que, respectivamente, designaremos con...

—Con su mogollona madre y con su abuela.

No lo dejaron acabar su metódica exposición. Las mujerzuelas creyeron que aquellas tres palabras extrañísimas que les lanzó eran terribles insultos que les tocaban lo más delicado de la honra, ignorando las pobrecillas estultas que se les decía a lo griego y a lo culto lo que eran hablando a la real de España.

Estas expresiones áticas hicieron en sus ánimos lo que el viento en las ascuas. La indignación les encendió el coraje a las perendecas, y de primas a primeras se le fueron todas encima, en avalancha, al pulquísimo caballero y se lo echaban unas a otras como pelota liviana. Quedó en el centro geométrico de un grupo hostil del que no podía escapar. Lo recibían con bofetones y lo rechazaban con puntapiés y puñetazos. Le era imposible salir de aquel torbellino dantesco. Después de traerlo al retortero, bien golpeado y mejor zarandeado, con lo que echaba el alma por la boca el pobre señor, recibió, sin que le agradara, un cogotazo agregado a un empellón

formidable con lo que salió cae que no cae, con lindo compás de pies; pero una oportunísima patada en la rabadilla lo determinó a acostarse, y las enardecidas hembras se le pusieron encima y eso fue darle puñadas a todo brazo; estrepitosas cachetinas con las que no descansaban las manos; araños mil que le araban el escuálido rostro en todas direcciones; le descargaron grandes porradas en las sienes y en las mejillas, con las que le llenaban la cabeza de un extraño rumor; pelos de su pulcro peinado le arrancaron a montones, y de barbas y bigotes no sé con cuántos gruesos cadejos se quedó aquella jauría enfurecida de germanas. Una de ellas, por cierto una prójima muy fornida a quien llamaban la Tos porque todos la habían tenido, le colgó de súbito una excelente patada sobre el mismo ombligo con la cual de lo profundo de las tripas dio unos gruñidos en contrabajo al mismo tiempo que derrumbóse como pared sin cimiento. Cuando le volvió al cuerpo el habla metódica tan llena de distingos y corolarios, de largas escaleras de sorites, de silogismos en bárbara y baralípton, de entimemas y argumentos cornudos, apenas pudo murmurar con una susurrada quejumbre.

—¡Ay mísero de mí! ¡Ay infelice!

Pero se desmayó con el esfuerzo que hizo al emitir esos ayes calderonianos. En lo que iba del siglo no se había visto a la virtud y a la sabiduría en trance tan afrentoso. Volvió el exangüe y dialéctico maestro a reunir con todo empeño sus escasas energías para lanzar otro quejido que ya no formaba parte de las décimas famosas, ni era tampoco de ninguna página de la literatura clásica abundante en sentimentales clamores, sino producto exclusivo de un dolor real que tenía plantado en la fosa ilíaca izquierda y de allí se ramificaba frondosamente por ambos costillares con repercusión en la nuca.

Hubo entre las aporreadoras una tuzona más encorajinada y maldiciente que las otras tuzonas, porque se creía la más ofendida, que sacó daga o cuchillo cachicuerno y quiso dar un buen tajo al acompasado y amarillo señor que la había ofendido tan feísimamente; pero el filo no fue a dar a la triste carne catedrática, sino que en la tremolina cortó la bataneada de la China Velera, y la bacante soltó no un grito, sino un rugido largo de fiera acosada, y como consecuencia, empezó a desgañitarse en maldiciones sonoras que perjudicaban la honra de la señora madre del ínclito maestro, y lo hizo la tal en tan levantados términos, que todavía pasados los siglos, aún parece resonar su voz. No se le calló la boca a la prójima sino hasta que la palabra se le acabó en un desmayo.

Como la sangre de la China Velera andaba corriendo por manos, caras y ropas de las demás hurgamanderas, todas, cuál más, cuál menos, se creían heridas por el dulce profesor, y así arreciaron con más empeñada furia sus golpes, sus araños, sus pellizcos rabiosos. Luchaban con los dientes y con las uñas, *unguibus et rostro*. A los porrazos añadían denuestos y solturas de lengua para expresar mejor la indignación que las embravecía, con todo lo cual pusieron al pobre hombre a las mil lindezas y mejorado en tercio y quinto. Se mostraban bravas en juramentos y maldiciones. Ya el

descolorido catedrático no contaba con un lugar en donde no le hubiesen hecho chichón y colocado batacazo, ni sitio de su honra que ni le hubieran tocado con palabras furiosas.

Atraídos por el griterío llegaron rápidos unos oficiales del agarro, corchetes por otro nombre, y se pusieron luego con persuasivos palos a sosegar el estrepitoso tumulto. De entre el frenetiquísimo mujerío extrajeron al infeliz maestro, exánime, deshecho, desgarrado, con lodo y sangre. Tenía toda la cabeza desmechonada y con tanta tierra que se le podía haber plantado un ahuehuate. En unas angarillas se llevaron zangoloteando lo que de él quedó, escombros, cenizas.

También en una parihuela echaron a la vociferadora China Velera ya sin voz ni voto, sin aliento. Recobró estas importantes cosas cuando en el juzgado le pusieron debajo de la nariz unos ciertos vinagrillos, más que el olor de éstos la trajeron al conocimiento los apretados respuntes que le echaron en la herida, y se acabó de espabilar la tusona al plantarla encima de la costura quirúrgica, como a propósito para que le aumentara el dolor, un esparadrapo aglutinante de pez, cera y trementina, todo muy caliente, próximo al hervor.

El escribano, al tomar la declaración delante del barbado alcaide de corte a la China Velera, le preguntó:

—¿A usted la hirieron en el lugar de la refriega?

—No, no —contestó con viveza la China—, allí no me pasó absolutamente nada, sino más arriba; cerca del ombligo fue donde me dieron el piquete.

Al decir esto le llegaron las congojas de la muerte y se le fueron acabando los sentidos. Al alba del día dio las boqueadas y partióse a la otra vida, en donde no hay valentías.

Félix, cuando supo la muerte lastimosa de su amasia, entristeció el semblante, y varios truhanes de los de su taifa, le fueron a dar pésame por lo que le habrían podido pedir albricias, y para consolarlo de modo definitivo, pasaron con él a la bullente taberna del Pellejales, «El ojo de la tuerta», en donde no hay ni para qué decir que sacó Félix una exquisita papalina digna de su fama.

Por esas escondidas y apetecibles cualidades de que Félix era poseedor, y que con entusiasmo y satisfacción de descubridora había divulgado la lenguaraz China Velera, se lo llevó después la famosa Acreditada, antojadiza y furiosa, con la que quedó izado. La ganforra y Félix se vieron y se quedaron prendados y prendidos en la misma llama. Brillaron los ojos de la moza y fulgieron los del mancebo. El fluido misterioso de la simpatía pasó de un locutor a otro. Ante ella tuvo Félix una plácida relajación de la voluntad y la siguió, y esa misma tarde sin prólogos molestos y dificultosos, se entregaron ambos fervientemente al quehacer amoroso.

Esta Acreditada era mujer alegre, de extremado parecer y brío, con un posterior de gran movimiento, y, desde luego, muy impúdica y licenciosa, de rompe y rasga la muy bribona. Tenía el cuerpo lleno de gracias, pero infernada el alma. Ella decía:

—Como soy tonta tonta y me atarantan tanto, no supe ni cómo ni cuando me

injertaron un hijo que anda por ahí con un pobre ciego, y espero de Dios Nuestro Señor que con el tiempo me lo haga ladrón competente y hombre de muchos hígados para partírlle el alma a cualquiera.

Por estas excelentes razones ya se comprenderá el alcance de su moral.

Siempre andaba la tal Acreditada mentándose la madre muy donosamente entre bravoneles, borrachos y cuchilladas de bailones, y los más de los días del año celebraba bodas nuevas, pues decía que le cuadraba el differenceo. El mejor amor siempre es el último. Pero poseía el grave defecto de ser muy propensa a la reproducción, pues en seis años de andar arrejuntándose con diversos cuyos tenía ya concluidas a puros empujones siete criaturas —elaboró dos juntas— y tres por ciento de otra.

Esto no era extraño, se dice que al galgo le viene de casta el ser rabilargo. La madre de esta urente prostibularia que en sus tiempos era más conocida que la ruda, desde chica fue muy casquivana, más bien dicho, casquicusca, que es lo exacto, pues el amor que profesó a la sucesión sin estar en el matrimonio, pasó más allá de lo justo, ya que tuvo diecisiete hijos. Le dijo alguien que para detenerse en aquella incontinencia familiar era de magníficos resultados el aguardiente con toronjil.

—¡Ay, no me lo diga! Yo lo tomo, y ahora mismo, porque esto ya no puede ser, me paso la vida nada más eche y eche muchachos, sin poder ocuparme en otra cosa mejor.

—Sí, tómelo, es infalible.

—¿Sí? Pues no lo sabía, créalo. ¿Se toma antes *de* o después *de*?

—¡No, no, en vez *de*!

—¡Ay, no! Entonces no. Que siga el muchachero. En vez *de*, no.

Y así fue como lanzó diecisiete productos sin estar casada y un doble aborto cuando determinó casarse con un pelafustán que escapó de la horca, pues fue de muchos bríos y grandes alientos para el matrimonio, se entiende para el transitorio y temporal, y tanto en éste como en el estable, el de adentro de la iglesia y el de atrás de ella, pasa enteramente lo contrario que con la aritmética, pues en ésta uno y uno hacen dos, y en el matrimonio dos hacen uno.

Llamaban la Acreditada a esta terrible rabiza, porque en cierta ocasión, cuando apenas andaba haciendo sus primeras armas en las rudas batallas del amor, le dijo el Anchetitas, un facineroso que la tenía por suya:

—Muévete más mujer, y no estés tan apacible, que no es el caso. Parece que estás pensando en otra cosa y no en tu negocio que es lo que importa.

—¿Para qué, me he de mover más? Con lo que hago es suficiente, y déjame pensar en lo que yo quiera. Bien puedo hacer las dos cosas juntas.

—¿Cómo para qué, tonta? Para que te acredites.

Después de este sabio consejo, cuando tenía aquellos vertiginosos movimientos, le demandaba el ocupante:

—Oye, hija, cálmate. Tente, tente; poco a poquito y con tiento y medida, sin

apresurar el lindo final con esos meneos que me destuetan. Calma, apacigua tu zarandeo; no aceleres el bullicio; lentitud; así, así; lentitud fina y sabrosa. Despacio se camina con más gozo y no con ese innecesario apresuramiento que ya vez que no hay para qué.

—¿Cómo para qué? Lo hago para acreditarme —respondía entre anhelantes resoplidos la daifa.

Era la tal Acreditada el terror continuo de todas las mancebías y tabernas, en donde siempre armaba portentosos alborotos que animaban mucho el barrio en que asentaba sus reales esta bragada mujer de pelo en pecho y de hablar roto y desgarrado. Entablaba unas batallas imponentes que a su lado la tremenda de Otumba no fue sino un ligero retozo. Al final de todas estas epopeyas iba la rijosa a parar a la cárcel, rebramando de rabia, hecha un infierno vivo. Allí no se apaciguaba tampoco, sino que seguía la escarapela; con ligera mano se aplicaba a romper el alma a las presas, en medio de unas tremolinas ensordecedoras, verdaderamente épicas. Su furor llegaba al grado de violencia de la tragedia griega. Muchas de esas mujeres estuvieron a punto de desfallecer por despedazamiento fulminante.

A la Gordeña, de la que estaba celosa, le solía decir: «Revestida del demonio», tanta era así la ferocidad que mostraba en los ojos, que después de la intensa aporreada de rigor le cortaría las faldas por lugar vergonzoso y ambas cosas cumplía la Acreditada con su rival, dejándola coloreando de sangre y le tijeeteaba las enaguas por donde había dicho, lo que constituía un espectáculo imponente.

No se sabe a punto fijo por qué lindezas o travesuras que realizó en unos bienes ajenos esta manceba de Félix, tan briosa y corajuda, se tuvo la mala sospecha de que este pobre tomó parte principalísima en la obra de sustracción, por lo que se vio precisado a andar jugando al escondite con la señora Justicia, que siempre está afectando una rigidez de principios morales enteramente catoniana; pero si hay con que untarle la mano, «unto mexicano» o «ungüento amarillo», se ablanda más que vela de sebo junto al calor del fogón.

Se dio tal maña esa reverenda y odiada matrona, que al fin y a la postre le echó el guante a Félix, y por unos cuantos meses lo aposentó en la cárcel, lo que fue para él de grande y positiva utilidad, pues renovó amistades, refrescó las buenas que allí había dejado, y aun hizo otras muy dilectas, de las que cosechó como era natural, mayor sabiduría. Después de esta nueva temporada en la prisión, fue a viajar por varios años en las galeras del rey, a apalear sardinas, agarrado al duro remo de los galeotes, y en donde le despedazaron las carnes, como a todos los penantes, los furiosos rebencazos del siempre airado cómitre. Pasó tiempo y se contó en México, entre los del hampa, que era ya bogante o espaldar de un galeón real en el que iba marcando con su remo el compás de la boga.

Segunda parte

Primer tranco

De cómo a Félix Vargas se le apodó «El Canillitas» y además se pinta su triste figura de perdulario

Mucho tiempo después de que salió Félix Vargas de la ciudad de México anduvo deambulando por lugares remotos, a la aventura, al riesgo de andar por el mundo luchando contra la adversidad. Recorrió las siete partidas del infante don Pedro de Portugal, que solamente anduvo las cuatro. Por acá entro y por acuyá salgo. A todas partes llegaba Dios mediante y San Cristóbal gigante. Estuvo en todos los reinos y provincias de la Nueva España, desde la árida de los Texas o Nueva Filipinas, hasta la isla de Santa María de los Remedios, Yucatán por otro nombre. Salió del país y fue a vivir a Castilla del Oro; después establecióse en la Tierra Firme, en la Verapaz o en Santiago de los Caballeros de Goatemala, pasó a Cuba, dicha la Fernandina en honor del Rey Católico, aunque otros también la llamaban la Juana por la famosa reina de este nombre que enloqueció de amor. A Pedro Mártir de Anglería se le ocurrió designarla a lo griego, Alpha y Omega, él supo por qué razón intentó esta designación clásica.

Grandes cosas, según fama, le acontecieron a Félix Vargas en estas partes en las que anduvo siempre quemado de alcohol, entre trajinantes recuerdos, desvergonzadas mozas del partido y desordenados escuadrones de pícaros, dando a los vicios campo franco y pasaporte general para toda la vida. Fue maestro en el arte de andar a la gramática y supo todos los trucos y recursos de los hampones; pero no hubo en ninguno de esos lugares, ¡qué lástima!, un verídico y puntual historiador de su vida que pusiera sus hechos en un papel o, cuando menos, los tomase en la memoria para que después, de boca a oreja, se fuesen transmitiendo hasta llegar a nosotros que ponemos ahora en este libro algunos retazuelos, esbozos y rasguños de su existencia azarosa y triste.

Llegó Félix a la ciudad de México desahuciado de la fortuna y náufrago del mar del mundo, lleno de trapaceras fullerías de bailón y muy gastado por el libertinaje. Lo traía hiperlocuaz una caudalosa borrachera que era la misma, ligeramente modificada, con la que salió de la capital del reino y que anduvo exhibiendo por otras tierras, refrendándosela de manera conveniente y oportuna para que le continuara con duradera permanencia. Gracias a ella trabó excelentes amistades con los pelafustanes de mejor laya y con tusonas muy recomendables, principalmente con una a quien llamaban la Argüendera con la que «yacía de consuno», según la antigua expresión jurídica, o con quien se daba buen tiempo, como se dice en un viejo modismo, honesto, limpio y expresivo. Ya no quiso Félix salir de México; sus bebiendas lo

aquerenciaron dulcemente, no las finas y potables, sino las de quema. Con unas cuantas botellas o picheles, según cayeran las pesas, tomó tierra definitivamente en la Muy Noble y Leal Ciudad de México y se estabilizó en la bebida. Él reverenciaba el vino, porque antes de que éste fuese un problema administrativo había sido un dios muy venerado, y tenía él la felicidad del vino hecha norma, no como simple episodio de un día.

La dicha Argüendera, hembra llena de calidades, alta y garbosa, de posterior movedizo, fue la que en un entusiasta raptó de amor dio al enteco Félix el nombre significativo de Canillitas, y así le siguió diciendo después con voz envinada y ronca la bautizadora sin poner intención de infamia o desprecio en el apodo, antes bien creía esta mujercilla que era cosa de mucho cariño tal designación. Cundió con éxito este inaudito cognomen entre todas las pelanduscas y coimes y entre los borrachines sus amigachos, que celebraron con carcajadas caudalosas ese apodo tan bien traído y mejor llevado. Ya sólo el Canillitas se llamó a Félix Vargas; su nombre y apellido quedaron incorporados a este alias pintoresco, pues que ya nadie lo volvió a designar por ellos.

Se hizo muy desvergonzado y borrachín el tal Canillitas. Vivía en pleno mundo de lo agradable e imaginable, siempre andaba en una loca tarantela de alegría, en euforia alcohólica. Su primer faena todas las mañanas antes de encomendarse a Dios como lo hace todo fiel cristiano, era beber dos jarrillos con un buen por qué de indecente chinguere, obligado por sus aficiones húmedas. Con mucho contento hallaba franca salida a sus vicios y fácil muerte a su hambre.

Era alto, de flacura espectral, casi transparente; su inefable delgadez estaba en una vertiginosa eliminación de músculos. Un suspiro tenía más carne que Félix el Canillitas, que ostentaba toda su estructura ósea por encima del pellejo. Era, lo que se dice, un espíritu en canuto. Por todos lados le colgaban pellejos jaspeados de pecas, que se movían, casi con cadencia, apenas iniciaba un paso, como hojas de plátano con aire. Era el Canillitas un prieto retinto y hocicón, con un jeme de jeta, labios de olla. Si iba a dar vuelta por una esquina, antes de que él la diese, su boca ya estaba en el otro lado. Se decía secretos él solo, pues le llegaban los labios de oreja a oreja.

«Boca que en cada bostezo
gasta una cruz de dos palmos»

escribió Quevedo, y así, de ese enorme buzonazo se vaciaba directamente las palabras en el oído; cuando se reía se le fugaban las comisuras hasta el mismo occipucio, y si bostezaba o se reía, se le miraba claramente el estómago y una cosa colorada que le saltaba y que era el corazón; sus dientes estaban separados unos de otros, divorciados entre sí, y le colgaban retorcidos y negros de las encías como estalactitas de nicotina; sólo las muelas se le apiñaban en un apretado y sucio peñascal, y de ese obscuro antro le salía un vaho tan hediondo que exterminaba a tres

metros a la redonda a moscas o zancudos que osaran penetrar en esa zona nefasta. Soltaba tales exhalaciones que parece que traía un perro muerto en cada pulmón, pero él aseguraba que aquella corrupción no procedía ni de muela picada, ni de estómago sucio o hígado descompuesto, sino que eran los secretos y chismes que le habían referido y le brotaban ya descompuestos y pútridos de tanto guardarlos entre pecho y espalda.

Sucedió que tenía que estar a tiempo fijo en sitio determinado y fue tan de prisa que llegó al lugar de la cita acezando por la fatiga y escupiendo casi los bofes.

—Vengo sin aliento —dijo.

—¡Ay que bueno! —contestó el que lo esperaba—. Eso quisieras tú, y más que tú, yo, pobre de mí, que te tengo delante.

—Mira, delicado, más vale oler vivo a mierda, que difunto a incienso o cera.

Su nariz de pico inverosímil, estaba teñida de un variado rosicler no suficiente a disimular su magnitud. En cuanto a las orejas no parecían autóctonas de aquella cara descolorida, sino que daban la impresión de que eran de quita y pon; al verlas se acordaba uno inmediatamente, por lo derecho y rígidas, de los aventadores o sopladores de cocina.

Félix era poseedor de un bigote exiguo y de una barbilla rala, que siempre traía en retorcidos y tiesos pabilos como delgadas e innumerables velillas que al caminar le iban sonando, entrechocándose unas con otras, y cuando apretaba el calor o iba por el sol, se le derretían, goteándole su sebo espeso en el pecho. La cabeza era pequeña, huesosa y vibrátil; de ella le pendía una larga y lacia cabellera, adobada con pestíferos untos, y por entre los pelos manábale perennemente un sudor grueso como anchos goterones de grasa que le corrían lentos por el lívido hueso de la frente, e iban a parar hasta los bigotes o la barba para engrosar generosamente, sus mantecas petrificadas. En tan greñosa cabeza jamás había estado ni en someras funciones un peine apaciguador, y ni siquiera sospechaba la útil existencia de ese artefacto. Se hallaba ese espeso y negro matorral espolvoreado copiosamente de blanco; ora que no se sabía si eso era harina, o si eran liendres, o una epidemia de caspa galopante.

Su cara violaba los fueros de la estética más tolerante y era verdaderamente ilícita; es decir, caía en la jurisdicción del poder judicial. Todo mundo tiene derecho de ser feo, pero el Canillitas abusó de ese derecho. El pescuezo le andaba por el cuello de la camisa muy holgadamente, como molinillo en jarro. Constantemente se le movían los brazos hacia todos lados, lentos y flácidos, pero no por impulso propio, sino que era el viento el que se los agitaba como si fueran banderolas. Por las mangas, largas y todas flecos, le desbordaban los dedos con sus uñas muy caireladas, que por largos y delgados, parecían cinco inquietas correas. Usaba unos zapatos tan traídos y llevados, que eran un verdadero problema de longevidad, tan grandes como baúles, con más barro que cuero, y agujeros de escape para los callos. Si cuando llovía se pusiera con los pies hacia arriba, ya quedaba Félix bajo el amplio abrigo de un techado. Con esos destaconados zapatos se podía hacer una barca de ocho remos

para navegar por el Conchos o por el Papaloapan, ríos impacientes y vertiginosos, que parecen huir de sí mismos.

Félix Vargas, con aquella cabecita en aquel cuerpo tan alto y tan flaco, parecía un inquieto garbanzo en garrocha. En cuanto a la edad fluctuaba la suya entre los cuarenta y ocho que aseguraba tener y los ciento treinta y dos que atribuíanle según los cálculos más exactos. Decía que eran cuarenta y ocho sus años, porque cuando ya estaba bien maduro, con el colmillo macizo, recibió un sustazo espantoso que casi lo dejó cardíaco. De sopetón, sin ningún miramiento, le dijeron que se iba a acabar el vino en México. Con tan funesta noticia se le sobrecogió el corazón, se le heló la sangre en las venas, y ya con esta frialdad entre el cuerpo le vino, como era muy natural, un soponcio; y cuando le aseguraron que eso no había sido más que pura broma, regaló, al que se la había dado, con un cariñoso y delicadísimo recuerdo a la señora en que lo engendraron. Volvió a nacer y desde ese día de su segunda venida al mundo empezó a contar los años de su edad.

Por eso era que afirmaba con tanta seguridad, que tenía cuarenta y ocho primaveras, tal vez sí era cierto, pero se le olvidaban o no quería contar sus estíos y sus veranos, menos los otoños y los inviernos, pero, en realidad, se perdían sus años en la tenebrosa noche de los tiempos, pues era más viejo que un palmar y casi contemporáneo del protoplasma; por eso decía que conoció el Mar Muerto antes de que se enfermara y a la Sierra Madre cuando aún era niña. Aunque tenía el pelo negro, esto era solamente por una mera condescendencia de los años. La cana engaña, el diente miente, la arruga deja duda, pero la lágrima en el ojo y los pelos en la oreja, eso sí ni duda deja, y a Félix se le asomaba en cada una de ellas un manojo de pelos como si trajese allí metido un plumero viejo, y apenas se le evaporaba de los ojos o se le iba suelta su lágrima perenne por entre las arrugas, en una de las cuales se le extinguía, ya estaba otra removiéndosele inquieta en aquellos sus ojos legañosos y tristes que tenían más patas de gallo que los balcones de Palacio.

Andaba siempre el Canillitas en una perpetua carcajada con una cáfila de amigos perdularios, y en su compañía atrapaba tan ardorosas borracheras que hasta amanecía con la lengua de cabecera. Más jaranero que el tal Canillitas no había otro individuo en la ciudad de México. Consideraba como un santo e imprescindible deber, asistir a todo acto de diversión y holgorio, en donde el vino alegra los ojos y traba las lenguas. Siempre bebía con una fiera sed de camello cansado, con tal avidez como si creyera que en ese día se iba a acabar para siempre el vino. Aseguraba que lo hacía para ahogar sus penas; pero lo malo era que sus penas ya sabían nadar y no se ahogaban jamás, eran campeonas de natación, y así y todo, continuaba obstinado en matarlas y creía que con su ejemplar perseverancia alguna vez iría a tener la grata satisfacción de que fallecieran, sin que le quedara viva ni una sola.

Tomaba vino en abundancia superlativa para que se le fuese de la memoria, según él, lo desagradable que no quería tener presente. Se lo encontró gastando dinero en una taberna un fulano de los de su hueste, quien le mostró su enfado con semblante

desabrido:

—¡Muy bien, Canillitas, pero que muy retebién! Ya veo, ya, que estás pagando vino con buenos pesos, pero lo que es a mí no te acuerdas de darme los tres que me adeudas.

—No te extrañe, hermano, yo bebo para olvidar, sólo por eso me echo a pechos este mezcal, fuente de deleites eternos. Además, el lema de mi vida, es «El deber ante todo».

No poseía ninguna profesión ni oficio este jaque holgazán y decidor, y decía que así, no teniendo ninguno, podíase dedicar a muchas otras cosas y no a una sola. Estaba en aptitud de elegir y no permanecer amarrado, cosa odiosa, a una tiránica sujeción, sin variedad, que eso no era de su agrado, pues la libertad sobre todas las cosas.

Tampoco se le conocía ningún beneficio, ni menos aún se le sabía raíz ni mueble; sus rentas eran sólo el día y la noche; pero creíase que era dueño de un grandísimo vínculo que le permitiese no poner sus largas manos, flojas y como deshuesadas, en ningún trabajo. Se entregó por entero a la cómoda ocupación de no hacer nada. ¿Él, trabajar? ¡Qué capaz! No tenía el gusto tan malo ni tan depravado para ocuparse de eso, y, por lo tanto, alegaba que era muy lícito el derecho de huelga, pues él estaba en ella desde que nació, y la más horrenda pesadilla que tuvo en su vida fue una vez que soñó, que probablemente, en alguna ocasión remota, tendría que ocuparse en algo; y se despertó dando largos alaridos de pavor, con muchas convulsiones y hasta con un cólico enfurecido con sus inmediatas consecuencias. La verdad era que como su padre fue albañil y trabajó mucho, él ya nació cansado. Era su holgazanería tan refinada, que levantábase temprano, casi despegaba los ojos al abrir el alba, para estar así más tiempo sin hacer nada. Era más vago este hombre que un recuerdo de la niñez.

Cierta ocasión le preguntó indiscretamente uno de su carpanta:

—Dime, ¿qué edad tienes, Canillitas? Se dice por ahí que eres más viejo que el Antiguo Testamento.

—No, no, sólo cuento cuarenta y ocho años.

—Sí, es verdad, sólo cuentas esos, los demás te los callas, ¿pero cuánto hace que no trabajas?

—Cincuenta y siete. Es la pura verdad.

Se ganaba el pan y el vino cotidiano sin que le saliera a la frente esa noble secreción que enaltece tanto la Biblia; a él le escurrían por la frente espesos chorros de sebo, porque se le derretían algunas porciones del sedimento que en gruesas capas tenía endurecidas entre el negro alboroto del pelo, superpuestas desde sus tiernos años; se le licuaban por la formidable hornaza que traía de continuo en el estómago con las despampanantes borracheras que agarraba del tamaño de una catedral gótica y que le duraban inquebrantables hasta dieciocho o veinticuatro días seguidos, con sus noches completas.

Decía que contaban por ahí los sabios de la universidad, con claros visos de verosimilitud, que los camellos resistían hasta quince días trabajando con sólo beber un día. ¡Vaya aguante de animalitos!, exclamaba admirado, pero que él era al revés: trabajaba solo un día y bebía quince sin parar, denodadamente, que eso sí era aguante. Aseguraba que su constitución era de hierro, y que, por lo mismo, no se animaba jamás a beber agua, por el muy justo temor de que se le oxidara la tal constitución.

Afirmaba también, siempre que se ofrecía manifestarlo, que como estaba dedicado al cultivo de la salud para beneficiarse el alma, no trabajaba nunca entre comidas por ser eso excesivamente dañoso. Tenía largas crisis de cansancios previos. Así una vez se encontró con el Mamantón que era un eminente entretenedor de trajes, o dicho con palabras llanas, sastre remendón. Era día miércoles y aún andaba este festivo hijo de mala madre celebrando, con mucho entusiasmo, el San Lunes y como para justificarse dijo a Félix:

—Hay días, verdaderamente, que uno no tiene ganas de trabajar.

A lo que rectifico inmediatamente el Canillitas.

—¿Cómo días, hombre? ¡Años!

—Entonces tienes bien lejos la fecha. Anda, acércate más a ella.

—Aunque le tengo miedo me lo arrimaré un poco más para satisfacción de mis contemporáneos. Voy a ponerme con ahínco al trabajo. Ya estoy decidido y nadie me quitará esos santos propósitos.

—Con lo que acabas de contarme he quedado con un soponcio en cierne, pues te oí decir en infinitas ocasiones que la noche es para dormir, el día para descansar y el trabajo para los burros. ¿Entonces cuándo vas a trabajar?

—¿Qué cuando?, la semana que no traiga viernes.

—Ah, me tranquilizo, pues hay grandes y fundadas esperanzas.

—Sí, las hay, aunque yo pienso, querido Mamantón, que sólo por unas cuantas horas de un día en que se trabaja, no vale la pena de gastarse las fuerzas. Porque en el domingo, no lo ignoras tú, es gran pecado trabajar; el lunes hay que descansar de la agitada e inevitable parranda del domingo; es día aciago el martes, todos los saben; en el miércoles se parte la semana; en viernes murió Nuestro Señor Jesucristo y hay que santificar las fiestas; el sábado es vísperas del domingo, y para un día que es el que queda, el jueves, ¿quién va a trabajar?

Se quedó reflexionando el Mamantón, y como Félix no parecía tener malos fundamentos en lo que dijo, no respondió nada a sus razones porque llegó fácilmente al convencimiento, sin necesidad de persuasivos discursos.

Las palabras de su amigo lo hirieron con primor y ardimiento en la parte más sensible del alma y quedó todo entero de la opinión de Félix. Sonrió confirmando así estar muy persuadido. El Canillitas vio su triunfo. Se pusieron los dos truhanes muy enhiestos como si estuvieran en una revista militar, sacaron el pecho con gallardía, se miraron con fijeza a las caras, y luego preparáronse convenientemente para beber, aseándose los belfos con el dorso de la mano, tosieron, escupieron, con cuyos

preparativos quedaron ya listos para echarse unos copazos, pues ambos preferían, y hacían bien, el maldito vino al agua bendita.

Segundo tranco

Que trata del culto que rindió el Canillitas a Venus, a Baco y Caco, y de cómo arrepentido de sus buenas costumbres tornó a saborear las malas

Aquella mirada medio triste que tenía Félix se le cambió por otra. Miraba con una especie de azoro, con ojos rarísimos, poniendo cara a medio gesto, como si tuviera ganas de llorar, y, en efecto, lloraba el muy sinvergüenza y no sabía ni él mismo la causa de aquella efusión de lágrimas perennes, si eran porque del lado del sollozo lo echaba su embriaguez como otros van a dar con su impulso al sanguinolento de la riña, o si lloraba porque estaba triste, o bien porque encontrábase alegre, o porque tenía la alegría de hallarse triste. Misterios impenetrables del vino.

Del peso de estas desconocidas desgracias que le renovaban sus broncas bebeturas, solía consolarlo la Faroles, buscona de rebosante seno y fuerte grupa. Esta cálida mujer de la vida airada, con desinteresado ahínco se propuso aumentar el número de habitantes de la ciudad de México, pues tuvo cuatro hijos de soltera, dos de casada y cinco de viuda. Cuando estaba en su expansiva viudedad se amistó con Félix.

Era esta hurgamandera de fogoso temperamento meridional, estremecida casi siempre por una vibración febril que la agitaba hasta la punta de los cabellos. Pretendía embargarle el cariño a Félix y, para el efecto, le andaba haciendo mucho lingo lingo para sujetarlo a sus encantos; pero él ni siquiera se entibiaba; había llegado a tan boreal frigidez que no le subiría fuego aunque se le sentara en una hornilla. El calor de la tierra no parecía penetrar en aquel cuerpo. La meretriz ésa era poseedora del cuarto orden, que es el orden toscano, por la tosquedad del perfil, producto de la combinación de varias sangres, la criolla, la mestiza, la negra, la india ardorosa; todas ellas le dieron el color arrebatado que tenía, como media libra de chocolate pasado de tueste, pero era dueña de unos ojos apenas entreabiertos, que de puro dormidos roncaban. Poseía ojos muy dormidos, sí, pero boca muy despierta.

Era esta urente ninfa callejera de especial compostura; empleaba largos y prolijos cuidados en el aseo y policía de su persona, y, como no tenía casa, se hacía su atavío al aire libre como las princesas de la Odisea. Lo más del día estaba aquerenciada ante un mísero trozo de espejo, para retocarse ufana sus guiñapos, o para aplicarse hasta tres cuartillas de rosas en la región precordial. Caminaba balanceando sus primores; llevaba en sus flancos el ritmo de las gitanas; pero, ¡uf!, con aquel removerse continuo, iba echando tufaradas bravias que no resistiera ni el más cerrado de olfato; sin embargo, el Canillitas se fue tras estos ascos y hediondecas muy embelesado,

como en pos de flores olorosas.

Tuvieron el Canillitas y la salaz Faroles un lento y lauto banquete para celebrar su mutuo consentimiento de formalizar su amasiato. Sin comeres y sin mujeres no hay placeres. Fueron a un humoso fonducho y dijo Félix que le sirvieran un pedazo bien grande de carne, porque estaba en estado tal de sensibilidad, que cualquiera pequeñez lo irritaba. Se lo dieron, aunque él no supo bien a bien si aquello fue carne o un gran pedazo de suela, bien pisada. Con buena voluntad podía pasar por tasajo y por el gaznate. Sorbieron con verdadero valor una cosa obscura que le llamaron sopa, en la que andaban náufragos hasta tres garbanzos acompañados de otros tantos arroces. Tal vez, para no desmentir el adagio que dice que «con buena hambre no hay nada malo», comieron, llenos de arrojo, unas albóndigas no identificadas, y chuparon unos ciertos huesos y alones en roja salsa de mole de endiabladísimo picor, y todo ello con buen acompañamiento de pulque, muy baboso, de ese de hebra espesa.

Después de haber satisfecho la preciosa necesidad del estómago, la pecadora quiso satisfacer otros íntimos anhelos, y la emprendió a tirones con el Canillitas que andaba en la regalada tranquilidad de una borrachera dulce y pacífica. Quería darse con él una larga hartazgo de contentos y deleites. Para animarlo le atizaba besos sonoros con tal fuerza que con cada uno de ellos casi le hacía hoyo. Se le pegaba a los labios con ímpetu acalenturado, y únicamente con terrible olor respondía Félix a la presión amorosa de los de la daifa, entre tanto, las manos ejecutaban tales primores que eran capaces de enardecer al de más calmado temperamento; pero el hombre permanecía incólume en el balanceo de su embriaguez, todo amaratado por la digestión laboriosa del mole, complicada con el pulque; así y todo, lo llevaba a rastras la Faroles, quién sabe a qué tugurio, para con él dar cabal gusto a su deseo; pero en el preciso momento en que Félix iba a reventar de la congestión, acertó a pasar un clérigo que, en el acto, se movió en su socorro y fue a libertarlo de las manos furiosas de aquella mujerona tan candente y pimentada.

Este clérigo era don Bernardo Sandoval, siempre lleno de indulgencia amable. Era ojo a los ciegos, socorro a los huérfanos. Reconfortaba con palabras de estímulo y sosiego y acudía con larga mano a beneficiar a los pobres. Su bondad era más grande que el caos. Era el padre don Bernardo Sandoval, tan suave, tan cándido, tan lleno de frescura como una alma villana medieval. Se compadeció de aquel hombre y comprendió que si accedía a los deseos urentes de aquella rabiza que le daba tan feroz besuqueada, lo exterminaría con el ya inminente agarrón, y fue rápido y se lo arrebató como dicho queda; pero la gordeña, hecha un verdadero alacrán, cargó de injurias al compasivo padre. Con esas mil afrentas que le echaba encima descubría su enojo por haberla dejado con el gusto insatisfecho. Era tal su coraje que se le podían haber tostado habas en la cara. El cálido aliento de los denuestos y maldiciones le llegaban al rostro al bueno de don Bernardo, tan efusivo y cordial. Quiso meter su mano airada la Faroles para recuperar al Canillitas, que traía ya como cosa propia, pero el padre la rechazó solamente con su punta de ceño.

Con blandura y amor llevaba a su casa al ebrio que iba claqueando sus suelas rotas; cuando pasaron por el Monte de Piedad de Ánimas, El Canillitas, a través de su borrachera, reconoció el benéfico establecimiento y dijo con voz tartajosa:

—¿Es verdad que allí se da dinero por alhajas y efectos?

—Es verdad —respondió el padre Sandoval—. ¿Pero a ti qué te interesa ahora eso?

—¡Cómo no me va a interesar! ¡Y mucho! Quiero entrar allí para que me den algunos pesos por el efecto que me ha causado el pulque y el aguardiente de esta tarde.

Llegaron a la casa de don Bernardo Sandoval y el Canillitas no podía meter la llave en la cerradura para abrir la puerta y viéndolo con aquella temblorosa inseguridad le dijo don Bernardo:

—Caray, que ebriedad es la tuya tan grande, que no atinas con el ojo de la chapa.

—¡Si no estoy borracho, padre mío! ¡Quía! Usted detenga la pared que es la que se me está moviendo de un lado para otro y se quiere venir encima de mí, y como no se está sosegada no me deja abrir con tranquilidad la puerta.

Como Félix escanció sin tiento ni medida, le cargó el sueño, y después que hubo despertado y que del todo despabiló los ojos, se puso humildemente el padre a hacerle reflexiones con un acento enternecedor. Lo aconsejaba con tan dulce bondad, con palabras tan cariñosas, tan suaves, que Félix creyó oír, a través de la bruma del tiempo, la voz apacible de aquel otro manso clérigo, don Benito Arias, que le daba también consejos en la paz de la casa cural de San Sebastián, en donde entró cariño en su vida inútil de infeliz desheredado.

Félix se quedó en ensimismamiento; su imaginación perdióse en vagos sueños. Oyó como una desleída música de órgano; la voz alada de una campanita conventual; le llegó olor de incienso, levísimo, grato; la fragancia del cedro de una alacena abierta. Bajó a la realidad ante un floreado plato poblano que le presentó don Bernardo con huevos fritos entre salsa olorosa de chile verde que tenía los mismos tonos policromados de una casulla catedralicia; entonces prometió Félix que antes de llevarse a la boca pecadora un solo trago de vino, prefería ver sus tristes carnes comidas de adives y de gatos cervales.

Con una leve insinuación de don Bernardo, accedió a ponerse a trabajar, aunque sus convicciones se lo impedían. Cualquier trabajo útil acabaría por ocupar su ánimo, echando fuera de él el loco deseo de la bebida. Jamás se había ocupado Félix en nada de provecho; nació con escasos alientos para eso del trabajo, e ignoraba lo que era éste, pues pocos con tanto éxito como él, habían realizado la máxima evangélica de no ocuparse del día de mañana. ¿Para qué esa inútil precaución? Cada día tiene su afán y con éste es bastante para ocuparse, sin pensar en las horas tristes o en las horas alegres que han de venir después. Sin trabajar, jamás le había faltado a Félix su pan, más o menos blando, más o menos granítico, y el vino que se metía alegre en el vientre, para embriagarse a sus anchas o, dicho en mayor propiedad, a sus angostas,

porque este sujeto no tenía nada de anchura, todo era en él estrecho y reducido. Era así como un chaflán. Visto de frente resultaba como si se le mirase de lado. Un pergamino, envolviendo unos pocos de huesos y nada más; y de perfil, una hebra.

Este hombre incomparable jamás tuvo la contrariedad de no vaciarse en el estómago, ni por un solo día, algunos cuartillos de aguardiente del de mejor lumbre, y afirmaba que lo hacía por mero pasatiempo, por una especial necesidad del espíritu, en que el vicio, el feo y reprobable vicio de beber que detestaba, tenía muy poca parte, y que únicamente por un mero sacrificio que imponíase, bebía bastante, sólo por fomentar la industria nacional. Detestaba el vino; adoraba la borrachera.

Si le faltaba el dinero para procurarse qué beber, poseía, en cambio, un método seguro, eficaz, producto precioso de su ingenio. Con él nunca le faltó bebida que le pusiera locura en la cabeza. Con media botella de agua, un peso falso y un poco de aplomo, lograba todo el vino que se le antojase. Esto era lo único que necesitaba para amortajarse de pies a cabeza con las telas que teje Baco.

Salía a la calle acompañado de una de esas botellas grandes, que les dicen castellanas, y que tienen de cabida como dos cuartillos; le ponía agua hasta la mitad, no sin pedirle, previamente, mil y mil excusas floridas, porque iba a soportar en su seno ese imbebible líquido. Muy decidido se entraba en una tienda y con gentil garbo pedía que le llenasen hasta arriba la botella con el aguardiente mejor calificado; cuando la veía colmada, echaba sobre el mostrador el peso falso; el sonido cascado denunciaba en el acto su calidad y al instante lo rechazaba el vendedor sin examinarlo siquiera, asegurando que su voz decía a gritos que era del más exquisito plomo con indicios de cobre, entonces el Canillitas, muy compungido, se mostraba libre de culpa, afirmando que no sabía que el peso fuese falso, y si era menester lo juraba por el alma de sus difuntos; que si hubiese siquiera sospechado esa falsedad, no se atreviera nunca, ¡qué capaz!, a pasarlo por bueno; y así seguía mucho tiempo en melindrear disculpas.

Pedía al fin al tendero que le entregara la moneda y entre mil perdones de los más zalameros de su vasto repertorio, le rogaba también que le quitara a la botella el aguardiente que le había puesto, porque él no quería llevarse nada sin pagarlo en su justo precio y no traía entonces con qué hacerlo. Se lo quitaba el tendero y si con el aguardiente devuelto se iba mucha agua, también se quedaba mucho aguardiente.

Volvía a otra tienda con la misma desenvuelta decisión, y pedía que de lo caro le echasen en la tal botella hasta colmarla y luego que la veía que estaba hasta el mero gollete, tiraba en la tabla el peso de marras y sólo por su sonido hubiese descubierto en el acto hasta el sordo más tapiado, que era tan malo como un juez que acaban de elegir; el Canillitas se asombraba muchísimo de que le dijese semejante cosa, y empezaba a dorar su culpa con excusas. Vaciaba el aguardiente servido y ya lo que quedaba tenía mejor calidad. Así, repetida esta operación las veces necesarias, conseguía al fin el bergante un licor purísimo, de calidad magnífica.

Ya Félix había calculado bien, pues era muy práctico, el número de tiendas que

debía de recorrer si era aguardiente lo que apetecía; si el cuerpo pedía el regalo del chinguere o del ostoche o de la yagardiza, también tenía estudiadas las veces que le habían de llenar la botella para que el vino quedase en su mero punto, sin gota de agua. Admiraba la bebida a través del vidrio con un fascinado ¡ah! y, trago aquí y sobretrago allá, bebíasela toda entera, resignado a realizar los mandatos de un destino inexorable, con lo que a poco andaba hecho un triángulo escaleno, o si se quiere isósceles, dando traspiés de escasa corrección y elegancia.

¿Cómo no iba a ser recomendable la excelente pureza de ese líquido endiablado con todo lo que hacía el Canillitas y con todo lo que veía? Era de resultados fulminantes. En una de estas hábiles substituciones andaba en estado imposible, de tal manera bébedo, que un alguacil lo llevó a la cárcel y ya ante el alcalde de corte, preguntó éste:

—¿Cuál fue la causa por la que ha arrestado a este hombre?

—Molestaba a un cochero en la calle —respondió el alguacil—, le decía con palabras mayores cosas de su familia.

—¿Y por qué no trajo usted al cochero, para probar la falta?

—Porque no había ningún cochero, señor alcalde.

¡Si sería excelso aquel vino!

Cuando el Canillitas tenía apetencias de comer algo bueno, gusto que le salía a menudo, y andaba sin blanca y nadie le hacía convite, también con maña y sin paga procurábase comidas o cenas opulentísimas con sus respectivos antes, medios y postres. El inconveniente del ayuno lo allanaba de modo diverso. Era perito consumado en el difícil arte de alimentarse gratis. Entraba con resolución en fonda o en almuercería, escogiendo previa y cautamente que fuese viejo el que iba a servir, sin importarle el sexo, porque ya hombre o ya mujer, no modificaba en nada la técnica del procedimiento. Interrogaba muy afectuoso:

—¿Corre usted mucho, señor, aunque no sea para ganar un maratón?

Y venía la respuesta: que no, porque el reuma, o el asma, o los años que todo lo imposibilitan, y ya con esa previa seguridad, pues a comer, y el Canillitas comía y callaba como un santo. Después poníase en cobro gracias a sus desenvueltos pies seguro de que nadie lo iba a seguir para importunarle con que pagara.

También con éxito usaba este otro procedimiento. Comía sin duelo hasta más no poder y cuando quedaba empalagado, ahito, relleno, decía ingenuamente al fondista:

—Dígame, si ahora que he despachado lo muy excelente de esta comida no le pagara, ¿qué haría usted?

—Pues hombre, casi nada, darle a usted dos bofetadas.

—Entonces ya no hay más que hablar. Cóbrese en el acto.

Y al decir esto ponía una mejilla para hacer el pago y alistaba humilde y evangélicamente la otra por si aún salía debiendo algo más de la consumición y el dueño quería finiquitarlo.

También empleó más de una vez este otro sistema con excelentes resultados para

comer, pongo por caso, una buena tortilla de huevos. Ya sentado a la mesa ordenaba:

—Quiero unas magras con tomate y una cazuela de berenjenas con jigote de carnero.

Cuando ponían esos olorosos guisados delante de él estaba como distraído, viendo sin ver a la distancia, y de pronto, al darse cuenta que los tenía enfrente daba a su cara la expresión de asombro y exclamaba con patetismo.

—¡Oh señor, pero cuán distraído soy! ¿Dónde tendré yo el pensamiento? ¡Con razón dicen que soy zonzo! Llévase, pero llévase al instante estos buenos manjares, que no estén, se lo ruego, más tiempo ante mi vista, porque solamente su presencia me hace un daño inmenso. Estoy enfermísimo del estómago, si los comiera, ¡ay de mí!, me eliminaría ahora mismo del mundo, y, francamente, aún no quiero ausentarme de la Tierra. Cámbiemelos, si lo tiene por bien, por algo que sea del mismo precio y, a la vez ligero y fácil de digerir, *verbi gratia*, una tortilla de huevos con su aderecillo de perejil y un fino espolvoreo de pimienta que tonifica y alegra el sabor. ¿Le parece bien el cambio?

Siempre le parecía bien al fondista. Para halagarlo comía el Canillitas lentamente la tortilla, saboreándola mucho, la comía casi en trance. Al terminarla salía del establecimiento muy reposado y tranquilo, como si tal cosa. Si no lo detenían a la puerta para que satisficiera el precio, se iba chito chitón, a la callada, pero si tenía la suerte adversa y sucedía lo contrario, que era lo más frecuente, ponía cara estupefacta y preguntaba:

—¿Qué quiere usted de mí?

—¡Cómo qué le quiero! Pues que pague; nada más eso.

—¿Qué pague yo? ¿Qué le debo, dígame? A usted ni a nadie debo nada. Abomino las deudas.

—Abomine todo lo que quiera, pero la tortilla que se ha comido, ¿a quién se la ha pagado?

—¿La tortilla? Ah, sí, es verdad tiene usted mucha razón me comí una tortilla de huevos excelente por cierto, ¿pero no recuerda usted, que se la cambié por las magras y por las berenjenas?

—Pues entonces, mi amigo, satisfaga el precio de las magras y de las berenjenas.

—¿Pero cómo lo voy a satisfacer, hombre de Dios, si usted se quedó con ambas cosas? ¡Caray, qué memoria la suya! Coma pasas y almendras para que se le ponga buena.

Se quedaba muy cariacontecido el fondista y el Canillitas aprovechando ese oportuno azoro se salía despacio, apretaba luego el paso, y al doblar la esquina sus piernas dejaban de andar y volaban, no se crea que para huir, sino para con ese ejercicio tener una adecuada digestión. Nunca disparada saeta fue por el aire más ligera. Éstos eran sus superlativos procedimientos para comer y no pagar lo que se comía.

El padre don Bernardo Sandoval, contrariando las peregrinas teorías de Félix, lo

envió a la calle para que buscara ocupación útil y honesta, a fin de que desterrara del pecho la ociosidad que alimenta todos los vicios. Le citó a Ovidio que dice que «así corrompe el ocio al cuerpo humano como corrompe a las aguas si están quedas»; también le dijo que «la baja fortuna jamás se enmendó con la ociosidad ni con la pereza,» y que en el *Libro de los proverbios* se lee: «El que labra su tierra, tendrá pan de sobra; pero el que ama la ociosidad, estará lleno de miseria». El Canillitas se quedó parpadeando ante el peso de estas citas formidables. Quería el padre Sandoval que se acomodara en algún oficio y que viviera del trabajo honrado de sus manos, para que dejara la vida birlonga, andar a la suerte y a lo que sale, sin hacer nada de provecho. Si era para él difícil lo que ofrecían, le aconsejaba que lo aceptara sin réplica, que aplicado a ello con fe, acabaría por vencerlo, porque el trabajo con tesón doma el acero, ablanda al bronce, labra la constancia del diamante.

Félix salió de la casa determinado hasta hacerse mercenario jornalero, si es que no hallaba otra cosa mejor a que aplicar las manos movidas por su inteligencia; y con estos magníficos pensamientos fue a dar al convento de la Merced. Se le ocurrió entrar en esa santa casa para buscar humilde acomodo de mandadero.

Preguntó por el prelado a un lego muy derramado en carnes y que miró en la portería, sentado en un fresco poyo de azulejos, atareadísimo en la útil faena de contar las vigas del techo. ¿Para qué necesitaba a su paternidad?, le preguntó con desgano el frailuco, y Félix le respondió que para ver si tenía algún destino que darle y en el que sirviera al convento, aunque fuese de ayudante del portero, porque ya estaba desesperado de la pobreza.

—¡Ay, hermano! ¡Válgame Dios, no sabe su merced lo que dice! Ni de chanza intente tal cosa. ¡Cómo se conoce que ignora en lo absoluto lo que es este oficio de pesado y perro! No hay nada peor en el ancho mundo, se lo aseguro. Pues qué, ¿le parece cómoda esta vida? Ahórquese y le irá mejor. Mucho trabajo y poco comer es lo que aquí tenemos, hermano. ¡Corona de espinas! Oiga nada más lo que yo paso, miserable de mí, y compadézcame. Me hacen levantar a las seis de la mañana, ni un minuto después; tomo chocolate con ocho bollos únicamente, y sólo un poco de leche, una verdadera miseria, hermano, un cuartillo, en vez de agua que es tan saludable y fresca; inmediatamente después, a la portería, a esta portería de mis pecados; a eso de las nueve me dan el almuerzo que, jamás de los jamases, pasa de tres platos, con su respectiva ración de pan, corta desde luego, tres, cuatro piezas, y dos vasos de vino, volviéndome a negar el agua, tan necesaria para lavar el hígado, y continúo, ¡ay!, en la portería; a las once apenas si se consigue un medio cuartillo de lo blanco o de lo tinto con el exiguo acompañamiento de unos bizcochitos ya de nata, ya de huevo; con ese parvo tentempié se dan fuerzas para soportar la esclavitud forzosa de seguir en la portería hasta las doce en punto que tocan a comer, eso sí, hasta satisfacerse, y no son malos bocados; se echa un pisto de siesta y hasta las dos de la tarde, en que llueva, truene o granice, de nuevo, ¡qué rabia!, a la portería; quiera su merced o no quiera, aquí tiene que estar; a las tres y media le dan a uno chocolate

con el que ya se despide de todo alimento hasta las meras cinco de la tarde en que reparten dulce y agua, y eso no siempre, no señor, que algunas veces sirven un vaso de nieve, y aunque su merced se desespera y se muera, ha de volver otra vez a la portería hasta las ocho bien sonadas, hora en que, ¡bendito sea el Señor!, se cierra esta maldita puerta y hasta entonces, ¡hasta entonces!, la cena. Se goza un rato de recreación y a acostarse. Mayor sujeción no he visto ni quiero verla. ¿Quién ha de sufrir, de tolerar esta vida? Sólo yo que soy un simple y un bendito. Por bobo merezco esto y aún más. Así es que su merced no se alucine, no, mejor métase a mozo de cuerda o a aguador si quiere resignarse a ganar honradamente poco dinero, pero si ambiciona más conságrese al lenocinio que produce buenos rendimientos, y, además, se hacen excelentes amistades de ambos sexos.

Se quedó asustadísimo el Canillitas, pensando en los recios trabajos en que por poco se iba a meter, gracias a que hubo un alma caritativa que muy a tiempo le abriera los ojos y le descubriese la vida insufrible que se lleva de portero en un convento, y desechó para siempre la idea de emplearse en semejante cosa, que era capaz de acabar con su existencia.

Con intenciones de hallar un trabajo lucrativo y a su entero gusto, pensó recorrer las Oficinas de la ciudad, para ver cuál era el de su agrado; pero a todos los empleos les descubría en el acto mil peros y defectos. Ya regresaba descorazonado a su casa cuando, ¡oh gozo!, le saltó de pronto su vocación al mirar a un individuo tendido debajo de un árbol, muy a pierna suelta, con el mayor descuido del mundo.

Félix brincó de contento y se dijo que ese género de ocupación sí que le agradaba y le convenía, y que estaba dispuesto a que ese hombre lo recibiera en calidad de aprendiz de flojo; en el instante, como eran muchos y grandes sus deseos de aprender, se apersonó con él, le descubrió sus íntimos anhelos de instruirse, y en el acto lo admitió en calidad de alumno para encauzarle aquellas sus naturales disposiciones que parecían tan desorientadas, y lo llevó a una huerta cercana para darle la primera cátedra.

Le mandó el inteligente profesor que se echase debajo de una higuera; el maestro hizo otro tanto. El aprendiz obedeció sin replicar, pues quería instruirse cuanto antes y quedar competente en el oficio que había elegido, y luego que estuvo bien acomodado le dijo al descubrir la dulzura y suavidad de los higos que alargase la mano, cortara uno y lo comiera, y Félix le respondió en el acto:

—Córtelo su merced y tíremelo acá, procurando que me caiga en la boca.

—¿Pues hijo —le respondió el holgazán—, qué vienes tú a aprender aquí, cuando eres capaz de enseñar?

Al volver a la casa tuvo una idea singular: quiso ser evangelista después de haber oído la nueva edición, muy aumentada con citas y notas y apostillas, de la prédica del padre Sandoval sobre lo muy útil que es el trabajo y de los grandes vicios que se acarrearán siempre con la ociosidad, que, en frase de Quevedo, es polilla de las virtudes y feria de los vicios. Se decidió a ese menester de memorialista, pues, le aseguró el

buen don Bernardo que con él tendría respeto y buen medro.

Puso su oficina en la plazuela que quedaba frente a la Catedral y el horrible Parián, cuyos laberínticos pasillos le eran tan familiares como las líneas de sus manos, porque allí, ganduleando, pasó el tiempo más inquieto y turbio de su adolescencia. En ese lugar estaban todos los del gremio pendoleando lindamente en prosa o en verso.

Como todos ellos se puso el Canillitas bajo un sombrero de petate; otros estaban con desteñidos parasoles, sentados en bancos. Escribían sobre una pequeña tabla muy reluciente por el constante frote, que apoyaban en las rodillas, y a su lado ponían la canasta o tompeate con todos los menesteres de la honrada profesión: papel de distintos colores, ceutí y de Manila, el tintero de cuerno con negra tinta de huizache, el frasco de la marmaja, nemas multicolores, un manojo de plumas blancas y bien tajadas.

Cartas de duelos y quebrantos, de peticiones, de amores y desdenes, de todo eso y de otras cosas más, escribía el Canillitas con tan derretidos conceptos para la gente de servir, los rancheros e indios zonzos, que todos ellos quedábanse prendados de aquel hombre flaco que tan bien les interpretaba los puros afectos de su alma. Escribía unas de tanta dulzura y sentimiento que el que Las leía se estaba llorando a moco y baba ocho días seguidos.

Si eran de amor las misivas, ojos les faltaban a las gentes para admirar las preciosas cosas simbólicas que pintaba el Canillitas en un extremo del plieguecillo de papel: corazones traspasados con una dura flecha; manos entrelazadas que surgían de entre nubes; palomas que se daban los picos, o bien una sola de ellas volando con una carta de la que salía un rótulo: «¡Te quiero!», pintado en colorado, síntesis completa de lo que contenía y expresaba la epístola amatoria, y otras cosas así de importantes dibujaba Félix en aquellos papeles blancos, azules, morados, amarillos o con ribetes negros, buenos éstos para enviar condolencias por muerte, para decir el querer a alguna viuda inconsolable, o mujer a hombre en estado de merecer. Todos esos dibujos en los que se ostentaba su curiosa inventiva, iban con tales anaranjados y verdes y rojos que ofuscaban la vista. Parecía que habían salido tales primores de la Academia de las Tres Nobles Artes de San Carlos.

Constantes cuartillas y reales le caían en gran cantidad en pago de sus expresivas cartas muy llenas de prolijos, floridos e inverosímiles rasgueos; pero más se tardaban en darle la paga, que en irse derecho a una botillería de los Bajos de Porta Coeli o a otra muy famosa de las Escalerillas; si iba a ésta le hacía su visita al Señor del Buen Despacho, si a la otra, se la hacía entonces muy devota al Señor del Veneno, pues el Canillitas era hombre de alma muy pía, aunque loca.

En cualquiera de las dos vinaterías se dedicaba a la dulce y alimenticia faena de ingerir, paladeándolas con placer, unas dilatadas dosis de mezcal. Para beber largamente como lo hacía siempre, nunca tuvo necesidad de ningunos estimulantes, avisillos o llamativos para la sed, sardinillas, alcaparrones, mojama, queso añejo,

rodajas de chorizo o de tocino. Él bebía siempre con grande apetito.

En esas tabernas se olvidaba enteramente de sus promesas de no catarlo; pero aseguraba el bergante que con ese vino excelente le subían a la cabeza magníficos vapores que le oprimían los sesos con dulzura y le sacaban las ideas que allí estaban escondidas, haciéndoselas salir muy de prisa, apenas lo quisiera, por los puntos de su pluma, y que solamente así podía continuar escribiendo aquellos puros y arrebatados conceptos de amor, aquellas cuitas ternísimas, pues su especialidad estaba en las cartas de cariño; las más amarteladas eran las que él sabía componer; con ellas les echaba la zancadilla a los otros evangelistas, tan calmudos y modorros, sin espíritu para sacar invenciones de sus cabezas, no así él, que en un decir Jesús fabricaba mil quimeras y levantaba otras tantas fantasías y torres de viento.

Una mañana se le plantó frente de su parvo establecimiento un señor, muy pomposo él, con barba ubérrima y bipartita, y le dijo que tomara una carta al dictado y que le recomendaba cuidadoso esmero en la perfección de la letra. Primero tosió, carraspeó en seguida, para limpiarse la garganta, después tragó, y no seguro de que a pesar de estas tres cosas le saliera la voz, atirantó el pescuezo y empezó a decir con mucha parsimonia sus palabras, marcando la importancia de algunas con un lento subir y bajar de la mano derecha, en la que conservaba unidas las puntas del índice y del pulgar, formando con entrambos dedos un círculo perfecto; los otros tres, los mantenía inmóviles, muy erguidos y tiesos, y en cada uno de ellos ostentaba unas uñas, que, por lo anchas y largas, eran como peinetas. La otra mano no se la retiraba de encima de la rabadilla, empuñando un bastón de puño dorado.

—Ponga: México, a tantos de tantos, y el año del Señor en que ahora estamos. Bien, bien; ya que está eso puesto, escriba esto otro: Señora doña Filiberta Mendoza de Santiesteban. ¿Ya quedó escrito?, pues ahora: Monterrey. (Abajo, un poco más abajo ahí, ahí mero). Mi adorada esposa: (dos puntos y aparte). Me he enterado por tu cartita (coma), de que gozas de cabal salud (otra coma), la mía también es buena (coma), a Dios gracias. (Punto. Dios, con mayúscula). —Me alegraré de que al recibo de ésta se le haya extinguido a Chenchita el mal de ijada y no le vuelva más a la pobre. (Punto y seguido). Me ha llenado de enormes preocupaciones tu misiva al decirme que sorprendiste escondido a nuestro hijo Panchito con su primo Gasparito (coma), haciendo los dos cosas sucias (coma), y (nueva coma), por lo tanto (otra comita), indebidas. (Punto). Procura (coma), Filiberta (coma), no perderlos de vista ni de día ni de noche (ponga coma), porque ese vicio que han adquirido (coma), es uno de los que han causado mayores estragos en la humanidad... (Punto; es decir, muchos puntos, puntos suspensivos). Hazles entender bien claro a ese par de jovencitos que lo que hacen es contra su salud (comita aquí), pues ese feo vicio debilitará su organismo (coma), los dejará descoloridos (coma, coma), ojerosos (repita la coma), y lánguidos (coma), melárchigos. (Otro párrafo; no, en el mismo párrafo). Diles, vida mía (esta expresión cariñosa entrecomada), que tales excesos los llevarán pronto a mayores males. (Seguido, después del punto). También hazles comprender que lo que hacen es

contra Naturaleza (una coma), porque ese inmundo vicio de comer tierra ha acabado con muchas vidas (comita), aún con las más bien dotadas de salud. (Ahora sí aparte). Es cuanto te digo por ahora. (Punto, ponga punto). Ya me llevo las bulas. (Haga bien la u, señor, no vaya a poner balas y se asuste mi doña Filiberta, quien ningunos proyectiles me ha encargado). Recibe (coma), Fili mía, un beso y un abrazo (esto bien claro), de tu amante esposo. (Agregue, es más delicado), que te envía aquí su corazón y verte desea. Es todo. (¡Oiga! esto es todo, lo digo yo a usted, no para que lo escriba). Es todo.

Leyó la carta el ostentoso señor, después de haber tosido y carraspeado, poniéndola delante de sí a todo lo que le daban los brazos, que así lo necesitaba su presbicia, y aún echaba la cabeza hacia atrás y entrecerraba los ojos para afinar la vista. Se inclinó luego sobre la tablilla, echó una firma, con muchas vueltas y cabalísticos rasgueos, dio su real como honorario, y luego, con el talle engallado, y el cuello tieso, exclamó con entono magnífico: «¡Ah, los hijos, los hijos!», a la vez que con altiva prosopopeya hacía con un brazo un amplio ademán, como si echase una rúbrica en el aire, y se alejó ufano, pavoneándose, este fantasmón lleno de humos, creyendo que su figura llenaba toda la Plaza Mayor.

Félix estaba lleno de mil confusiones mientras escribía tratando de adivinar la cosa mala que hacían escondidos esos dos jovenzuelos; pero después le entró tranquilidad al saber que solamente se dedicaban a comer tierra y no a lo que él estaba pensando.

Pero a poco de ejercer de evangelista se le retiró, ¡oh dolor!, la parroquia porque se empezó a saber que le tembloraba el pulso, ya no podía hacer los primores caligráficos de antes y que le trajeron tanta fama y clientela, le dio por escribir con revesadas abreviaturas que él inventaba y que, claro, nadie entendía, y como si esto no fuese aún bastante, con maldita letra procesada. Letra de fiebre que así debería llamársele por lo desperecida, o por lo endeble, o por lo enjuta, o por lo flaca. Ya no dibujaba como otrora, ni ponía aquellas bonitas y decorativas iluminaciones que solía, de palomas, lazos, manos, flores y nubes, con que adornaba lindamente los plieguecillos; y por la oscilación del juicio tampoco atinaba con los conceptos ternísimos de antaño, que eran un puro deleite para las maritornes pingajosas los rancheros y la gente analfabeta y silvestre.

Además de todo esto ocasionado por el vino, poco era el tiempo en que estaba con la indispensable tablilla sobre las piernas; se le pasaba el día hamponeando y bebiendo pulque y alcoholes con más o menos ingredientes para tener este o el otro nombre, pero siempre de seguros efectos fulminantes, o comiendo tacos chilosos de carne de venado en barbacoa, que son de ligera digestión para los hombres de las cavernas, u otros guisotes espeluznantes de tripas o bofes con ajos, orégano y epazote; una bomba le haría menos efectos en el estómago que los cazuelones de estas porquerías que se embaulaba relamiéndose. O si no, se iba por ahí este guitón a meterse en caudalosas pláticas por puestos y «cajones», aparentemente sereno, con

una vaga lentitud en los movimientos, tenso, pero casi borracho. Ya tenía como dogma infalible e incontestable el dicho de dos embusteros proloquios, compuestos, sin duda alguna, por el ingenio festivo de un holgazán: «El trabajar es virtud, y el no trabajar, salud». «Para que el trabajo te sea sano, empieza tarde y acaba temprano». No siempre, por estas muestras, los adagios son, como se afirma, evangelios chiquitos.

Dejó al fin el útil oficio de evangelista. Echó al aire sus papeles de colores, hizo mil pedazos la tablilla y las nemas, volcó el tintero y sacudiéndose las manos como para indicar que todo había acabado, dijo con voz enfática:

—Ya se cerró el establecimiento por balance, o si gustan, por defunción.

Se convenció bien que era una completa falta de vocación para el trabajo. Él, el ocio y la holganza. Era maestro borlado en ambas disciplinas.

Tercer tranco

El Canillitas tuvo su noche tenebrosa. El curioso lector va a saber aquí cómo fue

No dejaba jamás de admirarse la gente, aunque quisiera cumplir con el clásico precepto *nihil admirare*, abriendo tamaña boca en señal de estupor, al ver que Virginia Ajuria estaba enamorada de Félix el Canillitas, aunque en puridad, no tenía por qué asombrarse tanto, pues la tal Virginia era una de esas muchachas correntonas, de las de guitarra, aguardiente y carcajada, que ya había otorgado por ahí los últimos favores, prueba sólo de su inagotable generosidad y de la fuerza subyugante de su cariño que no se le podía pagar, y lo daba contentísima, a quien se lo pidiese, aunque aseguraba que Félix era el primer sujeto de su amor.

Esta Virginia, sabrosa y jugosa como durazno prisco, muy grandota y bien dada, parecía iglesia bizantina; el templo que recordaba mejor de los de este tipo arquitectónico, era el Clásico de Santa Sofía, por tanta y tanta cúpula eminente como le sobresalía del cuerpo. Usaba siempre trajes que no eran ni de aleluya ni de requiem, sino de un término medio, y caminaba haciendo con toda su persona voluptuosos arabescos. Sus ojos, que parecían calzones de pobre, por lo negros y rasgados, los administraba lánguidamente, fingiendo un cierto desdén o vago anhelar. Entornábalos siempre a compás de un suspiro tan fuerte, con el que sería capaz de triturar una nuez. Adquiría, a menudo, una expresión de elegante malestar, de interesante abandono, como para espiritualizarse en la voluptuosidad de un dolor que no había en su regalada vida.

Félix en lances de amor, siempre fue apocado, cohibido, lo contrario de cuando era muchacho, en que estaba lleno de empuje y decisión. Decía que todas las mujeres no eran para él sino templos del Espíritu Santo. Hembra que tenía el valor de echarle la vista encima, le sacaban *in continenti* de los arrugados pellejos de su cara una cierta coloración de rubor, y la miraba a los ojos dulcemente como pidiéndole un poco de piedad para su indomable encogimiento. No podía hilar frase; todo lo trabucaba hecho un infeliz; iba cortando las palabras con tartamudez angustiosa; parecía estar hablando bajo los chorros fríos de un baño de regadera. Se creyera también que hallábase en trance de asfixia; lo que denunciaba aquel constante atirantar y remover el cuello hacia todos lados, aquel salir y aquel desaparecer rápido y continuo, de la eminente nuez que entre las cuerdas y colgajos del pescuezo le sobresalía picuda, enhiesta, bizarra, como queriéndoselos perforar. Sólo se le ocurrían a Félix pacíficas conversaciones atmosféricas y sanitarias, y no pasaba de ellas ni a tres tirones, sino que seguía atosigado con su timidez infantil, tiñéndosele y

destiñéndosele la cara con rubores incesantes.

—¡Qué calor hace! ¡Uf!

—¡Qué frío! ¿No tiene usted frío? Yo, sí.

—Yo estoy bien de salud.

—¿No se ha enfermado usted? ¡Ay, la salud!... —y de esto no pasaba por más que quisiera.

A Virginia le huía muy temeroso; pero como ella estaba determinada no se le deparaba coyuntura alguna que no la aprovechase, y al fin, pobre barro mortal, claudicó el infeliz Canillitas; se le rindió como un cordero o, como se suele decir, clavó el pico, tras una conversación muy calorosa, y ya después se dedicó, resignadamente, a cultivarle el capricho. Con ese caritativo propósito se juntaba con ella todas las noches en lo más oscuro de la Alameda. Virginia era mundana y alegre; él tenebroso, frío, y triste. Las manos de la interfecta no estaban para nada en casto reposo, ¡qué iban a estar!, lo cual ponía al desventurado varón en las lánguidas lides del desmayo.

—¿Autorizas —le decía— a esta tímida mano de mujer para que se lance a hacer una excursión por las reconditeces de tu cuerpo, para ver dónde, dónde puede encontrar asiento la pobre? No temas que le pase nada, es valiente y serena.

Y con valentía y serenidad desataba unas cintas, sacaba unos botones del ojal respectivo. Al Canillitas, con todo esto y luego con la despaciosa exploración, casi reventábasele la camisa con los latidos que le daba el corazón.

En una de esas expediciones manuales, largas y peligrosas como el viaje de Hernán Cortes a las Hibueras, le propuso ella al oído no sé qué cosa; espantable debió ser, al menos para él, pues se levantó con rapidez, trémulos los brazos, poseído todo el cuerpo de temblor epileptiforme, y dio una alarmada negativa.

—¡Ah, no, eso sí que no! ¡Cálmate, lirio de Alepo! Pero cálmate, no seas osada, caray, ¡qué mujer ésta! ¿Si esto proponen las Virginias, qué solicitarán aquellas que no lo son?... Posees una fogosidad imposible.

Y salió a escape, a todo correr, dejando entre aquellas impúdicas manos su capa inmaterial. Si en ese instante lo sigue una centella no le habría dado alcance; la deja atrás como tortuga enferma. Pero Virginia, con habilidosas mañas, lo sonsacó una tarde y lo condujo de nuevo a la Alameda, y echábale tan ardientes miradas, que casi le iba chamuscando las ropas. Hablaron de mil cosas sin llegar al tema anhelado que tenía ella en los ojos temblándole como lumbre. El escuálido hombre no dejaba de apretarse las manos, mezclando sus sudores de angustia, y movía también con desesperación, los dedos de los pies; por encima del cuero del zapato se le veía bien claro cómo los cerraba, cómo iba desplegándolos en abanico, para después levantarlos enhiestos. Al fin Virginia le dijo con voz tripedante:

—Ven, Canillitas.

—¿A dónde quieres que vaya?

—A tratar de reproducirnos.

—¡Ay, no! ¡Jesús! ¡No, no! —Y se puso Félix rojo como una peonía colorada.

—Entonces a la buena. Yo quiero casarme contigo, Félix.

—Cuando me case no será para hacer lo que tú quieras; yo mantendré con mi mujer sólo una casta amistad conyugal. Así es que no, no; sigue inédita, Virginia. Todavía no has sentado el juicio lo suficiente.

—¿Y cuándo habré sentado el juicio?

—Cuando se te haya quitado de la cabeza la maldita idea de casarte.

—No te alarmes, Canillitas mío, la unión nuestra no será para siempre. No le pondrá término tu muerte o la mía. Será temporal el enlace y sin iglesia de por medio, ¿para qué?

—Yo no me caso, ni me casaré nunca, pues no me gustan las impresiones fuertes.

—Pero entiende, pichonete, eso será por meses, solamente por meses permaneceremos juntos.

—No, no. Aparta ese deseo. Eres más quebradiza que el vidrio y más inflamable que la yesca.

Entonces Virginia, después de mirarlo con una ternura espeluznante, le echó en una oreja unas palabras, casi plomo derretido, y al caerle se le retorció en el acto, se le encarrujó toda y se le desplegó en un instante, y otra vez se le volvió a fruncir, para al momento desenrollársele, quedando al fin quieta y erecta, pero muy colorada, y dio a la noche un grito espasmódico:

—¡Oh indina! ¡Pero qué furia la tuya! Estás más brava que un toro del Cazadero.

Y otra vez salió despavorido como un cohete. Volaba por entre los matorrales en los que iba dejando cadejos de pelo y manojos de barbas, en cambio se llevó enredadas en ellas hojas y aun ramas enteras; hizo igual acopio en su cabellera merovingia y sebosa. Fue maravilla que no se le quedasen por ahí también los ojos, que llevaba muy fuera de las órbitas.

Andaba el Canillitas por la ciudad, con expresión de patíbulo. Se le veía clavada en medio de la frente una como estrella de picos que le disparaba arrugas hacia todos lados y traía alborotadísima la bilis; por más que tomaba reconcentrados cocimientos de cáscara de naranja agria con lantén, no se le asentaba; para aplacársela recurrió al vino que, afirmaba frunciendo más el entrecejo y poniéndose trascendental, era de una utilidad irremplazable. Ya lo dice el refrán mexicano: «Para todo mal, mezcal y para todo bien, también».

Pero por mor de su mala suerte, un día que iba bien servido de copas, lo encontró la salaz Virginia Ajuria —¡ah furia!— y después de un diálogo sentimental de alta presión, le dijo que esa misma noche lo esperaba en casa; que a la puerta del balcón bajo, que daba a su cuarto, no le pondría cerrojo, con lo que, empujándola apenas, se abriría sin proferir sus goznes ni un leve rechinado, por estar bien untados de sebo.

—Pero si tu señor padre me siente, ¡ay!, me vuelve como hormiga, me extermina en el acto, y yo, francamente, estoy muy contento con mi existencia que está en plena flor. Así, es que ni pensarlo, odalisca. Eres bonita como para un bonete, pero yo no

soy, ni ganas, ni de primera tonsura.

—Calla, tonto —le replicó Virginia con excelente lógica, dándole un codazo en el vientre con el cual le extrajo el aire que allí tenía almacenado y al soltarlo hizo *trombetta*, como aquel sucio diablo de que habla Dante. Se le restregó luego la fémora en el cuerpo, como si se le quisiera untar, hasta embebersele.

—Tenemos en casa una changa traviesa —continuó insinuante la muy pérfida— que por las noches hace siempre algún ruido, pues anda buscando al gato para... para qué sé yo, mi padre está bien acostumbrado a esto, al ruido, no entiendas nada malo, y si nosotros lo hacemos, el ruido, que te prometo que no haremos te lo aseguro, vida, pues tengo excelente práctica, no para otra cosa, no, detén tu relampagueante imaginación, sino para no sacar a mi padre del sueño, creerá, indudablemente, que es la changuita.

Diciendo esto besó a Félix en la boca con profunda avidez y su olor aclaraba la pluralidad de las bebiendas que había engurgitado. Después de esta despedida alimenticia se fue la dama muy salerosa; contoneábase, agitando un gran abanico verde sobre su busto exuberante y montañoso, y dejó al desventurado hombre hecho una pura desgracia, sumido en mil confusiones, y en el aire diseminó Virginia un cierto olorcillo, ¡ay, qué olorcillo!, que más lo puso caviloso. Nunca se había hallado Félix en trance tan apurado y espantable. Lo que a él le sucedía no lo contaba hombre nacido.

Se echó a poco en su camastro rechinador y no pudo dormir, ¡qué iba a dormir el infeliz Canillitas!, sentía un olor y unas ansias y un fuego y unos hormigueos incesantes, y, lo que era todavía peor, veía en la sombra cosas atroces, que, de fijo, eran las mismas tremendas visiones que ven los padres del yermo y que el diablo les prepara con la excelente intención de divertirlos un poco en sus aburridas lecturas y en sus graves pensamientos, para con esas distracciones cargar con los eremitas al prestigiado infierno, pues no son ellas sino el Espíritu Maligno transformado en belleza para el mayor éxito de sus tentaciones.

Se lanzó a la calle el pobre Canillitas y después de una meditación muy reposada en «La mano de don Pedrito», taberna del pitañoso Querubín el Frescales, durante la cual tuvo tiempo de beberse cuatro jarros de vino, se puso a cavilar, devanando el iré o el no iré, y sin saber cómo ni cuándo, se encontró de repente, sin que interviniera su voluntad, en la calle del Nahuatlato, pero, al darse cuenta de que estaba junto a la maldita casa de Virginia, le entró de pronto un profundo desaliento, y apoyando la espalda en la pared, alargó las piernas hasta más allá de media acera, y con la cabeza sobre el pecho y los brazos colgantes, se quedó suspenso en la cúspide de dos anhelos contrarios, igualmente fuertes.

Como por rara excepción no tenía aquella noche naturaleza boreal, soltó un estentóreo grito que equivalía nada menos que al *alea jacta est*, y emparejándolo con un amplio ademán de decisión, saltó, con absoluta limpieza de acróbata, sobre el balcón, como a vara y tercia del suelo, y cayó en lo saliente del alféizar; pujando muy

a la sordina se pudo encaramar con mil trabajos en el barandal; pero como había metido un pie entre las rejas cuando lo quiso retirar para pasarlo por encima del antepecho, se le quedó firmemente atorado, como entre un estrecho cepo de campaña.

A horcajadas en el balcón empezó a forcejear desesperado, lleno de congoja creciente. Echaba el cuerpo hacia atrás; tiraba de la pierna una y otra vez; lanzaba el busto hacia adelante con ansia, poniendo el pecho sobre la barandilla, y volvía a tirar con mayor fuerza, y nada, el pie seguía en sus trece, en obstinada firmeza de no salir. Tenía decidida tendencia a quedarse ahí encajado. Alargó por fin con angustia el brazo, temiendo caerse, y logró coger apenas la oreja del enorme zapatón enlodado; y juntando todas sus fuerzas, tiró de ella de tal modo, que la arrancó de raíz y, tan violentamente, que perdió el equilibrio que guardaba sólo por un patente milagro de la Divinidad. Si no se llega a coger tan pronto de los hierros, se habría desbarrancado sin remedio alguno desde aquella altura, quedándose colgado de una pierna, lo cual habría constituido, que duda cabe, un feo espectáculo.

Sudaba a mares, y poco le faltaba para licuarse; tenía un constante escalofrío, corriéndole acelerado por todo el cuerpo y con esa temblorina aventaba gotas de sudor hacia todos lados. Luchaba lleno de aflicción desesperada para salir pronto de aquel trance horrendo, cuando vio que delante del balcón se detuvo un enorme perro prieto que, levantando la aguda cabeza, empezó a verlo larga y fijamente. Creyó el Canillitas que ya se iba a desatar en ladridos, con lo cual estaría irremisiblemente perdido, o que se disponía a saltar para morderle el calcañar del pie atorado e indefenso, con lo que estaría aún más perdido, pues barruntaba los gritos de dolor que por fuerza tendría que dar, y con ellos la inminente salida del padre de Virginia, el cual lo deslomaría sin género de duda, a garrotazo limpio, o a garrotazo sucio, que tanto monta.

Pero al ver que los ojos del perro relucían de modo extraño y siniestro, y que abrió el hocico echando fuera una larguísima lengua, que estaba en trémula inquietud, pensó que aquel animal tenía la rabia y ya no movíase, ni siquiera quería respirar, y le comenzaron a rebrotar unos copiosísimos sudores y calofríos con mayor potencia, y aun le amagó basca. Como si esto fuese poca cosa se le plantó un torzón trepidatorio; pero, a pesar de toda aquella tempestad en su cuerpo, se estuvo quieto con un ojo veía el lejano tremelucir de las estrellas, y con el otro bien abierto, el alarmante lengüeteo del temeroso animal, no atreviéndose a espantarlo para despertar sus instintos, que tal vez tenía dormidos por ser de noche, ni despertar tampoco, cosa gravísima, al atrabiliario dueño de la casa, cuyo honor iba concienzudamente a tiznar para darle de comer al diablo.

El perro parece que comprendió todos los graves temores del Canillitas, porque se puso a mover la cola con zalamería, como riéndose; pues se asegura que en los canes es en el rabo el lugar en donde reside la risa.

A poco se fue el perrazo calle adelante y volvía de cuando en cuando la cabeza, con lo que el malaventurado Félix se llenaba de enorme aflicción, creyendo que iba a

regresar ya con fatales designios. Para disimular su terror, echaba su mirada con mucho parpadeo hacia las estrellas, alargando el pescuezo como pipila en alfalfar. Con este pánico en el cuerpo no supo ni cómo movió el pie, que sacó fácilmente de la estrecha prisión en que yacía sujeto; pero el zapato sí se quedó obstinado entre las rejas. Parece que le cobró espontánea aversión al pie que tuvo dentro. Empujó el Canillitas la puerta que giró como sobre goznes de seda, y cerrándola tras de sí, con fina delicadeza, entró renqueando en la habitación, con el paso lamentablemente desnivelado por la falta del zapato, y empezó a caminar con lentitud.

El corazón le saltaba con furioso alocamiento, como pájaro asustado entre la jaula de las costillas; se lo apretaba con entrambas manos para sosegarlo un poco, pues creía que se escuchaba su alboroto hasta el más oculto confín de la casa. Ya con la noble entraña más apaciguada, notó, con horror, que tenía todo el esqueleto flojo, pues los huesos le chocaban unos contra otros. Se le puso gran sequedad en la boca y su respiración era como el asmático resoplar de un fuelle urgido. Se tapaba la boca, pero asfixiábase, pues tenía que quitarse la mano para poder absorber siquiera una porción de aire, que sentía casi solidificado y, por lo mismo, no le pasaba por el reseco gaznate. En cada poro de su cuerpo temblábale una gota de sudor frío y apenas caía ésta, cuando ya hallaba otra tembloreando en su lugar, que a su vez, era empujada por una nueva que brotábale acelerada, y así era como estaba el pobre hombre hecho una tinaja nueva, trasminándose todo. La angustia le apretaba la garganta y sentía, lleno de aflicción, que se iba a derrumbar, y muchas luces, verdes, amarillas, rojas, azules, saltaban inquietas, entremezclándose, ante sus ojos distendidos, en azorado acecho entre la oscuridad.

Virginia ya cansada de esperar dormía a pierna suelta; roncaba frenéticamente, haciendo ruidosas gárgaras con el aire confinado en su boca. ¡Pscht! ¡Pscht! ¡Pscht!, llamaba apenas Félix; guiándose por el constante roncar, empezó a dirigirse al sitio de donde éste salía. Avanzaba de puntillas, con pasos lentos, tácitos y largos, con los brazos tendidos hacia adelante como palpando las sombras. A cada muda de pie iba con mil tientos. Asentaba uno con infinito cuidado y con un sinnúmero de precauciones echaba luego la otra pierna hacia adelante; se quedaba un momento con ella en el aire, con la intrépida sutilidad de un equilibrista en el alambre; después la iba extendiendo lentamente; por fin, con gran finura, descansaba la planta en el suelo, y permanecía por un momento despatarrado, con los remos abiertos, en compás —un compás de espera— para después ir inclinando el cuerpo muy despaciosamente hacia adelante e ir retrotrayendo, muy poco a poco, la pierna que dejó rezagada; volvía a explorar el aire con las manos para cerciorarse de que enfrente de él no había ningún obstáculo que le estorbara el siguiente paso; pero si llegaba a crujir la madera del piso, ¡por qué enormes agonías pasaba!, pues creía que había sonado como un cañonazo, y entonces el corazón se le agitaba como badajo de campana en día pascual.

Así fue caminando, caminando despacio, entre sustos y temores, y ya hasta había

arrojado un ancho suspiro de gusto, y se disponía lleno de felicidad, a sonreír satisfecho por el éxito obtenido, cuando, ¡caso horrible y terrorífico!, tropezó con una ligera mesilla que sustentaba cosas de barro y de vidrio, todo lo cual vino al suelo con ruido formidable, espantoso, infernal. Sin saber lo que hacía dio un salto violento, un tremendo salto mortal, para irse al balcón y huir desalado.

Perdido en la obscuridad fue a dar sobre una inoportuna silla que se derrumbó también con horrísono estruendo, rebotando qué sé yo cuántas veces en el repercuyente piso de madera; cayó el Canillitas atravesado sobre ella, con la cabeza colgando, con la que, igualmente, echó un tupido redoblante en el suelo. Si se desquiciara la bóveda celeste y hubiera saltado deshecha en mil pedazos la Tierra, no se habría producido el fragoroso estruendo que hizo aquella mesilla insignificante, llena de frágiles cacharros, y la malhadada silla que lo tumbó, unido todo ello a la sonora colaboración que aportó su cabeza contra el duro entarimado.

Se quedó Félix paralizado de terror, no atreviéndose a cobrar sus movimientos. Éste era uno de los casos que no tienen más solución que morirse, Se quería hundir en el no ser, deshacerse todo entero en el aire como leve pompa de jabón; pero ya que esto no era posible, maldecía con todo furor, en lo íntimo de su ser, a aquella mujer ardiente como un tizón, que lo había puesto en trance tan apurado y peligroso. Ese ruido fenomenal habría despertado a un oso en plena invernada, con mayor razón a Virginia, que abrió los ojos llena de susto. Con regocijo inconsciente empezó a decir a gritos:

—¿Eres tú, mi Félix? ¿Tú, mi vida? Pero ven por aquí, refiloterero, ven a darme tu rumbetito santo.

—Cállate, cachalote averiado —rugió Félix, que seguía inmóvil y funerario, atravesado en la silla caída.

—Anda, ven; ven, Canillitas. Ya sabía yo que ibas a acudir, valentón del mundo y de mis ojos.

Pero el padre, al oír todo aquel estruendoso derrumbamiento y aquellas voces, también despertó azorado, y desde la otra estancia en que dormía muy a sueño suelto, gritó con voz potente y furibunda:

—¿Quién anda ahí?

Félix caído y lleno de susto, contestó muy solícito, queriendo adelgazar en tiple el timbre de su gruesa voz:

—Soy la changa...

No bien lo acababa de decir, cuando impelido como por un turbión entró el terrible señor en la alcoba, relumbrándole de coraje los dos ojos en la obscuridad. En cada uno de ellos tenía un volcán: en uno el Jorullo y en el otro el Ceboruco. Empuñaba un garrote tan grueso como la torre de Catedral y al vérselo en la mano, en consonancia directa con el gesto que traía, le habrían dado temblores palúdicos al más pintado, a cualquiera se le habría caído el alma a los pies.

Encendió luz la loca Virginia, con la cual su señor padre que poseía de la honra

una plausible comprensión calderoniana, ya no tuvo ni para qué aguzar la pupila en busca del galán. Menos racional que una res, cayó sobre Félix con toda su pujanza, y como buen principio de cuentas le alumbró tres bofetadas descomunales con las que lo hizo echar hasta pelos por la boca. Siguió contando cosa de doce trompadas más, y luego le regaló con una suplementaria, únicamente para completar trece, que es docena de fraile. Tanto las doce magníficas bofetadas de fondo, así como la complementaria con la que lo regaló de más para perfeccionarle la tunda, se las dio con mucha equidad y aseo.

Después de tan amenísimo prólogo, le atizó con efusión tempestuosa, una feroz garrotiza que lo iba dejando todo desvencijado, hecho una pura alheña; y como remate rotundo, con una sola patada en salva sea la parte, y en donde no más le rechinaron los huesos, puso al enamorado en la calle más pronto que la vista.

Con irrefrenable coraje la emprendió después a bofetadas contra la ardorosa Virginia, para apagarle los fuegos.

Pero como el Canillitas se sintió empapado, creyó que lo estaba en sangre, y dando quejidos largos, lastimeros, sometió aquel líquido a las irrefragables pruebas del gusto y del olfato; pero se convenció al punto de que aquello no era tal sangre, sino que se había ido con abundancia de las aguas con las recias patadas que recibió en la parte prepóstera, o, tal vez, se le soltó la angurria, con alguno de los garrotazos. Esto no lo deslindó de modo claro.

De las narices sí le brotaba sangre abundante, pues dio de bruces en el pavimento al salir disparado de la casa. Pero esa sangre no goza de ningún importante prestigio; la que sale por un boquete que se abre en cualquiera otra parte del cuerpo, que comunique más o menos directamente con el corazón, o con otra viscera trascendental, ésa sí que es la que interesa, pero ¿la sangre de las narices? ¡Quia! No tiene importancia mayor, solamente que sea a chorro de canal.

Así es que Félix, estando bien penetrado de esto, no se la limpiaba siquiera con la negra hilaracha que en su persona hacía las higiénicas veces de pañuelo, sino que se la quería detener a puros refregones de abajo para arriba y viceversa, con los que se embijaba toda la cara de cardeno, y, además, con grandes sorbitragos ya que éstos, al fin y al cabo, iban a llevársela al estómago y le servían así hasta de alimento del cual estaba siempre falto.

Se fue Félix cojeando, crujiendo, chorreando, y oía la feroz y tupida cachetina con el respectivo gimoteo, de la cálida Virginia. En las condiciones lamentables en que iba, pensaba en lo muy lejos que le quedaba su albergue. Con sólo imaginarse esta caminata, le habría dado pesadilla al Judío Errante. ¡Vaya una nochecita! Lo de las mentadas Navas de Tolosa, fue únicamente un idilio en comparación con esta noche trágica, fueron sólo una *kermesse* todos los ruidos, agarrones y sucesos inauditos que hubo entre indios e hispanos. Cenas y penas, soles y amores, matan a los hombres.

Cuarto tranco

En el que se dice de cómo y por qué se declararon abstemios el Canillitas y su amigo Sinvergüenza

Se encontró el Canillitas una tarde de esas de mucho calor con Sidronio Salmerón de Caravantes, mucho nombre y apellido para un ser como él era, flaco como una lezna, en cuya cara enjuta, como disecada, apenas si cabría un santiguado no cabal. Mucha afición tenía a los alcoholes este sujeto, sujeto a una churriana, Petra la Resbalosa, hembra muy bragada y de malas pulgas; y como estaba ya saturado de cónyuge la dejaba que se fuera con otro bigardo para alivio personal. La tal Resbalosa era pálida, con grandes ojeras, pero lo ojeroso y el color quebradizo no se originaban por estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque hacía meses y aun años que no asomaba por sus puertas.

Este supremo vinícola mantuvo siempre la borrachera a un nivel muy conveniente. Hablaba por su boca el espíritu parral. Era un hombre ahigadado, anguloso; por todos lados le salían bultos como pirámides, como icosaedros y cortantes aristas. Su cráneo era parecido al polo ártico de un melón, allí residía en perenne actividad el órgano, o lo que fuere, que imperativamente le mandaba beber; órdenes sumarias que acataba con obediencia infatigable este Sidronio Salmerón de Caravantes.

Sus ojos eran saltones, los traía en un constante azoro fuera de las órbitas; usaba grandes antiparras redondas, no para ver mejor, sino con el fin estratégico de detenerlos, para que no se le vinieran al suelo, cosa que habría sido una verdadera lástima, pero más bien dicho no aprovechó el beneficio de las tales antiparras sino solamente a uno de ellos, el otro quedó desamparado, fuera del cristal que le tocaba no más por curioso e impertinente que era. Tenía Sidronio la boca torcida y referían que estaba de ese modo, porque se le enamoró con ardiente frenesí de una oreja y se subió a besarla; pero ésta que parece que tenía profunda aversión al ósculo, a su vez, se encaramó veloz sobre la cabeza, y el ojo de ese lado, lleno de curiosidad maligna también se fugó hacia arriba para contemplar aquel disgusto, como si le importara mucho. Como la obstinada boca no se iba a su lugar, tampoco se apeaba la oreja. A taimado capricho tenía no bajarse de allí, y el ojo seguía bizco, acechándolos fijamente. Por esa torcedura de boca le llamaban a Sidronio el Peón de Ajedrez, porque andaba de frente y comía de lado.

Decían que de pequeño descargáronle una paliza enorme, fenomenal, con la que lo desgoznaron todo, y por eso, al caminar, le salía de repente por un lado un manojito de huesos, y al dar el otro paso se le acomodaban, rechinando, en su sitio primitivo,

pero ya con el siguiente se le zafaban de nuevo hacia el lado contrario, y no se le iban todos por ahí porque estaban misteriosamente afianzados de algo muy prepotente; además se comprobó que los tenía bien agarrados porque siempre estornudaba como un volcán, y con ese estampido fragoso únicamente zangoloteábase un poco, y no se desarmaba nunca, ni siquiera se le veían leves indicios de descuartizarse, a pesar de que esos estornudos habrían provocado una tempestad en el mar de Mármara y otra en el Ponto Euxino. Con aquella ingobernable osamenta que le andaba en perpetuo ir y venir jacarandoso, le iba echando sin par constantes raboteadas al aire; tenía desequilibrados andares de ganso, y con ese caminar destorlongado le sonaba el esqueleto como marimba.

Era este Sidronio Salmerón de Caravantes un tipo arqueológico que el siglo decimosexto tuvo la singular complacencia de prestar al decimoctavo, aunque algunos señores aseguraban, después de examinar documentos fehacientes, que ya había triturado pan tostado con sus muelas cuando esa sonada cosa del Diluvio. Canas son vejez y no saber. Por eso estaba el hombre hecho una miseria de dolores, de arrugas y de canas. Le creció la barba, le salieron como espolones, encaneció; leves hebras blancas fue el poco pelo que tenía en el cráneo, en las sienes unos húmedos aladares, y un escaso flequillo rizado en la nuca, pues se le cayó todo hasta no dejarlo sino con una monda calvicie llena de reflejos. Muchos le hacían donaires y chufletas por su árida calvicie, el bellacón oía las burlas derramando sonrisas y después de guiñar el ojo que estaba fijo en su asiento natural y de hacer parpadear el sanguinolento e inmóvil que se le desvió al trepársele en la frente, decía:

—Tengo mucho pelo, pero lo que sucede es que está mal repartido.

Un curandero muy eficaz le había prescrito que no se mojara nunca la cabeza porque se le descalentarían los sesos y no podría ya pensar cosas buenas, y como al lavarse la cara no sabía a punto fijo cuál era el límite exacto entre la región parietal y la temporal, se hacía el apeo y deslinde de ésta hasta donde recordaba que le salía pelo, como cinco dedos arriba de las cejas, amarrándose un cordón que le señalaba el término sensible de la frente, éste le indicaba que de allí para arriba no debería pasarle el agua para acatar así el mandamiento del empírico y seguir teniendo altos discursos que era lo que le importaba.

Su traje era desastrado; era el suyo un vestido antológico por los trozos selectos de varias telas con que estaba remendado por todas partes; además había reunido en él, a fuerza de paciencia y constancia, una bonita colección de manchas, churretes, lamparones y chorreaduras de toda especie y tamaño y de todos los colores imaginables, y debajo de esa indumentaria no traía, como era natural, otra cosa que la carne, protegida por gruesas costras de mugre. Los pantalones eran tan culiamplios que bien le cabrían en la trasera treinta y cinco peras bergamotas; el sombrero, algo inverosímil, no tenía forma definida, pero sí gruesos fondos de sudor.

Este hombre era de humor; fue de alegre y suelta mocedad y de madurez nada amarrada, sino libérrima, con sus puntas de rufián, sus ribetes de caco y sus largos

flecos de truhán. Para ganarse la vida con estas lindezas que poseía, se arrojó a cosas que no estaban en el mapa y siempre trajo, como su amigo el Canillitas, una borrachera muy bien delineada, con perfiles perfectos y curvas magistrales.

Aunque esa tarde en que encontró este bebestión a su entrañable Félix, no traía cosa mayor en el estómago, porque había prometido a la galocha de la Resbalosa tras de la tupida pateadura con que esta diabla le paseó el cuerpo de arriba abajo y lindamente de abajo arriba, con la cual se lo dejó como es fácil imaginarse, con apretadas procesiones de cardenales desde la planta del pie hasta el remolino de la cabeza; le prometió, después de esa terca aporreada, separarse *in aeternam* de la bebetura, al igual que su amigacho el Canillitas, quien una porción de veces hizo juradas promesas, sin preocuparse en cumplirlas, pero uno y otro, por tres días cuando mucho, veían el vino con impasibilidad, porque los demonios los retentaban a beber, y ellos, claro, no se hacían del rogar, y complacían ampliamente a los espíritus malignos. Ni Félix, ni el zancajoso Sidronio Salmerón de Caravantes, podían separarse de la bebida por más que hicieron, que no hacían mucho, y muy insignes eran siempre sobre las que cabalgaban. Pero esta vez que se vieron hallábanse muy afianzados en el singular capricho de la abstinencia.

Después de un abrazo efusivo en el que se sintieron ambos el palpar de sus corazones y se pusieron en íntima comunicación sus almácigas de pulgas, dijo Sidronio, viendo con precaución hacia todos lados por encima del negro arillo de las antiparras, y retrotrayendo para fijarlo en Félix, aquel ojo de falsa rienda que tenía trepado allá por las alturas de una sien, dijo con sigiloso cuchicheo, como si fuera a revelar la trama de una peligrosa conspiración contra el gobierno.

—Tengo que darte una estupenda noticia, Félix.

—Y yo también quiero comunicarte otra soberbia, Sidronio.

—¿Cuál es esa noticia que me guardas, Félix?

—Ésta, no te asustes: que ya no bebo, Sidronio.

—¡Hombre! ¡Cállate, por Dios! Me has dejado cardíaco. La que yo te voy a comunicar es así por el estilo, y no te desmayes; yo tampoco bebo, nada, Félix.

—¡Ah! Tengo una idea, Sidronio, y te aseguro que es estupenda.

—¿Cuál? ¿Cuál? No me la ocultes, Félix.

—No te la oculto. Es ésta. ¿Vamos a celebrar en el acto este fausto acontecimiento, Sidronio amigo?

—¿En dónde celebramos tan magno suceso, Félix?

—Pues, como es natural vamos a celebrarlo al «Bramadero», Sidronio.

—Sí, en el «Bramadero», me parece muy de perlas. ¿Qué otro lugar más adecuado que ése? Pero lo celebraremos, ¡ah, sí!, con limonadas, con guayabate o con chicha o agua de jamaica.

—Claro está que con limonadas, con chicha o con agua de jamaica o con guayabate, cocada o chongos zamoranos si quieres y te parece conveniente. ¿Pero con qué otra cosa lo habíamos de celebrar nosotros, Sidronio?

—¿Vamos, Félix?

—¡Vamos, Sidronio!

Apresuradamente, como si fueran a llamar el Santo Óleo hasta una distante parroquia para un agonizante en estado inminente de espicharla, cruzaron los dos jaques medio México, graves, silenciosos, ensimismados. Félix se alisaba con parsimonia la piocha, y Sidronio se hacía los bigotes muy preocupado, sin interrumpir su columpiamiento óseo, su frustránea volcadura de huesos de un lado para otro.

Llegaron al fin al «Bramadero», taberna famosa por sus vinos ilustres y por las anhelosas daifas que allí acudían al escabeche. Era el lugar más gargajoso, sucio y maloliente que cabe imaginar; hembras y machos pasaban toda la noche en vela, broma y brama con notoria ventaja del diablo y no sin frecuente acrecentamiento de nuestra especie. A cada paso se oía que los caballeros llamaban a las damas y éstas entre sí, sin escándalo ni enojo, con el nombre aquel con que el ventero Juan Palomeque llamaba a gritos a su criada, la puntual Maritornes. Aunque no había razón alguna para que se disgustaran esas salaces señoras porque las designasen en público con el nombre que tienen las de su útil profesión; es como si el que es doctor se sulfurase ofendido porque le llamaran así, o abogado y partera a quienes lo fuesen. Félix y su amigote tomaron asientos ante una mesa cojitranca sin hacer caso de las miradas de fuego con que los embestían las leperuzas, y llamaron con urgidas voces al mancebo que iba y venía como un zarandillo, llevando y trayendo jarros con un buen porqué de líquido vinario, y ya ante ellos el muchacho éste, mellado y listo, le dijo Sidronio:

—Tráenos pronto dos limonadas, mancebo.

—Sí, dos limonadas, nada, vete. El señor caballero ha dicho bien, dos limonadas. ¡Dos limonadas, sí! ¡Dos! Retírate y tráelas, y no me mires con ojos atontolinados. Pero, aclaro, dos limonadas chicas para no empantanarnos el vientre.

A poco llevó el chispoletto mocillo lo pedido por los dos zarrapastrosos sujetos, quienes se cambiaron ante los vasos una íntima mirada de desconsuelo. Sus ojos, llenos de tristeza, parece que mutuamente se pedían perdón. Pero de pronto Félix, viendo con alarmada fijeza el vaso de su compañero, se echó las manos a la cabeza acaparado por un gran azoro, y exclamó con teatral patetismo:

—Pero ¡ay, Sidronio, Sidronio de mi alma, si tu limonada tiene hielo! No creas que miento, mira, mira no más qué chico pedazo anda ahí flotando. El hielo es muy dañoso, pero dañósísimo, amigo mío, para el calambre de estómago que me han dicho que padeces, y que tú nunca, por discreción, me has querido confesar que tienes. Sácalo, sácaselo, sin pérdida de tiempo, y que le pongan, ¿qué te parece?, un poco, solamente un poco de aguardiente, que ése sí que es magnífico, insubstituible, para curar el padecimiento que te aqueja.

—Pero, ¡ay!, ¿qué es lo que ven mis ojos mortales? ¡Qué espanto, Dios mío! ¡Qué barbaridad, Señor del Rebozo!

Y Sidronio en señal de inconsolable desolación, al decir esto, se apretaba las manos y seguía dando sin parar exclamaciones consternadas, sordas, como si tuviese encima las bruscas maniobras de un barbero para extirparle gran parte de la dentadura, con incontenible efusión de sangre.

—Me asustas querido Sidronio; me asustas, hombre de Dios. ¿Qué es lo que ven tus sagaces ojos de lince? Dilo pronto, porque me tienes en un puro ay.

—Tienes razón de asustarte, Félix. ¿Qué, ni por acaso, te has fijado en que tu limonada también tiene hielo flotante, un enorme pedazo, así como terrón de azúcar? ¿Acaso no sabes, desventurado, que el hielo es tremendo para tu mal de pecho? Ese agresivo mal que te obstinas en ocultarme, pero que mi gran cariño hacia ti ha adivinado que tienes y que está minando tu preciosa existencia. Quitale ese hielo, pero quítalo al momento, sin perder minuto, antes que comunique al sabroso líquido su dañosa frialdad. Que te lo reemplacen, te aconsejo sinceramente, con un poco de chinguirito que es de lo más eficaz que conocen los sabios para acabar de manera radical con afecciones como la que, por desgracia, tú tienes.

—Mucho es lo que te agradezco esta gran advertencia. Si no me lo has dicho con tanta oportunidad, me bebo esto, y después Dios sabe lo que me pasaría. Ni pensarlo. ¿Cómo podré pagarte esta desinteresada prueba de amistad, Sidronio? ¡Qué gran corazón el tuyo! ¡Ay, que gran corazón!

—Yo a ti también te agradezco el inmenso, inestimable beneficio que te has dignado hacerme, Félix. Ahora sí que me has demostrado ser más que mi amigo, mi hermano del alma.

—¡Mira que si hemos tomado las limonadas con hielo! ¡Qué cosas horribles, inenarrables, nos habrían acontecido!

—¡Cosas increíbles! De las que nos hemos salvado, Félix. ¡Cuán grande es la misericordia divina!

—A ver tú, mancebo, chorréale a la limonada del señor aquí presente, un poco de chinguirito, sólo un poco, que no se te pase la mano, ten cuidado.

—Oye, y a la de este señor caballero, escúrrele algo de aguardiente y no seas largo tampoco en el chorro.

—Está bien señores, lo haré al momento. Voy por los frascos.

—Anda y no tardes, bendito de Dios.

—Él te acompañe así en la ida como en la vuelta.

A poco les puso el mocillo lo que mutuamente se pidieron y veían embelesados el chorrear de los alcoholes, no con la boca hecha agua, sino convertida en un verdadero manantial, y sin tomar siquiera aliento, de los vasos pasaron el líquido al estómago en menos de decir Jesús. Una grata satisfacción hizo vibrar sus nervios.

—¡Magnífico, Sidronio!

—¡Soberana, Félix, soberana!

—Oye, Sidronio.

—¿Qué he de oír, Félix de mi corazón?

—Vamos a absorber otras dos limonaditas, pues he notado que refrescan los riñones, aclaran la voz, y alegran el cuerpo.

—Sí, tienes razón que te sobra. Yo he leído esas cosas profundas que tú dices ahora con tanta claridad, en un viejo libro empastado en pergamino y lleno de ciencia, que pesaba tres libras.

—Vamos, vamos a beberlas, pero eso sí, entiéndelo bien para que no haya lugar a ninguna duda y confusión sin hielo que, aunque sé que te agrada, yo no quiero que le sobrevenga un mal mayor a tu pobre estómago, Félix.

—Ni yo que se intensifique la enfermedad de tu delicado pecho, Sidronio. Así es que sin hielo, claro está, aunque veo con gran tristeza que te estás aficionando a él, pero debes saber que es muy perjudicial; cuando cae no deja siembra buena, y en el Polo ha causado una de muertes... ¡bueno! no sabes cuántas muertes ha causado en el Polo, yo sí lo sé.

—Algo he oído contar de sus espantosos efectos, y no me refieras los horrores que hace, pues ya siento que se me hincha el corazón. Tengo una congoja...

—Que le pongan un algo de chinguirito a tu nueva limonada, Sidronio.

—Y también a la tuya un algo de aguardiente. No te opongas a eso, te lo suplico, que es por tu bien, Félix, sólo por tu bien.

—No me opongo a eso, querido Sidronio, pues comprendo que hay que cuidar a todo trance la salud, esta precaria salud nuestra. Somos barro, miserable barro, y hay que remojarlo de tiempo en tiempo para que no se seque, se cuartee y se nos resquebraje. Esta salud, esta vida...

—¡Válgame Dios de mi alma, si esta limonada que me estoy embocando está magistral!

—La mía es una onza de oro transmutada en este maravilloso líquido que me está ahora mismo chisporroteando en la cima del corazón.

—¡Ay, pero qué inefable bienestar siento, Félix! Parece más bien que un serafín se deshizo en esta agua con limón y chinguirito que muy satisfecho me estoy echando al pico.

—¿Tú sabes, Sidronio, lo que es una epopeya?

—No me hables, Félix, de cosas de la Farmacopea y así entiendo ese nombre como volar.

—Pues esto que tan a gusto estamos ingiriendo, es una perfecta epopeya, Sidronio.

—¡No me lo digas! Pues entonces tomaremos otras dos epopeyas, si así quieres que llame a las limonadas, aunque me parece feo el nombrecito, pero con un poquito de...

—Sí, pero sin hielo, Sidronio, es lo único que te recomiendo y te pido por el alma de tus fieles difuntos.

—No me mientes el hielo, hombre de Dios. ¡No me lo mientes siquiera, te lo ruego por lo más santo que haya en tu vida! Se necesita, ¡caramba!, tener muchos

hígados para tomar una limonada con hielo.

—Dices bien, yo no tengo valor para tanto. Mejor es que con un poquito de...
¿Sí, Sidronio? ¿Das tu consentimiento?

—Sí Félix.

Y entre aspavientos y azoros se echaron abajo los dos amigos muchas de esas bebeturas sin hielo. Se daban largas y corteses explicaciones y se justificaban mutuamente con las frases más amables de que eran capaces, de que deberían beber aquellas limonadas con una inocente proporción de chinguere o de aguardiente, para que, de otro modo no les fuera a hacer daño.

A las cuatro de la madrugada estaban dos cuerpos tirados, cuan largos eran, en la acera de enfrente del «Bramadero», Félix el Canillitas y Sidronio Salmerón de Caravantes. Se hallaban uno al lado del otro y muy estrechamente cogidos del brazo, con las caras flamígeras en un alto grado de ignición, que se acercaba a los linderos del azul índigo. Sostenían a ronquidos con profundos bajos y bemoles, un diálogo repercutiente. Una congestión los estuvo columpiando entre la vida y la muerte. Al fin los echó en la vida, pero quedaron tres días comatosamente indispuestos.

Quinto tranco

De las tertulias que tenía en el Parián el Canillitas, y del conocimiento que hizo con el temible don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada

Tenía deseos el pobre Canillitas cuando no estaba desordenado en sus pasiones, entregado a sus apetitos, y no se le iba el alma tras la bebida, de tratar con otra gente que no fuesen los locos borrachines de su carpanta. Iba a uno de los cajones del Parián, en donde había plácida tertulia de señores pacatos que pasaban la mañana en oír misa y la tarde en el rosario o la novena y en estarse en esas reuniones murmurando, sabiendo nuevas, diciendo y escuchando comentarios. Así pasaban las largas horas de los días iguales.

Decían esos sosegados tertuliantes las cosas que ocurrían por la ciudad y que rompíanle la calma a su vivir tranquilo, lleno de la voz de las innumerables campanas de sus iglesias y de sus conventos. Hablaban del magnífico paseo del Pendón; de las brillantes procesiones del Corpus Christi y las de la Semana Santa; de las juras reales; de las celebraciones de las bodas de los monarcas y sus natalicios; de los nacimientos de príncipes y de los solemnes funerales de los soberanos; de las loas, comedias y autos sacramentales en el cementerio de la Catedral y ante el Santísimo Sacramento; de la llegada a Veracruz del navío de aviso o de la flota; de las funciones religiosas a los titulares de las iglesias y monasterios; de las canonizaciones o beatificaciones de santos; de las corridas de toros; de los festejos en que elegantes y ágiles caballeros bien lucidos y entrajados, rompían lanzas, corrían sortijas, jugaban estafermos o tiraban bohordos; de los besamanos y saraos en el Real Palacio y en las casas de los señores de calidad; de la toma de grado en la Real y Pontificia Universidad y de la de hábito y velo negros en los conventos.

Todo esto que sacaba de su lenta y feliz monotonía a aquellas buenas gentes, dábales larga materia para tejer sus pláticas, como a diario se las daban muy amena, los sermones, los desembarcos de piratas, el ansiado arribo de la nao de la China, las sublevaciones de los indios, las frecuentes parcialidades entre el señor Virrey y Su Ilustrísima el señor Arzobispo, o entre ambos cabildos; los picantes chismorreos de los oidores y gentileshombres de Palacio y graves gentes del Protomedicato o de la Santa Inquisición; los ampulosos trajes de la virreina y de sus damas. De todo esto se conversaba con gracia fina y apacible donosura.

La espaciosa Plaza Mayor estaba desfigurada feamente con un edificio de manipostería achaparrado y tosco, de un solo piso, al que se le decía Parián al igual que al mercado de Manila, en que se vendían los géneros que se llevaban de Europa.

Los comerciantes que ocupaban la mayor parte de las tiendas del extenso mercado de México, eran los que llamaban «tratantes de Filipinas» o «gremio de chinos», designados así no porque fuesen hijos del Celeste Imperio, sino porque eran los que vendían las mercaderías traídas de Acapulco por el tan esperado galeón, la nao de las maravillas.

Tenía el Parián cuatro frentes. Uno de ellos daba para el Portal de Mercaderes; otro veía hacia Palacio; uno de sus costados quedaba enrostrado a las Casas de Cabildo, y el otro a la Catedral. Remataba el edificio del Parián una raquílica balaustrada de cantería con la que se creyó que se le había dado gracia y elegancia a tan vulgarota horridez. Dentro se encontraba un cuadrilongo dividido por dos calles; en ese lugar estaban las tiendas de los españoles que, por pequeñas y ser de madera, se les daba el nombre de cajones. De ahí viene que aún en México se llamen cajones a las tiendas de ropa. Dice don José Sánchez Somoano:

«Los comercios más lujosos
y de grandes proporciones,
no se llaman allí tiendas,
se llaman sólo *cajones*».

Las más de esas tiendas o cajones tenían dos puertas, un vasto mostrador y anaqueles de madera blanca para poner los géneros que se expendían. En el centro de esta armazón se veía un cuadro devoto, y su marco denunciaba el monto del capital del propietario del negocio, así, unos eran de sencilla simplicidad, únicamente cuatro listones de madera pintados de color obscuro; los había de talla y los había dorados; también los había con incrustaciones de concha y de marfil o todos ellos de plata de martillo. Estaba, al fondo de la tiendecilla, una trastienda en la que se almacenaban mercancías, y un reducido tapanco en el que dormía el dueño o los dueños del establecimiento mercantil, porque los dependientes, lo hacían sobre un jergón que echaban sobre el duro mostrador y debajo de su incomodidad se acomodaban para el descanso nocturno, los empleados nuevos.

El centro del Parián estaba ocupado por puestos de madera, techados con frágil tejamanil; en ellos se vendían ropa usada, libros viejos, armas de fuego y corte, sillas de montar, baúles, atalajes para la labranza, alhajas de ajuar de casa, mil rebojos de hierro al parecer inservibles, infinidad de trebejos y baratijas y cuanto desperdicio innumerable da de sí una ciudad. A este lugar se le llamaba el Baratillo Grande para distinguirlo del otro baratillo, el de la calle de la Canoa, esquina con la Cruz del Factor.

A uno de estos cajones iba el Canillitas al tranquilo tertuliar. Su dueño era un gachupín rudo y buenazo, de blando corazón, y los que allí conversaban admitían con gusto en su compañía al anguloso Félix, porque sabía departir con gracia. Le reían sus chistes y le admiraban los filos y agudezas de su ingenio. Principalmente le

celebraba sus ocurrencias un viejecillo bibliófilo, frágil y leve, cuyos ojillos chispeaban de picardía; oyendo decir al Canillitas sus grandes mentiras o sus grandes verdades, que tanto monta, llenas siempre de fino donaire, se entretenía las horas.

Pero ya fuese Félix el que hablara o cualquiera otro tertuliano, tenía que callarse en el acto cuando entraba en el cajón don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada, hombre difamador, de lengua corrosiva, en la que tenía provisión de ponzoña para cien vidas.

Don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada era terrible. Dondequiera le ponían las cruces a este señor entremetido y embrollón. Escalofriaban su presencia, pues era muy desbocado y descomedido en el hablar y no había nadie que viviera seguro de su mala lengua, de su cochina lengua. De Dios abajo ninguno se hallaba bueno en su boca. Condenaba sin razón ni piedad y siempre andaba levantando unas grandes polvaredas de embustes y mentiras, acusando culpas que no existían. Mejor se deseaba caer en las manos de un asesino sanguinario que no en la boca de don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada, en la que nadie estaba en paz, pues a todos hería con el terrible y afilado cuchillo de su lengua. Enterraba a los vivos con falsos testimonios, y desenterraba a los muertos con infamias. Viéndolo entrar por una casa parecía que entraba en ella la pestilencia.

Todo lo tenía horriblemente revuelto en la ciudad. México entero se hacía lenguas de su tremenda lengua viperina. Siempre andaba incansable don Juan Pablo buscando la paja en los ojos de los demás, royendo furiosamente las vidas ajenas. Aquí echaba a la calle faltas secretas, allá quemaba, muy contento, la honra de una señora; más lejos hacía perder el buen comportamiento de un comerciante; en otro lado ponía en coplas sangrientas los defectos de un fraile; iba a una tertulia solamente a manchar con nefandas palabras la clara reputación de un oidor o a hacer perder a una dama el crédito de su decoro; corría anhelante por los portales de Mercaderes, de alacena en alacena, tiznando famas, levantando robos, adulterios, cohechos; mordía y disfrutaba lo más florido de las honras; con maldita delectación andaba hincando siempre el diente en lo más sagrado. ¡Qué lengua tan aguda! ¡Qué dientes tan taladrantes!

Don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada tenía un mediano pasar, y, por lo mismo, no ocupaba su tiempo en ningún trabajo; lo único que hacía don Juan Pablo era contar a todo el mundo los pasos, procurando saberle sus entradas y salidas, no hacía sino buscar los medios de echar por el suelo lo que miraba encumbrado; ocupábase solamente en mancillar la honra ajena y darse mucho filo en la lengua para cortar créditos, y descosido de conciencia y de palabras, era como era el muy infame; interpretaba únicamente con mala intención cuanto veía.

A dondequiera que él llegaba todo el mundo quedábase callado oyendo los borbotones de palabras perniciosas que salían de sus labios entre asperges de saliva. En ardiente invocación se encomendaban las gentes a los nombres salvadores de Jesús, María y José, para que las pusiera a cubierto de aquel hombre que no hacía sino desflorar el lustre de los demás, levantando en todo falsos testimonios, y que

sólo hizo de su lengua una terrible navaja cortadora que no ocupaba sino en pasarla y repararla por las vidas ajenas, no dejándoles secretos de rincones que no les sacara a plaza.

Oyéndolo, exclamó Félix sin poderse contener:

—¡Caramba, que hombre éste! No le arranco la lengua y se la echo al gato porque le puede dar rabia.

—¡Naturalmente! ¡Eso es de ene! La lengua no tiene huesos, pero rompe huesos.

No echaban a don Juan Pablo de las tertulias a las que asistía, porque los tertuliantes, le tenían miedo, miedo cerval, a que soltara contra ellos el espanto de su lengua bífida. A todos los que iban pasando les cortaba buenos sayos. Mentía más que hablaba don Juan Pablo. Todo lo que él decía era falso, o era embuste. «Miren, allí va el padre Antonio Larios, todos, absolutamente todos los sermones que predica, no son de él, ¡qué van a ser de ese tontaina!, sino que son del famoso padre Parra de cuyo sermonario los saca y aprende de memoria; aquél es don Mariano Reséndiz de Tortosa, muy honrado es este don Marianito, sí, muy honrado, pero buena fama de hurtos encubre; aquélla es la rica doña Juana Sotelo, a quien todos conocen, pero no sabe nadie, yo sí lo sé, que las noches no las pasa en su casa, en donde sólo se queda estornudando su catarro el cornalón de su marido, y ella anda en un puro retozo con el Superintendente de los Reales Azogues; esas sedas que vende en su cajón el comerciante Antúnez, no vienen, ¡quia!, de Filipinas, como él asegura, sino que se las teje un indio de la Mixteca. ¿Creen ustedes que esa monja loca Juana Inés de la Cruz hizo los versos que le celebran tanto y que no valen maldita la cosa? ¡Qué iba a hacer ella esos versos! Los copió de un libro que yo conozco, impreso en Amberes en 1632, y que tiene ahora en su librería el Asesor de la Santa Cruzada; y muchos otros versos de los que pasan compuestos por ella se los mandó otra monja chiflada que vivía en Cartagena de Indias; miren, miren aquella niña que va allí corriendo, dicen que es hija del Fiscal Núñez de Peralta, pero, ¡qué va!, es hija del capitán don Servando Avalos, y el niño de atrás es de la tímida señorita Rada, la hija de don Apolinar, el grave Presidente del Tribunal y Audiencia de Cuentas. Anoche, ¿a que no saben, don Lorenzo Villela, el que remató este año el Ramo y Asiento de los Naipes, se raptó de la Encarnación a una novicia que es hija, sépanlo, del Virrey, pero que hace pasar como suya don Alonso de Paredes, y al enterarse Su Excelencia del suceso le ha mandado dar al licenciado éste una tupida garrotiza que hasta lo hizo echar seis dientes y tres muelas fuera de la boca? y lo ha obligado a que renuncie el puesto de Factor que tenía desde hace años y del que saca ilícitos provechos; anoche leía yo un libro laberíntico de ese tan mentado don Carlos de Sigüenza y Góngora que me dejó con jaqueca; por sabio lo tienen los idiotas de México, pero todo lo que escribió fue a sacarlo de unos papeles viejos que le había robado al embustero de don Fernando de Alva Ixtlixóchitl; allí viene don Xavier Avalos, señor de todo mi respeto y consideración, trae un cuerno en la mano, tal vez para un perchero, pero allí no le irá bien, debería portarlo en la frente, en donde le quedaría más propio, por lo que todos

nosotros no ignoramos. ¿Ya saben que don Isidro de Sariñana hizo con materiales de la Catedral una gran casa para San Pablo, y que a Sor Clara de la Penitencia, abadesa de San Bernardo, se la van a llevar a la Inquisición por iluminada y quietista? ¿Y a que tampoco saben ustedes lo que hicieron tres undosos familiares de Su Ilustrísima? Pues estos delicados angelitos han aumentado la población de México en combinación con unas beatas rabicalientes...». Y por el estilo seguía incansable horas y horas, como una tarabilla, quitando famas don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada.

Y se iba de esta tertulia para sentarse en otra, también del Parián y aún no acababa de saludar cuando ya estaba diciendo espantosos horrores de todo el mundo; que don Manuel Brambila tenía una gran biblioteca porque se robaba los libros de los conventos; que el Virrey se emborrachaba todas las noches y que desnudo bailaba un desaforado bullicuzcuz con el oidor Bermudez y su esposa, y que con el zangoloteo de la danza caía rendido este señor y con esa fatiga dormíase en el acto y hasta roncaba, y entonces su Excelencia aprovechaba bien el sueñecito ése y ejecutaba cosas preciosas con la dama, de la que dicen que llora mucho por tener la desgracia de que su marido le haya salido cornudo; que el doctor Meave de Solórzano, Presidente del Real Tribunal del Protomedicato, le arrancó el vientre a la linda mujer del alabardero Primo de Vega, con un cáustico potencial que le plantó; que el fondista de la «Mazorca de oro» guisaba perros que iba a coger por el Peñón del Marqués; que el canónigo López de Aparicio le dio una tremenda cuchillada de diez puntos cirujanos, a un seminarista, por la grave razón de no haber sabido el supino de un verbo; que el *Laberinto máximo de la fama* que publicó el Bachiller don Rodrigo Cancelada, tiene tres mil ochocientos veinte y siete errores y que él iba a escribir una razonada disertación sobre cada uno de ellos, demostrándolos; que el pacífico don Dieguito de la Reguera, Síndico de San Francisco, envenenó a Fray Lucas de Orense, echándole activa ponzoña en una limonada, para robarle una reliquia de Santa Teresa; que muchos de los agustinianos recoletos merecían ser quemados en San Lázaro por lo que ahí se quemaba. Y a todas sus paternidades los traía don Juan Pablo a mal traer, contando de ellos mil historias horrendas; que el *Zodiaco Mariano* que sacó a la luz el padre Francisco de Florencia, era casi herético y que no lo formaban sino burdas consejas, místicos embustes que la gente se tragaba como claras verdades.

A todos los comerciantes del Parián los traía al puro retortero don Juan Pablo. Que éste no tenía las medidas conforme lo dispuesto por el Fiel Contraste; que aquél falsificaba los géneros que vendía; que el otro estaba fallido en sus negocios; que el de este lado pasaba todas sus mercancías sin registro; que los de esta banda salían por las noches a asaltar por el camino de la Puebla; que los de la otra falsificaban moneda, y agregaba con desenfado que el padre Ginés Alvarez vendía bulas falsas, de las de composición; que el cura de Santa Catarina, don Indalecio Ramírez de Miranda, iba a ser procesado por solicitante, *solicitatio ad turpia*; que el Presidente de la Audiencia, el espigado don Tirso de Quesada, ahorcó a una pobre monja de

Regina en el mismo locutorio, metiendo la mano por entre las rejas, porque se opuso a darle la lamparilla que ardía ante San Pascual para que él encendiera su asquerosa pipa.

Don Juan Pablo era incansable en urdir mentiras enormes que quitaban las famas más bien puestas. «Las mentiras y las tortas, mientras mayores mejores». Hablaba mal de su padre, hablaba mal de su madre, a sus hermanas, tres beatillas, las ponía hechas un asco. Nadie se le escapaba a este pérfido lenguaraz. Con su palabra le pegaba fuego a cualquier honra. Oyéndolo referir aquellas enormidades, comentó el Canillitas:

—Este hombre creo que salvará su alma, la misericordia de Dios es muy grande; pero su lengua sí se condenará.

El muy falsario y enredoso negaba que lo fuera, y decía con un cínico aplomo que él no era nada de eso, sino únicamente un hombre comunicativo.

Una tarde, no la olvidó nunca Félix, llegó el tremendo don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada a tiempo que pasaba el virrey don Juan Ruiz de Apodaca en su coruscante carroza esmaltada, con tallas y molduras doradas, rodeada de sus vistosos guardas de corps y seguida de un abigarrado estol de caballeros principales, a cuyas ropas sedeñas les sacaba el sol muy vivos tornasoles. Regresaba Su Excelencia a Palacio después de haber asistido a una función religiosa en la Santa Veracruz, y apenas lo vio el lengüisuelto don Juan Pablo, se echó las manos a la cabeza para demostrar lo mejor que pudo su desolación y tristeza, por no haber hablado a sus contertulios de una carta que de España le escribía un su primo, que tenía casa puesta en la Villa y Corte. En la tal misiva le contaba muy al pormenor lo que al de Apodaca le había acontecido antes de venir a esta tierra como Virrey y Capitán General por su Majestad don Fernando VII, a quien Dios guardará muchos años, para bien del reino. Ese suceso dio mucho que hablar en todo Madrid. A cuantos lo escuchaban les reventaba el corazón entre el pecho de pura alegría.

Pero por ser larga la historia picaresca que venía en esa carta, merece ser contada en capítulo aparte, y por eso va en el siguiente tranco con pelos y señales.

Sexto tranco

En que está lo que contó el de la lengua rayada, del Virrey Don Juan Ruiz de Apodaca

Éste es el sabroso chismorreó que dizque andaba por la villa y corte de Madrid y que le comunicó su pariente al lenguaraz de don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada.

Don Juan Ruiz de Apodaca era enamorado, pero sólo se metía en solapados amores, sin excesos de pasión, ni arrebatos eróticos. Su amante era una señora de mucho trapío, ardorosa, ligera, indolente y bella, de risa enloquecedora y con ojos que tenían más cosas que las tablas de la ley. Con gran recato la visitaba muy circunspecto todas las noches, pero saliéndose de esa precavida costumbre entró una tarde en su casa a tener un devaneo, porque lo acució la Naturaleza, y como la blandura de las densas y profundas alfombras recataba sus pasos, llegó, sin ser sentido, hasta la misma alcoba en donde tuvo la desdicha de hallar a su dama muy amartelada con un reverendo fraile de la Merced, de abundantes carnes.

Lo tenía ella sentado en el regazo, abrazándolo con amoroso afán le pasaba y le repasaba los dedos lentamente, con delectación, por la temblorosa papada de tres ondas, y él, a su vez, rodeábale los hombros con un brazo y la mano del otro la tenía plantada jacarandosamente en la cintura, sobre el sonante rosario de gruesas cuentas negras; de tiempo en tiempo se inclinaba a besarle con avidez golosa la encendida boca que soltaba un fresco chorro de risa. Creía el bueno de Apodaca que era muy recatada su dama, y sólo para él, porque cerraba la puerta al Ave María, pero eso no importaba a su decoro, porque la abría al padre nuestro.

Al ver la dama a don Juan así, tan de repente, y al lado suyo, con un ceño torvo, de media vara, y que la barría con mirada frenetiquísima, lanzó un largo y estridente grito de sorpresa y se alzó tan de prisa con el reverendo que tenía encima, que quedó su paternidad medio derribado, colgando del cuello blanco de la asustada señora; pero convencido don Juan Ruiz que las cosas a medias no son nada útiles, lo acabó de echar todo en tierra; lo acostó cuan largo era con una bofetada de violencia sobrenatural que le asestó en la ancha y reluciente cara, aplastándole la nariz con gran chisporroteo de líquidos, tal y como breva madura cogida entre las bisagras de una puerta. Ya caído el fraile, le pateó el encorajinado caballero todo el cuerpo, de arriba a abajo y de abajo a arriba, con lo que le maceraba muy bien las fofas carnes, y al fin, muy airado, lo levantó por el cuello del hábito, y cuando aún estaba el obeso mercenario con las piernas medio dobladas, en equilibrio inestable, batallando con afán para ponerse derecho, le plantó en el venerable rostro otro porrazo suplementario, lleno, sonoro, que atronó los ámbitos, y con el que le hizo ver la

lumbre azul de un relámpago; pero volviéndolo rápidamente de espaldas, le suministró un puntapié descomunal en el lugar adecuado para ello, con el cual salió el buen *pater* como disparado por cañón y dio de bruces contra el muro, abriéndose casi la cabeza con el formidable topetazo.

Parecía que habíase roto parte del alma; pero no, sé levantó impávido, sereno, y de una manga sacó con toda parsimonia una pistola y con mesurada lentitud se fue acercando al furibundo magnate, quien, ante la decidida amenaza del arma, se quedó sobrecogido, soltando solamente una expresión castiza, muy acomodada al caso.

El enjundioso mercenario con la sonrisa convenientemente esparcida en el rostro, le dijo con una unciosa suavidad, como si adoctrinara:

—Ahora me toca a mí, señor don Juan, y vucencia disimule si lo incomodo; pero ruego muy atentamente a vucencia que sea muy servido de bajarse ahora mismo el calzón, pues de lo contrario, con gran dolor de mi alma, bien lo sabe Dios Nuestro Señor, me veré obligado a meterle una pelota de plomo en el cráneo para despacharlo al otro mundo, en donde, de fijo, recibirá vucencia grandes premios por sus buenas acciones y usted, señora mía haga el favor de traer pronto la jeringa grande que tiene por ahí y un cubo de agua, de esa fresquita del pozo, y póngale harta sal y vinagre, y si es posible pimienta y mostaza, que así la necesito.

El altivo don Juan Ruiz de Apodaca envolvió al fraile en una mirada sulfúrea; ansiaba exterminarlo, reducirlo a pavesas; se mordía con rabia impotente los labios, y la boca le espumajeaba por el gran berrinche que le hervía entre el cuerpo; pero ante el fatídico ojo de la pistola que tenía delante, inmóvil y persistente, se desabotonó de dos violentos tirones el calzón de raso, y el orondo fraile le puso después el arma por la espalda y le ordenó, con sacrosanta dulzura, que, cuanto antes, se pusiera en cuatro pies.

Mientras que el caballero hacía toda esta maniobra llegó la dama muy fatigada, con el cubo de agua y con el enorme y grueso instrumento de latón que tenía brillos siniestros para don Juan Ruiz. Con voz autoritaria mandó el padre a la acongojada señora que le echara, lentamente, una lavativa a su amante, quien ya estaba agachado en muy buena y ridícula posición para recibir el refrescante enjuagatorio; pero en el ínterin el grave mercenario, con gran delicadeza de manos, le alzó los bordados faldones de la casaca, y se los puso vueltos de revés con la espalda, se los alisó en seguida, para desbaratar arrugas; después, con mucha solicitud, con fino cuidado, tendió sobre ellos la falda de la suave camisa de Holanda, y le colocó delante una silla con abultado cojín de terciopelo, para que, como refinada cosa, apoyara la frente en su muelle blandura, a fin de que así estuviese con mayor comodidad durante la operación, y también para que pudiera obrar mejor su bella amante. Y después de pedirle mil excusas y perdones, con voz fina, suplicante, casi lacrimosa, y de hacerle mil zalemas y reverencias, le plantó el cañón de la pistola en la nuca, con el noble propósito de que no se moviera y le fuese a hacer daño en salva sea la parte con el grueso bitoque de la enorme jeringa.

Aunque Apodaca no dejaba de jurar y de maldecir a grandes voces ya ante la firme decisión del reverendo padre, no tuvo más que aguantar en gran quietud, tragándose quejas, aquellos cuartillos de agua helada que con despaciosa calma, con lentos y aseados repulgos, le echaban entre el cuerpo sazonados ardientemente con sal, vinagre y bastantes granillos de mostaza y pimienta muy bien moliditos. Por fin, golpeándole el fraile las rotundas posaderas, que con el golpeteo le quedaron temblorosas como gelatinas agitadas, le dijo con afable blandura en la voz que podía marcharse, pues ya había acabado de atizarle el jeringatorio; que le rogaba que fuese muy servido de perdonar ese abundante y líquido refrigerio que se le había suministrado, y que se marchara, en paz y enhorabuena, a vestir en la habitación inmediata.

Sin dejar de apuntarle certeramente al pecho con la mentada pistola, besaba el incontenible mercenario por todos lados, de modo ruidoso, escandaloso, a la dama; al fin dejó el hociqueo, y empujando con la terrible arma a don Juan, lo echó de la alcoba y salió el magnate llameante, pletórico, con las entrañas encharcadas, sosteniéndose con entrambas manos los calzones de raso azul; lanzaba miradas de chacal hambriento, y el fraile con una maliciosa sonrisa que se le extendía por toda la rubicunda cara, cerró la puerta con mucha lentitud, como si pesaran las hojas una enormidad o fuesen cosa delicadísima y frágil, y muy satisfecho se quedó con la garrida señora, cuyas risas alborozadas se empezaron a mezclar con las del gordo mercenario.

Pateando de rabia oía aquel reír el proceloso don Juan Ruiz de Apodaca. No le apagaba el fuego del coraje aquella buena dosis de agua fría que llevaba dentro del cuerpo: parecía que en vez de aquel líquido refrescante le metieron brasas y tizones encendidos que le ponían en ebullición el humor. Salió de la casa de su querida echando rebufes como toro hostigado, con la cara flamígera, a un alto grado de ignición, y llamaba todo lo llamable a aquel lomudo fraile, de temblorosas lonjas de aguayón.

A pocos días de este triste sucedido fue Apodaca al Palacio Real a despedirse de Fernando VII, «restaurador de la religión, azote de herejes y látigo de impíos», como le decía la clerigalla a ese ser falaz y repulsivo. Iba don Juan Ruiz a recibir del monarca las últimas órdenes y encargos, pues lo había nombrado su visorrey en la Nueva España. Lo halló en el suntuoso salón Gasparini, rodeado de magnates, de gentileshombres, sus acompañantes canallescos de siempre; saboreaba toda esa dorada podredumbre un añejo de Yepes mientras oían a Chamorro, el ordinario aguador de la fuente del Berro, que punteaba diestramente una guitarra acompañando unos versos de jácara que improvisaba el servil Arriaza.

Habló el acompasado Apodaca con el Rey Fernando de lo que le importaba, y ya para marcharse le echó el achulado e innoble monarca un brazo por la espalda y le dijo como postrera recomendación entre las miradas malévolas y las risas de los soeces cortesanos:

«Cuando encuentres a un fraile de la Merced
arrima tu culo contra la pared».

Se llenó de risas la sosegada tertulia con esta historia que refirió muy a lo largo don Juan Pablo Longorio de la Rada Rayada. A los pocos días se supo que había muerto este hombre terrible y unos platicones a otros se referían la manera de cómo acabó su vida ese temible señor, cosa que ya se sabía en la ciudad entera, y los grandes lo decían a los chicos y los viejos a los jóvenes para que sirviera de ejemplo y vieses que no se quedan sin castigo aquellos que tienen por costumbre deturpar las famas y manchar las honras, no habiendo para ellos nada de estima ni respetable en este bajo mundo sublunar, y que no dicen sino palabras maliciosas y murmurantes de todo el mundo, aunque tienen, en frases de Cervantes, «mejor velo para paliar y encubrir su maldad disoluta, que darse a entender el murmurador que todo cuanto dice son sentencias de filósofos, y que el decir mal es represión, y el descubrir los defectos ajenos buen celo, y no hay vida de ningún murmurante que, si la consideras y escudriñas, no le halles llena de vicios y de insolencias».

Dijo una ocasión el aterrador don Juan Pablo no sé qué cosas grandes y graves de los pacíficos evangelistas que estaban cerca de la Audiencia, bajo sombrajos de petate; el caso es que estos seres apacibles con el Canillitas a la cabeza, se conjuraron contra el hablador y concienzudamente le dieron una excelentísima y meritoria aporreada.

Fue la primera vez que Félix distribuyó algunos bofetones sin que le tocara ni uno solo. Los guamazos de todos descentraron a don Juan Pablo; los memorialistas le pisotearon los hígados, y entre todos lo traían a mal traer, como bailando una chacona o el avilipinti.

El Canillitas era el más enardecido y animoso. Por fin echaron por lo alto a don Juan Pablo y cayó con las narices a media asta y, acto continuo, uno de los evangelistas con una monada de bastón, más bien tranca, que vista con lupa era como el tronco de un ahuehuate de Chapultepec, le descargó tan descomunal y soberano mamporro en la bóveda craneana, que no más le rebotó el garrote, y, claro está, que la fracturó de un modo nefasto, dejando a don Juan Pablo en el periodo preagónico, con los ojos pavonados, la mayor parte de los huesos a la vista y chorreando sangre por todos lados.

Pero se alivió —en mala hora— este maldito viejo lenguatón. Lo aconsejaron con su habla prudente y mansa, para que ya no fuera hablador, varios canónigos y numerosos frailes y clérigos; pero nada, él seguía con aquella lengua de escorpión, echando venablos por dondequiera, sin reportarse ni en lo mínimo, en su inestancable habladuría.

Contó el muy mendaz, espantosas, tremendas historias, como suyas que eran, de doña Adriana de Valparaíso y don Felipe Cifuentes, con el que estaba próximo a casarse. Cuando este caballero se enteró de esas habladurías se puso hecho una furia.

Andaba por todas partes rebramando de rabia, lanzando mil maldiciones, paulinas y plagas, y buscaba ávido al lenguatón de don Juan Pablo, y por fin lo halló una mañana en la calle del Arzobispado.

En el acto se le fue encima con ímpetu arrollador de avalancha y se aplicó a sembrarle el rostro de bofetadas monumentales, que se oían hasta Texcoco. La golpiza atronadora que le dieron los airados evangelistas, fue sólo como una caricia suave, tierna y amorosa, comparada con la formidable que le plantó el encorajinado Cifuentes, quien lo dejó en estado de desastre, que el hablador vejete creyó que le llegaba su última hora, y apenas con un hilo sutilísimo de voz, empezó a pedir confesión, echando cuajarones de sangre por boca y nariz.

Llevaron a don Juan Pablo unas almas caritativas al cercano Palacio Arzobispal; pero en ese momento, cosa rara, no había allí ni un solo clérigo que lo pudiera confesar. Enterado del caso Su Ilustrísima mandó que le subieran al desventurado maldiciente, y habiéndole dado unos elíxires confortativos, logró ponerlo en pie, aunque con un gran bamboleo con el que parecía que se iba a derrumbar. Lo oyó en confesión Su Ilustrísima, Don Pedro José Fonte y Hernández, y, le impuso como penitencia que bajara al patio y enredase la lengua en uno de los pilares rezando ocho rosarios de quince misterios.

Trastabillando bajó don Juan Pablo la escalera y muy desfallecido se abrazó a una columna, y pegando en ella la venenosa lengua de escorpión empezó el rezo y a cada padrenuestro que decía se le iba enrollando por todo el fuste como una guirnalda viva; y cuando esta columna estuvo llena, se le alargó la lengua y se le fue rápida a la próxima columna, en donde empezó a enroscarse; y al acabar con ésta saltó a otra y a otra y luego a otra más, hasta que llenó con ella dando vueltas, todas las dieciséis columnas del patio, y todavía su punta temblaba ansiosa, buscando en qué seguir enredándose.

Los ojos de don Juan Pablo se salían asombrados de las órbitas al ver la espantosa extensión que alcanzaba su lengua, porque él no creía que la tuviera tan larga, tan rayada y tan venenosa, pues iba ya corroyendo y desmoronando las columnas en las que la tenía puesta.

Una gran cantidad de gente acudió a ver aquello; el ancho zaguán episcopal rebosaba; el patio ya no podía contener a una persona más; los corredores altos estaban pletóricos. Pero por el muy fundado temor de que la espantosa lengua de don Juan Pablo derribara el Palacio Arzobispal, ordenó Su Ilustrísima que se llevaran cuanto antes a aquel hombre terrible al hospital de la Limpia Concepción.

Se llevaron a don Juan Pablo en unas angarillas, y todavía agonizante como iba, al pasar por el Palacio Virreinal lo enredó con la lengua y sólo la quitó de allí para echarla por el Parián, y luego por la plaza del Volador, y ya en la calle de los Flamencos la puso en la casa de los Perea, luego en la de los González, después en la de los Antúnez y en seguida en la de los condes de Santiago de Calimaya; y al llegar al Hospital de la Limpia Concepción, arrastró con ella al capellán y a tres doctores, y

por fin la enroscó en la urna que contenía los restos de Hernán Cortés, asegurando que no eran los del Conquistador, sino los huesos del Guatemuz; y al decir esto se mordió la lengua y, como era natural, murió en el acto envenenado por su propio virus.

Por el pedazo de lengua que le quedó fuera, le empezaron a saltar unos sapos gordos y verdes y a deslizársele unas lentas, frías y gelatinosas serpientes. A la misma hora en que a don Juan Pablo se le salió el alma del cuerpo, tuvo una revelación una monja de Balvanera: vio al señor Longorio de la Rada Rayada que entraba en los apretados infiernos, y que en el acto empezó a meter espantosa cizaña entre los diablos y los condenados.

Séptimo tranco

En donde se describe con sus pelos y señales un lastimoso sucedido que tuvo El Canillitas en un convento de frailes franciscanos, y otro no menos lastimoso con un cochero

Había agotado hasta lo sumo el Canillitas sus menguados tejidos adiposos; por la grasa que tenía esparcida en sus músculos no le habrían dado arriba de un triste real y medio en calderilla, y entre más la eliminaba le salían por todos lados mayor cantidad de huesos hasta exceder en número a los que se afirma que componen el esqueleto humano. Andaba hecho un trapo; con extraordinaria flacura, y tan extenuado, macilento y exangüe, que no quería por nada del mundo pasar por enfrente de una funeraria porque en el acto le proponían enterrarlo.

Cierta vez tuvo necesidad de ir a uno de estos establecimientos a comprar un féretro destinado a su amigo del alma el Gallo Verde, a quien se le vino encima una pared por lo que murió de aplastamiento fulminante, y el empleado con quien contrató la caja mortuoria, le dijo muy comedido al verlo tan escuálido y tan sin sangre:

—¿Se la mando o se la lleva puesta?

Si Félix se caía, decían que fue un sablazo en el suelo.

—El Canillitas no tiene entrañas.

—¿No?

—No. ¿Dónde quiere usted que las lleve?

Es una hebra de hilo que va en el aire a impulsos del viento.

El carruaje se detiene, el cochero busca y rebusca por todos lados al que lo mandó parar. Nadie sube. Es el Canillitas que toma el carruaje.

Y si él lo conduce, ¿saben ustedes cómo se llama? Pues el hilo conductor.

Era tan tenue, tan vago, que le llamaban suspiro corporeizado.

Filo con alma.

Acostábase en el de una hojalata y parece que estaba echado en cama patrimonial.

También su retrato se le podía hacer perfectamente en el filo de un cuchillo, y aun así sobraba espacio suficiente a uno y a otro lado, para pintar un paisaje.

—Vuelve en ti, Canillitas, le dijeron un día.

—¡Ay, no puedo! —contestó— no tengo sitio.

Se ponía al sol y daba menos sombra que un alfiler.

Una ocasión le dieron un escobazo y se enredó en los popotes de la escoba.

—¿Canillitas, cómo te sientes?

—Bien, en lo que cabe.

—Pues entonces estás mal, muy mal, porque en tu angostura no cabe nada.
Se asomó por una cerbatana, metió en ella la cabeza, y salió por el otro lado.
Como no tenía carne era un cuerpo en perenne vigilia.
Se metía bajo el chorro de una canal y le sobraba chorro.

—Yo creo —dijo uno— que ya se murió el tal Canillitas, pero como él todavía no lo sabe por eso anda en la calle.

Si babeaba no se sabía nunca cuál de los dos era la baba.

Si se le veía de frente parece que se hallaba de lado, y si lo veían de lado... ¡no lo veían!

El Canillitas en la buena compañía de unos jácaros, se pasó como un mes entero en un tupido rifi rafe de copas, de bebidas multitudinosas y demoniacas que fermentaban en sus entrañas la locura. Bebió con harbada abundancia dizque para prevenirse de un colapso que tuvo vagas sospechas de que le iba a dar y así, por anticipado, se confortaba a todas horas con chinguere, con bacanora, con charagua, con guarapo, con soyate, con yagardiza, con huajoxtle, con mezcal resacado de cola y mezcal de pulque, con revoltijo, con sendecho, con cerveza, con tejuino, con comiteco, con pechuga almendrado, con quebrantahuesos, con bingüi, con ostoche, con sotol, con tencuarniz, con nochole, con obo, con peyote, con tecolio, con charanda, con ilixtle, con chamuco, con timbirichi, con coyote, con ojo de gallo, con chumiate, con excomuni3n, con polla ronca, con muy fermentado colonche, con zambumbia, con raíz de reparadora, con bingarrote, con sisisique, con xtabentún, con chilocle, con sidra, con anizado, con vino de caña de maíz, con vino de mezquite, con vino de palma, con vino de salvado, con vino tepeme, con pulque y con pulque de coyol, o pulque de obos, con mistela por alambique, con sangre de conejo. Así estuvo muchos días filtrando alcohol a través de su hígado resignado.

Mezclaba el chinguere con los más extraños ingredientes para buscarle placer al paladar, y tenía esas báquicas alquimias por muy suaves al gusto. Bebía tanto como puede beber un ser humano sin dar un estallido. De alegría se engarruñaba todo el gárrulo Canillitas y babeaba de contento únicamente con pensar en que a los dos minutos se iba a vaciar en el estómago otro colmado jarro de vino, de esos vinos vaporosos, de efecto fulminante, que nada más de olerlos le resquebrajaban el cutis a cualquiera.

Una tarde con su inquebrantable bebería pescó el muy bergante una borrachera muy bien lograda y resplandeciente, de esas de muchas atmósferas. Se bamboleaba más que caña en vendaval y mantenía en pie por obra de un prodigioso y no comprendido equilibrio. La cara se le plegaba como un acordeón, en apretadas e inacabables gesticulaciones, que parecía que toda ella se le iba a desbaratar, y con la mano lenta e inconsciente se sobaba el pecho para que, con el frote por encima de la ropa, le pasara el líquido sin ninguna dificultad por el desollado cañuto del esófago, o bien la traía sin descanso de la frente a la nuca alisándose o, tal vez, exprimiéndose, el sebo tumulto de pelos que, con el continuo apretón, soltaban su jugo que se le

iba espeso espalda abajo, saltando de hueso en hueso de los de la espina dorsal, que pugnaban por agujerearle la piel.

Poniendo una mirada vaga, con la inexpresiva vaguedad de unos ojos de vidrio, se le doblaba la cabeza sobre el pecho y, al instante, se le caía para atrás sobre las vértebras, con un imposible estiramiento de la garganta, que sacaba al instante la puntiaguda eminencia de la nuez; pero se le venía de nuevo el cráneo para adelante, como enviado por resorte que se distendiera, y en seguida se le derrumbaba otra vez por la espalda, y en este constante y espontáneo ir y venir, le volaba de un lado para otro la frondosa cabellera negra, tal como la cola de gallo en día de aire. Un neoclásico hubiera dicho que se la movía no blando Favorino, sino Bóreas fiero. Por fin se quedó dormido venturosamente. Soltaba unos repercutientes ronquedos sin arte ni armonía, pero que, en cambio, hacían trepidar todo lo de la estancia.

Entonces sus gallofos amigachos le quitaron la ropa, si así se le podía llamar a aquellas piltrafas chamagosas, calandrajos hediondos en los que envolvía su amojamada humanidad. Le plantaron un hábito franciscano; le descalzaron el par de fragatas viejas, rotas y deformes, que usaba por zapatos; le pusieron sandalias; le raparon la cabeza, dejándole un cerquillo que le tomaba más de medio cráneo; le dieron una buena poda a su apelmazada cabellera, cuyos pelos estaban unidos entre sí por estrecha amalgama de cebo, caspa y liendres, en admirable consorcio. También le tusaron piocha y bigote, que no eran sino tiesos manojos de pabilos. Vestido así lleváronselo a rastras al convento de San Francisco y lo dejaron tirado, a la puerta misma de la santa casa, muy abierto de piernas y de brazos. En la cintura, entre la cuerda del hábito, le aseguraron una carta.

A horas de alba, ya próxima la diurna inflamación, como dice el Marqués de Santillana, al abrir el pesado postigo del portón, el menudo y hablador lego que desempeñaba en la casa oficios nada espirituales, se llevó entrambas manos a la cabeza para emparejar con ese ademán su asombro y dio un grito despavorido y anhelante al encontrarse tirado en el suelo a aquel fraile que estaba gorgoriteando gruesos ronquidos. Las trompetas del Juicio Final no harían, de seguro, cuando llegue la hora terrible, más que una somera imitación de esos retumbantes ronquidos.

Corrió por el convento el lego, poniendo en agitada conmoción a la comunidad. Salieron todos los frailes a ver a aquel hermano en religión que estaba casi flotando en medio de un anchuroso charco ya casi navegable, que había expelido muy a gusto. Todos los padres franciscanos estaban angustiados; algunos hasta lloraban al considerar el vicio de aquel hombre. «Se condenaba, de seguro que se condenaba el pobrecito», clamaban consternados, y por sus caras beatíficas chorreaban ríos de lágrimas. Vieron el papel que tenía en la cintura y al punto se lo recogieron. Era una carta para el padre guardián. Estaba fechada en Querétaro y decía así:



Padre mío:

El dador de esta carta es Fray Abundio de Galarza. No sabemos aquí qué hacer con este Fray Abundio, porque es terrible. Desde hace tiempo que se da al vino y es de lo más desordenado y deshonesto que han visto ojos cristianos. Sale a congestión diaria.

¡Jesús, qué hombre! No oye consejos, ni le valen castigos; está metido, obstinado de modo horrible, en el vicio. Dios lo perdone, pues aquí no podemos. Advierto a vuestra paternidad que cuando deja su escandalosa borrachez, se empeña en decir que no es fraile. ¡Miren que renegar hasta de nuestro santo hábito! Besa sus pies su hermano en religión.

Fray Pedro de Alcalá

Los frailes estaban perplejos, silenciosos. Habló el Guardián con la escogida ciencia que solía emplear para las grandes ocasiones:

—Ya veremos si en nuestro convento se enmienda o no se enmienda este desgraciado Fray Abundio de Galarza. ¡Ya veremos! ¡El Señor y el Seráfico nos ayuden a su conversión, para que se salve su alma! Pídanlo así al Altísimo todas sus reverencias.

Sacaron al bigardo Fray Abundio de Galarza del enorme charco de aguas menores en que yacía y que ya era como una de las lagunas de Tequesquitengo, pues a cada momento estaba aumentando con rica abundancia su caudal. Lo sacaron del apestoso charco y lo condujeron al interior del convento, asilo de paz, y derecho fue a dar a la cárcel que allí había para castigo de los de mal comportamiento.

Lo metieron en un cepo y le echaron luego por la pelada cabeza una buena tina de agua fría que lo hizo en el acto parpadear aceleradamente, y deteniendo, de pronto, el rápido parpadeo, subió con lentitud y dificultad los párpados, como si se le hubiesen vuelto de tiesa hojalata; los cerró después junto con la boca como para que no se le escapase el sueño, y con esta operación se le llenó la cara de más arrugas, acentuándosele las que ya tenía bien hondas. A poco abrió en un ojo una somera hendidura, luego la boca se le desquijaró en un bostezo homérico, con el cual se le divisó muy bien el corazón saltándole con su acompasado sístole y diástole. Con un vocejón turbio, bronco, atascado de vinazo y tupido de sueño dijo:

—¡Buena que la agarré, vaya si fue competente! ¡Pocos me la igualarán!

Pero de pronto abrió los ojos en plenitud de asombro, a todo lo que dieron de sí. Se le cuajó en ellos una mirada atónita. De lo espantados que estaban se le salió el globo, blanco y tembloroso, y luego quiso cerrarlos para que descansaran un poco,

pero imposible; como estaban tan fuera de las órbitas, ya no se los pudieron cubrir los párpados y cayeron detrás de ellos con lo que le quedaron como montados en el aire.

Ya en la cumbre de la alarma, desparramando la vista hacia todos lados, dio un suspiro y dijo con voz muy flauteada:

—¡Ay, Jesús, me valga! ¿Dónde estoy? ¿Pero dónde me encuentro yo?

—En dónde ha de estar, hermano, sino sufriendo el justo castigo por su relajación y disipación.

—¿Relajación, disipación? ¿Pero quién diablos es usted? ¿Y por qué me ha metido en este cepo? ¡Ay! ¿Y este traje tan extrañísimo? ¿El mío? ¿Dónde está el mío? ¡Mi chupín, mi calzón, mis medias! ¿Dónde pusieron mi capa? ¿Y mi sombrero? ¿Dónde está mi sombrero?

—Sosiéguese, sosiéguese, hermano. Pronto, ¡suprema dicha!, saldrá a convertir indios infieles.

—¿Yo, convertirlos? ¡Ay, no! Ellos son los que me van a convertir a mí en albóndigas.

—Calle ya, Fray Abundio de mi alma, y no diga más desatinos. Calle por Dios, hermano.

—¿Yo, Fray Abundio? ¿Yo, hermano de usted? ¿Pues acaso mi fornicario padre conoció a la señora madre de usted? ¡Usted está loco de remate, y que lo amarren! ¡Qué Fray Abundio voy a ser yo! Yo soy Félix Vargas el mero Canillitas, para servir a Dios y a usted. Pero a mí no me diga fraile, entienda que éstas son jijeces.

—¡Ay, jijeces! ¿Qué querrá decir este padre con esta expresión incomprensible? ¡Jijeces! ¡Qué vocablo tan horrible! Ay, señor, afirma que él es el Canillitas. ¡Jesús y mi padre San Francisco me valgan! ¿Por qué niega que sea fraile, hermano de mi alma? ¿Por qué dice y redice que no lo es?

—¡Porque no lo soy, por eso! No había de ser yo lo que detesto, pues muy bonito comportamiento han tenido ustedes conmigo. De los frailes no me acuerdo sino con asco; los quiero como a dolor de ijada. Hoy más que nunca los nombres de todos ustedes los escupo y abomino. ¿Yo fraile? ¡Sí, al rato! Soy Fray Canillitas, visitador general de cubas y toneles, expurgador de botellas, catador de pipas, calificador de barriles, exdefinidor de mostos, aguardientes y rosolis, chupador de andayas y marrasquinos, etcétera, etcétera. Eso soy yo, yo mero ¿pero fraile?... ¡Quite allá!

—¡Ay, loco, loco! Sigue loco. Aún lo perturban los malignos vapores del vino, por eso piensa en él con diabólico regodeo. Perdónalo, Señor, y por lo que ha dicho de nosotros los frailes, ten piedad de este hombre, Señor.

—El que está fatal de la cabeza es usted, padrecito de panza indecorosa, porque...

—¡Ay, ay, ay! ¿Indecoroso mi abdomen?

—Óigame, yo soy quien soy, Félix Vargas el dicho Canillitas, se lo repito. Pero, ¡santo cielo!, me estoy tocando la cabeza, ¿quién me la rapó? ¿Por qué me hicieron esta plazuela enorme? ¿Y mi piocha y mi bigote? ¡Ay, mi piocha, ay, mi bigote!

El cerebro de Félix era incapaz de comprender lo que le decía el fraile. Como una

bruma envolvía su pensamiento. El pícaro se rascaba la frente como para escarbar en su memoria.

—Ya dudo, ya dudo de quién soy yo; haga favor de ir, padre o lo que sea usted, a la taberna que se llama «Los dulces nombres de Jesús, María y José o El Regumbio de la Tambora», y pregunte por un tal Félix el Canillitas, y si no está allí, entonces soy yo éste que aquí se encuentra en estado tan lastimoso; pero si está, entonces, en ese caso, no sé quién soy yo. Otra señal para identificarme, píqueme la vena y si salta vinagre también soy yo.

—Su paternidad aún está horriblemente bébedo, con el delirio encima. De puro harto de vino se ha trastornado. Tenga esta disciplina y váyase anticipando algunos zurriagazos, que bien los necesita, para entrar ahora en sosiego y después en nueva vida y llegar a puerto de claridad. Mortifíquese a sí mismo. Arrepíentase por haber violado las santas constituciones de nuestra Orden Seráfica, y si no, allá se lo haya, con su pan se lo coma y castíguelo su mismo pecado.

—¿Qué está usted diciendo tanto? No soy de casta de idiotas como son los de su ralea, para hacer esto. ¿Yo, golpearme? ¿Yo, chicotearme? ¿Yo, darle guerra y trabajo a mi cuerpo? ¡Váyase en hora mala! Que en una borrachera un amigo mío por esto, por lo otro o por lo de más allá, me arree una bofetada potencial, santo y muy bueno, Señor, ¿pero que yo mismo me estropee el cutis?... ¡Qué estatuto, ni qué constituciones, ni que demonio! ¡Llévese sus desgraciadas disciplinas y váyase a azotar a su ilustre progenitora! Lo que ha de hacer inmediatamente, fraile tripón, es sacarme de aquí, si es que no quiere que al salir le maltrate la faz de modo lastimoso. Yo necesito beber, ¡beber!, tengo la garganta de pergamino y quiero ablandármela, aunque después me lleve el diablo más cornudo, no me importa.

—¿Pero, hermano, no cree en Dios? ¿No cree en el Espíritu Divino?

—Sí, sí, yo creo en él, pero como lo pronuncia mi compadre el Higuerillas: espíritu de vino.

—Abandone ya el vino, hermano ¿Qué bueno saca de él? No conduce más que a la disolución, a la enfermedad, al escándalo. «Do entra beber, sale saber», es un decir que se dice así. Con la bebida se está manchando el alma, hermano; vuelva sobre sí y déjela. Hay que estar limpio de alma y de cuerpo, holgándose uno a lo honesto y afable.

—¿Y aconseja usted, siendo fraile franciscano, que uno debe de estar limpio de cuerpo?

—Sí que lo aconsejo, ¿y qué? No veo discrepancia alguna entre lo que digo y hago y mi santa religión franciscana.

—¿Entonces ignora que hay tres cosas en el mundo que no se pueden, que no se deben creer ni por soñación?

—¿Qué cosas son ésas, y qué, tengo yo que ver con ellas y con nada del siglo?

—Son éstas las tres cosas a las que nunca se debe dar fe, porque son crasos errores: la limpieza de los franciscanos, la humildad de los padres jesuitas, y el voto

de castidad de los caballeros de Malta. Y váyase, o retírese al menos de mi lado, que hasta a mí que no huelo a rosas, me inficiona y escalabrina su tufo.

—¡Ay! ¡Oler yo mal, mi Dios!

—Me lo están parlando a gritos mis narices y nunca mienten. Márchese. Usted no me soporta a mí, ni yo lo tolero a usted; no estoy hecho a las armas del padecer.

—¡Loco está el hombre! ¡Loco está este hombre y de remate! ¡Pobrecito!

Al oír esta afirmación tan contundente hizo Félix un semicírculo con el pulgar y el índice de la mano izquierda, manteniendo cerrados los otros tres dedos, y por ese arco invertido dejaba caer y hacía pasar rápidamente el índice de la derecha muy tieso y erguido, en tanto que gritaba colérico, lleno de berrinche, con la garganta al rojo, y le salían espumajos por la boca como si se hubiese tragado un jabón:

—¡Tenga! ¡Tenga!

—¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal! Me está haciendo indecentes, indecorosas señas, violines que se dice en el corrompido mundo. ¡Lo dicho, loco, loco, loco rematado! Yo me voy. ¡Ave María Purísima! ¡Mi Señor, mi Dios! Pero antes quiero que me diga si...

—Lo que quiere que le diga vaya a preguntárselo a su madre que ha de haber quedado muy desocupada desde la hora mala en que lo echó a usted a la vida.

Empinó el dedo el Canillitas y como queriendo pasar de parte a parte el lego con la mirada, le dijo con voz atronadora, atragantada de ira:

—¡Retírese! Quítese de mi vista que se ofende de verlo tan gordo que parece chivo de diezmo.

—Me voy, me voy; me voy lleno de congoja.

—Váyase, lleno o vacío de lo que se le antoje, pero déjeme solo.

Se fue apresurado aquel pobre fraile, con los ojos llenos de azoro, dando golpecitos con la punta de los dedos a una tabaquera de hueso; las sandalias le palmoteaban en el talón desnudo y el hábito se le metía entre las piernas peludas y le salía de entre ellas rápido por lo acelerado que llevaba la marcha.

El Canillitas hizo un mohín de fastidio; torció la boca con una mueca de horror y desagrado, señal evidente de que las razones del fraile no le parecieron muy de perlas, y se quedó engullendo su enojo. Se desesperaba, gritaba. El reseco pergamino de su cara se le ponía de un encarnado patológico. Echaba rayos y centellas; era la vera efigie del Sinaí cuando en él estuvo Moisés, de grata memoria. Soltaba sin parar prepotentes alaridos que se difundían, derramando su furor, por todo el sosegado convento. Parecía salido de juicio. Desprendíase en grandes pedazos el enjarre de las paredes con las cosas horrendas que profería el Canillitas, y cuando ya se quedaban sin él, como continuaba éste con el ahinco de la desesperación, vociferando enormidades, se desmoronaba el adobe y hasta se agrietaban las piedras.

—¡Paciencia, paciencia! —se exhortaba a sí mismo, pero esta santa virtud no acudía a su ánimo, sino que se metía en él una angustiada inquietud que a poco se le transformaba en agitadísima irritación. Golpeábase ruidosamente el pecho y luego

gritaba, braceando con desesperación:

—¡Ay, ay, estoy fregotizado!

Los frailes creyeron que estaba poseído del Malo, y fueron a exorcizarlo, llenos de piedad redentora. Lo encontraron debatiéndose, desesperado, entre el cepo; la boca le hervía de maldiciones y las soltaba forradas de blasfemias que chirriaban como huevos en manteca hirviendo, e iban a quemar las orejas pudibundas de los ingenuos padres que no paraban de santiguarse.

Pero como con la canturía de latines litúrgicos y la rociada de agua bendita no se le salió el demonio, pues el Canillitas con más rabiosa exaltación vociferaba, echando, a la vez, miradas flamígeras que casi incendiaban las ropas, le alzaron el hábito hasta la cintura y muy de firme se aplicaron a darle una tupida tanda de disciplinazos, no sólo en semejante parte, sino en todos los lados del cuerpo. Con esa sonora aporreada tembló hasta el *Sursum Corda*.

Quedó el Canillitas casi pulverizado, herido el pecho, la espalda en un puro escurrimiento de sangre, y echaba cada ¡ay! que le faltaba boca para que le saliera completo. No se ha suministrado una tunda así a mortal alguno. Sus quejidos eran como el clamor de un trombón poderoso. Un fraile, cándido varón lleno de virtud, que guardaba pureza de corazón, creyó, asustadísimo, al ver a Félix que estaba ya cayendo dentro del sepulcro, y empujado por una cristiana obligación fue más que de prisa a la sacristía a traer la crisma para darle la santa unción final antes de que se le apartase el alma del cuerpo, pero al empezar a decir la sagrada fórmula: *Per istam sactum unctionem...*, el Canillitas abriendo una rendija de párpado para que apenas se le asomara la curiosa niña del ojo, dijo con la porción de boca que le quedaba sin dolor:

—¡Qué peritas, ni qué peritas, puro chinguere, señor!...

Al oír esto el apacible padre salió despavorido, con idéntica prisa que la que había empleado en ir por el santo óleo, pero le iba añadiendo santiguadas que se esparcía rápidamente por toda la cara azorada por lo que le oyó decir al Canillitas, y angosta por tantos ayunos.

Cuando el fraile lo dejó solo siguió tartamudeando votos, porvidas y pesiatales. Algunos de estos los producía creo que en alemán, idioma que se le antojaba más imponente. Pensaba en el vino y lo deseaba con ansia abrasadora. En esto entró el fornido hortelano, y al ver éste que el Canillitas tenía una cara feísima y como sabía bien, que el rostro es el espejo del alma, se la supuso horrenda, y le vino a las mientes la inadecuada idea de romperle el tal espejo, y, al efecto, sin pensarlo mucho el hastialote le arrió una estrepitosa bofetada llena de intensidad seductora, claro está que para el hortelano, con la que puso a hacer a Félix gárgaras con las muelas. Donde le hizo blanco lo dejó negro. Además le dejó la vehemente sospecha de tener dos costillas rotas.

La falta de vino puso al Canillitas a las mismas orillas de la muerte, pues era borracho vitalicio. Sentía por sus alcoholes diabólicos una pasión perseverante que le

arrancaba suspiros horribles y cuando éstos o el clamor se le alejaban de la boca, tenía unas bascas caudalósísimas, complicadas con retortijones subversivos con positivas consecuencias. Era el ser más infeliz de ambos hemisferios. Melancolizaba sus infortunios. Amasó su tristeza y enojo y encontró motivos para sufrir.

Clamaba con quejumbre desgarradora por un jarrillo de chinguere o de zambumbia, o de ojo de gallo, o de lo que fuese; el caso era beber cualquier vino de esos que alborotan la sangre, porque ya no podía más con la abstinencia. Que se lo diesen y aunque lo dejaran después inmóvil en la incomodidad de aquel cepo por sesenta y cinco días seguidos, si lo deseaban así sus paternidades. Suplicaba después, quejicoso y con el rostro ya abonanzado, que le llevaran el jarro, aunque no estuviese bien lleno, que con él así se conformaba; que jamás en sus días reclamaría lo que le faltase, o que le sirvieran vino, no del bueno, sino ya en embrión de vinagre, pero viendo que también le negaban esas humildes solicitudes, se rendía descorazonado ante la imposibilidad de catarlo, y lloraba a lágrima viva con su correspondiente moco y baba, más que prostituta en Viernes Santo. Ofrecía todo lo que pudiese cumplir y aun lo que no pudiese. Le escurrían, le saltaban fugaces unas lágrimas gordas como tejocotes, por su reseca cara achicharrada, y decía con acento de nostalgia, que se contentaba ya con que a una botella le pusieran en el gollete un largo carrizo y que el otro extremo se lo encajaran a él en una de las fosas nasales, siquiera para oler así el vino aunque fuese a respetable lejanía y sustentarse sólo con su regalada fragancia.

A todas estas proposiciones y a otras más adecuadas que hizo, le contestaban con rotundas negativas —*nego mayoren*— que le ennegrecían más el humor, y cuando metía en su humilde petición una blasfemia, le alumbraban indefectiblemente, con una insigne bofetada, con la que le desalforzaban el cutis, ya plegado y arrugado por los años. Le predicaban que así, en la escuela de la contrariedad, tenía que robustecer para lo sucesivo la iniciativa y la voluntad, cosas que no se adquieren en el teatro de la dicha cuando se tiene lo que se apetece, cuando la boca de uno es medida de cualquier deseo, esto quiero y esto tengo. Pero el Canillitas ponía menos atención a estas prédicas que si quisiera fijar la forma de las nubes que vio cuando tenía cinco años de edad, las pasajeras nubes de antaño, en las que nunca reparó.

Sólo fue compasivo el hortelano cuando lo oyó suplicar con humildad de mártir, ya con el semblante muy abonanzado, que únicamente quería oler el chinguere o la zambumbia, y le llevó un colmado jarro de aguardiente; al verlo el Canillitas, los ojos le rebasaron de las órbitas, y con un gran ¡oh! admirativo abrió la boca, boca cavernosa, que tardó rato en volver a su antigua posición, pero el desalmado belitre le dijo:

—Querías olerlo, pues huélelo, fraile bigardo.

Pero no se lo arrimó a la nariz como era lo indicado para que le diera gusto al olfato, sino que el muy bárbaro se lo echó entero por la espalda que en mil paites tenía abierta, agrietada, en carne viva, por gracia de la feroz azotaina, que había

recibido, refrendada, además, cada hora, liberalmente, con otras muy tupidas. Con aquel ardor lanzó un rugido tan largo, tan prepotente, que hizo que la Tierra acelerara su rotación y hasta vio a la Santísima Trinidad rodeada de gloria y majestad. Torció la cara con mil rápidas gesticulaciones, y en toda ella le salieron desolados remolinos de arrugas. La carne le chillaba y el desventurado Canillitas daba respingos como chivo con la rabia.

Se le subió el frenesí a la cabeza y le bajaba a la lengua; enloquecido de coraje le dijo al hortelano, entre otras lindezas, hijo de cabra y vela verde, y empezó a calificar la conducta de la madre de aquel bestia; siguió por la de la abuela, y no terminó sino hasta dejar bien asentado que hasta su quinta generación no había habido hembras en su parentela que no mereciesen desprecio y la saliva de toda la gente de bien. Esta larga excursión por el árbol genealógico del hortelano le valió que éste le descargara, como premio, a puño cerrado, dos potentes mojicones en sus estrechas quijadas. Después de ellos, con manos pródigas, le suministró una tentadura de alto a bajo y un competente sobado de dedos que no parecía sino que maduraba brevas.

Así pasó días y más días. Los frailes le adjudicaban tornasoles de locura. Sólo le llevaban agua y un tieso pambazo, con lo que estaba ya más escuálido y aflautado que antes. Como los ruseñores, tenía más voz que carne, en frase de Lope de Vega. Lloraba el bergante por los ojos y por la nariz y se asombraba mucho de que le saliese agua por entrambos conductos, ya que no la bebía jamás, pues siempre, afectuoso y tierno, se entregaba a sus regaladísimos bebistrajos alcohólicos.

Viéndolo tan contrito y con aspecto así como de tortolita enferma, lo soltaron del cepo y empezó a caminar trastabillando, con un descoyuntado temblequeo de títere. Dios y ayuda costó que anduviera. Agarrábase de las paredes para no caerse. Fue milagro claro y patente de la Divina Providencia que no se desarmara.

Era un hombre tasajo, una alma en cecina. Hallábase todo abollado y más ñaco que un gato de azotea; las ojeras le llegaban hasta el cogote; los huesos perforábanle la piel; su espina dorsal estaba retorcida en espiral como muelle de colchón. Y no poseía siquiera alientos para hablar; tan sólo con decir dos monosílabos, caía desmayado por el esfuerzo grande que realizaba. Apenas reservaba sus energías en mínima parte para levantar los párpados y entreabrir la boca. Si entonces le hubiera venido un estornudo, todos los huesos se le habrían diseminado. Con el aire de un abanico se habría levantado del suelo como pavesa. Era ya lo más espiritualizado del espíritu humano en su tránsito por el barro corpóreo. Sus miradas tenían una humilde y apacible ternura de borrego en el último instante de la vida. El aspecto del pobre Canillitas era como de golondrina llovida. Se sentía tan débil, tan deshecho, como si lo hubieran arrastrado siete veces seguidas en torno de un sitio de ganado mayor. Así como estaba él deben sentirse las mujeres, indudablemente, después de la agitada tremolina del parto. Pero así y todo tenía persistencia en vivir.

Como le llamaban Fray Abundio le besaban la mano, y se veía, además, en aquel convento y entre frailes, le empezó a germinar la idea de que, acaso, él también fuese

uno de aquellos padres que habían dejado al diablo y sus pompas. Ya iba al coro y cantaba, aunque con desentono horrible y voz infelicitísima. Lo que le extrañaba mucho era que siendo fraile, como todos le aseguraban que era, supiese menos latín que un toro bravo. Se acordaba con añoranza de su vida pasada; pero viéndose con aquel hábito venerable, sus ideas se le atropellaban en espantosa confusión, como manada de potros salvajes que asustados quisieran pasar por el estrecho portillo de una cerca. De repente, se desesperaba hasta lo inaudito y volvía a gritar con frenesí que lo dejasen libre, que no era padre, sino el famoso y mentado Canillitas.

Con aquella desesperación los franciscanos lo creían de nuevo en poder del Enemigo Malo, y para que se le saliera el Dañador, inmediatamente del cuerpo, le aplicaban, sin leerle los conjuros una aceptable ración de garrotazos, con los que casi le desquebrajaban los huesos y le deterioraban el pellejo, más arrugado ya que una nuez de Castilla, y él, falto de ánimos, solamente bajaba la cabeza para facilitar la operación. Ya no dormía; sus ojos se hallaban perennemente abiertos en una angustia sin tregua.

Padecía una gran desolación de espíritu. Su alma estaba desnuda de consuelo mortal; hundía el rostro entre las manos sudorosas y se entregaba a una sombría meditación; salía de ella lleno de abatimiento y exclamaba con son afligido y tenue:

—¡Ay, Cristo de mi amor, las que estoy pasando en este maldito convento franciscano! ¡Negras las he visto, mi Dios! Ya lo he dicho, estoy fregotizado. ¡Qué feliz sería yo ahora si no hubiera habido en el mundo semejante San Francisco!

Una tarde arrastrándose, pasó por la reverenda bodega conventual. Al contemplar tanto tonel de vino, se quedó alelado y trémulo ante tan bella visión. Creía que aquello no era realidad, sino fantasmagorías de sus sentidos, pero se convenció al fin, ¡loado sea Dios!, de lo contrario, y exhalando tal cual suspiro, abrió los ojos y la boca del modo que le pareció más propio para expresar su estupefacción, y le entró luego en el pecho mayor alegría que a Colón cuando vio tierra. Quedó feliz y glorioso, arbolado de júbilo.

La satisfacción le rebosaba por los ojos en forma de lágrimas y por la boca en gran escurrimiento de babas. En el acto se obró el maravilloso prodigio de que se irguiera muy galán, como si estuviese en una revista militar en la posición de firme, y se fue contoneando, saleroso, con las manos plantadas en las caderas, y así llegó fanfarronamente hasta estar cerca de un tonel venerable que envolvió con la efusión de una mirada tierna, embelesada. Decidido, se abalanzó sobre él con un furor indescriptible, se pegó a la espita, metiéndose entre el cuerpo gran cantidad de ese glorioso vino trasañejo que le calentó en el acto el habitáculo del alma, lo remozó, y le puso clara la idea de la fuga. Le dio al barril unas ligeras palmaditas; con mano lenta le acarició uno de los aros y le dijo viéndolo con amorosa ternura:

—Bendito sea el fruto de tu vientre.

Si los señores frailes franciscanos lo llegan a ver en ese estado heroico y le oyen esa blasfemia, lo exterminan incontinenti; lo reducen a polvo impalpable. Se fue al

huerto como pudo, bamboleándose a ratos y a ratos en cuatro pies, y cogió el portante por la puerta falsa, por donde salían las canoas que llevaban al convento leña, maíz y otros menesteres.

Caminaba a lo columpio con el peso de una borrachera fabulosa, de esas de apoteosis, babeando sin descanso, con un solo ojo abierto. Iba con más vaivenes que lancha en borrasca. Pensaba con intenso goce en sus cáusticos bebestibles que eran para él magníficas bebidas, como néctares y ambrosías de dioses, con los que hacía mucho tiempo que no se regalaba, y con los cuales tenía los muy sanos propósitos de fomentarse aquella embriaguez ya de consideración que llevaba encima, perfeccionársela con mano de maestro, hasta llegar a una despampanante que no tuviese nada falto.

Barruntando estos deleites soberanos, cuando menos lo acordó, tenía encima un coche con candongas y todo. Lo hociqueó de lo lindo el par de mulas a las que sacaba todo el brío con látigo y espuelas el maldiciente cochero que iba montado en una de ellas, llevando según se acostumbraba, tan sólo una bota, la de la pierna que caía dentro del tiro. Todos estos automedontes cavernícolas, tenían la costumbre de echar encima de los transeúntes el vehículo con el loable fin de que se divirtieran los señores que iban dentro, muy repantigados. El par de bestias paseó muy bien paseados los hocicos por la cara del Canillitas, quien iba con rapidez de la una a la otra, para conocerles, sin duda, la calidad de las babas espumosas; con la carrera que traían los animales se lo llevaron gran trecho por delante, hasta que al fin, no pudiendo salirse de entre ellos, cayó al suelo con un porrazo rotundo con el que alzó gran polvareda, golpe que debieron haber sentido claro los antípodas.

Quedó boca arriba el magro y cigüeño Canillitas, inmóvil, contemplando con ojos pazguatos el azul firmamento. Las pesadas ruedas aprovecharon bien la actitud e inmovilidad en que estaba, y le pasaron por el pecho, pero se devolvieron rápidas al refrenar el auriga a las mulas, y variando su primitivo trayecto se le encaramaron por el estómago y con el inconsiderado apretón casi lo hicieron echar las tripas por la boca, pero únicamente le llegaron hasta medio esófago, y como por fortuna no hubo otro nuevo regreso de las malditas ruedas, se le devolvió el redaño a su sitio primitivo para esperar con ansia loca su nueva ración de enloquecedor tencuarniz. Pasó el pesado vehículo y se levantó el Canillitas escupiendo tierra; le salía el polvaredón de la boca como si trajese entre el cuerpo una tolvanera, pero a poco la saliva hizo su oficio, y ya echó incontables canicas.

—¡Ea!, borracho idiota, ¿por qué vas por en medio de la calle? ¿Qué no ves las aceras?

—Y tú, burritonto, ¿no ves cómo ando? Voy por en medio de la calle, abre los ojos, porque sólo allí quepo con lo que llevo, y no camino por las aceras, pues no soy equilibrista, si lo fuera estaría en un circo corriendo por el alambre. Y oye, jijo de la gran siete, ¿quién te enseñó a manejar, que te llevas de encuentro a la gente ebria y pacífica como yo?

—¡Tu retznada madre! —le contestó el cochero, caldeado de coraje porque no le pareció adecuada esa insípida expresión matemática.

—¿Ah, sí? ¿Conque mi madre fue la que te enseñó? Pues oye, tú, con razón lo haces tan mal. ¡Qué iba a saber la pobrecita vieja de arrear bestias! Anda y busca quién te enseñe mejor que ella, pendejo. Quizá tu mogollona madre, cuando la desocupe su coime, te podrá enseñar bien el oficio.

—No me insultes, porque la pasarás mal.

—No es insulto decirte pendejo, sólo es una apreciación.

Pero el auriga le aventó al Canillitas por toda respuesta unos adjetivos calificativos y modificativos muy ardientes y atronadores, que pasaron por el aire zumbando como cohetes, y se le fueron a clavar en los oídos; y para desprenderse esa especie de saetas inflamadas, se llevó con prontitud un dedo al interior de una oreja y se lo remolineó con rapidez como para extraerse aquello que tenía allí pegado, que casi le cuarteó el tímpano, pero dejó esta asidua operación para atender con eficiencia a otra urgencia.

Lo que le dijo el cochero no fue más que el prolegómeno del latigazo potencial con que lo regaló después, enredándole todo el chicote en el endeble pescuezo. Manos le faltaron al Canillitas para desasirse de aquel estrecho corbatín de cuero que por delante casi le partió la nuez y por detrás le conmocionó todas las vértebras, desnivelándose, por lo que le andaba la cabeza con más movimiento que si estuviese puesta en el extremo de un alambre delgado. Pero el cochero tiró rápido de la fusta, atrayendo a Félix con la fuerza del jalón hacia el vehículo en el que fue a dar panzazo tal que a poco más lo hubiera embarrado en la caja del coche.

Le quedó en recuerdo de aquella triste jornada, un ancho verdugón morado alrededor de todo el cuello, pero, hasta cierto punto, le armonizaba bien con el color negro de los ojos, y siguió el hombre, fiel a su destino, con una terrible combustión en el estómago y bamboleándose como si caminase encima de una esfera giratoria.

Partió el carruaje al trote ligero de las mulas, y el iracundo cochero descargó sobre ellas unos golpes evidentemente brindados al Canillitas, quien muy despernancado y agitando el sebáceo sombrero como si fuese a dar un viva, le gritó al peludo automedonte:

—No te maté porque no quise cometer un estulticidio y, además, porque aquí no es rastro. Y ahora, para que se me pase lo fuerte de este susto, tendré que dar quince tragos largos y diez cortos de polla ronca, apropiado néctar para estos casos terribles. Vamos allá.

Octavo tranco

En el que se va a decir en dónde, cómo y por qué el Canillitas estuvo a punto de ser devorado

Imponente era la borrachera que llevaba Félix. Era amplísima, de las de agarra-pollos, llamadas así con exacta propiedad porque con su peso avasallador se camina enteramente agachado, casi en cuclillas, como si se anduviese persiguiendo para tratar de atraparlas a unas de esas pequeñas y piadoras aves de corral.

Lo echaba de un lado para otro su fabulosa ebriedad y en uno de estos irrefrenables bambaleos fue a darse un magno encontrón con un descuidado transeúnte y le puso un zapato encima de un pie, haciéndole lanzar una exclamación adecuada al dolor que sufrió, con unos indispensables pesiatales aferrados de porvidas, y exclamó luego que acabó de soltarlos:

—¡Salvaje, qué pisotón me diste! Me has deshecho de este pie tres dedos por lo menos.

—No se lo he dado. ¡Qué capaz que yo de algo! Soy muy avaro, sépalo. Sólo se lo presté.

—¿Conque sí? ¿Conque me lo prestó? Pues como por ahora no lo necesito para nada téngalo, se lo devuelvo.

Y diciendo y haciendo asentó el pie de lleno en uno de los de Félix con una patada bestial.

—No urgía la devolución, señor, se pudo haber quedado con él por más tiempo.

—Como soy forastero y me voy de la ciudad, por eso le he hecho la entrega. ¡Yo para qué me voy a llevar nada prestado, ni menos de usted, a quien no conozco! Ah, oiga, como ganó buen interés por el tiempo que lo tuve en mi poder aquí tiene el rédito legal para que lo aproveche y lo goce. Y dígame si aun falta algo.

Y sin más ni más el muy lebrón le bregó a Félix las piernas a pisotones, con los que casi se las desbarató, haciéndolo ver cometas encendidos y mil estrellas errantes de todos los colores; pero así y todo respondió muy comedido y suave, tragándose la dolencia:

—Acepto los réditos porque yo voy a la ganancia, y como no quiero más de lo que me corresponde, pues usted me ha dado un gran excedente, aquí le devuelvo el sobrante. Recójalo.

En un santiamén le asestó dos pares de excelentes zapatadas con las que casi le trituró una espinilla, lo cual al instante, hizo hervir a borbotones la ira del acoceado, y tanta era la ferocidad que mostraba en los ojos, que en cada uno de ellos tenía temblando una luz; parecía que sus niñas tenían presa una luciérnaga. Y a toda mano,

con un milagro de sencillez, le dio un trascuernazo con el que lo echó boca abajo, y así caído como estaba, le suministró con galanura singular, una buena pisa de coces, y eso que estaba obscuro; con alguna claridad habría sido más pulida la pateadura y se la hubiese distribuido mejor por todo el cuerpo. Era cosa bien sabida que de todos los golpes que se repartían en la ciudad, al Canillitas le tocaba siempre una buena parte. Tenía estrellas contrarias.

Félix para defenderse con algo, empezó a lanzar un sinnúmero de pedradas verbales, con las que le sangró la honra a su agresor, pues entre ellas salieron a relucir bonitamente el padre, la madre y no sé cuántos más de sus ascendientes, pero no solos, sino bien acompañados de sonoros y significativos epítetos. Les decía piadosos responsos de vituperios y anatemas. De repente el enfurecido golpeador suspendió su atareado trabajo y gritó con efusión:

—¡Recáspita! ¡Si es el Canillitas! Por la voz y los voquibles lo he conocido. ¿Verdad que tú eres, Canillitas?

—Sí, yo soy ¿y qué? ¿Y tú quién eres, carajuelo?

—Tu amigo el doctor Pretinas, hombre. Otros me apodan Pelechotes.

—En tus partos habías de andar, Pelechotes, hijo de mala madre y de los demonios, y no sobre mi cuerpo.

—Voy a asistir a uno y tengo prisa en llegar, pues ya sabes, hermano Canillitas, que es cosa exacta, bien probada, que después de las alegres noches de posadas, a los nueve meses justos de esas fiestas, aumentan los nacimientos más que en ninguna otra época del año. Y es el caso que como los niños se encargan generalmente de noche, siempre vienen a las altas horas para desesperación de nosotros los infelices ayudadores a bien parir, en las cuales deberíamos estar en la ocupación continua y virtuosa de regalamos el cuerpo con buenas bebidas, con el rostro abierto al regocijo, y no hacia una gritona parturienta. Ésta es una desconsideración de las mujeres para con nosotros que las servimos en esos aprietos que tienen por culpa suya y de sus maridos o de sus amigos.

—Perdona lo que te presté, querido doctor Pretinas, o Pelechotes, como tú mejor atiendas y te acomode el nombre.

—Perdona lo que te devolví, Canillitas.

—También disculpa lo que te dije. Te puse de asco.

—¿A mí? A mí no me dijiste nada, absolutamente nada, tranquilízate, no me pusiste de ningún modo. Ha sido a mi padre y a mi madre. A mí ni siquiera me mentaste. Yo no te había conocido; en esta viva tiniebla de las calles ¿quién se va a conocer? No hay ni un mal farol que alivie la obscuridad, con lo que se expone el pobre transeúnte, a que lo atropelle un alumbrado como tú. Pero yo, en justa compensación, al acabar el alumbramiento al que voy a asistir, también me alumbraré tanto o más que tú para celebrar, porque soy patriota, que mi querido México ha aumentado su población con un nuevo habitante, acaso con dos, según es la inflazón que he visto. Te convidó, a tragar lo que quieras, sólido o líquido, luego que salga esa

señora de su cuidado.

—¡Ya lo creo que me convidarás! Pero no digas que salga de su cuidado, sino de su descuido. Sé que tiras buenos gajes, porque ustedes los curanderos ganan bastante.

—No lo creas, los médicos nos hacen mucha competencia.

—Si careces de blanca o de calderilla yo soy ese que convida ampliamente a los alifuces de rigor para nuestra mutua iluminación. Si no hay un bien nacido tabernero que nos los dé *gratis e d'amore*, me robo por ahí alguna cosilla baladí, la vendo, y con lo que me den por ella, producto honrado de mi trabajo de proponerla en venta, procuraremos emborracharnos, pues tengo intenciones de agarrar esta noche una buena borrachera.

—Pues a la que traes ahora, ¿qué defecto le pones?

—Entonces, si te parece, solamente me la perfeccionaré; le pondré adornos vistosos. Así —no se me olvida nunca— tu hermano el Molcas y yo nos adornamos con muchas y variadas galas una muy preciosa que traíamos ambos en una alegre tarde de toros. Por cierto que hace bastante que no veo al Molcas. ¿Qué es de él, vive o ya pudre?

—Vive, sí; pero está medio tonto.

—¿Ah, sí? ¿Medio tonto, dices? Entonces ha mejorado.

Cada uno de estos bellacos tomó su derrota bajo la noche llena de tinieblas palpables. El doctor Pretinas o Pelechotes, como se le quiera decir, se lanzó rápido a sacar al mundo a aquel retoño, como buen recibidor o comadrón que era, y el Canillitas, columpiando el cuerpo con un gran vaivén, a lo de vas o vienes, lo llevó su fino instinto de ebrio a la bulliciosa taberna «La Virgen Adúltera», de la que era propietario un jácara dicho el doctor Falfurrias, y a donde llegó jadeando, y en la que a diario se reunía con sus amigachos, gente ociosa y corrillera, tahura, pendenciera y salaz. Allí no se oían más que roncas y porvidas, bravatas y pésetes, reniegos, votos y mentises.

Como se ponía por las noches esa, «Virgen Adúltera», resultarían en parangón suyo lugares silenciosos de recogimiento y devoción, la torre de Babel o las cenas de aquel famoso Sardanápalo. Al ver al Canillitas los rufianes, asiduos concurrentes a ese establecimiento de holgorio, con aquella extraña facha y con aquella cara tan escuálida que los carrillos se le besaban por dentro, con más arrugas que un traje viejo, y creo que iba hasta más dentón que de costumbre, prorrumpieron en largas carcajadas caudalosas y elementales, y, entre tanto, el disfrazado jácara, con los ojos llenos de azoro, no atinaba más que a decir con voz entrapajada a todos los rufos:

—¡Ay, vengo hecho añicos!

—¿Por qué añicos? ¡Años! No te los trates con tanto cariño.

—¿Verdad, señores, que yo no soy fraile? ¿Que no lo soy? ¿Yo fraile? ¿Fraile yo? ¡Qué asco! ¡Yo soy, ustedes lo saben bien, el legítimo Félix Vargas, el Canillitas! Esta túnica me queda con tanta propiedad como a una burra un par de arracadas. No quieran fregarme, asegurándome que soy fraile.

Para apaciguarlo, lo empezaron a regalar ampliamente con vino y eso fue menudear jarras. Bebía a pasto del blanco y del tinto, y el agua vaya por el río. A poco, con esa perseverancia ejemplar, poseyó una borrachera llena de esplendor. Cuando ya tenía el estómago bien encharcado, la cabeza perdida, y comenzó a roncar con isócrona placidez, cargaron de nuevo con él los malvados amigos, lo vistieron con sus antiguas piltrafas, y lo fueron a tirar, todo despatarrado, allá por la Tlaxpana.

Al día siguiente despertó hecho un jilguero; cantaba con voz resquebrajada de aguardiente, laúdes, completas y maitines completos, entre la ruidosa algazara de la gente.

—¿Verdad que no soy fraile? ¡Claro que no soy fraile! ¡Qué fraile voy a ser yo! Con este hábito, y mi borrachera, que también es ya un hábito, seré, cuando más, San Franchispo de Anís, ¿pero fraile?

Con estas constantes palabras en la boca se fue por esas calles, ocupando pronto el centro geométrico de un gran círculo, y se juntó a su rededor la bullanguera inquietud que andaba por ellas dispersa. La gente lo tomaba por loco, y unos alguaciles lo extrajeron de la vocinglera turbamulta y lo llevaron para San Hipólito, en donde lo metieron y allí, por buen principio de cuentas, le echaron encima unas tinajas de agua helada, y después le suministraron, cristianamente, una paliza monumental, con la que querían acomodarle otra vez el juicio en la cabeza, pero con el vapuleo casi le echaron el alma fuera del cuerpo. «Al loco quitarle el palo; y si quiere arremeter, darle con él». Félix no lo traía, ciertamente, pero hicieron de cuenta que arremetía con furia.

Esos garrotazos fueron incontables; aventajó su número a una cifra astronómica. Le pusieron la cara verdosa, morada, amarilla, con grandes rosetones azulados. Era todo un arco iris el que tenía el Canillitas diseminado por el rostro. Con el ojo derecho ya no veía, y el izquierdo le sangraba fuera de la órbita, entre el lúgubre cerco de un negro concentrado. Era un perfecto ojo a la funerala. El que lo cuidaba, que era un hombre más malo que Holofernes, con la tez dividida por un cerdoso y abultado bigote, le daba siempre los buenos días con varios prepotentes puñetazos. Si a un buey le hubiese plantado sólo uno de ellos, habrían estado lloviendo bistés y filetes por un mes seguido en la Muy Noble y Leal Ciudad de México.

Además lo bañaban a diario a puros cubetazos de agua serenada que contenía todo el frío de las largas noches de invierno.

—¡No quiero más agua, no! ¡Piedad, sufro mucho! Con ella se me acaba el resuello y por consiguiente el habla, y todo esto me lo sustituye una angustia y una ansia y un enorme temblor. Sudo entre los chorros fríos y siento que me ahogo. ¡Ay, que horrible! Parece que me tragué a un charro con espuelas y todo.

—Aunque no quieras te daremos un baño largo para que te sosiegues.

—Voy a estar quieto como clavo en pared. Me sosegaré sin el baño ese. Ay, pero largo no; mejor lo prefiero ancho que largo; a otros les agrada más bien largo. A mí no. Me gusta angosto y como a mí hay numerosas personas honorables. Pero en esto,

como en todo, hay variedad de opiniones, gustos diversos. Sobre gustos no hay nada escrito; sin embargo, hay gustos que merecen palos.

—También te los daremos a ti, pierde cuidado, distribuidos en excelentes raciones que te sabrán muy sabrosas. Prevente ya que principia la primera. Saboréala.

Y diciendo esto empezó el loquero un derroche de magníficos garrotazos. Se dejaba llevar de la prodigalidad, desdeñando toda economía. El Canillitas los correspondía con exceso de clamores, ayes, suspiros y llantos, y como remate les puso un buen desmayo.

Estaba Félix plagado de chinches, de piojos, de pulgas incontables. Todos estos animalitos de Dios, después de arduos trabajos para introducirle la lanceta, escarbándole asiduamente en el resquebrajado cuero, creían encontrar sangre succulenta para saciar sus hambres, y, aunque no la hallaban, no se decepcionaban por esta leve contrariedad, porque, en justa compensación de la tenaz labor que habían desarrollado para perforarle el cuerpo, encontraban vino, que era lo único que le andaba al Canillitas por las escuálidas cañerías de las venas.

Con ocho o diez sorbos que daban aquellos bichos en sus respectivos agujeros, enloquecíanse inmediatamente; subían y bajaban sin cesar por aquel cuerpo de mojama peluda; corrían sin descanso, empeñados en un maratón inacabable. Con ese inusitado ejercicio, a los pocos instantes se volvían a pegar al piquete con insaciable avidez. Para extraer algo tenían que emprender ímprobos trabajos en que los infelices animales sudaban la gota gorda, pero al fin y al cabo se recompensaban de su trabajo chupando largamente, y luego, como no eran egoístas, enviaban activos emisarios a todos los cuerpos de los locos, para que acudieran presto todas sus amistades y parientes al del Canillitas a participar de las ocultas succulencias que había en él, que aunque semejaba un sarmiento amarillo y ñudoso, se le extraía un licor incomparable. Pero al hartarse no se estaban quietos esos animales, sino que para hacer la digestión se ponían a andar de un lado para otro, a dar tremendos saltos mortales y carreras velocísimas, para después volver a clavar sus aguijones.

Infinidad de pulgas, chinches y piojos de los negros y de los blancos, acudían gustosos y agradecidos al generoso y desinteresado llamamiento de sus colegas, para colonizar el árido cuerpo del Canillitas, y, a poco, ya mejor orientados para los goces intensos de la vida, reemplazaban la sangre insípida de locos mal comidos y nada bebidos, por aquel líquido insuperable que los incitaba a la movilidad y al noble e insaciado anhelo de beber más y más sin decir hasta aquí. Contentísimos mandaban constantemente a llamar, como se ha dicho, a todos sus parientes, amigos y allegados, y les servían banquetes de quinientos cubiertos o más a estilo Heliogábalo, en torno del vientre que era de lo más suave por guardar aún algunas reservas de grasa, o bien en las pilosas pantorrillas, o en los tibios sobacos, y aun en la parte prepóstera, que le colgaba como dos vejigas desinfladas.

Los comeltones se agravaban con la loca asistencia de más de doscientas concubinas disolutas, tal y como lo estilaba el bíblico Baltasar, y todos esos

comensales, poseídos de extraña furia, se entregaban a grandes, descomunales excesos. Desatados en una descomunal orgía, armaban horrendas trifulcas con las mesalinas con quienes se empeñaban en la procreación, pero no así como así, sino con grandísimo escándalo.

Uñas faltaban al Canillitas para ponerle el *Manes*, *Thecel*, *Phares* a este incasto y enardecido animalero, en constante movilización. Se llenaba Félix de terror con estos bichos ávidos, y pensando en los presuntos golpes de los loqueros, se le metía un gran pánico entre pecho y espalda, pero ese terror y este pánico poseían cada uno su temblor respectivo, y, por lo tanto, no sabía a cuál de los dos atender.

Con esos tremendos insectos que le invadieron el cuerpo como terreno conquistado, no le era dable dedicarse al inofensivo placer de dormir. No podía tener sosiego ni cuajar sueño, por lo que acudió lleno de desesperación a consultar tan grave caso con el boticario, quien lo tranquilizó diciéndole:

—Usando la preparación venenosa que voy a facilitarle, podrá usted librarse en lo absoluto de esos bichos dañinos que se lo están comiendo vivo. ¿Le pongo tres cuartillas?

Félix vaciló y después de pensarlo dijo:

—Dígame, buen hombre, ¿cuántas pulgas, chinches y piojos, pueden fallecer con tres cuartillas de esos polvos exterminadores?

—¡Qué sé yo! Veinte mil por lo menos.

—En tal caso póngame nueve pesos con tres reales y dos cuartillas más, suma que le pagaré y hasta con premio encima, cuando salga de esta cárcel o, lo que sea, el día feliz en que dictaminen los médicos que ya volvió a entrar la razón en los aposentos de mi cerebro.

Cuando el Canillitas con voz de suspiro, que era ya la única que le quedaba al desgraciado hombre, quería explicar que no estaba demente, que nunca lo había estado, gracias a Dios, ni pensaba por el momento estarlo jamás, le arrojaban baldazos de agua fría y en seguida le soltaban unas pavorosas garrotizas, entremezcladas convenientemente de buena ración de puñetazos, dizque para lograr que volviera a regir su cerebro, y con toda esa mezcla lo debajan ya echando las boqueadas finales, en los extremos mismos de la muerte. No andaba Félix en el hospital sino por los rincones, como animalillo temerosos. En sus ojos siempre mojados, chisporroteaban con la humedad y el pestañeo las más desgarradoras elegías.

Verdaderamente el Canillitas tenía por huesos algo muy resistente, acaso, sólidos pedazos de hierro, tal vez, trozos de piedra mármol. Si en aquel tiempo no hubieran estado en tan lastimoso abandono los graves problemas científicos, o siquiera hubiese habido hombres de iniciativa, se habría emprendido un análisis especial, una investigación escrupulosa, para estudiar la contextura de este ser, formada, probablemente, por la resistencia de una materia desconocida; pues a cada trompiza o apaleo que recibía, robustecía más y más esta firme creencia, porque ni siquiera se

le astillaban en mínima porción con aquellas tundas tan expresivas, con las que únicamente se la abría la reseca carne en grietas largas, ondulantes, más o menos profundas, que manaban una cosa aguanosa y coloradilla que los conocedores de mayor experiencia, aseguraban que era sangre, y, en cambio, los leños quedaban aplastados y hechos como estropajos inservibles, como si en ellos se hubiese sentado la Esfinge con las tres pirámides en el regazo.

Andaba el Canillitas rostrituerto, cariacontecido y quejicoso. Era una perenne quejumbre el sin ventura. Se quejaba con enormes ayes llenos de trémolos agudos, dolorosos, voz de flauta en baile de esos de teta y nalga, a las cuatro de la mañana, cuando ya el pobre flautista no puede soplar más y solamente angustiosos pujidos arroja dentro del negro cañuto. Atraído por su clamoreo gemebundo fue el médico a examinarlo y lo auscultó minuciosamente. Le hizo hábil percusión por todo el cuerpo; se le asomó, con noble curiosidad científica, a la boca; le escrutó los ojos; se puso a atisbarle, muy atento, por los agujeros de la nariz; le hizo concienzudos tientos y tactos por otras partes de su cuerpo; lo ponía de pie y se le doblaba al momento como charamusca correosa o vela de sebo junto a un fogón; pero fuera de esta retorcida y ondulante languidez de cuello de cisne con asfixia, no le encontró el facultativo ningún mal corporal. Si hubiera tenido dinero el Canillitas, el sabio varón que lo examinó, le halla al instante lo menos cinco enfermedades distintas y de éstas, dos muy graves, para mermarle cuanto antes el capital en acertada combinación con las boticas.

Para cerciorarse al fin el facultativo de que tenía ya el entendimiento sano en aquel cuerpo sano, se limitó a mandarle que rezara el credo y lo dijo Félix del pe al pa, y dijo también la salve, y el padrenuestro ce por be, sin que le faltara ni le sobrara siquiera una sílaba, y ya por cuenta propia, soltó unas oraciones y unos ciertos romances piadosos dirigidos a santos de su particular devoción, para que le sacaran cuanto antes de San Hipólito, terrorífico aun para los mismos locos, con mayor razón para los que no estaban salidos de juicio y lo tenían puesto muy en su lugar.

Con toda esta prueba definitiva quedó el ilustre doctor convencido, y persuadido a la vez, de que el Canillitas estaba con el juicio completo, sin que le faltase ni una porción, salvo la indispensable que cada quien tiene de desequilibrio, junto con algo de poeta y de médico, Además, no le quedó duda de la salud mental de Félix cuando éste se mostró inquieto, quereloso y con pena del ininterrumpido piqueteo de las pulgas, y contó muy de largo las miserias que había pasado y en el acto lo echó a la calle. Los santos —qué duda cabe— inspiraron este buen acuerdo al facultativo por lo mucho y muy fervorosamente que les había rezado el Canillitas. Con sus constantes ruegos llamaba a las puertas de la divina misericordia. Se valía de la oración para conforte de su alma. No en vano se alzan las manos a Dios.

Noveno tranco

Aquí se da razón de las pláticas que tuvo el famoso Canillitas con el benéfico padre Don Bernardo Sandoval

Abandonó el Canillitas el Hospital de San Hipólito, donde se hartó de tormentos que le gastaron y apuraron la paciencia. En esa casa pisó los umbrales de la tribulación. Dios tenga gozando de la gloria eterna a su fundador el Venerable Bernardino de Álvarez. Tenía nuestro hombre el aspecto fúnebre de un difunto que ha salido a dar un paseo. Iba dando traspiés con suelto vaivén de barquilla en oleaje, y con ese bamboleo acrecentado creeríase que quería enroscarse varias veces sobre sí mismo como una tira larga de masa sin consistencia cogida de la artesa del amasijo. Las piedras de la calle eran para él peligro y tropezadero constante. A cada paso tropicaba y muchas veces caía. Sus piernas eran a manera de flácidas columnas de inestable gelatina, y su cara de mucha aflicción, de esas caras de hágase tu voluntad y no la mía.

El padre don Bernardo Sandoval, que sabía el arte de ser caritativo, volvió a llevar a Félix a su casa, limpia y olorosa, lo recibió en ella con abierta cordialidad. Allí lo tenía siempre a mesa y mantel. Ya en ella devoró luego luego, sin muchos preámbulos, con muy fiera prisa, lo que le pedía su urgida necesidad: un colmado cazuelón de frijoles, siete varas y media, cuando menos, de correosa longaniza; unas dos docenas escasas de huevos, unos sorbidos con furiosa ansia de hambriento, otros fritos, algunos en tortilla, los más revueltos con jitomate y chile verde de sabroso picor; se atarugó con unos grandes trozos de carne asada, recios y sangrientos, aparte de una enorme ración de cecina, que bien cubriría un sitio de ganado mayor. Además, para ayudar a pasar todo esto se remojó como convenía, con un cántaro de leche, que de un solo tirón, sin tomar aliento, se volcó íntegro en el estómago. A la vez se desayunó, almorzó, comió y cenó con pantagruélica e ilimitada abundancia. Comiendo, comiendo el apetito se va abriendo; sí, pero comer con tasa y beber con taza, dice otro dicho, porque quien más come, menos come, y lo que es lo mismo, jugando más el vocablo: mucho come quien poco come, y poco come quien mucho come, pues llega la muerte y carga con él por su inmoderada tragonía.

Después de tan conmovedor refrigerio que hubiera indigestado a Goliat, y que Félix se embauló bonitamente, no por glotonería sino por convicción, pudo decir con la seguridad de un persuadido y con voz fragorosa al lado de la cual la del legendario Estentor resultaría como un débil pío pío, de gorrioncillo de nido:

—Los doctores son unos perfectos jijos de la gran siete. —Y para recalcar la frase escupió por un colmillo despreciativamente.

—Por Dios no digas ese insulto numérico, querido Félix, que, me supongo, será un grave improprio cuando tú lo dices con tanto enojo. Los doctores, lo sé bien, son magníficos para curar los diviesos, algunos catarros, los uñeros, y dicen por ahí, aunque no me consta, que son capaces de sanar hasta algunas carrasperas rebeldes. ¡Qué prodigios de hombres! Las enfermedades se alivian con las medicinas, sin las medicinas, y a pesar de las medicinas.

—Yo, padre mío, a los que me refiero son a los médicos ricos, porque como ya no se ocupan de sus clientes, adoptan el cómodo sistema de vivir, y por lo tanto, dejan vivir.

—Eso es verdad, muy verdad, tan grande verdad como las del Evangelio. Récipes de médicos, opiniones de abogados, sandeces de mujeres y etcéteras de escribanos, son cuatro cosas que doy al diablo. Así lo manda el refrán.

—Y hace muy bien. Más cura una dieta, que cien recetas.

—O lo que es lo mismo, Félix, más cura una dieta que una lanceta. Dios cura y cobra el médico, y lo que éste erró, errado quedó y la tierra lo cubrió.

—Yo cuando enfermé del estómago o del bazo, o de las ingles, porque nadie atinaba con lo que yo tenía en este sucio cuerpo mortal, fui a ver, únicamente a instancias de mi compadre Apuleyo Antolines, que se decía Fiscal de Puertos Francos, al famoso doctor don Atilano de la Puente Carreño, porque él necesitaba vivir; compré después las medicinas que me recetó porque necesitaba vivir el boticario; y luego, ya en casa, tiré bien lejos esos malditos potingues porque, claro, yo también necesitaba vivir.

—Me asombro, Félix, pues no sé de dónde has sacado ahora tanto acierto cuando de continuo te hallas desatinado y torpe, no dices sino cosas tocadas de insensatez. Los médicos, convéncete, están a la cabecera del enfermo sólo para ver si su medicina los mata o la Naturaleza los salva.

El padre don Bernardo Sandoval, después de decir todo esto, empezó con mucha paciencia a resanarle al Canillitas todas las grietas y hendeduras que tenía en su cuerpo, tan aporreado y cochambroso. Se las rellenó con un fragante unguento y hierbas medicinales maceradas en aceite de almendras; pero, por más que hizo, no le pudo borrar el alhorre, o sea la extensa coloración que tenía desparramada por la cara. Se creería que habíanle aforrado el rostro para preservárselo de pelusa o mosca, con un viejo pedazo de vitela, arrugado y roto, sobre el que derramaron, entremezclándolos, todos los colores de la tablilla de un pintor.

El Canillitas le hacía, entretanto, a don Bernardo, la promesa jurada y perjurada, de no volver jamás a beber vino, y cuando le decía esto poníase la mano en el pecho para acompañar con este clásico ademán sus expresiones de protesta, pero no se imagine, ni por ensueño, que las cumplió. ¿Cómo iba a cumplir esa enormidad el Canillitas? Por más que hiciera no podía separarse del vino. Estaba sujeto a él por un *fatum* inexorable. Se sentía arrebatado hacia la bebida por una fuerza de atracción mayor que su voluntad. Ya con menos bailoteo en las piernas, con equilibrio más

estable, salió a la calle y se bebió hasta los quiries, y, ¡Jesús!, llegó a poco muy bébedo, con una borrachera inconmensurable, épica; cantaba una melodía tenebrosa y lanzaba gritos inflamatorios en honor del patrañero y exagerado Fray Bartolomé de las Casas porque con un propósito humano y justo defendió a la sucia indiada, diciendo desatinadas exhortaciones y poniendo unas zarabandas fantásticas de cifras.

—Félix, por los clavos de Cristo, tú has bebido y mira en qué forma —le dijo consternado el santo padre Sandoval.

—¿Yo, beber, padre mío? ¡Ah, no, no!

—¿Cómo que no, y lo niegas aún, Félix? ¿Y ese constante bamboleo? ¿Y el olor? Hueles a vino que atufas.

—¿Yo, oler? ¡No señor, yo no huelo a nada! —Y lanzando al aire un dedo socrático añadió:

—El que huele es usted, padre Sandoval, y de qué manera.

—Ya lo creo que soy yo el que huelo, pero te huelo a ti, sinvergüenza. ¿Pues no dijiste que ya no ibas a beber? ¿Así cumples lo ofrecido?

—Mire, padre mío, le diré, yo me embriago por útil pasatiempo, por especial necesidad del espíritu, en que el vicio, el feo y abominable vicio de beber, tiene muy poca parte. A mí no me gusta el vino, ¡qué me va a gustar!, a mí me agrada la borrachera, cosa enteramente distinta. Anoche yo me pregunté con insistencia: ¿Seguiré bebiendo o no seguiré bebiendo más? La cabeza me dijo, desde luego, que no; el estómago me respondió que sí. La cabeza es más prudente, padre, y el más prudente cede siempre, usted lo sabe: *ergo* ¿no se dice así?, seguiré bebiendo, me dije, y seguí... Pero alégrese, padre, me embriagué en compañía de personas que tenían santo temor de Dios.

—Mira nada más que borrachera traes, bárbaro.

—No está mala, ciertamente, pero tengo fundadas esperanzas de traerla mañana mucho mejor. Se hace lo que se puede y se pregunta lo que no se sabe.

—Ven a tomar una tisana para que se te baje esa sucia embriaguez.

—¡Santa mortaja! ¿Pero qué enormidad está diciendo su merced? ¿Cortarme yo esta magnificencia? Su merced, a pesar de tener un natural blando y jovial, es muy pesado. Es más pesado que un elefante una ardilla que está dando vueltas en una jaula. Estoy en la ufanía del vivir, ando ahora en un Edén. Así es que déjeme, déjeme su merced, y no me saque de mi apoteosis.

—Eres un calandrajo.

—¿Pero qué es eso? ¿Calandrajo ha dicho su merced? ¿Es expresión cariñosa o insulto? Si es esto último, llámeme mejor bestia, que lo entiendo mejor.

—No, porque sería halagarte. Quisiera que tuvieras otros cinco sentidos más para lo que te quiero decir, para que bien lo entiendas y lo percibas.

—Ya hartas veces me ha quebrado la cabeza su merced, padre mío; ya me ha predicado lo que me conviene y lo que no me conviene hacer. Me ha dicho del huevo y quien lo puso. Así es que no venga ahora a meterme más razones en este pobre

cofre, que ya no caben en él. Está atestado. Solamente que me traiga otras nuevas para avisarme y advertirme, veré si entran un poco. No sé, verdaderamente, de dónde saca tanto, tanto y tan bueno su merced.

—La edad da la razón y da las razones. Pero antes que nada quítate el sombrero.

—¿Para qué me lo he de quitar si oigo igual?

—Dijiste, y mira lo bien que lo cumples, que ibas a dejar tus bebeturas, y que no volverías a tomar.

—Dije que no volvería a tomar y es mucha verdad; pero no acabé la frase porque su merced me la cortó en lo mejor; quise decir que no volvería a tomar resuello al beber y lo he cumplido, pues todos estos salutíferos alifuces que traigo en hervor dentro de mí, me los he sumergido mientras mi pobre corazón atormentado dio una rápida subida y una bajada veloz. Cumplí con lo ofrecido.

—Te lo he dicho cantado y rezado, que no tomaras al día más vino que el de una copa. Me juraste hacerlo así. Entonces, Félix, ¿por qué andas ahora ebrio? Ya con nada se te sube a la cabeza, pues, me supongo que serías fiel cumplidor de tu palabra y que solamente tomarías una copita.

—Claro que he tomado una copita por día, pero hoy me adelanté, generosamente, todas las de este año y las de los sucesivos, hasta llegar al de gracia de 1885.

—Félix, convéncete, de que con esas constantes embriagueces tuyas haces un papel peor que el de envoltura. Todos se te ríen. Es tiempo ya de que pongas orden en tu desorden, de que te levantes como el santo Job de tu inmundicia.

—No me levanto porque estoy cansado.

—No tienes más aspiraciones que emborracharte a todas horas. ¿No has cubierto aún esas aspiraciones?

—No, padre, no les gusta el vestido, y las dejo yo en cueros vivos, no las contrario. ¿Para qué cubrirlas?

—Estás embebido en tus vicios y nocivos entretenimientos.

—¡Si no fuera por los vicios qué haríamos en la vida!

—Vete ya. Me estás faltando al respeto. No tienes urbanidad.

—¿Cómo que no? La tengo en grado eminente.

—¿Pero qué entiendes tú por urbanidad?

—Urbanidad es no dejar saber a la gente aquello que uno piensa de ella. ¿Qué estoy incorrecto? Puede ser, no lo niego; pues no hay caballero capaz de hacer pasar por su garganta siete cuartillos de vino sin que la dignidad se le olvide.

—Te estás granjeando una bofetada, Félix, de esas de efecto inmediato.

—No contrariaré nunca lo que dice su buena persona; pero en este solemne momento se le antoja a mi estómago el recreo de unas cuantas copas de bingarrote, y ya voy a lanzármelas al estómago, pero estoy indeciso si en «El Triunfo de la Victoria» o en «A ver qué sale», o en «La Cadera de Lola». Pensando en estos tres establecimientos vinarios y en lo que en ellos voy a tragar, siento por dentro como un baño de agua perfumada, y en la boca grato sabor y justo temor. ¿Se opondrá ese

bingarrote con la leche? ¿Me hará daño, padre mío?

—¿Pues qué, acabas de merendar?

—No, padre, con la leche que mamé, porque se asegura que la leche con el vino, tórnase veneno.

—Bárbaro, estás menos racional que una res. Te vas a envenenar con esos bebedizos de Satanás.

—Déjeme saborear a mis anchas los venenos de mi predilección. Ésta es la vida, la juventud.

—¿La juventud? La jumentud, dirás.

—No entiendo esa voz.

—Ya te la daré a beber y a entender con una cuchara de plata. Ahora siéntate, óyeme y dime. ¿Por qué ese beber y ese beber que no tiene fin?

Se sentó Félix muy obediente y fue a ocupar el ángulo menos averiado del sofá, y dejó a don Bernardo el que estaba mostrando su alma de zacate. Su nuez subió y bajó hasta cuatro veces por el cuello. Se rascó la cabeza como labor previa para estimular sus pensamientos, la inclinó después y se le vinieron sobre la frente las pelambres lacias, y detrás de aquella cortina sebosa se quedó pensativo.

—¿Mi pregunta te hace cavilar?

—No señor, no es la pregunta, es la respuesta. Pero ya está. Yo me emborracho únicamente por tres motivos. El primero, por el día de mi santo, como es muy natural, o por solidaridad, el santo de algún amigo mío; por las fiestas reales, para celebrar los fastos de mi nación, en memoria de nuestros gloriosos soberanos, pues no quiero deslucirlas como buen vasallo que soy; otros matarán o herirán solamente, o darán gritos inflamatorios; yo sólo contribuyo, espontánea y modestamente, a su lucimiento, emborrachándome; y tercero, por cualquier motivo.

—Este tercer motivo es el más frecuente, según creo. Así no podrás regir tu vida por un pausado compás. Genio y figura...

—Pues a pesar de lo que acabo de decir a su merced no me emborracho yo por mi propio impulso, ¡quia, no señor!, sino por obediente que soy.

—Ahora resulta que te obligan a que te alcoholices. ¿Y no hay alguien por ahí que te reduzca a la templanza?

—Pues sí señor, sí me obligan a envasar. Dentro del estómago tengo, ha de saber su merced, como inquietos habitantes a unos diminutos enanos, traviesos y turbulentos homúnculos, que me piden con atroz insistencia todo aquello que se les antoja beber, y yo, claro está, y no hay ni para qué asegurarlo, que se los doy, únicamente para que no me molesten, sólo por eso, pues me perezco por la tranquilidad. Veces hay que me dicen: «Queremos aguardiente», y es lo que les doy todo el santo día de Dios, porque nada más eso es lo que desean, y apenas si me ataranto un poco, un poquito nada más; otro día, que ostoche, y les complazco ampliamente el gusto bebiendo sólo ostoche, y me entra, sí, una cierta mareadita, pero nada más, nada más, de allí no pasa la cosa; otras ocasiones apetecen yagardiza

y yo, complacidísimo, tengan su yagardiza, les digo, y se las sirvo a todo instante, hasta saciarlos, y entonces me pongo un poquillo, solamente un poquillo alborotado y turbulento; otras veces me piden inofensivo Jerez o Montilla, y yo obediente siempre a sus mandatos, los regalo con esos caldos como diría un vinatero, y por amor de ellos quedo algo calamocano y me doy hasta mi clásico tropezón, no lo niego, ¿por qué negarlo, si es verdad? Pero, ¡ay, Dios de mi vida!, yo tiemblo como hoja de álamo cuando llegan esos días para mí aciagos, en que se ponen anárquicos, cuando no pueden emparejar su gusto, y en que uno me pide de lo tinto; otro chinguirito y Alaejos; otro, blanco de Yépes; otro, del buen de Méntrida, otro, sanluqueño; otro, suave y dorado Lágrima Christi; otro, democrático pulque, y como yo soy así, tan generoso, tan blando de corazón, y en una palabra, tan complaciente y consentidor, y, como, además, aprecio mucho a los pobrecitos y quiero estar a buenas con todos ellos porque con su aguda conversación me dan ratos deliciosos, no les puedo negar cosa que me piden, y no me doy abasto en servirlos, porque están en un variar continuo como veletas en día de turbión, y entonces, ¡oh sangre preciosa de Cristo!, por la maldita culpa de esos pícaros, cojo esas borrascosísimas borracheras que me traban la lengua, me bamboleo como caña entre ciclón, y luego me tumban, poniéndome a roncar, y, a veces, me dejan todo descalabrado, en un estado sanguinolento, deplorable porque para divertirse, son de festivo humor, me echan sobre piedras picudas o me hacen trabar con algún bigardo una pelea casi homérica.

—Quítate ya de delante de mi vista, no quiero oírte decir más desatinos. Vete.

—Me voy, pero quiero que conste que de mejores lugares me han echado.

—Sí, vete, vete. Anda a acostarte para que te levantes temprano; ya sabes que al que madruga, Dios lo ayuda.

—¿Cómo se entiende ese adagio? Pues otro «evangelio chiquito» afirma que no por mucho madrugar amanece más temprano. ¿Yo madrugar? ¿Yo, levantarme temprano? ¡Qué caray! Yo no tengo que ver nada con las ordeñas. Además, los que madrugan se exponen a que las criadas, sin ninguna caridad, les echen el polvo de los tapetes y alfombras que tienen la buena costumbre de sacudir en los balcones, o las pulgas de las mantas y sábanas, ¿y para qué más?, con las que trae uno naturalmente en el cuerpo ya tienen bastante ocupación las uñas, y no hay para qué atarearlas con exceso de trabajo.

—Bueno, bueno, ya basta. Vete a acostar y no me digas más cosas. Santas y buenas noches nos dé Dios y una parte de su gloria.

—Amén. Y perdóneme, señor don Bernardo, y sí me perdonará, qué duda cabe, pues es usted de un gran corazón, le da de ventaja cuarenta latidos al mejor y le gana.

Vio al padre largamente con ojos tan vagos como era él mismo, se le acercó muy humildemente, pero con paso bamboleante de equilibrista en maroma y le cubrió la mano de resoplidos y de besos sonoros y se alejó con el mismo andar oscilante, inseguro.

—¡Válgame el Señor, Félix! —exclamó el bueno de don Bernardo con una

compunción que no sentaba mal a sus hábitos sacerdotales, al ver que el bellaco no se apartaba un punto de la bebida, pues todos los días y a todas horas pimplaba de lo lindo.

Décimo tranco

En el que el disparatado Canillitas sigue con entusiasmo su vida desorbitada, llena de superfluidades y deleites, teniendo como centro la bebida

Félix entró en la habitación que le tenía señalada el padre Sandoval para que durmiera, y como el vino le levantaba el estómago, quería lanzar cuanto antes el abundante que almacenaba. Quiso irse a la cama para sacar de debajo el recatado artefacto que allí se guardaba, pero dio un traspies colosal y, cae que no cae, no fue a parar sino hasta el balcón en donde confundió de modo lamentable una maceta con el dicho utensilio y en ella vertió... «Nuestras vidas son los ríos que van a dar al mar...», la mar y sobre un pobre sujeto que en ese instante crítico pasaba por la calle; le arrojó cantidad de bocanadas del humor pecante que lo incomodaba.

El transeúnte, ignorando que a tales horas estuviese permitido el riego de las plantas, protestó con todas sus fuerzas, escupiendo juramentos y amenazas. Como Félix había abierto la boca contra el transeúnte, éste también la abrió con maldiciones salidas de lo más íntimo de su alma, las que se oían del uno al otro polo. Le dijo hasta el Pentateuco.

—Don Bernardo, ay, señor don Bernardo de mi vida, —exclamó el ebrio, sorprendido por esas cálidas razones— ¿quién es el malhablado que se ha metido en el vaso de noche?

Con todo lo que hubo expelido descargó el nublado. Quedó expedito después de lanzar todo aquel fármaco venenoso, pues para Félix era como medicamento; pero no fue a echarse a su frío lecho celibatario, ¡quia!, sino que con su andar sinuoso dirigióse hacia una habitación en la que don Bernardo instaló la modesta librería para regalo de su curiosidad intelectual.

—¿Qué tomo? —decía Félix, y tomaba un volumen de los anaqueles—. Tomo un tomo de Fray Luis de Granada; otro tomo del Padre Puente, y otro de la Venerable de Agreda; ahora los voy a vender y tomo anisete tostado que hoy se me antoja.

No sé cómo apetecía este desatinado bergante esa violenta bebetura, pues a cada trago que daba de ella, así fuese pequeño, quedábase como pasmado y luego tosía por siete minutos seguidos, por el ardor que le quedaba en el galillo, como si por él le hubiesen subido y bajado un tizón.

Tornó a caminar con paso asentado de gato; parecía que ya por momentos iba a dar el salto, y al fin lo dio de alegría al llegar a la puerta de la calle para ir a refinarse exquisitamente su escabrosa borrachera, cosa que consiguió pronto, sin mayores dificultades, en la vinatería «La distracción del entendimiento». Allí tenía una

compotera de cristal de competente cabida a la que él llamaba su copa de Hércules Farnesio. Llenábala hasta los mismos bordes y se la embocaba con urgida ansia y precipitación de sediento y vaciábala casi de un tirón, bebiéndose hasta los escurrimbres; chocaba después la lengua contra el paladar, denotando con ese sonoro chasquido que aquello estaba excelente y muy a su gusto.

Allí mismo guardaba también un vaso de buen cupo al que le pintó la cabeza de un cornudo diablo casi en la misma orilla y la de un Cristo en el fondo. Se iba sirviendo vino hasta que no tapaba con él al feo Satanás y mientras que lo hacía exclamaba fingiendo enojo: «¡Hasta ahogarte, maldito demonio!». Y cuando empezaba a beberse el vino decía unciosamente, como para animarse: «¡Hasta verte, Jesús mío!». Y casi de un solo trago se despachaba al estómago el líquido quemante únicamente con el buen propósito de que su vista gozara cuanto antes de la grata imagen de Cristo que le sonreía desde el fondo. Es pequeño cualquier sacrificio que se haga por ver la faz del Señor. Combinando el contenido de estos dos amplios recipientes volvió a la casa a eso de la madrugada sumergido hasta las trancas en una inenarrable papalina con la que iba y venía como agua en batea llevada en vehículo bamboleante.

Con lo que comió, que fue mucho, y con lo que bebió que fue más —de lo que me gusta, hasta que me tupa— y que lo puso en aquella insigne embriaguez, traía la cara flamígera en un alto grado de ignición; un rojo violento le tapaba la policromía que le dejaron las trompizas incesantes de los loqueros, y le vinieron violentos vómitos que le sacaron del cuerpo cuanto tenía.

En cada uno de ellos hallaba verdugo y tormento. Su basca era el Orinoco, complicado con el Niágara. A su lado el Iguasú y el Amazonas eran una pura desgracia. Con tantas arqueadas y vómitos pensaba dar el alma. Con cada uno de ellos, se le ponía el cuerpo en violento zigzag, lleno de ángulos, y luego se le retorció como un largo sacacorchos. Cuando acabó de echar una de aquellas caudalósísimas bocanadas, dijo con palabra tartajosa:

—Vaya, allí van los frijoles refritos que me comí. ¡Toda una fanega! Ésa es la longaniza, ¡caramba!, ya se me salió toda y nada me quedó adentro de las cinco varas y media que embaulé, relamiéndome. Ésos son los huevos. ¡Bah! ¡Ya me quedé sin huevos! No más eso me faltaba. ¡Qué lástima! Ya eché la cecina; mírenla todita entera. Es un dolor. Soy el rey del arrojo, no por lo valiente, no hay que confundir, sino por lo que expelo.

Un perro famélico se acercó a comer de todas aquellas cosas que el Canillitas lanzaba a torrentes por boca y nariz, y de puro asombro de ver junto a él a ese animal se quedó turbado, frío, se le salieron los ojos con un indecible pavor, y la boca la abrió en señal de un estupor indudablemente épico, y gritó alarmadísimo:

—¿En dónde me habré comido yo este maldito perro prieto que no me acuerdo? ¿Y a qué horas lo eché que ni siquiera lo sentí? Lo sobrenatural me envuelve, me persigue; antes el hombre aquel, ahora este perro negro. ¡Misterio! ¡Misterio

impenetrable!

Varios amigos suyos forcejearon con él, queriendo conducirlo a la casa del padre Sandoval. No supo ni cómo ni cuándo perdió la ropa, o si la vendió o si la regaló. Estaba desnudo, en un estado de inocencia edénica. No tenía encima más que sus pecados y un pañuelo al cuello. Para que no luciera más aquel desvergonzado traje paradisíaco los truhanes, sus congéneres, se lo querían llevar, y aunque él se defendía con denuedo, al fin lo dominaron y lleváronselo con un movimiento como para enjugar botellas, y para sosegarlo lo pusieron a dormir plácidamente con una trompada muy oportuna.

Hecho un resquebrajado Adán iba tendido en una parihuela, y fueron a vaciarlo en la cama en la que él se dejó caer con el aire de un hombre que sucumbe a lo irremediable. A poco parecía que se iba a fragmentar con los ronquidos que daba, se le sacudía todo el cuerpo como queriéndole reventar para tener mayor expansión. Se creería que estaba bramando un megaterio. Todo lo del cuarto por sus tenaces resoplidos, se hallaba conmovido en una agitada trepidación, próxima a la catástrofe. Los cuadros revolaban haciendo molinetes en el aire, sostenidos por la cuerda que los sujetaba al clavo, y un enorme lienzo, de asunto místico, ya no pudo sostenerse y vino a dar sobre una mesa que se despatarró toda con aquel peso repentino, levantando un estruendo horroroso, en combinación con la pintura desgarrada.

El padre Sandoval venía de decir su misa de diez, tranquilo, reposado; al oír aquel estruendo aceleró la calma de su paso, pues creyó que cuando menos, se había derrumbado todo el techo, haciendo tortilla delgadísima a Félix, pero se lo encontró tranquilamente con la cabeza colgada de la cama y con un brazo extendido, palpando el suelo, como si buscara algo extraviado.

—Creí, ¡válgame Santa María!, que se había caído el techo, que te hizo torta y quebró mi crucifijo, lo que yo más quiero. ¿Pero por dónde se encuentra mi Cristo que no lo veo, mi Cristo de los Desamparados como yo le llamo? ¿Qué has hecho de él? Solamente está el repostero de terciopelo sobre el que lo puse.

—No se alarme, padre, que no hay por qué, digo yo. Como esa imagen no me inspiraba mucho fervor, ni me causaban mayor lástima sus heridas, con ser bastantes, se la llevé ayer mismo al pintor Saldañita para que le echara cuatro reales de sangre y tres de llegas. Ya me dará su merced ese dinero para la paga, porque el maestro ése, no es hombre que fíe. Con todo el apropiado sangrero que le va a poner encima don Mateo, que es el nombre del dicho Saldaña, se le tendrá ya más lástima e infundirá mayor devoción esa imagen del Señor.

—¿Entonces, qué pasó? ¿Qué gran ruido fue ése? ¿Pero qué andas buscando, hombre?

—Padre, calma. Tenga su merced calma y paciencia, se lo ruego. Ando buscando una sortija de coyol que creo que traía yo puesta en un dedo de esta mano, y que me parece, ¡no!, no me parece, estoy convencido, se me cayó; bien que oí el ruido que hizo en el suelo. ¿Qué, su merced por ventura, no la oyó sonar? A mí hasta me

despertó. ¿Por dónde caería mi anillo? ¿No lo ve por ahí, padre Sandoval?

—¡Uf, caramba! Qué aliento el tuyo, Félix. Hasta me tumbas para atrás cuando me lo sueltas encima. ¡Válgame! Salen de aquí unos vapores como para letargo. Atafagan y encarcavinan mil sentidos. Cerraste puerta y ventana y se han confinado los malos humores, y hacen tan denso el aire que pueden verificarse aquí fenómenos de levitación. Para tener salud yo duermo todas las noches con la ventana abierta; así deberías hacerlo tú.

—Yo, con la boca abierta nada más, y eso me basta.

—Tienes un temblor como si estuvieras fabricado con alambre y te agitaran. El vino, la desvelada y alguna zorróna...

—No es esto por los alcoholes, ni por la falta de sueño, ni menos porque haya hecho mía con frenesí a una rabiza de esas que son de todos, sino que tiemblo por lo que traigo adentro.

—¿Pues qué traes adentro, desventurado?

—Verá su merced. Iba yo por la calle tranquilo, muy en santa paz, y me topé por mi mal, con ese iracundo maestro de Instituto, don Genaro Fernández Mac Gregor a quien me le acerqué solamente a besarle la mano, no a demandarle nada para mi tonificante mezcal, como otras veces lo he hecho con buenos resultados monetarios, y me lanzó el agrio señor una mirada tan rigurosa, tan llena de recriminaciones, ¿recriminaciones por qué?, y tan helada, que en el acto me congeló la sangre, convirtiéndomela toda en nieve de fresa, y esta frialdad entre las venas es la que me trae las carnes en temblorina.

—Ay, y cómo tienes ese ojo pavonado. Por poco te lo revientan. ¡Qué gran puñetazo te pusieron en él! ¿Qué sucedió, pues?

—Nada anormal. Nada que no cayera en el orden natural y lógico de las cosas. ¿Qué había de suceder? Anoche, después de que me pasó el grado báquico de la ternura, me puse un algo turbulento, desasosegado un tantito, solamente un tantito, padre, y un corazón piadoso, el Maraguás, me colocó allí la mano, me parece que con bastante ímpetu, como se puede ver por las negras consecuencias que ostento, pero únicamente con el noble fin de tranquilizarme un poco, y lo consiguió ese bruto de buena alma. Con ese método suave y persuasivo accedí a lo que él quería. ¿Quién no? Para apaciguarme da siempre el Maraguás en esa gracia del diablo, cuando hay, qué duda cabe, otros métodos dulces que podía emplear: la persuasión, el convencimiento. Ya se ha acostumbrado este coquín de malas pulgas a hacerme injusta entrega de golpes. El otro día nada menos, estando yo perdido en otros mundos por la virtud del vino, me sacó de ellos sin razón inmediata, dándome los mayores porrazos y mojicones y aun me midió de rabo a oreja con un garrote, solamente, ¡mire qué cosa!, por el frívolo pretexto de que no le quiero pagar siete reales y medio que ha dos años le adeudo. No usa un rastro de misericordia. Interpretó a mala parte mi ánimo y mi mente y me puso hecho una lástima, me dejó amorriñado. Ese daño que me hizo, que Dios, Señor Nuestro, se lo pague en viruelas.

¡En malos infiernos arda el tal Maraguás, junto con su madre, muy señora mía!
¡Malditos sean sus muertos!

El bueno de don Bernardo Sandoval había puesto a Félix un traje nuevo sobre una silla; calzón y chaqueta de cotonía, camisa de anejo, medias pardas de recio algodón, un buen barragán a lo estudiante, y unos flamantes zapatos de mahón, eso sí, anchos como libros de coro, para que le quedaran a la justa medida de sus vastos pies.

Félix en su alborotada parranda, se quitó uno de esos zapatonos de filisteo, para arremeter, belicoso, contra alguien, acaso contra el que lo apaciguó cuando se puso como había dicho, algo turbulento; el caso es que lo perdió, o, tal vez, lo regaló en un alarde de desprendimiento de los bienes terrenales, como pasó con sus ropas que dejó por ahí en su camino en obsequio o en préstamo. Llegó a la casa con un solo zapato, y al quitarse esa horrible enormidad fue a quedar junto a los nuevos. El padre Sandoval dijo:

—Félix, aquí te falta un zapato.

—¡Ay! no me asuste, padre Bernardo. ¡Ah!, pero ya veo no me falta. ¡Qué me va a faltar!

—¿Cómo que no? ¡Míralo! ¿Qué no estás viendo allí que falta un zapato? Son ganas las que tienes de contradecir, ¡caramba!

—No, padre, no falta, no falta, yo no contradigo a su merced ni ahora ni nunca, Dios me libre.

Félix dejó caer los codos sobre el colchón, los remolineó un rato como para fijarlos, y luego que los clavó, bien clavados, puso la cabeza en la palma de las manos, y por entre los dedos le salían disparados en todos sentidos, lacios manojos de pelos, llenos de sebo, ya próximo a derretirse. Con ojos casi extraviados se puso a mirar el grupo casi enternecedor de los tres zapatos.

—Ahora sí ya me persuadí bien, no falta ningún zapato.

—Te digo que falta, no porfíes.

—No padre, no falta, ¿cómo va a faltar?, sobra un zapato.

—Falta un zapato, Félix, ¿qué no lo estás viendo? No seas obstinado.

—No falta un zapato, padre, sobra uno, fíjese bien su merced.

—¡Jesús! ¡Por los sacrosantos clavos! Repito que falta un zapato.

—Y yo le aseguro a su merced que sobra un zapato. Mire bien... ¡Ah que usted!

Se convenció al fin el padre Sandoval de que ambos tenían razón, faltaba y sobraba un zapato, según como se viera la cosa. Se fue el padre Sandoval hacia su limpio comedor, en donde le aguardaba un tazón espumoso de chocolate, muy acompañado de la dorada delicia de molletes, marquesotes, picones y semitas monjiles y un gran vaso de leche fresca y mantecosa.

Volvió el padre a la alcoba y encontró aún a Félix en pleno ronquido.

—Deja ya esa cama, hombre de Dios; son más de las diez del día que lo hace muy apacible, quieto y claro. Ya no des sueño a los ojos.

Ya despierto el Canillitas dio dos o tres esperezos a la vez que parpadeaba

aceleradamente. También soltó unos enormes bostezos de beata en sermón, con los que parecía se iba a desquijarar. Por la boca que abrió como que se le vieron hasta las vértebras secretas y mucho del estómago.

—Levántate y vete a donde quieras, con tal de que no pruebes ese maldito vino.

—¿Para qué he de prometerlo? Como si tuviera más letras un no que un sí. Solamente se renuncia a un vicio cuando nos cansamos de él.

—Levántate, ya, Félix, y sacude el polvo de la pereza, échate fuera de esa cama. ¿A qué hora viniste anoche, que aún bien corridas las diez de la mañana estás durmiendo?

—A las doce, señor, y minutos más.

—Sí, no hay duda, a las doce y doscientos cuarenta minutos. Sal cuanto antes de entre esas sábanas, pues es vergüenza que aún estés echado. Afuera, ya te dije, hay un cielo azul y sol espléndido.

—Padre, reconozco bien que soy un verdadero miserable que necesita castigo inmediato, y, por lo tanto, por comportarme tan mal, me aplico la espantosa sanción de no ver hoy la linda luz del día. No merezco gozar ese bien. Además, padre mío, hay que acatar y yo obedezco como pragmática de rey lo que dispone una relacioncilla refranesca: «Una hora duerme el gallo, dos el caballo, tres el santo, cuatro el que no es tanto, cinco el caminante, seis el estudiante, siete el peregrino, ocho el capuchino, nueve el pordiosero, diez el caballero, once el muchacho, y doce el borracho», y como yo soy de esos, *ergo*... pues su merced me entiende y no digo más.

Y diciendo esto se subió rápido las mantas a la cabeza, volviéndose para el otro lado, y se puso a pegar el sueño; principiando por unos fuertes resoplidos reanudó su interrumpido roncar.

De pronto sonaron unas campanas distantes que se metieron en el sueño pesado del perdulario, que abrió ojos y boca admiradísimo; asustado con gran expectación exclamó:

—¡Las doce!, ¡vive Dios, y yo en mi juicio!

Después de reprocharse así su informalidad, saltó rápido de la cama, muy avergonzado de sí mismo por no haber cumplido con su deber y con bostezos de a palmo completaba lo que le faltó por dormir. Con aquella indumentaria nueva se forró el cuerpo el Canillitas. Quedó muy empavesado con esas ropas vistosas. Sufrió una metamorfosis que dejaba atrás a las de Ovidio. Así, muy lucido, se le presentó al padre Sandoval, quien en el fragante corredor leía su breviario.

—Ya me voy por ahí a lucirme.

—¿Quieres decir a embriagarte con lucimiento?

—No quiero decir eso; quiero expresar ahora que deseo ir a lucir estos lujos que me envuelven, aunque también a calmar una sed reconcentrada, no lo niego.

—Pues bebe agua, en la destiladera la hay fresca. Oyendo caer la gota en la tinaja de Guadalajara, se antoja beber de esa agua olorosa.

—No, agua no, yo no la apetezco nunca, jamás, ni por soñación. De lo que me agrada, una tonelada; de lo que me enfada, o poco o nada. El agua para un susto, y el vino para un gusto. En mi linaje nunca hubo un varón asustado para que bebiera de ese desprestigiado líquido. El agua hace más daño a los cuerpos que a los caminos, que hay que ver cómo los pone, mientras que el alcohol todo lo conserva.

—Sí, todo, menos los empleos.

A poco, como si lo empujara una centella, iba a toda prisa y relamiéndose por la vía pública, tan pública como lo fue la mazcorra de su madre, enteramente decidido a que se cumpliera su fatal destino. Como era de esperarse se fue a envasar por ahí, desafortadamente. Primero bebió sin contención en «A ver si puedo», después con brío e intrepidez en el «Néctar embriagador», y remató de manera gloriosa en «La Última Turca». Pasada media tarde regresó a la casa del clérigo con una borrachera indecible. Hacía con sus pasos no sólo equis y eses amplísimas, sino todo el abecedario completo, por lo que angosta y reducida se le hacía la calle. Parecía un péndulo loco.

Su voz estaba llena de chinguere, de mezcal los bostezos y de pulque la tos, y como adecuado complemento a todo esto traía fraccionada toda la ropa a la que le faltaban tantos pedazos que ya casi su traje era el mismo con el que había salido del claustro materno. Debajo de cada desgarrón lucía otro desgarrón en la carne con su respectivo manantial de sangre. Cruzaban su cara innumerables araños en todas direcciones, parece que la habían pintado en ella un plano topográfico. Traía al aire el ombligo ostentoso, y uno de sus zancajos, todo desollado, enseñaban la blancura lívida del hueso, y entre un desgarrón le palpitaba una nalga, muy enlodada.

—¡Sacratísimo nombre de Jesús, cómo vienes, cómo estás! Pareces un santo de Zurbarán, echado a perder. ¿Y el traje? ¡Mira no más el traje nuevo! ¡Virgen de la Bala! Solamente a un loco le fuera permitido andar en esa facha atroz.

—Más abrigan buenas copas que malas ropas.

—¿Qué estás diciendo? Con ese refrán, hecho sin duda por un borrachín, quieres disculpar tus locas aficiones al trinquis —y el padre don Bernardo empezó a santiguarse *per signum crucis*. Y continuó con su jeremiada:

—No sabes cómo vienes, no tienes idea de cómo estás. Traes la cara hecha un horror. Es toda ella un variado muestrario de piquetes, rasguños, raspones, araños. Parece que te dieron trompadas con lija. ¿No te has visto cómo estás? Pues mírate en este espejillo.

El padre Sandoval le entregó uno al Canillitas para que se viese en la facha sanguinolenta en que se hallaba, pero el truhán en vez de verse por el cristal, se lo puso delante de los ojos por el reverso, en donde estaba una sangrante estampa del Divino Rostro. Se espantó con su vista y quedóse atónito del sobresalto que recibió, y dio tan grandísimo grito que parece que iba a reventar por los ijares:

—¡Jesús de mi alma, cómo me han puesto! ¡Ay Dios, qué estropicio me han hecho! Nunca lo tuve tan enorme.

—¿No te da vergüenza, Félix, de andar en estos trotes a tus años? Sosiégate. Eres más viejo que la Biblia y no paras.

—El corazón no envejece, el cuero es lo que se arruga.

—¿Pero de dónde sacaste ese agasajo o angulema?

—Padre, se lo voy a contar. Es muy sencillo. El Chartrín, dueño del fonducho «Los sabios sin estudios», que es un hombre bragado y de malas pulgas, me dio una estrepitosa bofetada porque habiéndome servido un guisado que tenía tantos pelos como bigote de tártaro, le manifesté que había que comerlo con peine. Algo se enojó por esta opinión personal, pero se dejó el coraje adentro, comprimido para que no estallara en ese instante, y muy afectuoso no sé si por fingimiento o por convicción; me propuso cambiar ese plato peludo por otro de cabrito. Entonces yo le dije, verdaderamente indignado, que no, que eso sí que no lo admitía por ningún motivo, que se lo comiera él solo, porque siempre ha sucedido que el pez grande se come al chico, con esto sacó inmediatamente su furia y en un dos por tres se le acrecentó, porque añadí, con cabal conocimiento de causa, que su mujer, a quien llamamos la Resbalosa, ejercía con mucho éxito la linda profesión que tuvo la Magdalena antes de conocer a Cristo, nuestro bien, y que, por lo tanto, él era un marido de lidia, y por esa nonada baladí, me regaló ampliamente el Chartrín con un puñetazo con el cual me fletó en un desmayo.

—Me parece a mí que razón tuvo, pues le manifestaste que tienes la lengua con más veneno que el que hay en una botica.

—Por ahí principió la cosa. Buen comienzo. Luego me expresó su enojo de bruto ineducado con nuevas trompadas y coces mulares que yo no conocía, pero cuya intensidad me descubrió. Como soy yo tan compasivo, de alma tan blanda y generosa, aunque me esté mal el proclamarlo, porque la verdad no es inmodestia, maté un perro viejo que era de su propiedad y al que le profesaba tierno cariño de padre. Le llamaba el Huacal, nombre que le adjudicaron hacía ya cosa de veinte años porque no fue siempre sino armazón y animales y, además, de su venerable edad, estaba todo derrengado, pues una pudorosa señora lo medió mató con tres diestros estacazos al saber que él fue el que le quitó la inocencia a una perrita amarilla por cuyo honor velaba. En tan lastimoso estado ya no era bueno para nada y de lo cual el chucho lamentábase a todas horas aullando en un son muy prolongado y triste, convencido de que ya no podía enamorarse y si por acaso hacía esto sería sólo platónicamente, sin ningunas otras consecuencias por tener desecho lo mero mero. Así es que yo, ¡gran corazón el mío!, viéndolo en tan lastimoso estado lo despené echándole una piedra laja encima de la cabeza y solamente por eso el malvado Chartrín se sulfuró todo, se puso frenetiquísimo, y a mí, en compensación, me plantó en la cara muchas veces sus dedos grandotes y carnosos con los resultados que están a la vista. No me agradeció nada lo que hice tanto por el chucho mutilado, como por descubrirle, piadosamente, lo que era su cariñosa mujer, sino antes bien me dio esa tunda tan desconsiderada el muy zopenco con la que por poco me tritura. ¡Métase su

merced a hacer favores! ¡Hay cada ingrato!

—Tú dices que en todas tus peleas «le madrugas» al contrario y por eso las ganas. ¿Por qué a éste no le madrugaste?

—Lo quise hacer, pero él no se había acostado.

—Tú eres el que va a acostarse inmediatamente por el estado en que vienes.

—Vengo —contestó Canillitas, con una voz que era como el distante gorgoteo de un manantial en el fondo de una gruta—, vengo bien, muy bien, pero que muy bien servido. ¿Cómo he de venir? Traigo esta borrachera grandiosa y bien lograda porque se me pasaron algo las cucharadas. Yo pensaba ir a ver al señor Corregidor para que me diese empleo. El señor Corregidor me conoce, pero como iba yo con aquel traje nuevo, opacando al mismo sol, tuve la clara e inmediata sospecha de que fuera probable de que me desconociera Su Señoría, y me arrojé en el vientre unos cuantos cuartillos de un vinillo fresco y retozón, únicamente con el sano propósito de que el echarle encima la tufarada me identificase al momento, ésa era mi tarjeta de visita, sin que tuviera que hacer esfuerzos de memoria, ni yo tampoco la enojosa tarea de darme a conocer, si por algún casual me confundía, inconsideradamente, con algún Creso o Fúcar local. Hombre prevenido vale por dos, su merced lo sabe, padre Sandoval, pues así lo dice un adagio famoso.

—¿Y de ese espantoso pergenio te le presentaste al señor Corregidor?

—No, no señor, no lo vi porque yo haya llegado tarde, yo soy más exacto que un eclipse; sino que no lo vi por la sencilla razón de que no encontré la ilustre Casa del Cabildos. Se me perdió la maldita casa, ¿cree? Llegué a la Plaza Mayor y todos los edificios que la rodean, con el Palacio y la Catedral inclusive, tuvieron la fatal ocurrencia de dar vueltas y más vueltas a mi rededor, y luego se barajaban; se metía la Real Casa en la Catedral y después la Catedral en el indino Palacio, para en seguida salir ligera e introducirse en las Casas Consistoriales y luego éstas iban a dar derechitas a la Santa Iglesia Mayor. ¡Válgame Dios, qué mitote aquél! Se subían unos edificios sobre otros edificios, luego, con toda rapidez, se bajaban, y, ¡caray!, aquello era mareante. Para tonificarme me fui, como es muy natural, primero a la taberna «Así es la vida» del retumbante Carlitos Pellicer, después al «Gran sosiego» de la que es propietario el fijo y quietísimo Manuel Zubieta, con el fin de conseguir en las dos los ímpetus necesarios para agarrar la Casa de Cabildo cuando pasara por delante de mi humilde persona. Caminaba yo muy tranquilo; ahora, que no me acuerdo si rezando las letanías y pensando en lo muy sabrosa que está la mujer de don Faldellín de la Higuera, cuando en esto me quise caer, pero no me caí, no más di una jareada. ¡Qué me iba a caer! ¡Yo no me caigo nunca, padre, ni a resbalón llego! Pero con lo inevitable no puede uno. La acera se levantó rápida, intempestivamente, y muy derecha se me vino encima, y me azotó toda la cara como si fuese el mazazo de un hércules, e *ipso facto* vi encendidas en el aire una infinidad de luces, algo así como treinta pesos de velas de las de a cuatro por cuartilla. Sentí un estruendo dentro del cráneo y di el mayor batacazo con acera y todo. Yo no fui el que se cayó, no, ¡yo no

me caigo nunca!, ella, la malvada acera, fue la que se enderezó, y me saltó al rostro para derribarme, y, claro está, que logró su maldito anhelo, venía con tal arranque... Y aquí me tiene su merced, mi señor don Bernardo, con esta cara anazarenada y pidiéndole, atentamente, mi chocolate, o, mejor aún, un mezcalazo o polla ronca, charagua u ostoche, o lo que el buen corazón de su merced determine darme, para que se me bañe el hígado y me haga palpar dulcemente el corazón, según dice mi compadre don Chucho Guisa y Azevedo, gran catador de teología, a quien Dios perdone, que escribió Santo Tomás, el Ángel de las Escuelas, refutando a un tal Polibio, o por ahí va el nombre; porque aquí donde me ve su merced, padre de mi alma, yo también poseo mis letras. Soy una migaja torpe, pero tengo mis habilidades y ahora una borrachera eximia, de las que logran muy pocos hombres en el mundo.

—Lo que tienes es muy poca vergüenza, aparte de esa embriaguez.

—Lo reconozco, lo reconozco —murmuró Félix con aire de quien sucumbe ante la evidencia.

—¡Corona de espinas! ¡Verbo Divino! ¿Y esa pantorrilla ensangrentada, llena de desgarraduras, entre las que te blanquea horriblemente el hueso?

—La traigo descarnada con el hueso a la vista, porque cuando se alzó el piso y me dio el imprevisto azotón, alguna piedra sobresalía y me abrió parte de la carne, otra parte me la bajó, y otra, me la arremangó hasta ponerme en plena evidencia la blancura ósea. Yo creo, con perdón sea dicho, que su Divina Majestad se equivocó de medio a medio, lo que lamento mucho, porque siempre lo hizo bien Nuestro Señor, el ponemos tanta carne detrás de la pantorrilla y por el frente dejar el hueso sin defensa, pues es en él donde recibimos los más dolorosos golpes que hasta nos hacen ver mil ráfagas y centellas. ¿Para qué nos sirve allí tanto músculo? Amontonó el Creador carne hasta formar el mórbido promontorio de las nalgas —no pido perdón porque así se llaman—, también el de las pantorras, y en éstas debería estar por delante la parte carnosa y abultada, debajo de la rodilla y no debajo de la corva como Él la puso indebidamente, y así se equilibrarían mejor las dos prominencias, pues iría una atrás, la de las asentaderas, y al frente, la de las dichas pantorrillas, con lo cual se hubiera visto mejor el individuo y quedaría defendida la espinilla de golpes y testerazos. ¡Y con esta adecuada disposición qué retebién nos hubiera ido a los que tenemos la ufanía de ser tragadores de vino! Antes que juzgar mal al Señor, me queda dentro esta inquietud: ¿por qué haría así esta cosa incorrecta, cuando dio muestras de que todo lo que bondadosamente formó con sus divinas manos no tiene pero que ponerle? Yo afirmo que se lució haciendo por dondequiera obras muy buenas y bonitas. ¡Caray, no sé! ¡Mi sencillez espiritual no alcanza a comprenderlo, pero de que es malo lo que hizo en las pantorrillas, sí estoy muy persuadido! ¡Cómo no lo voy a estar, míreme usted este triste hueso!

—Eres un irreverente, Félix; no digas más ineptias, estás chorlomirlo y todo eso te lo dicta el vino. Ay, ese nefando vino de mis pecados...

—¿Cuáles pecados, padre Sandoval? Si su merced no ha perdido la sal del

bautismo.

A consecuencia del fenomenal porrazo cayó en cama el embriagado Canillitas y un médico de penuria capilar, o calvo, dicho a la pata la llana, y con gruesas antiparras, detrás de las que fulguraba el ojo certero y perspicaz, fue a respuntarle la cara para cerrarle, concienzudamente, las heridas. La costura se la echaba con una aguja larga y gorda como asador de fonda, y a cada puntada, después de soltar Félix un alarido con todas las fuerzas de su alma en acción, le daba un soponcio con mucho retorcimiento de cuerpo y agitado pataleo, y apenas iba a salir de él cuando ya el famoso doctor estaba atareado, forcejeando desesperadamente, por introducir la aguja, y nuevos aullidos tristes y nueva alborotada pataleta, con la que el cuitado parecía desarmarse.

Lo bañaban sudores fríos y en la boca tenía espeso hervor de espuma. Como se movía mucho con ese tormento insufrible, ordenó el médico que con el objeto de acabar bien y pronto la faena que había emprendido, amarraran a Félix de pies y manos y, todavía así, para mayor seguridad, mandó que se le trepase el azorado clérigo. Como Félix se hacía arco con violencia, se retorció y respingaba fuerte, calculó el padre Sandoval, muy bien calculado, que si le montaba no sería suficiente su leve peso de torcaz para mantener quieto a ese hombre enardecido, y se le ocurrió, ¡gran idea!, para poner fin a esos incontenibles bullicios, llamar a un su vecino, tablajero él en el abasto de carnes y antiguo matarife del Rastro.

El doctor aprobó la excelente proposición del clérigo de llamar al jifero ése para pedirle ayuda y brazo fuerte y con poca diligente diligencia llegó el matachín, hombrachón amulatado, de papada temblorosa de tres caídas y espaldas de alta grasa, con una impetuosa curva abdominal y asentaderas desafortunadas. Con sólo verle aquellas gruesas lonjas de aguayón que le salían por dondequiera, se adivinaban sus muchas libras de peso y lo muy aplacado que iba a estar Félix debajo de ellas. Cumpliendo su misión se acercó lentamente el barbarazo moviendo de un lado para el otro la tensa esfericidad de la barriga, y se le encaramó a Félix, envolviéndolo todo con su adiposidad fluctuante.

Como a pesar de la polisarcia del carnicero los agudos dolores del respunte seguían agitando al Canillitas que se retorció con ahínco, tal como gusano en rescoldo, y gracias a que el hastialote era buen jinete, no se cayó con esas violentas contorsiones acompañadas de fuertes rebufes como de toro hostigado; y para que se estuviese en calmado sosiego, tuvo el médico una despampanante idea que casi le derritió el cerebro: chorrearle en las abiertas heridas un jarro de mezcal condimentado con alumbre y sal. Por algo era este galeno la filigrana de oro entre sus colegas.

Este oportuno procedimiento dio los resultados estupendos que se apetecían, porque después de arrojar Félix un bramido atronador que repercutió por toda la barriada, cayó ya en el desmayo que se requería, y el ilustre facultativo con sus manos rudas, pelambrosas y grandotas, pudo hacer sus costuras con toda calma. Las echó muy exquisitas, con melindrosas puntadas de lomillo y de ojal, y hasta con ellas

combinó otras finas de las de cruceta. Mientras cosía arrojaba la tonada de una canción de amores como un sobrante de la potencia espiritual que aplicaba a su obra mecánica. Le puso a Félix fecha y firma primorosas en la nuca, ya sin necesidad del jineteo del ex matarife, con lo que dio fin a la tarea, cobró sus buenos honorarios y se fue muy orondo. ¡Bendito sea Dios!

Al volver Félix en sí, como había gastado toda su voz dispendiosamente en los rebufes, en los gritos, en los clamores y en los ayes, sólo se quejaba con un suave y pertinaz arrullo de paloma torcaz, que era la única vocecilla endeble que le quedaba al infeliz.

Muchos días estuvo en cama exánime y trastornado. En aquel cuerpo moribundo, huesos y pellejo, bajo el que había somera cantidad de carne, no se creía que habitase sino una alma extraviada. Sobre aquel rostro estuvo mucho tiempo la estampilla de la muerte. Pocas semanas después empezó, con precaución, a asomar apenas medio ojo curioso, indagador, por entre los tupidos vendajes, que le entrapaban la dolorida faz. Prometía una y mil veces a cada santo del que se acordaba, no sólo no volver a probar, pero ni siquiera a oler el vino, el maldito vino; y decía, poseído de santa indignación, contundentes horrores contra los borrachos, empezando por nuestro venerable padre Noé, de feliz memoria. En cambio le cantaba largos loores al agua, a la Hermana Agua, que es humilde, útil, preciosa y casta como la llamaba el Santo de Asís, y repetía y volvía a repetir sus alabanzas.

—Estoy convencido, no hay nada como el agua. Yo soy de tierra adentro, pero debí haber nacido en un puerto de mar. Agua toda me gusta, menos la de las lágrimas.

El pobre Canillitas lloraba gran parte del día y una buena porción de la noche; estaba más sensible que una cuerda de violín. Copiosísimo llanto le resbalaba continuamente por el escuálido rostro. Cuando se le despeñaba una lágrima de arruga en arruga, ya tenía en oscilación otra, apenas iniciada; y si ésta no se le evaporaba o le escurría cara abajo, una nueva ya estaba muy trémula en sus ojos tristes, para seguir como las demás el ondulante camino de las arrugas, o perderse por ellas para reunirse con otras varias y correrle a chorros por el pescuezo, al que iban a desembocar todas esas profundas sinuosidades de su cutis amarillo y pelambroso.

Al sanar prometía nueva vida. Y nueva vida hizo, en efecto, cuando salió al alivio y a la calle. De manera alarmante se deshabituó a la sencilla distracción de emborracharse. Veía el vino unas veces con impasibilidad sublime y otras, ante él, se estremecía de repulsión. Le rogaban que bebiera y él seguía meritoriamente obstinado en la temperancia. El chinguere y sus congéneres, ya tenían para Félix la serena, melancolía de un recuerdo. Profesaba un asco sagrado a las tabernas y botillerías. Ya era abstemio el Canillitas. ¡Qué espanto! ¿Sería esto el signo anunciador de alguna catástrofe?

Undécimo tranco

El Canillitas va a casa del padre don Liborio Liébana y se da noticias de algunos hechos de este estrafalario varón

Ya era abstemio el Canillitas. Ya no sepultaba su razón en el vino. No quería caer de la idea que tenía encasquetada. Le pedían sus amigos que catase aunque fuera un dedalillo de lo blanco, que es la leche de los viejos, o uno del tinto y flojo, ya bien bautizado por el tabernero tramposo, y de una vez por todas cerraba la puerta a la petición, respondiendo con un «no» grande y rotundo. Con esa negativa ya nadie continuaba adelante en su porfía. Iba a las tabernas solamente para fortalecerse en la seguridad de que ya el vino no le interesaba nada.

Félix pasábase muchos de sus ocios, que eran muy numerosos, con el padre don Liborio Liébana en su casilla de la verde Ribera de San Cosme, y en ella encontraba anchura, silencio y paz. Las huertas que orillaban la amplia calzada parece que enviaban frescura y aromas constantes a la humilde casa para que fuese más grato vivir en ella. Creeríase que allí nadie podría estar atormentado de inquietudes, y que tan sólo se podía caminar a vida quieta. En su interior la alhucema, las rosas, las viejas maderas de cedro, lo que se guardaba en alacenas y arcones, todo sahumaba entrañablemente las limpias estancias, tendidas de cal nítida, con una fragancia suave que hacía mucho bien al espíritu, en unión del interminable gorjear de la fuente.

Allí, el Canillitas, con su aspecto terroso y secatón, tenía el ánimo ociosamente divertido, conversando con el ingenuo padre Liébana. De veras que era cándido este varón, de infantil simplicidad. Lo conoció en casa del bondadoso padre Sandoval, a quien, oyéndolo, le reventaban los ojos de alegría. Igualmente a Félix se le llenaba la boca de carcajadas cuando le oía referir sus cosas, siempre desgañitándose a voces, que era como hablaba el desorbitado sacerdote. Después lo veía en el tranquilo chismorreo de la tertulia de un cajón del Parían. El padre don Liborio Liébana era la risa y el feliz entretenimiento de todos los que lo conocían. Desataba la tarabilla en diluvios de conversación. Después de escucharlo no sonaban en las bocas sino palabras de gozo.

El padre Liébana, hombre redondo y nutrido, con su vientre en prominencia que le llenaba la sotana, parecía a veces sencillo a sus convecinos de planeta, la *sancta simplicitas* en carne mortal; otras se pensaba que un ser más desatinado que él no había nacido de las mujeres, según eran sus hechos y porque hablaba cien mil desaciertos y desatinos, aunque a veces soltaba donaires de perlas. Muchos se llevaban media hora de reloj, de una sola risotada, al son de los disparates que decía o ejecutaba este santo varón, siempre muy pintoresco, porque su existencia iba por

cauces de gracia espontánea y fresca. Su vida era sencilla, honesta y calmada. Lo que había en su casa lo hubo en herencia de sus pasados, y bastante de lo bueno que recibió se había ido para socorrer necesidades con mano liberal, pues a toda hora procuraba con entrañas amorosas el alivio de las miserias. Siempre supo el arte de ser misericordioso.

Era de elevada estatura y bien grueso, con gran latifundio de carnes, y manos rudas y grandes de apóstol de pórtico. Estaba muy cebado este clérigo altote, rozagante. Era una masa enorme, toda floja, y de tan gordo no era nada obsceno cuando se hallaba desnudo. Como las lonjas que en ondas y ondas colgábanle por todos lados se le derramaban abundantísimas sobre las piernas, y en edénico traje de Adán de ninguna manera resultaba impúdico porque tenía como un largo taparrabo o mandil de carne. Esta mole flácida la remataba una ancha cabeza en la que se erguía una pelambre erizada y recia como crines recortadas de yegua rústica. Metido en su sotana parecía como una convulsionada pirámide de gelatina teñida de negro, que por artes de magia anduviera caminando. Cuando el Canillitas veía venir hacia sí al padre Liébana temblaba todo, no para asemejársele en su temblor, sino por puro miedo de que lo fuese a arrollar aquella enormidad prieta y zangoloteante.

Era cariharto y colorado, tan sobradísimo de carnes que lo dejaban sin perfil ostensible, pues era un gordo todo cilíndrico, de gran peso: doce arrobas y media para él solo. Tenía una obesidad que indicaba la satisfacción de su conciencia. Por todos lados le salían movedizas lonjas, que le restiraban la lustrosa sotana, y, más aún, se la mantenían tensa sobre el abombado pecho. Andaba siempre con el rojo pañuelo paliacate cargado de rapé y a tiro de estornudo. Poseía este padre enormes existencias adiposas distribuidas por todo el cuerpo. Se le derramaba el cerviguillo como con cuatro libras de carne por encima del cuello de la camisa, colgándole nuca abajo. Y como casi todos los gordos, era bueno, obsequioso y jovial. Cuando le daban accesos de tos o se reía, ya se estaba secando la boca de la baba que lanzó, o había acabado de verter el sonoro chorro de sus carcajadas y se limpiaba las lágrimas que le sacaron, y todavía el promontorio del vientre continuaba en movimiento tembloroso, sacudido por la risa; sobre él le saltaba con igual aceleración, la cadena de oro del reloj.

Tenía don Liborio Liébana una redondez tan amplia y extremada que un muchachuelo, ladino él, que iba con la madre, se quedó mirándolo al igual que ella con ojos lelos y dijo con tono admirado:

—¡Madre, madre, qué padrecito tan gordísimo! ¿Me da usted licencia de dar una vuelta a su derredor? sirve de que hago ejercicio.

—Sí, anda, ve, pero no te tardes.

Como ya lo dije antes, hablaba con muy alta voz y se hacía oír hasta de los sordos más cerrados, pues solamente a gritos pronunciaba las palabras. Con ellos llenaba la iglesia y atronaba el púlpito. Esa su voz repercutiente y amplia, estaba de acuerdo con su corpachón oscilante. Impresionaba su basta corpulencia con carnes inquietas. Fue a ver a unas monjas y entre ellas se hallaba una muy menudita y desmedrada, a la que

preguntó cuál era su nombre, y la madre le dijo con voz lenta y leve:

—Elvirita de Santa Hita, para servir a Dios y a su merced. ¿Y el suyo cuál es, padre?

Con voz fragorosa le respondió don Liborio:

—El virote de San Pablo.

Tenía mucho celo en el culto, y su iglesia siempre relucía de limpia. Todo estaba allí aseadamente compuesto. El incienso y las flores la mantenían en perpetua y delicada fragancia. Quería que hubiese un gran silencio, que no se escuchara ni el ala de una mosca, sobre todo, que le oyeran la misa con elevación de espíritu. Se desesperaba con el entrar y salir de la gente, con el rastreo de los pasos, con el ruidoso remover de sillas y bancos, y se sulfuraba muchísimo, una enormidad, con las toses. Oyéndolas cuando oficiaba, le subía la rabia como a lo sumo. La frialdad de la iglesia le sacaba a los fieles algunas toses y éstas animaban a otros a echarlas muy ruidosas y continuas. La tos de estas personas tenía una arrogancia propia, una valentía extraordinaria y, principalmente, una riqueza sonora no superada ni igualada por tos alguna en el mundo, y su campo de experimentación, mejor dicho, su campo de batalla, donde lucía todas sus facultades y variedades sonoras, era en las iglesias y creo que más quería lucirse en la del padre Liébana y a la hora en que este destorrentado varón estaba misando y lo hacían dar, y con razón, voces como de furioso:

—Apacigüen, por favor, esa terrible tosedera, pues ya voy a alzar a Nuestro Señor. Ocupen la boca en darle gracias o en arrepentirse de sus pecados, que sé bien que no son pocos, ni chicos.

Apenas iba a tomar el cáliz o la hostia y no parecía sino que adrede se soltaban las toses. Venía primero un prelude general de ejercicios de garganta y glotis. Daba el ejemplo, indistintamente, un caballero o una señora, con funestas consecuencias, pues apenas iniciados sus ejercicios, empezaban a contestarle desde los cuatro puntos cardinales del templo gargantas femeninas y masculinas, que influidas por cierta atracción física de los primitivos tosigosos entonaban un himno en honor de su iniciativa vocal.

Muchas personas hacían esfuerzos heroicos por contener la tos, conociendo cómo se le ponía de tigrasco el humor al padre Liébana, pero lo que conseguían únicamente eran efectos orquestales maravilloso, y al fin y al cabo todo era en vano, pues llegado el momento producíase una verdadera explosión, que, a su vez, ocasionaba un inmediato contagio entre todos los devotos, con lo cual establecíase ya una epidemia general en todo el templo. Se volvía rápido el padre Liébana y con enojo levantaba el grito y clamaba:

—Calle ya la vieja o el viejo impertinente; esas toses, las conozco; son el producto de comer cacahuates tostados; cúrenselas en casa y vengan aquí cuando estén buenos y sanos a orar, no a cometer la irreverencia de soltarse estornudando y tosiendo ante la faz misma del Señor sacramentado. ¡Bendito sea tu nombre! Tú, hijo

Ramón, anda rápido por un jarro de agua y llévalo a todo trote a esos tosedores insufribles para que se refresquen el gáznate y se aquieten, que ya es hora, y pueda yo dedicarme tranquilo a la Elevación.

Esas toses y carraspeos eran su obsesión continua, y no proseguía la misa sino hasta el momento mismo en que se calmaban. Si salía por ahí alguna, tornaba a volverse corajoso, buscando con ojos lumbrosos de pura indignación al infeliz que la tenía, y le gritaba sin ningún respeto, con voz ronca y prepotente de nevero:

—Oígame don Mochuelo o don Murciélagos, o usted doña Grulla o doña Lechuza o doña Cotorra, dejen ya de sonar sus badajos. ¡Caramba! Méntanse el pañuelo en la boca, aunque se lleven de encuentro la campanilla, para que no les salga esa tos y se les quede sumida muy adentro, y hasta que estén en su casa échenla toda entera o en partes, si así se les antoja.

Este Ramón que se ha mentado, constituía también la constante pesadilla del padre Liébana. Era el monaguillo el tal Ramón, y le sacaba canas verdes, como se suele decir, porque era de la misma piel de Satanás. Lo hacía pasar incomodidades y fatigas sin cuento, y le criaba ansia en el alma, pues el muchacho no estaba hecho de pasta de ángeles. Una mañana decía misa, y el mozuelo se hallaba arrodillado muy contrito en la grada del altar, cuando, de pronto, tuvo la infeliz ocurrencia de sacar una pelota y al pausado son de los *Kyrie, eleison* y de los *Christe, eleison*, que respondía como canturreando, empezó a rebotarla sonoramente, dándole a dos manos con todo entusiasmo. El padre Liébana dio media vuelta rápida con la que le revoló la casulla, y le arrebató la pelota de una gran manotada, y al instante le colocó al muchachuelo entre el pelo un coscorrón morrocotudo, de esos arrastrados, que empezó en la coronilla y lo fue a rematar con un refilón en la frente.

—¡Ay, caray, déjeme!

—¡Muchacho sinvergüenza!

Y después de hacer y decir esto, se volvió el padre hacia el altar como si tal cosa, con los ojos ternísimos y la boca llena de latines melodiosos; metióse la pelota debajo de la casulla y se la acomodó entre el cíngulo. El muchachejo de muy mala manera prosiguió ayudándole la misa, con mal humor contenido; la barba pegada al pecho, el labio inferior subido sobre el superior, el sobrecejo muy cargado, y, además, echaba duras miradas de soslayo. No extinguía en su boca un rumor confuso, ora que no se sabía a punto fijo si murmuraba preces o soltaba formidables maldiciones. Es de suponer que no era esto último, dada la condición del mocito.

Todo enfurruñado fue a poner vino al cáliz, y el padre lo levantó un poco para indicar con ello que no sirviera más, y el Ramoncillo, comprendiéndolo así, le dijo en voz bien alta como para tomar venganza por haberle recogido la pelota:

—¡Mire, mire! ¿Por qué se hace ahora el de la boca chiquita, y para qué tiene esos cumplimientos, si cuando come y cena buenos vasazos que se echa? ¡Y ahora con melindres! ¡Vamos! ¡Qué escrupuloso!

Como merecido premio a esta indiscreción recibió una patada de magnífica

intensidad en la mera espinilla. El muchachuelo hizo la chillería correspondiente.

—¡Ora, ora! No me pegue así, ni aquí. ¿Pos yo qué li hago? Lo que dije no es sino la pura verdá de Dios.

Llegó el solemne momento de la elevación, en el que tantísimo sufría el bueno de don Liborio con las toses que se soltaban sin parar. Ya había logrado que se extinguieran un tanto cuanto y sólo saltaba con moderación una que otra leve tosecilla. Se arrodilló y el taimado monago no sonó la litúrgica campanilla.

—Toca la campana, Ramón, ¿qué haces que no la tocas?

—¡Déme mi pelota!

—Que toques la campana, te digo.

—¡Pos déme mi pelota!

—¡Toca la campana, te lo mando! ¡Anda!

—¡Que me dé mi pelota, ¡ea!, si no, no la toco!

—Que no te la doy, irreverente muchacho.

—Pos no me la dé entonces, pero no toco, pues. ¿Y a ver qué?

Y así siguió la empeñada porfía por buen espacio de tiempo, hasta que el padre, vencido por la tozuda obstinación del diablejo, se metió rápidamente la mano debajo de la casulla, y sacando la pelota se la tiró con violencia, y el chico, también rápido, la cogió en el aire de una sola manotada, al mismo tiempo que soltaba un repique agitadísimo con la campanilla, con el que casi le pulverizó el badajo.

Otra ocasión, al decir don Liborio uno de los *Dominus vobiscum* fijó la mirada en el coro en donde creyó que andaba alguien. Sumió la cabeza entre los hombros, avanzó el busto, y se puso una mano sobre los ojos haciéndose tejadillo, como para impedir que alguna vislumbre molesta no lo dejara fijar la mirada en el punto en que quería hacerlo, y de pronto, seguro ya de lo que veía, alargó un brazo y mostrando la palma extendida, movíala amenazante, a la vez que iba diciendo con voz de pregonero en plaza:

—¡Ya te vi, Ramón; ya te vi! Después no lo niegues, ¿eh? ¡Ya verás cómo te va!

Tras de soltar esta amenaza pronunció con mucha unción el interrumpido *Dominus vobiscum*, y se volvió hacia el altar a continuar la misa.

Decía también misa cierta mañana, e inconscientemente se metió la mano por debajo de la casulla de tisú y se rascó afanoso, porque sintió escozor, o tal vez, alguna picadura. El muchacho que observó esa disimulada operación, se le fue acercando con lentitud, los ojos húmedos y alegres y en la boca una risilla, y a la vez que le daba suaves golpecitos en la casulla, murmuró dulcemente:

—Paciencia, piojos, que la noche es larga.

El Canillitas en una regresión de su vida, como si el tiempo diera una vuelta hacia atrás, se veía tal cual fue en aquel muchachillo inquieto y hablador, que hacía barraganadas y tenía tanto seso como un cascabel; que cometía robos de cosillas para venderlas y apostar el dinero en juegos o comprar dulces; que se bebía el vino de las vinajeras con un gusto precursor del vicio de la embriaguez, y armaba engaños para

engatar con dulzura de palabras a otros mozuelos tan locos como él. También Ramoncillo, como el Canillitas en tiempos idos, quería vivir por su pico e irse por el mundo delante para estar con más libertad y correr tras los vicios; ir sin miedo ni vergüenza, hurtar el cuerpo al trabajo y hacer en la vida callos de malas costumbres.

Confesaba el padre Liébana a una señora y ésta le dijo entre rubores que había cometido adulterio.

—¿Con quién delinquistes, desgraciada, en esa cosa tan fea?

—No, no lo puedo decir, padre, porque me enciendo de vergüenza.

—Anda, dilo si te enciendes o te apagas yo no lo veo. ¿Qué diablos voy a ver por esta hojalata agujereada? Sólo huelo los alientos, que ojalá y no los recibiera porque hay algunos que ¡válgame!

—Pues fue con Quintín Verdiales. Yo no quería, pero...

—¿Pero qué? ¿Ah, dices Quintín Verdiales? ¿Conque con ése fue la cosa? ¡Caray! Hombre más porfiado y terco no he visto en mi vida, ni espero verlo en los días que me queden. Verás. Yo tenía un hermoso gallo giro que a él le gustaba mucho y no sólo pedíamelo todos los días, a mañana y a tarde y aun de noche, sino que me escribía primorosas cartas rogándome que se lo regalara y aun con cuantas personas supo que yo iba a tratar, beatas, sacristanes, monaguillos, cofrades, frailes, me mandaba recados suplicándome que le diese el dicho gallo. ¡Caramba con el don Quintín ése! Es tenaz y molestísimo. ¡Que no y que no, le decía yo, y Verdiales que sí, y que sí! ¡Válgame Dios qué desesperación! Yo le rogaba por los clavos de Cristo que no insistiera más, porque no le había de dar mi hermoso gallo giro, y él, erre que erre, inexorable, obstinado. En vista de que ya no lo recibía en casa para no escuchar su insufrible y constante petición, iba a oírme la misa y cuando me volvía a los fieles con el *Dominus vobiscum*, me hacía señas impertinentes de que le diera el gallo, y hasta muy humilde se acercó muchas veces a este confesonario como si viniera a vaciar sus pecados, pero el maldito testarudo, hincado de rodillas, me veía largamente con ojos aborregados y me decía: «Padre Liébana, le suplico que me dé su gallo, yo lo necesito porque...». ¡Levántate y márchate de aquí, zoquete, motolito!, le gritaba yo, verdaderamente hirviendo en ira, rechinándome todo el cuerpo de puro mal humor, pero ni por ésas. En la noche ya estaba en casa el papelillo de costumbre pidiéndome, ahincadamente, el mentadísimo gallo giro y además, iban con idéntico ruego una o más personas. Estaba pertinaz en hacer su voluntad. Hasta que yo, fastidiado, harto, agarré el tal gallo y se lo tiré a la cara en donde le cayó con un gran ruido de espolones, de patas, de pico y de alas agitadas, y le grité de modo que casi me deshice los pulmones: «Ahí lo tienes ya, condenado, y no me fastidies más, ni me acatarres, ni me sigas jeringando! Quiero mi tranquilidad, déjame comer, déjame dormir, déjame ca... ramba, hacerlo todo a gusto, sin la pesadilla de tu petición». Así es que si caíste, hija mía, con Quintín Verdiales, estás perdonada, perdonadísima. *Ego te absolvo a peccatis tuis*. No digo tú, sino que hasta yo mismo hubiese cedido una y mil veces si Verdiales me viene a hacer la misma solicitud que a ti te hizo; no más por

no oírlo pedir y pedir incansablemente a todas horas con ese tesón y esa terquedad cargante que tiene, le hubiera dicho, qué duda cabe, que sí y que sí. Ni quien lo soporte. ¿Quién lo va a aguantar? Hija, vete en paz, pero no te le vuelvas a poner enfrente porque te sucederá lo mismo, a no ser que le hayas tomado gusto a la cosa.

—No, padre, si es horrible.

—¿Horrible? ¿Quién, la cosa o Quintín Verdiales?

—¡No, no, la cosa, la cosa!

Se supo bien que cuando se confesaba don Rogaciano Alamudes que tenía, como era notorio, grandes y prolijos adornos frontales, gracias al lindo temperamento de su señora esposa doña Sofía, le dijo:

—Padre, mi mujer me engaña, y yo lo que hago es avenirme, es decir, me hago el pato.

—No, hijo, no —rectificó en el acto el padre Liébana—, no mudes el tiempo del verbo. No te haces, te hacen, que no es lo mismo; y tampoco cambies el animal, pues no es pato, no, sino chivo, chivo viejo, o lo que es igual, macho cabrío, o cabrón, para que mejor me entiendas.

También se supo nombre y apellido del señor que le fue a confesar que hacía dos días que se raptó a una dama y que hizo con ella lo que es muy natural que se haga en tales casos para ponerla en estado de producción, que ése fue el objeto de la fuga, y que cada noche habían tenido tres juntamientos placenteros, porque uno es escaseza, dos gentileza, tres valentía y cuatro...

—Sí, ya sé que dice el refrán que cuatro es bellaquería, pero, oye, oye, cállate, aquí no vienes tú a presumir, vienes a humillarte.

Pero en el púlpito era más formidable el padre don Liborio Liébana. Apenas si cabía en él su ancha corpulencia de cetáceo. Como por todos lados le quedaba muy restirado el largo roquete en que se enfundaba se le deshacían los almidonados y melindrosos pliegues, alforzas y relindos, que con la plancha y la caña le ponían sabias manos monjiles. La desmedida irrupción de sus carnes atirantaba de tal manera los encajes y entredoses que los reventaba. Si con sólo subir el grueso diapasón de la voz se le ponía en larga temblorina toda la saliente redondez sobrenatural en que estaba esa esférica eminencia, con las manotadas que echaba, y con sus rápidas vueltas y revueltas en el púlpito. No parecía sino que dentro de su estómago estaba una turbulenta e implacable marea, y que grandes olas le removían aquel imponente abdomen, no dejándoselo sosegar.

Anduvo una vez callado por muchos días, con los dedos metidos entre una de las caídas de su rebosante papada, mientras que con los de la otra mano se rascaba ya la cabeza, ya el rojo y mullido cerviguillo que le rebosaba siempre ostentoso sobre el cuello de la sotana, o bien los ponía en sosiego sobre la mítica curva estomacal que aclamaban su gordura. Abría las piernas en compás y quedábase ensimismado, en quietud embobada, siguiendo el torpe vuelo de sus pensamientos. Sentábase en un amplio sillón de vaqueta, con la cabeza reclinada en el respaldo, y poniendo sus

manos sobre el vientre, se entregaba a la pura y sencilla distracción de hacer girar los pulgares.

Así durante el día, y la noche la pasaba con fiebre y desvelo, dando vueltas de un lado para otro en su fornida cama de palo de cedro, que con ese pesado ir y venir daba lamentosos rechinidos, que eran como largos ayes lastimeros y por el peso inmoderado que rodaba sin parar de uno a otro larguero. Por todos lados veía versículos de los libros santos, citas de doctores universales y particulares, de teólogos, de padres de la Iglesia, y no hallaba por cuál decidirse para reforzar sus escasas ideas. Vagaba y divagaba por toda la casa, afilando la erudición que iba a esgrimir como lanza brillantísima ante el embobamiento de sus feligreses.

Andaba con mucho ahínco en estas ímprobos labores intelectuales, echando la lengua y reventando, porque no tenía descanso ni tregua en sus trabajos que casi le costaban sudar gotas de sangre, y cuando más necesitado estaba de soledad y quietud, llegó un calmoso señor, un tal don Perucho, a darle plática, la que estuvo alargando fastidiosamente más de una hora, con lo que hizo perder al padre Liébana los estribos de la paciencia, y lo sacó de sus quicios.

Este hombre era un perpetuo moledor que instaba en darle molestias a todas horas. Era como un reloj desconcertado que no sabía acabar cuando una vez comenzaba. Le decían el Mudo porque no obstante de hablar mucho, no decía nada. Además, poseía el don peculiar de ser muy inoportuno y enfadoso. A don Liborio, como a todo el mundo, le caía muy pesado en sus preguntas. Ya no sabía el mentecato de qué hablar, pues a todo le rompía el padre el hilo de sus aburridas relaciones y discursos, cuando vio sobre un bargueño una imagen de bulto de San Francisco de Asís.

—¿Qué, ese santo es de Guatemala? Si no lo es parece serlo por su fino estofado. Un tío mío, alférez de los reales ejércitos, tenía uno así, que llevaba a la guerra.

—No sé si será de esa provincia o de otra; lo que sí sé es que es muy milagroso. Cosa que le pido no me la niega jamás, después de rezarle un padrenuestro y una avemaría.

—¿De verdad, de verdad? Pues si fuera así, yo francamente, que...

—No lo dude, hombre de poca fe. Se lo voy a demostrar en seguida para que se convenza.

Y diciendo y haciendo se arrodilló don Liborio ante la linda imagen del Serafín Humano, y después de rezarle el dicho padrenuestro y la dicha avemaría, le ofreció así esas oraciones:

—Señor San Francisco de Asís, te suplico me concedas la merced de que se vaya este señor inmediatamente de mi casa, porque me está quitando el tiempo de manera horrible. No me interesa saber nada de su tío el alférez en los reales ejércitos. ¡Señor, que se vaya de aquí!

El impertinente don Perucho al oír eso, se puso encendido y colorado como un carmesí. Tomó el sombrero y salió como un soplo de la estancia, tropezándose de

pura confusión. Casi llevaba alas. El padre le dijo con alegre sorna:

—¿No dudaba su merced que hiciera milagros mi San Francisco de Asis? ¿Vio cómo me hizo lo que yo le pedía? ¡Un gran milagro! Hombre de poca fe, le vuelvo a decir.

Al fin de tantas y de tantas ímprobas fatigas mentales, compuso su oración apologética y la tomó bien en la memoria. El día señalado para orarla, la iglesia rebosaba de gente, por ser fiesta de gran solemnidad. Dijo el texto, exordio y salutación con harto despejo y soltura, levantando animoso la voz. Por buen rato remontó en todo eso su oración en escalas vibrantes. Con ellas dejó atronados los oídos. Se arrodilló implorando la gracia divina, y con gran rimbombancia dijo en seguida el avemaria de rigor. Irguió su corpulencia mantecosa; tosió largo y sonoro para limpiarse la garganta, con lo cual se le produjo terrible conmoción en su vientre y en su abundante papada de tres naves; se limpió la boca con su pañuelo paliacate, de vara y media en cuadro, que tremoló en el aire como bandera antes de iniciar esa operación. Ese enorme trapo colorado de siete cuartas, lo traía puesto permanentemente sobre el hombro, tal vez porque no había bolsillo en su traje talar en que pudiera caber semejante lienzo. Dio un sorbito de agua para ponerse en mejores condiciones la laringe; tornó a secarse el belfo, y abriendo lentamente los labios, inició con el brazo un amplio ademán, pero suspendió la vasta parábola que trazaba en el aire y se quedó pasmado.

Afianzándose en el púlpito con entrambas manos, abultadas como cojines, un gran azoro se le derramó en la cara lustrosa, y abrió casi un palmo de boca como si fuera a desquijarse en un bostezo luego la apretó, y esta fuerte contracción de sus músculos faciales le hizo saltar el sudor; sudaba arroyos de agua, y por poco le escurría hasta la sangre con esa exprimida. Miró hacia lo alto con angustia; luego puso la vista en el suelo con igual congoja; después hacia todos lados del templo empezaron a ver con inquietud sus ojillos azules, hundidos entre los carnosos párpados; por fin quedóse con la mirada vaga, atontolinado, buritonto. Parecía estar en los umbrales de un soponcio. A poco inclinó la cabeza sobre un hombro con un cómico aire de entristecimiento, a la vez que abría los brazos, para al instante dejarlos caer flácidos a lo largo del cuerpo, en señal de desolación y con voz trémula, muy compungida manifestó a su atento auditorio:

—Hermanos míos, diatiro, ¡caray!, se me olvidó el sermón que traía preparado. Lo tengo preparado, pero no puedo dispararlo. ¡Qué lástima! Lo voy a cambiar, ¿qué les parece?, por un rosario.

Y sin más ni más, sin esperar el consentimiento que solicitaba de la feligresía, sacó su rosario de negras cuentas frisonas y se puso a rezarlo impertérrito. Ya llevaba concluidos tres misterios dolorosos, porque era viernes, cuando dio un furibundo puñetazo en el púlpito a la vez que soltaba de gusto un estentóreo ¡ah!, junto con un gran chisporroteo de júbilo en los ojos, y exclamó con voz en grito:

—Señores, señores míos, digo, queridos hermanos míos, ya me acordé, ¡qué

bueno!, de mi sermón. Siéntese todo el mundo para que lo oiga con entera comodidad muy a gusto. Pongan cuidado, dice así...

Con entrambas manos cogió el largo rosario por dos partes distintas y rápido se lo echó al cuello metiendo por entre él la cabeza, y se le cayó en los hombros con mucho repiqueteo de cuentas y medallas, y para limpiarse el gáznate, lanzó una especie de relincho, como de potro feliz, y empezó a decir su plática chabacana con altas y desmesuradas voces, con las que se desgargantaba, y que de fijo se oirían de uno a otro polo. Con ellas se estableció en su barriga un flujo y reflujo violentos.

Otra ocasión, predicaba con mucho entusiasmo, con un énfasis muy gozoso, hundiendo el templo a voces, como siempre lo hacía. En el atrio se alborozaba la romería entre repiques y festivo estallar de cohetes, y de pronto interrumpió su oración, y con cara ceñuda empezó a dar grandes alaridos:

—A ver si hay por ahí alguna alma piadosa que cierre la puerta, o, que cuando menos, le dé una patada oportuna y eche lejos a ese vendedor de cacahuates, que con su constante: «¡Pásenle; tostado y dorado!». «¡Acérquense al ruido de uñas!». «¡Que es de Salvatierra!», que a todos se les está metiendo en las orejas, me distrae de mi sermón y hace que olvide muchas cosas importantes; me las espanta, ¿a quién no?, con ese inacabable griterío que tiene. Anden, salgan pronto a callarlo, por el amor de Dios, para que yo pueda seguir.

Una tarde rezaba el rosario en el púlpito a voz en cuello, según su buen uso y costumbre. Sonaba el órgano y a su son el cantor entonaba un motete entre cada misterio. Le dio fin a uno de ellos y el órgano no sonó, ni tampoco se escuchó la voz larga, aflautada del señor cantor.

—¿Qué pasó que no canta ése? ¿Por dónde se ha metido don Poncio? ¡Que salga, pues, que ya es la hora y que cante!

Subió al púlpito el travieso Ramoncillo de marras y le dijo a la oreja que el cantor se había ido a toda carrera, volando como en posta, retorcido todo por un cólico miserere. Bajó rápido del púlpito el padre Liébana, mientras que el gentío gangueaba un padrenuestro y a poco llegó anhelante, sudoroso, y subió la escalerilla con una inesperada agilidad de cirquero; acezando rezó el trozo de paternóster que le correspondía y siguió llenando las naves el vasto rumor de las avesmarías del misterio, y al concluirse éste, se agachó el padre Liébana y en el acto se irguió otra vez muy pomposo, pero con una guitarra enorme, de las que llaman «medias anegas», la que apoyó muy castizamente en la prominencia abdominal que le salía más firme y redonda, pues echó el cuerpo hacia atrás, con lo cual se le alzaba mucho la sotana por delante, descubriéndole los zapatones torcidos y sus peludas pantorrillas, y empezó a rasguitarla con mucho arte. Mientras hacía el preludio con hartas fiorituras, dijo como si fuera melopeya, con tono cavernoso entre aquel trinado acompañamiento:

—En este rosario tan solemne como es, no puede faltar, ¡quia!, la música, la buena música.

Y con esta explicación previa, cantó unos fervorines con mucho juego de

garganta. Hacía apresuradas gárgaras con las palabras entre la boca y luego las soltaba con voz retorcida, caracoleante.

Un domingo explicaba el Evangelio del día y por un lapsus trastrocó las palabras y dijo que Jesucristo con mil panes había dado de comer a cinco hombres. Y un vejete meticuloso que estaba en el presbiterio, comentó con un señor enlutado y barbón que tenía junto, no en voz tan baja que no la pudiera oír el predicador:

—¡Eso también lo hago yo! No es ninguna gracia, menos milagro. ¡Vaya un chiste!

Al escuchar esto, el padre Liébana se dio cuenta de su involuntario error y con gran candor expuso:

—Señores, me he equivocado; quise decir que con cinco panes dio de comer el Señor a mil personas.

Y volviéndose hacia el anciano impertinente que comentó sus palabras le dijo:

—¡A ver si también hace usted eso, viejo pendejo!

Cierta ocasión, esforzando el grito, predicaba uno de sus despampanantes sermones cuando descubrió entre la feligresía, a tres borlados maestros de la Real y Pontificia Universidad que estaban escuchándolo atentos al pie de una columna, y se les conocía en el rostro la alegría que sentían interiormente. Fueron a la iglesia llevados por la fama que del padre don Liborio Liébana corría alegre por la ciudad entera, en la que todos, con ufanía, lo habían puesto por blanco de sus lenguas. Se dirigió a ellos contristado, en tono de súplica conmovida, elaborando en su boca grasienta una sonrisa bonachona:

—Yo predico, señores, para estas pobres gentes de mi parroquia que me oyen con sencillo corazón. Sus mercedes tienen muchas y escogidas letras; así es que les ruego que sean muy servidos de irse de aquí, pues de lo contrario, si se quedan, me cisco todo; me turbo, señores, y no podré seguir hablando a mis buenos feligreses como yo sé y puedo, y ellos comprenden a maravilla mi pensamiento. Sus mercedes, si tienen alguna duda que quieran borrar, o si anhelan instruirse en cosas de la fe, vayan a oír a predicadores ilustres, a frailes llenos de ciencia, que les alzarán el corazón. Yo no tengo gracia; Dios no me la ha dado. Bendito sea.

Días después fueron cuatro respetables canónigos de la Metropolitana, llevados también por la curiosidad de escucharlo y sacar a la luz la verdad de lo que se refería, pues tantas y tales cosas se contaban del padre Liébana por todas partes, que empezaban a narrar y nunca se acababa con ellas entre el regocijo de los oyentes.

Encontrábase en la cátedra sagrada con su voz ronca y profunda, como salida de bóveda; predicaba entre ademanes desaforados que estaban en razón directa con la trepidación de su barriga eminente, cuando notó que las cuatro repompeadas dignidades hablaban entre sí. Cortó la frase, puso freno a la lengua y quedó cerrada su boca; sus ademanes acabaron, y con los brazos cruzados permaneció algún rato en esa recogida actitud de sosiego y mutismo. Al fin dijo, dirigiéndose a los señores canónigos:

—No piensen sus señorías que se me ha ido el sermón de la memoria como me ha sucedido otras veces, por mi mal; ahora no es eso, no. Sino que he callado porque mis buenos padres, que hayan gloria, me enseñaron que nunca hablara cuando estuvieran hablando mis mayores.

El padre don Liborio Liébana tenía una virtud no clasificada aún entre las teologales ni entre las cardinales: la de rezar con asombrosa rapidez el oficio divino. Un domingo con estas prisas y ansias que le hormigueaban por todo el cuerpo, se dirigió al organista y con voz en grito, la única que usaba, le dijo:

—Oígame, maestro don Poncio, voy a cantar el Prefacio en sí bemol; así es que ya lo sabe usted para que no cambie el tono y me meta otro como el viernes pasado y me haga desafinar. Y ande pronto, pues tengo que decir un sermón.

Luego que echó su gorgoreado cantorio subióse al púlpito y aquello fue un portento. Los disparates no pudieron ser mayores. Levantando animoso su voz de trueno empezó así:

—Hoy celebra la Iglesia al señor San Pedro, pero yo no soy su devoto. ¿Por qué he de serlo? No es ninguna obligación. Y, mirándolo bien, al santo apóstol de las llaves le ha de venir muy flojo que yo sea devoto suyo o deje de serlo. A él, ¡psch!, que más le da, ¿no les parece? Así es que díganme ¿de quién quieren que les hable? ¿De las benditas ánimas del purgatorio? No, de ellas no, porque no me importan las pobrecitas; allí se pueden quedar entre la lumbre hasta la consumación de los siglos, que quién sabe cuándo será eso, ¡psch!, es el tiempo interminable. Allí pueden quedarse, repito, porque están bien seguras en ese lugar, lo que me interesa a mí son los pecadores, éstos sí, para que no caigan en los apretados infiernos de los que no se sale, ¡ay, Jesús nos libre! Sí, que nos libre, amén, pues aquello es feísimo, no tienen ustedes idea, yo sí porque lo he leído. Les voy a hablar de San Severino. ¿A qué no saben ustedes quién fue San Severino? Fue este varón tan bueno, tan excelente, tan diatiro virtuoso, que solamente le faltó muy poquito, tantito así, para ser la Santísima Virgen. No, ya pensé distinto, no les contaré nada de ese santo simplísimo, ¿para qué?, al cabo nadie lo conoce. ¿Verdad que nadie? ¡Claro! Predicaré entonces de San Francisco de Asís, pues de éste sí que tienen ustedes algunas referencias y es tan glorioso que nada más calculen esto: que quitándole letras a su nombre, y poniéndole algunas otras, resulta completísimo lo siguiente, sin que le falte nada: «Nuestro Señor Jesucristo». ¡Quién lo creyera, caramba! Pero así es la cosa ¡No, si les digo a ustedes que este hombre fue de lo bueno lo mejor creado!...

Y empezó a decir con frondosísima ignorancia delirantes aberraciones sobre el santo de Asís. No daba en la vena del verdadero sentido. Confundía cosas falsas con las ciertas y a éstas les mezclaba en medio un espíritu de entender al revés. Alzaban gran alborozo entre todo el concurso estos grandes y terribles gazafatones, dichos en tremebundo y hueco tono. Rematando al fin la plática contando que a San Francisco lo tentó el diablo una porción de veces, no sólo en la ropa que no era muy fina, que no valía nada, sino, lo que era peor, en el espíritu, pero que el de Asís, muy templado,

lo mandó con palabras muy lindas a mala parte, con lo cual se fue el Malo con la cola retorcida en una de las piernas, y él se quedó muy campante cantándole al sol una endecha en italiano.

—Y a propósito, aquí traigo un diablo, ¡ay, no se me asustan, no se me asuste nadie! ¿A poco creen que es de veras? Es de cera de Campeche para que dé mejor idea del color prieto retinto del demonio, que así es el maldito, porque anda horriblemente tiznado todo el santo día de Dios por aquellas fogatas del infierno sobre las que menea peroles con pez y plomo derretidos. Yo lo voy a tirar desde aquí y al que le caiga encima, ¡pobre de él!, ya sabe que está condenado.

La gente, al oír semejante cosa, se arremolinaba asustada en todas direcciones debajo del púlpito para evitar así que le cayese encima la horrible figurilla.

—Ya la voy a echar. ¡Listos! Conque a la una... a las dos... y a... ¡las tres! ¡Pump! Se fue. Allí va... ¿Pero en dónde está? ¿A quién diablos le cayó el diablo?

Le dio el padre Liébana un violento garnucho, pero se le quedó adherido en el dedo con el cual quiso dispararlo, y al vérselo en él empezó, lleno de desesperación, a sacudirlo con rapidez a fin de desprendérselo, con lo cual le despegó pronto, pero al dar una vuelta por el aire se le fue a pegar en el pecho. Abrió el padre los ojos y también los brazos y exclamó:

—¡Ay caramba! ¡Caracolitos! ¡No, no, ésta no vale! Vamos, hermanos míos, a la segunda. Ésa sí será la buena, y aquí sí al que le cayó le cayó, y no hay quien se raje.

Aventó como con horror el obscuro diablillo y no supo ni a quién le fue a caer, pues al que le tocó la mala suerte tuvo buen cuidado de no decirlo, sino que, antes bien, se lo desprendió con ágil prontitud para que no se le tachara de condenado y así fue como se ignoró quién fue el listo que con tanta habilidad lo hizo desaparecer en un santiamén.

—Hoy —continuó el padre Liébana— el sermón que he dicho, ha sido largo, como creo que ustedes se habrán apercibido, y, además, muy variado, y como aún me falta terminar la misa, y tengo muchas otras cosas urgentes qué hacer, como escribir unas cartas, darme unos pediluvios para que se me aclare la voz, echar las cuentas de los mentirosos albañiles, e ir a la barbacoa a la que me tiene convidado doña Patricia Perrusquía, que por ahí debe de andar, sí, sí, allí esta muy sentada, mírenla, con su gran rosariote que antiguamente fue bosque y ahora son cincuenta y tantos nudos ensartados. Está la pobrecita medio dormida, dándole grandes cabezadas al aire. No le hagan ruido para que descanse. ¡Es tan trabajadora! En fin, para acabar todo esto bien, vamos a rezar una avemaria, y ya.

Descendió a saltos por la escalerilla el loquesco padre Liébana y se fue casi corriendo al altar en donde empezó a ir y venir con toda rapidez de un lado para otro; leía un poco en el misal, se iba y regresaba de nuevo a la lectura; bendecía aquí, besuqueaba allá y echábase una rápida santiguada por toda su cara lustrosa; reprendió al monaguillo, no sé por qué falta; le encargó tinta y papel al sacristán; refunfuñó, como siempre, de los innumerables tosedores y, como siempre también, les soltó su

furibundo regaño a los tales porque como todos los días tosían sin parar, a pulmones llenos, con audacia y satisfacción insuperables. Al fin mal echó la bendición y se fue casi en volandas a la sacristía y de allí a la calle, balanceando su ampuloso vientre de movilidad de gelatina.

Duodécimo tranco

En el que se continúa el asunto del anterior y se pone, además, la aporreada que recibió el Canillitas, la que por poco le extingue la vida y cómo se le fue la suya al padre Liébana por no tener cola

Oyendo desde el púlpito al relleno padre Liébana, con aquella voz suya tan prominente que le sacudía sin cesar el globo temblador de la barriga, se regocijaba mucho el Canillitas, al igual que todo el mundo. A Félix se le echaba de ver el contento en los visajes del rostro. No digo a él, que era de la gente de buena carcajada, sino hasta al más apesadumbrado lo hacía deshacer y olvidar la melancolía, por más adherida que la tuviera en el alma.

A Félix, principalmente, esos sermones tan peregrinos le ponían todo placer y alegría. Después de escucharlos continuaba saboreándolos por varios días, entre risas inextinguibles. Sus sales y agudezas le dejaban un gran sabor que con el recuerdo gozaba en renovárselo. Sus sermones eran cortos, pero con miga deliciosa, succulenta a cualquier paladar, entre la que descubría la infantil simplicidad de su alma. El padre Liborio Liébana practicaba a Gracián, acaso sin haberlo leído: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno». Varias veces explicó a Félix su estética:

—Hay cuatro clases de sermones. Los buenos buenos, que son aquellos valiosos y breves, con los que se queda uno con el deseo de que continúen para seguir en vivo deleite; los buenos malos, que son los que tienen un indiscutible mérito pero largos; los malos buenos: inservibles, llenos por dondequiera de censurables desperfectos, pero, en cambio, son cortos, acaban pronto, tal y como un purgante de horribilísimo sabor, que hace que hagamos apretados gestos al tenerlo en la boca, pero que en un tris se lo traga uno y se acaba todo. Pasan luego. Y los malos malos, que son los abominables y además eternos, que parece que no van a tener nunca fin. Los sermones cortos —añadía— mueven los corazones, los largos, solamente las asentaderas.

A una imagen del bendito santo portugués, Señor San Antonio de Padua, lindamente estofada a oro y trasflor, que había en la iglesia, acostumbraban las devotas ponerle en su altar papelillos con peticiones. El padre don Liborio los leía y encontraba que en casi todos le rogaban al santo que pronto les alcanzara novio, y las que ya lo tenían bien agarrado, que los decidiera, cuanto antes, al casamiento, porque ya sus pobres virginidades se estaban atorando en la edad. Hasta lo indecible sulfuraban a don Liborio esas misivas, y sacando el enojo afuera por los ojos, decía con palabras atronadoras:

—¿Pero qué es lo que creen ustedes, mujeres del canijo, que es y ha sido el Señor San Antonio de Padua? San Antonio bendito era otra cosa muy diferente de lo que ustedes piensan que era, más bien de lo que ustedes creen, porque no piensan. ¿Pensará, acaso, un bodoque o una piedra chiluca, aunque esté tallada en figura de ángel? Este glorioso santo hacía otras cosas cuando anduvo por el mundo. Ya se los diré yo ampliamente uno de estos días en que predique sobre su venturosa existencia, para que no lo olviden. Ahora no les cuento nada de ella porque no vengo preparado en lo de su santa vida. Pero sepan, desde luego, que no se le canonizó porque anduviera en hábiles tercerías o cuarterías, alcahuetajes, para que mejor me entiendan. Ningún santo ha hecho esos viles oficios, que dicen algunas gentes que son muy útiles. Y no se me estén alarmando por la palabrita esa que acabo de decir, pues cosas peores piensan y hacen todas ustedes, sinvergonzonas, pues hasta a Dios traen en parlerías. Desde mañana mismo voy a vigilar con cien ojos, y a la que descubra que deja a los santos pies de esa imagen, un papel del tamaño que sea, le pondré altas las manos a puros palmetazos. Malgasten su ociosidad en lo que se les antoje; no en escribir la risible ridiculez de esas cartitas con encargos de amor.

El Canillitas vio muchas veces en la olorosa sacristía al padre Liébana, halagüeño y tranquilo, con algunos señores, tomando chocolate, clarea, o bien aloja nevada porque así lo pedía el calor de la tarde, mientras que conversaba con su donaire peculiar. Las pláticas resultaban más sabrosas que el oloroso soconusco, las frutas de horno, o los refrescos, a pesar de que todo ello era de muy exquisito y delicado sabor. Pero si entraba una mujer de la clase o condición que fuera, de esas que sólo van a sacristías o a locutorios para dar gusto a sus espontaneidades de familiar aproximación con clérigos y frailes, al verla el padre Liébana, se le extinguía al punto su gracejo en el hablar, le tembloraba el cerviguillo y la carnosa papada, las cejas le culebreaban y saltaba de su sillón de cuero como impulsado por un resorte inactivo hasta el instante en que lo lanzó del asiento, y también en el instante su bondad y mansedumbre se disolvía en cólera. En medio de la estancia se destacaba imponente su fenomenal estatura, con su sotana de mucho reluz, tensa sobre el esternón bombeado, y moviéndosele de aquí para allá impelida por la saliente barriga que se le columpiaba con inenarrables vaivenes.

Dando unas descomunales voces, echaba desentonadamente espantosas bramuras a las infelices y de ellas algunas las escuchaban con humildad, con las manos cruzadas sobre el pecho en actitud dolorosa, otras hacían mil remilgos y muchas lo veían aún con espeluznante ternura, mientras que él salía de término con el enojo. Recogía la ira en sí y les tiraba ya con el bonete a la cara o el breviario a la cabeza, y luego les cantaba el salmo de la maldición, entre la multiplicidad de los ecos que por todos los rincones alzaba su voz cavernosa, alargada con amplias resonancias en aquella sacristía con bóvedas.

—Váyanse inmediatamente de aquí beatas rabicalientes. A los sacerdotes se les oye misa y ya. Nada más. ¡A sus casas! A remendar la ropa, a urdir una labor casera,

a vigilar la olla para que no se le corte el hervor y salga endeble la sopa. Solamente vienen a importunar con sus ridículas soflamerías, y a fingir espantos y asombros. ¡Cuelen!

Les tenía mandado terminantemente, a toda voz, a las hembras de su parroquia, que no le llevaran nunca regalo alguno, ni chico ni grande. Y el Canillitas vio varias veces con dolor cómo fue alguna santurrona muy pudibunda a presentarle un obsequio precioso, y cómo el padre Liébana, lo tiraba al suelo y hasta lo pisoteaba como si fuera el Enemigo Malo. Otras ocasiones eran platonos con dulces esplendorosos, y Félix quedábase lleno de asombro al verlo que miraba a la donante con ojos turbados y encendidos, y que por un extremo de la colmada fuente metía la punta de los dedos y corría de prisa la mano hasta el lado contrario y la pasta se le iba enrollando en la palma, y cuando ya tenía bastante encima de ella, la untaba con rapidez en la cara de la obsequiosa y pudibunda señora, en tanto que la increpaba:

—Oiga usted, doña remilgada Espantajo, si otra vez me trae alguna nueva porquería dulce, le estrello el platón en la cabeza, después de enbijársela, ya no en la cara como ahora lo he hecho, sino en donde usted habrá de suponerse, y verá qué magnífico pegosteadero se le hace, que para quitárselo de allí tendrá que tomar un largo baño de asiento.

Si veía en la iglesia a media mañana o a media tarde a alguna beata rezando, poníase también furioso, lo poseía plenamente el espíritu del mal humor. Tomaba de la mano con brusquedad a la rezandera y la echaba a la calle, pero antes resonaban formidables estas cláusulas ardientes en sus oídos pudorosos:

—¿Qué, por ventura, vieja, no hay nada que hacer en su casa? Quítese de aquí y no esté aburriendo a los santos con sus peticiones tontas, ni calentando tarimas y bancos, que es lo único que hace. ¿Creen ustedes que es rezar estarse ensartando por horas y horas, sin ton ni son, padrenuestros, credos y salves y avesmarías, cuando traen el liviano pensamiento en otras cosas? Si no tienen ocupación precisa en su casa, pónganse a espulgarle el rabo a un perro, y si no lo posee el animalito, entonces la barriga, que no le falta a ningún ser de la creación. Están aquí, no por devoción, sino por pereza. ¡Holgazanas!

Y viendo su furia salía corriendo la enlutada beata con tal rapidez, como si le hubiera dado lección un galgo.

En una tarde dorada del tibio otoño mexicano iba el nutrido y rozagante padre Liébana del brazo del Canillitas hacia San Lázaro, en cuya fétida leprosería estaba deshaciéndose un su feligrés agarrado por el terrible mal. El vasto y pesado edificio de piedra ofrecía con su enorme portón y con sus numerosas ventanas, un espectáculo de paz melancólica. Llevaba el padre una plática apesadumbrada sobre la pobreza que había en su parroquia, en donde eran necesarias reformas urgentes y no encontraba dinero con qué hacerlas. Una bóveda se estaba desfondando; el piso del crucero se hallaba muy quebrado y era menester reemplazarlo con otro; urgía un tenebrario nuevo, pues el que estaba en uso se deshacía todo, comido de polilla; demandaban

reposición inmediata varias casullas que con el roce del altar y los continuos golpes de pecho, estaban deshebradas, ya con la trama sutilísima, traspasantando su aderezo de frisa; tenía que restaurarse un colateral, cuyo oro y algunos de sus símbolos místicos, corazones con llamas, corderos pascuales, palomas, escudos, medallones, los habían estropeado mucho los tercos aguaceros de agosto que se metieron por una ventana sin cristales, filtraron hasta él su humedad a través de unas grietas del muro de tezontle, abiertas por un temblor de tierra, cuya trepidación es una especie de calosfrío o desperezo geológico. Esta plática lenta y quejosa la derivó el padre hacia su persona.

—No sé por qué las gentes sueltan libremente la lengua contra mí y hacen mofa de mis sermones y los traen en desconsiderada chacota. Me hacen daño con sus constantes palabras de burla. No soy el Ángel de las Escuelas, ni un segundo Crisóstomo, ni un evangélico Demóstenes. ¡Ojalá y fuera yo un San Agustín, o un Santo Tomás, o un San Bernardo, o un San Buenaventura! Otro sería el mundo, qué más quisiera yo, pobre de mí, sino ser como ellos fueron. ¿Qué murmuran de mí los censuristas? ¿Que soy torpe, ignorante, sin ningunas habilidades retóricas? Lo sé, lo sé, mejor que ellos. Por eso se ríen de mí y me dejan por necio. Ignoro qué cosa de risa pueden tener mis sermones que hacen que todos la suelten con estrépito y me traigan en sus bocas como muestra de gracioso.

»Acaso ninguno de los que de mí se burlan conoció ni ha oído hablar nunca del poblano padre Vilchis. ¿Tú lo has oído mentar, Félix? ¿Verdad, Félix, que no? Ése sí que era un disparatón sin medida, ése sí que estaba muy lleno de chistosos desatinos. ¿Pero yo? Yo no. Bastante de lo que dijo en el púlpito anda puesto en *Florestas* y hasta está escrito en esos diarios de sucesos notables que llevan día a día desocupados y pacientes vecinos de la ciudad. Yo lo escuché varias veces, y lo que dijo en esas ocasiones lo puse en un librito en el que llevo cuenta y razón de muchas cosas de mi vida, para tenerlas presentes ante mi vista cuando yo quiera. Esas cosas le sacaban a uno lágrimas de los ojos, y aún de otras partes hacía soltar líquidos en abundancia, y la voluntad no podía impedir que escurriesen y que le empaparan a uno las piernas.

»¿Dime si no es para caerse a carcajadas, llorar a chorros de pura risa, y también de risa irse de las aguas con esto que te voy a referir? Un Miércoles de Ceniza la ponía en la frente de los fieles y como jamás por su rudeza pudo tomar de memoria el *Memento homo quia pulvis es et in pulvere reverteris*, el cura, para que al menos leyese esas palabras se las escribió en un papel; pero como ese día el famoso Vilchis se mudó de ropa, lo olvidó en su cuarto en alguna prenda de las que se había quitado, y se fue a acordar de él extemporáneamente, cuando ya andaba en el presbiterio con la salvilla de la ceniza, y al darla decía:

»—Hago intención de poner lo que dejé en los otros calzones.

»Pero cuando predicaba era lo chistoso. Entonces subía a la cúspide de lo divertido. Yo le oí decir una vez:

»—Así como el Señor San José era carpintero y hacía confesonarios, así nosotros

vamos a hablar ahora de la confesión.

»Y luego dijo infinitas sandeces, ensartó sin ton ni son, no sé cuantos adefesios que desternillaban de risa.

»Además de esta vez lo escuché tras más, para mí inolvidables. Predicó un sermón moral el día de Nuestra Señora, y expresó, entre otras locas barbaridades, éstas que hacían suponer, que tenía rematada la razón:

»—¿Qué, pensáis acaso, que cuando San Gabriel vino con su bonita embajada halló a la Virgen Nuestra Señora leyendo el *Don Quijote*; alguna comedia de Calderón o sucios versos de Quevedo? ¿O que se estaba afeitando la cara, se ponía chapas de colorete, se esparcía lunares, o se rizaba la cabeza? ¿O que se hallaba, acaso, en la ventana haciendo señas y chiqueos al novio, o chupando el hediondo cigarrillo? Nada de eso, queridos hermanos míos; nada de eso. Si así lo pensáis, pensáis mal, muy mal, y apresuraros a rectificar inmediatamente vuestro juicio. El ángel encontró a la Santísima Virgen encerrada en su cuarto, hincada de rodillas ante un crucifijo, y rezando con toda devoción el santo rosario.

»Otras de las ocasiones que lo oí disparatar dijo así:

»—Señores, hoy vengo aquí a predicar un sermón con tres asuntos. El primero lo sé yo y ustedes no; el segundo, no lo sé yo y usted sí lo saben, y el tercero ni yo ni ustedes lo sabemos. Lo que yo sé y ustedes no, es que estoy pobrísimo, y, por lo tanto, les suplico que me den una limosna, por amor de Dios, pues no tengo ni para rapé, mis polvos de la Habana que me gustan tanto. Lo que saben ustedes y no yo, es si me la darán o no me la darán. Y lo que yo ni ustedes sabemos es el Misterio de la Santísima Trinidad, que hoy celebramos.

»Acabó el sermón, emprendiendo dislates que excedieron los límites, y luego que bajó la escalerilla del púlpito con un paso muy zangoloteado, dióse una ruidosísima palmada en la frente y exclamó, moviendo la cabeza sudorosa: “¡Ay, qué memoria la mía! ¡Se me olvidaba decir lo más importante, qué caramba!”.

Volvió a subir la dicha escalerilla con toda rapidez como si huyera de un incendio, y ya de nuevo en el púlpito, dijo:

»—Oigan, queridos hermanos míos, había olvidado decirles que no se olviden de la limosna que les pedí, porque si se les olvida dárme la se me olvidará a mí, ¡Dios no lo quiera!, el necesario arte de comer y moriré de hambre, olvidado de todos. ¡Es triste cosa estar sepultado en el hondón del olvido! ¡Y miren, quítense, váyanse de ese lugar los que no dan, para que queden los que dan, porque si los que dan, ven que los que no dan, no dan, no dan!

»Después de esta cáfila de razones conceptuosas se apeó del púlpito casi corriendo, fue a la sacristía y al instante salió de ella en volandas con un plato petitorio en cada mano, se puso a la puerta del templo a esperar la salida de los fieles y advertía al que se le acercaba:

»—En el de este lado eche la limosna destinada a mí, y en el otro la que su piedad le dicte para la Iglesia.

»Creo que la que recogió para sí fue abundante y la aprovechó bien.

»Llegaron a tal grado, tanto estos disparates como los desacatos de este mentado padre, que le prohibieron los superiores que volviera a predicar, pues en sus oraciones decía más herejías que palabras. Por aquel entonces llegó a la Puebla de los Angeles un nuevo obispo, y tarde se le hizo a Vilchis para irlo a visitar, porque era atrevido y sin término: y cuando estuvo con él, se quejó amargamente del injusto agravio que sus prelados le habían hecho. Era por el tiempo de Cuaresma y su Señoría Ilustrísima mandó decir al convento que el primer sermón que hubiera, rogaba que sus paternidades fueran muy servidos de encomendárselo, y por complacer al prelado acataron su indicación y encargáronle a Vilchis el del Viernes de Lázaro, y el señor obispo fue a la tribuna para oírlo. Allí también estaba yo junto con algunos otros señores del alto clero. Su Ilustrísima quería saber por sí propio si los prelados tenían razón o no la tenían para impedir que predicara el padre Vilchis.

»Muy orondo subió el orador al púlpito, expuso el Evangelio y lo explicó de esta manera inverosímil:

»—Hoy nos recuerda, hermanos míos, Nuestra Santa Madre la Iglesia, el milagro estupendo de la resurrección de Lázaro, la cual sucedió de este modo: Una noche estaba en su cama Nuestro Señor Jesucristo muy quitado de la pena y ya llamaba al sueño con sabrosos bostezos, cuando, de repente, ¡tan!, ¡tan!, ¡tan!, tocan la ventana, “¿Quién será, dijo Nuestro Señor, el que a estas horas viene a importunar con tales toquidos?”. Se levantó de mal talante, como era natural; se enchancletó los zapatos, y envolviéndose en una sábana para no resfriarse, se fue a ver quién era el molesto, y viendo que eran Marta y María, les dijo:

»“—¿Pero muchachas, qué andan haciendo solas tan tarde, que les vayan a quitar los rebozos?”.

»“—¿Pues qué hemos de hacer? ¿Con quién hemos de salir?”.

»“—¿Cómo con quién? ¿Pues luego, Lázaro?”.

»“—¡Con Lázaro! ¡Lázaro! ¡Dios lo haiga perdonado!”.

»“—¿Por qué? ¿Por qué dicen eso ustedes?”.

»“—Porque ya entregó el alma a Jesucristo. ¡Pobrecito de nuestro hermano, tan trabajador que era!”.

»“—¿Es posible? Pues ahora me desayuno yo de eso”.

»“—Si tú ya lo sabías, señor, sino que te estás haciendo el socarrón”.

»“—De veras que no lo sabía, muchachas. Ya saben que yo muy malo puedo ser, pero, a lo menos a ustedes nunca les he andado con mentiras y cuentos”.

»“—Si tú hubieras estado allí en casa a esas horas, no se hubiera muerto Lázaro, tenemos la seguridad; pero por andar haciendo milagros allá por donde no te importa, sucedió esta desgracia. Nosotros somos las que la llevamos, ¿pues tú, qué?”.

»“—Óyeme, María, y tú también óyeme, Martita querida, miren que por vida de mi madre que no lo sabía”.

»“—¡Anda, calla ya la boca! ¡Quién te veía tan argente!”.

»“—Por María Santísima que lo ignoraba, muchachas. ¡Pero qué ustedes tan incrédulas, caramba!”.

»“—¡Anda qué! No tuvieras tú la culpa sino las bobas de nosotras que te creyéramos”.

»“—Pues vaya por esta Santa Cruz que no sabía nada de eso. ¿Qué más? ¿O por quién quieren que se los jure? ¿Me había de querer condenar yo por echarles patrañas?”.

»“—Es gana que te canses, Señor, si ya te conocemos”.

»“—Pues por último, que mil diablos carguen con mi alma si yo conocía tal cosa”.

»Entonces dijo el obispo:

»“—Y con la mía carguen mil veces mil, si vuelves a predicar otro sermón”. —Y lo mandó bajar del púlpito sin dejarlo que acabara el disparatado que comenzó. Todos los que estábamos en la tribuna nos descalzábamos de las risotadas, hasta que el enojo de Su Ilustrísima nos las contuvo.

En esto iba el padre Liébana de su conversación regocijada cuando a él y a Félix se les plantó un sujeto greñudo, malcarado, que empuñaba un temeroso garrote de muchas libras, y con voz ronca y envinada dijo, dirigiéndose a don Liborio:

—Venga para acá esa capa, padre mío, y usted sosiéguese, señor flaco, si es que no quiere que al rajarle en dos la cabeza se le salga el alma por la hendidura que le haga. Deme la capa, padrecito, que ya hablé mucho para pedirla, que no acostumbro yo gastar palabras de más en mi negocio.

—Manteo será, hijo.

—¿Hijo de qué? Concluya...

—No pensaba decir hijo de mala madre o de un tal porcual, como tú crees que te lo iba a decir, porque lo eres, sino hijo; nada más que hijo mío. Pues, hijo mío, no hay que confundir manteo con capa. Pero llámale manteo o llámale capa, no te he de dar, ¡que no!, esta prenda fina que a mí me hace falta. ¡Entiéndelo! Si fuera por necesidad tuya, te entregaría no sólo lo que me pides ahora, sino hasta mis bragas, aunque yo me quedara en pernetas. Pero quieres solamente el manteo para irlo a vender por ahí y comprar vicios. Amigo eso no. ¡No! Yo no los tolero, ni los fomento. Vete tu camino adelante, enhorabuena y en paz de Dios. ¿Por hurtar, quieres ir al fuego eterno? El robo es un delito que...

—No siga su merced, padre, el robo no es un delito, es un oficio.

—¡Qué peregrina manera tienes de pensar, criatura del Señor! Óyeme y considera que...

Pero el capeador no dejó al padre Liébana exponer lo que tenía que considerar y le atajó no sólo con ajos y cebollas, sino con toda una hortaliza pestífera. El Canillitas, para satisfacer al hampesco y ponerlo en orden, le soltó unas palabras mayores, y como corolario de ellas se le fue encima, llevando preparado un magnífico puñetazo con el que le iba a cerrar la boca.

Pero sin hacer el mogrollo la adecuada enmendatura que le pedía Félix, le empezó a echar por todos lados del cuerpo una buena rociada de leña, con la que por poco no lo desmenuza. Con un grandioso porrazo final dio en tierra de cara el Canillitas, todo despatarrado. Cuando el padre Liébana quiso defenderlo de aquel apaleo rápido y superlativo ya estaba el desdichado en el suelo vomitando sangre; pero el asaltante le echó a don Liborio una bravata entre una espesa tufarada de aguardiente, e *ipso facto* le plantó en uno de sus rojos mofletes una eminente bofetada que repercutió sonora en toda la asoleada soledad del campo.

—Mira, hijo, el Evangelio manda, y yo acato sus santos preceptos, que cuando se le pegue a uno en una mejilla, hay que poner la otra. Dice San Mateo y te lo diré en latín para mayor claridad: *Ego autem dico vobis, non resistere malo: sed sinquis te percussit in dexteram maxillam tuam, praebe alli alteram*. Y ahora para que lo entiendas te lo digo en castellano: «Mas yo os digo: No resistáis al mal; antes a cualquiera que te hiere en tu mejilla diestra, vuelve también la otra». Así es que para cumplir con ese mandato de humildad, échame nuevo golpe en la de este lado, para quedar parejo.

Y apenas acabó de decir estas palabras alentadoras, le puso el carrillo de manera conveniente para recibir el puñetazo solicitado, y al instante, sin otra súplica, le cayó prepotentemente como coz de mula en la fofa blandura de su cachete que se le quedó retumbando y con su rojo habitual más subido de tono. Con voz honda y cava dijo el padre con cachaza de gordo:

—Hijo mío, muy querido, o hermano en Jesucristo, si así te parece mejor, ya te dije lo que dice el Evangelio. «Si te pegan en una mejilla pon la otra»... Pero, después, te advierto, que no agrega nada la Santa Escritura. Así es que mira, toma...

Y aquel volumen ingente se abalanzó con ímpetu indescriptible sobre el ladrón, reprimiéndole la mitad de una imprecación, y le empezó a dar una gentil tunda. Lo molía añadiéndole golpes espantosos a golpes fenomenales, todos ellos muy retumbantes. Con uno de esos vigorosos bofetones le sacaba el alma casi fuera del cuerpo, y con otro de extraordinaria intensidad, se la volvía a sumir, colocándosela en su lugar primitivo, entre chisporroteos de sangre y espolvoreo de dientes. Con bélico entusiasmo le dio siete arremetidas gloriosas; cada una de ellas fue una aporreada inconmensurable, en la que se atareaba por largo rato, con empeño sobrenatural, hasta que lo dejó fuera de combate, bien acomodado en el suelo, con una especie de ronquido. Con otra más de la misma especie y calidad, lo hubiera volatilizado, tornándolo a la nada impalpable.

Mientras estaba tan afanado en la magna y alegre operación de extraerle el alma y metérsela después en el almario, su pestorejo, y su papada que le rodeaban el cuello como un alto collar de carne roja, estaba en un interminable bamboleo, y la tensa barriga, para igualárseles, se le puso también en una rotación continua.

Se agachó el padre Liébana con suelta agilidad y recogió aquellos dos despojos, como si fuesen leves briznas de paja. Le puso a uno de ellos un brazo en torno de la

cintura y se lo colocó sobre el cuadril en donde quedó todo flojo; al otro también se lo acomodó del mismo modo y en idéntica forma lo sostuvo en la otra cadera bien acojinada de músculos mantecosos. Los dos sanguinolentos pingajos iban a cada uno de los lados del rollizo padre, doblados por la mitad del cuerpo, las cabezas casi pegadas a las piernas flácidas, como sin hueso, de peles desarticulados e inverosímiles. Los cráneos pelambrosos les colgaban oscilantes entre los dos brazos extendidos, cuyas manos sin vida se iban arrastrando por el suelo, al igual que los pies que abrían zanjás, moviéndose inanimados de un lado para otro.

Con esa doble carga fue el padre don Liborio Liébana, pesado y jadeante, hasta el pestífero hospital de San Lázaro, en donde arrojó al ladrón para que si querían, le restauraran las carnes, y al echar allí parte de su carga, manifestó al Cirujano Mayor del Morbo Gálico:

—Si muere, dígamelo pronto para aplicarle la misa y para comprar una bula de difuntos para el bien de su alma.

Con todo el abdomen vacilante cargó después con el Canillitas, verdadero muñeco desengoznado, quien ya llevaba un clamor interminable y suave entre los labios descoloridos, y lo puso en brazos del padre don Bernardo Sandoval, *deux exmachina* del pobre Félix.

Al padre Liébana pocos días después de este sucedido, lo cogió la muerte muy aprisa. Salió ya a boca de noche llamado para la urgente confesión de un su amigo que tenía casa por los aledaños de Azcapotzalco y andaba apartándosele el alma del cuerpo. «El cura, y el que cura, no tiene hora segura». Después de haber cumplido su misión venía tarareando una antífona cuando de repente, ¡zas!, dio un violento tropezón que le hizo dar en el aire una vuelta y media nada airosa y caer redondo en una zanja que daba la infeliz casualidad que por ahí pasaba y por la que apenas si iba agua, pero, en cambio, tenía mucho cascajo. No pudo salir de allí porque su exuberante obesidad no encontraba nada firme donde poder asirse e incorporarse, pues todo el pedregal se removía con su desesperada agitación y hasta hundíase en él, luego salía a flote porque sus manos con ansia de agarrarse de algo seguro, removían los guijarros y éstos metíanse debajo del cuerpo y muchos más le pasaban por encima como si anhelaran soterrarlo; también sus pies en movimiento incesante, se esforzaban en vano en buscar entre aquel guijo movedizo un apoyo fuerte que le permitiera alzarse. El agua lo tenía lamentablemente ensopado; creo que el menguadísimo caudal que por ahí pasaba lo absorbió todo entero la amplísima sotana, y ésta, después de retener bastante, traspasó generosamente mucho líquido a sus otras ropas, y éstas, a su vez, lo introdujeron no sólo en la carne sino hasta en los mismos huesos. El padre Liébana empezó a dar voces en demanda de auxilio y pronto llegaron dos viandantes atraídos por sus largos gritos de angustia. Éstos eran arrieros que venían de un cercano corral de encerrar sus arrias, pero fueron enteramente inútiles las luchas que emprendieron para sacar aquella movediza montaña de carne y entonces tomaron la adecuada determinación de que fuera uno de ellos a buscar a otro

almocrebe, compañero de ambos, para que les ayudase con su fuerza y maña en la difícil e ímproba tarea de extraer al voluminoso y afligido sujeto del zanjón que lo tenía recogido.

—¿Cómo otro? —rezongó con tono de malhumor el padre Liébana—. Una mula pesa más que yo y, sin embargo, uno solo de ustedes basta para desatascarla y ponerla en pie.

—Sí, señor, es muy verdad eso, pero su merced no tiene cola, ni tampoco se le pueden echar esos necesarios carbones, jijos y rejijos que ayudan eficazmente a levantar a cualquier bestia.

Mientras que los dos arrieros fueron y vinieron por el otro forzado jayán y sacaron después de mil arduos trabajos al padre Liébana, el frío le penetraba los huesos, lo hacía tiritar y dar tenazadas con los dientes. Todo su calor se le convirtió en frialdad. Al incorporarse aterido, desalentado y chorreante ¡cuac!, casi se vació por la boca y nariz con una gran hemorragia. Lo condujeron a su casa que con voz entrapajada apenas pudo decir hacia donde caía, pero ya lo llevaba preso y aherrojado la muerte. Una semana después lo ejecutó. Con gran quietud y serenidad hizo su feliz tránsito.

Decimotercio tranco

En el que se van a decir algunas otras aventuras del Canillitas y cómo remató su carrera, yéndose de esta vida a la otra

Quedó el Canillitas por varios días en una cama, hecho una pura alheña, molido por los eminentes garrotazos que le propinó aquel bárbaro y desalmado birlesco, que parecía haber salido del fondo oscuro de la prehistoria. Las manos suaves, llenas de caridad, del padre don Bernardo Sandoval, y las bruscas, colmadas de ciencia, de un perínclito protomédico, con varias medicinas —jarabes, esparadrapos, aceites, fomentaciones y emplastos de tela de araña— le repararon convenientemente las carnes tumefactas que ostentaban aberturas por muchos lados y, además, por varias partes se hallaban muy decoradas con la gama completa de los azules, de los morados y de los amarillos, y aun le pusieron en su sitio primitivo algún hueso que se le salió de quicio por obra y gracia de los insignes leñazos que le cayeron encima.

Al verse Félix en estado tan lamentable se ponía a meditar con tristeza en que si andaba borracho le venían constantes porrazos por donde menos lo pensara, y si en su juicio cabal, alejado con horror y asco del vino, le volvían a caer muy tupidos, con igual intensidad dramática. Así es que a punto fijo no sabía qué hacer, si estar metido en la embriaguez o alejado de su alegre zona para evitarse esas tundas fragorosas, con aproximación a la muerte. A todas horas renovaba llagas o refrescaba pesadumbres viejas.

Dejó la cama en la que estuvo tendido muchos días, sufriendo tanto. Salió de ella con una cojera insegura, pues unos ratos era de esas de popa o proa y otros, de las de babor a estribor, pero a poco se le niveló el paso y se fue a ociar por la calle. Tenía muchas veces ansias de soledad, de hundir su espíritu en un quieto remanso de paz y para satisfacer ese anhelo íntimo, íbase a las plazuelas solitarias, llenas de silencio y amarillas de sol, por las que pasaba la voz pura de alguna campanita que marcaba las horas canónicas, y el viento esparcía fragancias que sacaba de algún jardín escondido entre tapias viejas; o deteniendo los pies, quedábase largos ratos embelesado en la soledad misteriosa y apacible de alguna iglesia cuya quietud sólo interrumpía el vago rumor de unos rezos. En ella rumiaba, plácidamente embebecido, un dulce aleteo de la imaginación. Lentamente iba levantando memorias antiguas, despertaba recuerdos, y también se le renovaban pesadumbres y dolores dormidos.

Por hambrienta necesidad de su espíritu buscaba en los barrios las iglesias más apartadas y pobres, de esas que no disponen de ricos caudales arquitectónicos, sino de una sobria sencillez franciscana, pura y simple, como el alma del santo de Asís, que

sólo tienen en sus fachadas resplandecientes frescuras de cal. En estos lugares recogíase en sí mismo y ponía en su rostro ceño de gravedad. Estaba alegre y casi lloraba por dentro. Se enternecía por sí mismo que es el enternecimiento más verídico. La campana melodiosa, la leve fragancia, la soledad sonora del templo, le removían apacibles ternuras en el alma. Quería en aquel instante partirse del tumulto del mundo para sólo oír las voces hondas de su reino interior. Más se le acrecentaba sus ternuras al sonar el Ave María en todos los campanarios de la ciudad que convertían el cielo en un infinito instrumento de música. Todo el ambiente, por la gracia de las campanas, vibraba sonoro y argentino en la suave hora del crepúsculo, y a Félix le ponía vagas melancolías y añoranzas por algo desconocido. A veces pasaban niñas cantando y la inocencia de sus voces puras se ahondaba en el reposo de la tarde, solitaria, tibia y azul, y sentía que sus ojos se mojaban de lágrimas no más de lástima que se tenía a sí mismo porque no hubo pureza en su niñez, sino el sucio abandono del desheredado con malos instintos.

Recordaba cosas gratas, sueños lejanos. Le retiñía el son persistente y melodioso que oyó en un amanecer, ora que no precisaba, si ese retintín era de un harpa o el gorjeo de una fuente. En su memoria estaba fija, relumbrando, la tierna dulzura de una señora que vio salir una tarde de un caserón de piedra armera. Iba entre un grato rumor de sedas, trajeada lujosamente de negro con leves lucecitas de chaquiras y azabaches en el pecho y envuelta en un manto de encaje, y en la exquisita idealidad de una de sus manos blancas que parecían frágiles de tan delicadas, vio dos rosas, amarilla una, encarnada la otra. La fue siguiendo embelesado, atraído por la visible ternura que efluía de toda ella. Se adelantaba para verle los ojos negros, de un mirar apacible y cordial, y luego quedábase atrás para contemplar su silueta gallarda, destacándose sobre un fondo antiguo de casas y de torres, y sorber con inacabable delicia el perfume sutil que dejaba disperso en aquel aire fino, traspasado de campanas.

A menudo pasábase horas de grato entretenimiento en la Alameda, viendo a los barberos que recogían sanguijuelas de la verdosa zanja que la circundaba, y recibía indecible gusto mirando el incesante ir y venir ya de caballeros muy plateados que cabalgaban corceles magníficos, de cuello esbelto, largas crines y remos delgados, o ya los ostentosos trenes de los nobles y de gente rica, con lujoso servicio de lacayos, sotas y cocheros que regían caballos braceadores y fogosos.

No sólo gozaba viendo estos lujos deslumbrantes de los señores de alto bordo, sino también en contemplar a galanes pobretones, de esos enamoradizos y presuntuosos que vejetaban en la ociosidad y opulencia de México, y que iban al paseo en coche mendigón y envergonzante, creyendo de seguro en su fatua vaciedad, que no estaban embanastados en esa ridícula pobreza, sino en el luciente esplendor de una áurea y liviana carroza vestida de entrapada carmesí. Tampoco faltaban en la Alameda para deleite de los ojos de Félix, algún estudiante y embobado fuereño, jinetes en un cuartago de alquiler, largo y huesudo, pero eso sí, muy ufanos, como si

fuesen caballeros en el mismo Pegaso.

Iba Félix al Paseo de la Orilla a divertirse con el lento trajinar de las canoas cargadas de frescas hortalizas o rebosando flores de las flotantes chinampas que iban poniendo en el aire abundantes fragancias con las que le dejaban al olfato un exquisito deleite; asistía a las entretenidas tertulias de las tercenas y alacenas del Portal de Mercaderes, el ágora de los habladores, o a las que había en las tiendas y cajones del Parián, todas las cuales eran como el *Tlacaxipehualixtli* o despellejadero de los aztecas, o a las que armaban en las reboticas señores prudentes, parsimoniosos, que repetían historias sabrosas, se iban de riendas tras el saborcillo de la murmuración, o comentaban de mil nimias maneras lo que decía la aburrida *Gaceta*, o lo que pronosticaban los *Lunarios*, *Efémeris*, *Pronósticos* y *Astrolabios*, o los muy útiles consejos que daban.

Concurría a locutorios y sacristías a conversar con frailes y clérigos tranquilos, de serena templanza, que lo regalaban ya con un pocilio de chocolate en mancerina, rodeado de fragantes frutas de horno de diversas masas, o con algún refresco con sus respectivos canutillos de suplicaciones para entretenerlo de modo sabroso, o bien le deleitaban exquisitamente el paladar con dulces de convento, ya en almíbar, ya secos, que no eran sino la gloria divina.

Se pasaba las horas entre la bullanga de los patios del Real Palacio, observando la vida bulliciosa de esa ingente y abigarrada mansión, en los que sin cesar bullía una completa humanidad, la aristocracia entonada como la plebe mísera, que metíase alharaquenta en el boliche, en la truhanesca botillería, instalados en uno de ellos; con la desarrapada pobretería entraba y salía Félix para volver a entrar y otra vez salir, en el mosquiento amasijo, en la panadería, en la nevería, en la zapatería y sastrería, llenas siempre de cantos alegres, de gritos y de conversaciones soeces de léperos, y que estaban instaladas, negras de mugre, en la enorme y sucia casa en que habitaba el señor virrey de la Nueva España; iba a las vastas caballerizas a ver ya las mulas, todas gordas y lucias, cuyas ancas tenían un meneo garboso y femenino, ya los numerosos caballos de tiro, de carrera, de rúa, y los ágiles y piafantes, adiestrados para juegos de lanzas, pandorgas, sortijas y bohordos; contemplaban en las cocheras cada uno de los esplendorosos carruajes del servicio de Su Excelencia: las leves estufas aforradas de terciopelos o damascos, con guarnición de plata y colgaduras de brocados; la carroza de gala, toda cristales, con tallas y molduras sobre el flamante bermejón de los tableros laqueados, y su interior recubierto de sedas claras o de blandas catalufas o gorgoranes, deliciosos a la voluptuosidad del tacto; se extasiaba frente a las cómodas literas y sillas de manos, unas pintadas con suave coloración, otras chapadas de carey con afiligranadas decoraciones de plata. Pensaba con deleite en la muelle comodidad de ser conducido en ellas por lacayos fornidos. Admiraba las relucientes calesas suspendidas en sopandas, los birlochos, los bombés, los carzahanes, y los pesados furlones que contrastaban con las livianas volantas, quitrines y primavera; y hasta oía misa con fruición, con devota quietud, en la

capilla baja en la que se veía a diario la pomposa ostentación de la corte virreinal con la crecida servidumbre palatina, pajes, lacayos, el importante jefe del guardamangier y el de la sausería y sus ayudantes, guardadamas, sumiller de penatería, cocheros, sotas, mozos de estribo y de comedor, botilleros, maestresalas, mayordomos, palafreneros, azafatas, dueñas, mozas de cámara y retrete, cocineros, y entre éstos se destacaba el mayor y el de servilleta, galopines, pinches, humildes fregatrices y la vistosa tropa de alabarderos llena de rojos y de dorados refulgentes. También, más de una vez, escuchó maravillado las comedias que subían con pulidos y exquisitos decires al escenario del lindo Coliseo que allí estaba instalado con «sus anexos foros, mutaciones y tramoyas».

Félix le había torcido el cuello al vicio de la bebida. Añadía anatemas y execraciones contra sí mismo por haber gustado de la embriaguez con loca inmoderación. La aborrecía entrañablemente. No se acordaba del vino sino con asco. Ya no lo podía tragar, ni le entraba de los dientes adentro, y aun su nombre lo escupía y abominaba. Para Félix el agua era cosa grata, la tenía por suave al gusto con un azucarillo o un esponjoso panal de rosa o de limón. El agua se le empapó y se le embebió en las entrañas deliciosamente. Agua no enferma, ni embeoda, ni adeuda.

Así persistió en su meritoria obstinación días y más días, acaso semanas. Permanecía constante, sin desistir de su firmeza. Sentía una repugnancia interior por su conducta pasada. A velas tendidas huía del vicio y se acercaba a una vida de santo, tranquila y contemplativa. Pero al fin y al cabo le llegó la «anemia de la voluntad»; todos sus buenos propósitos quedaron sólo en el arranque; se los quebrantó el diablo con la fina astucia de sus mañas, y él se los dejó quebrantar muy resignado, porque, al fin lo confesó, se aburría estrepitosamente con esa tal abstinencia, más que si tuviera un incordio; y así fue que, cuando menos lo acordó, había pescado una embriaguez tan grande como hoy y mañana. Baco triunfó de las aguas. Ya estaba otra vez Félix hechizado y uncido al vino; no supo por qué sí, ni por qué no, y ni siquiera a qué horas se le fue la voluntad.

Tenía irresistibles ganas de beber, más fuertes que todas las consideraciones. Ascuá jamás extinguida en quien por abrirla sufrió largas penas y burlas. Hacía muchos años que se había impuesto la misión de beber que él tenía por útil y patriótica, y había que reconocer sinceramente que la desempeñaba con un celo, puntualidad y constancia dignos de los mayores encomios.

Seis horas estuvo en apresuradas degluciones báquicas, reponiendo, atareadamente, el tiempo que lo apartó del vino una vana promesa. Bebió en esas horas lo que dejó de beber en las semanas de indebida abstinencia. En una alborotada juerga de hampones, dio denodados ataques a las botellas más bien colmadas, con lo que quedó anegado de vino, ajeno al tiempo y al espacio. Salió a la calle con una inestabilidad de gallina en tendedero. Hablaba con tartamudez angustiosa; parece que con hilos traía amarrada la lengua a los dientes, o envuelta en trapos, y que éstos se le desenredaban interminablemente, le llenaban la boca, y colgándole por la garganta

abajo, lo atragantaban. La gente con la que se encontraba comentaba su ebriedad.

—Oye, tú, si es el Canillitas. ¿Cómo, no has muerto todavía, Canillitas?

Félix ensayaba una tímida sonrisa de disculpa por no haberse muerto, y seguía su camino con un fatídico cae que no cae.

—¿Qué haces, ahora, tú?

—Señor, lo de siempre, lo que las viudas, puras pendejadas.

—¿Qué pasa contigo, Canillitas, ¿no decías que ya no te ibas a emborrachar? ¿Pues qué, pues?

—La traes de encargo, Canillitas —decía otro.

—Asegurabas hace poco que le tenías un santo horror al vino, y mira cómo andas, ingrato —le comentaban.

—No señores, no claudico. Yo no claudico nunca jamás. ¿O he claudicado alguna vez? Anden, díganlo; los autorizo para que me lo echen en cara y en ella me lo refrieguen. Lo dicho, dicho queda, y se acabó. Pero sepan que hacía seis o siete largas semanas con sus noches más largas aún, que yo no probaba el vino, y ahora... pues, me ando premiando. ¿Me he explicado bien por acaso? Además, al haberme empezado a premiar de modo considerable, como puede verse por la ilustración adjunta, tuve una pena, perdí a...

—¿A quién perdiste, Canillitas? ¿A alguien de tu familia? ¿Que tienes tú familia? ¿Murió o le pasó algo grave al padre Sandoval, que tanto te ha amparado?

—No, no, al padre nada malo le ha acontecido, sino que perdí a un gran acreedor, a don Salustio.

—¿Pero murió el bribón de don Salustio Godines?

—En malos infiernos arda el bellaco.

—No he dicho que haya muerto don Salustio, no, entiéndase, sino que como le pagué lo que la adeudaba, lo he perdido yo; ya no es mi acreedor. Y con esa pena clavada en el fondo del alma, no supe lo que hice, debí, *sine fine*, para consolarme, pues la religión católica aconseja que no se debe persistir en el dolor; pero es triste para uno perder para siempre algo. Y ya no recuperaré más a ese acreedor porque ahora ¡cuándo me va a querer prestar nada!

—¿Pero esto va a durar mucho?

—¡Soy inconsolable!

—Has dicho, Canillitas, la pura verdad, el Evangelio que leen en la misa. Te empezaste a galardonear al poco tiempo de que diste los primeros pasos, por la absoluta abstención vinícola durante los siete meses que estuviste en el vientre de tu madre, y con el afán de beber cuanto antes te echaste fuera de él, con dos meses de anticipación, y lo hiciste de manera tan precipitada que casi mataste a la infeliz con esa ansia tuya de salir.

—No, ella fue la que me echó para ver si otro ocupaba mi lugar, porque estuvo la pobrecita, como dice el evangélico y fregón de mi compañero Francisco Orozco Muñoz, «a la concha de Venus amarrada», o si tú quieres y te parece mejor, como lo

expresa el bachiller don Luis Sánchez Navarro, «rendida al niño que sabéis ciego y desnudo», para expresar así sus tiernas aficiones amorosas y putescas de una manera poética y discreta, con el fin de no ofender su memoria que yo tanto venero.

—¡Bien se conoce que la veneras mucho, con devoción verdaderamente filial!

—Reconocer lo cierto no es ofensa. Bueno a otra cosa. Como deseo cuanto antes llegar a casa porque si no llego temprano se me enfurece el buen padre Sandoval que ahora me acoge, ¿quieres decirme qué horas son?

—Las once acaba de cantar el sereno.

—¡Las once! Pero dime, ¿de qué día? ¿De hoy o de mañana?

Como el Canillitas había bebido mucho vino y todavía más pulque, que casi es peor, llevaba bien repleta de líquido la parte respectiva, que hasta le dilataba la cavidad abdominal, y no podía ya con la carga. Quería cuanto antes echarla fuera de sí; con esta urgencia caminaba por la calle de la Encarnación en la que iba cimbreado, cuando le oprimió más la expulsión de aquella considerable cantidad de líquido para quedar desaguado y aliviar su ansia. En esto se topó de repente con un árbol que sombreaba la puerta del convento, se abrazó a su tronco y empezó, sin soltarlo, a dar vueltas y vueltas en torno de él: «¡Aymé la vida mía! —exclamó acongojado—: ¿Ahora qué hago yo? ¡Ya me cerraron la puerta! ¡Ábramela, no sean ingratos! No me dejen aquí!». Por fin dio un oportuno traspie y fue a parar en un gran bamboleo, cae que no cae, a la acera de enfrente de este monasterio de monjas en la que estaba una labrada pileta para surtir de agua al vecindario de esos contornos. Junto a ella se puso el bergante muy a gusto a despachar su obstinada necesidad, la cual fue larga y copiosa por todo lo mucho que tragó y que de modo excesivo le llenaba el depósito; lo tenía hasta los meros bordes, haciendo oleadas. Acabó de vaciarlo, pero como no dejaba de oír el ruido constante del chorrillo de la fuente, pensó que era él quien seguía expeliendo, y como no llevaba trazas de acabar nunca, se acostó y dijo con tono humilde y resignado:

—Ay, Señor, si es tu santa voluntad que yo muera meando, que se haga pues; y aquí espero. Más vale mearse de gusto, que mearse de susto.

Dio vuelta el embriago entre la tierra del arroyo y quedóse dormido, profundamente dormido, luego comenzó a dar grandes ronquidos. Cada uno de ellos duraba buen espacio. La fuente seguía gorgoriteando interminable. Era como una risa sin fin. Cuando al otro día Félix despidió de los ojos el sueño, ya con el sol alto, y tornaron sus sentidos y potencias a sus operaciones normales, no supo ni por qué estaba tirado en el suelo; acaso sospechó vagamente que la bebida allí lo había puesto, echándole zancadilla, y no por la broma que le jugó la fuente con su continuo y sonoro correr.

Como se había dado al vino con un gran calor de humano entusiasmo y no le llegó al estómago la substancia de otro aliento, encontróse transido de hambre. Su vientre vacío llamaba a voces. Comiera suelas de zapatos, y estaba ya casi decidido a morder las piedras para ver qué provecho les extraía. Rabiaba de necesidad sin tener

siquiera un hueso que roer. Esta hambre furiosa se la traía agravada de modo terrible un dolor de muelas que por dondequiera lo hacía ver luces y oír ruidos tenaces. Daba gritos y quejábase largamente y hasta se desgarraba desesperado la camisa, dejándosela en jirones, y aun se tironeaba la pelambre del pecho para ver si un dolor le cubría el otro dolor. En vez de hablar aullaba por la fuerza de la dolencia que le extendía su intensidad por toda la cara. Andaba sin sosiego la infeliz criatura, sin tener ni un solo momento de reposo, y ni su estómago ni su muela pasaban un consuelo.

En esto llegó a un mesón, padeciendo mil muertes sin linaje de alivio, con el hambre complicada con el rabioso dolor. Con entrambas cosas encima estaba metido en un infierno de penas. Al cielo, debiéndole gracias, le daba quejas. No se le apartaba un largo y ondulante clamor de la boca, una parte se la sacaba el hambre y la otra, igual, la maldita muela. De pronto se le amenguó un tanto cuanto el doble sufrimiento, al ver un magnífico real de plata tirado en el suelo. Con los reflejos que le ponía el sol le estaba indicando su hermosa presencia, y parece que lo llamaba con cariño.

¿Pero qué haría con él? ¿Comer o sacarse la muela? Si se la sacaba, ¿qué comía?, y si comía, el dolor le iba a continuar clavándole sus mil agudos agujijones, no sólo en la boca, sino en toda la cabeza, por donde se le desparramaba furibundo. Pero echó a volar su pensamiento, y su ingenio le resolvió pronto el peliagudo problema, pues Félix era un colmado saco de malicias.

En una derrengada mesilla embaulábase no sé qué comistrajos un individuo de empaque recio y sanguíneo, pelo erizo y facciones como forjadas con torpeza. Su fealdad era inolvidable. Tenía ojos grandes y terroríficos, que solamente miraban absortos como resultado de su obstrucción mental. Además de estas excelencias se completaba su figura con el adorno de un genio aspérrimo, de todos los diablos, que siempre lo traía exasperado, malcontento de todo, con un berrinche inaplacable hirviéndole en el pecho. Parecía que lo habían destetado con vinagre. A la simple vista descubríase que era un iletrado de estricta observancia. Viéndolo en aquella grata ocupación de alimentarse, quiso Félix reventar de envidia. De pronto la naturaleza crispada de ese venerable cafre empezó a manifestarse en gesticulaciones y denuestos, con los ojos fijos en el hondo plato de loza poblana.

—¡Hay aquí cinco moscas! ¡Toda una familia!

—¿Y qué con que las haya? —le contestó el pachorrudo posadero—. ¿Qué cantidad pueden haber comido entre los cinco animalitos? Si quiere le repongo ahora mismo lo que le sustrajeron.

Convencido de que fue insignificante lo que chuparon, a pesar de que de lo muy llenas que estaban ya no pudieron mover y cayeron dentro del espeso líquido y se ahogaron, siguió sorbiendo con pausa y largo ruido su sopa, y luego, con ruidoso chocleo de cerdo, se puso a engullir a dos carrillos un trusco de carne sancochada. Y conforme se metía un trozo en la boca, también el hambriento Canillitas abría la suya

amplísima, a todo lo más que daba de sí, haciendo como que masticaba afanoso una cosa recia, y luego también hacía como que se la tragaba con gran esfuerzo, y atragantándose con el bocado imaginario se le plegaba la piel del rostro en múltiples arrugas.

Al barbaján ése se le volvió a levantar el enojo al ver a Félix plantado delante de él, haciendo con aquellas gesticulaciones una vana comida de aire.

—Si comes, anda a hacerlo muy lejos de mi presencia; si me remedas yo te ruego que vayas a hacerlo de tu señora madre a la que podrás imitar mejor que a mí, de tanto como la has visto.

—No, mi señor, no como nada, absolutamente nada. ¡Ojalá y fuese siquiera algo! Sino que mis pobres quijadas sin el útil trabajo de la masticación desde hace mucho tiempo, se mueven ahora a compás de las de usted, por pura simpatía, imitándolas en sus graciosos movimientos. Mi vientre está en tal necesidad, que para acallararlo soy capaz de comerme ahora mismo todo lo que hay en la cocina, y si me apura usted un poco, hasta a la misma cocinera, con galopina y todo.

—Si te comes lo que hay allí, por supuesto sin la cocinera y su ayudanta, yo pago el gasto, aunque suba a lo más alto, porque ahora tengo más dinero que imaginación. Pero ha de ser todo; entiéndelo bien, todo, y si no, no.

—Todo me lo trago. ¡No digo! Y más aún sin la cocinera. Ésa la destinaré para otra cosa y para lo mismo reservaré más tarde a la galopina. Voy a comer, ya lo verá, no como un simple hombre, sino como un gigante glotón.

—Pero si no te acabas lo que haya allí, ¿qué te hago?

—Lo que le venga en antojo, sea lo que sea; por ejemplo, me saca una muela, estoy dispuesto. ¿Acepta?

Aceptó el inicuo mogrollo ese trato al parecer horrible, y el ayuno Félix embistió luego con gran decisión con platos diversos y vinos diferentes. Engulló como un toro, hasta más no poder. Se embutió demasiado, con lo que sacó al estómago de su medida. Ya no podía tragar cosa alguna; para pasar un bocado sudaba grandes gotas, frías y pesadas. Llegó un instante en que con uno más que hubiese pasado vomitara hasta el corazón. No le era dable moverse de la hartura. Por fin dejó caer desfallecidos los brazos a lo largo del cuerpo, luego los fue levantando lentamente con solemnidad, haciendo con entrambas manos una elocuente mímica de ese dolor medido y correcto que es propio de las tragedias clásicas, dijo con voz angustiada:

—No hay más remedio, señor; no puedo proseguir en esta deleitable tarea, pues estoy que reboso, muy relleno, próximo ya al estallido y si sobreviene, será imponente, espantosísimo. Yo pensé que aunque envasase dos ollas de sopa, me quedaría lugar para más, pero me ha vencido lo que metí en la barriga. No estaba yo en condiciones, ¡qué lástima!, de soportar este piscolabis, porque fue una nadería, lo confieso, y, por lo tanto, me avergüenzo de haberme rendido. Los años los pícaros años, ¡qué le vamos a hacer! Ahora me voy a ir paso a pasito para que no se derrame lo que he comido. Vuelvo a decir ¡qué lástima!

Como ese malapersonado sujeto era un gañán, apenas un poquitín sobre el nivel de la bestia, volcándole una mirada despectiva al Canillitas le dijo:

—¡No faltaba más que te fueras! ¡Yo no entiendo esas fútiles razones y hay que cumplir lo convenido!

—Sí señor, hay que cumplirlo, yo no digo lo contrario, ni violo lo pactado. Soy fiel cumplidor de mi palabra, que es ley. Llevo a fin lo que prometí, y va usted a verlo.

El exigente hotentote mandó llamar a un barbero y ya con él allí interrogó a Félix que cuál muela elegía para que se la sacase el maese, y el pícaro señaló con dedo tembloroso la que tanto lo atormentaba, poniéndole un dolor disperso por toda la cabeza. El maestro rapista le colocó estratégicamente las espaldas contra el muro, lo hizo que se inclinara un poco para poder plantarle con firmeza una rodilla en el esternón y tener así apoyo firme y seguro; después le afianzó bien con sus sólidas tenazas de hierro la muela dañada y eso fue zarandearlo con fuerza inconcebible de un lado para otro con el noble fin de que se le aflojara. De repente lo tumbó y lo anduvo arrastrando un buen trecho; luego lo puso de pie y lo fue otra vez a colocar contra la pared con un oportuno rodillazo que le plantó en el estómago y se puso a forcejear con él un rato largo, pero ni cuando estuvo derribado, ni cuando lo alzó, ni cuando lo traía a rastras por el suelo, soltó aquel bárbaro las tenazas de la muela.

Con esta delicadísima operación se le iba rápida ya hacia el hombro derecho, ya hacia el izquierdo, su negra pelambre de espesuras vírgenes, o le caía muy desparpajada hacia la nuca, o bien desparramábasele toda revuelta en la cara angustiadísima. Por fin, mediante diez jalones estupendos le extrajo de raíz la obstinada muela, con ella le salió todo un río caudalósimo de sangre, la mitad de la que le andaba por las venas, y para que no se vaciara, lo hizo hacer el maese varios buches con no sé qué agua astringente, en seguida le arrojó en la boca unas ciertas pelotillas de un yerbajo amargo como cuasia y acíbar unidos, que le estancó la hemorragia. Pero al extirparle la muela, se fueron acompañándola con toda fidelidad, unos cuantos jirones de encía que, acaso, se sacrificaron espontáneamente al seguirla a cambio de que no se llevase el hierro un trozo de lengua, un pedazo de campanilla, o de paladar.

Gracias a esa traza satisfizo el ingenioso picaño sus dos urgentes necesidades, y se quedó, además, con el resplandeciente real, el cual utilizó bien, como era muy natural, en unas copas de chinguirito, y en otras más colmadas de yagardiza con piquete, que era alumbre, chile piquín y agua en la que se hirvió no sé qué terrible hierba maldita, para con ellas celebrar de manera muy conveniente, el fin de su hambre por aquel día, y la extinción de su rabioso dolor de muelas.

Después de esta adecuada celebración con esas bebidas hediondas y violentas, se fue por ahí a seguirse galardoneando con toda amplitud y generosidad, por su resistente e inmovible aguante de varias semanas varado en la abstinencia, con enorme terror a los alcoholes, y a poco estaba anegado de vino. Iba allá por Santiago

Tlaltelolco con un buen jarro en la mano, dúdase si de chumiate o de aguardiente, pero que no era de agua no se duda, y se encontró, por desgracia suya, a un su amigo, de los de su misma fraternidad, un tal Pascasio, hombre rústico, de modales no desbastados, de alcances escasos, de lengua oscura y entrapajada a quien apodaban el Mascorrufio y también como Félix, era fanático de la borrachera, pero, además, muy hábil y primoroso en trabajos de birla y escamoteo.

Como el vino hubiese influido bondadosamente en el ánimo del Canillitas se fue con el tal Mascorrufio a guitonear por esas plazuelas y callejas sórdidas. El Mascorrufio éste, era un animalote de grande alzada, involucrado en un traje pardo con recamados de lodo ya seco. Con él se puso a discutir con muchos y contundentes argumentos, que reforzaban inalcanzables abstracciones teológicas, si en aquel instante era de día o era ya noche cerrada. No había Doctor Sutil que les aventajara en quintaesencias y refinamientos dialécticos. Cada quien pensaba distinto y exponía buenas razones para demostrar su creencia, admirándose mucho de que el otro no la entendiera. Sus distingos, sus negos, sus sorites, sus entimemas y sus silogismos los amenizaban con sonoras palabrotas, de muy respetable calibre, pero no llegaban a emparejar sus pareceres. En un altercado a veces displicente, a veces brioso, se insultaron de lo lindo y también de lo feo, poniéndose mutuamente con sus paulinas como mantel de fonda.

En una de tantas dijo Félix:

—Hablando con el debido respeto, miente, remiente, tresmiente y taramiente, el necio.

Al oír esto el Mascorrufio que estaba siempre en reto de controversia, y persuadido de que solamente él tenía en todo la razón, fue saltando de apotegma en aforismo, y para imponerle al taimado Canillitas sus ideas, le sorrajó en el centro de gravedad al modo de un rotundo y escolástico *nego mayorem*, un denodado puntapié, desarrollado con vigor muscular inverosímil, y el espiritual Félix, modificó en el acto sus opiniones, como no podía ser de otro modo, con esta razón abrumadora y fragorosa; pero también, en el acto, perdió por entero su ya dudosa perpendicularidad y el Mascorrufio que estaba hecho un fuego y le centellaban los ojos, para acelerar la inminente caída, le dio un trascuernazo con el que el Canillitas después de que lanzó una interjección clamorosa, fue a dar derecho a un atolladero y quedóse bien agarrado a lo pegajoso del barrizal en mitad de un suspiro, con medio dentro y el otro pedazo afuera de los labios.

Al querer recoger esa importante e imponderable fracción, se le sumió definitivamente el resuello y ya no le salió más; quiero decir que se tuvo que ahogar al sorber aquel cieno espeso en el que estaba confitado y que lo atragantó y que le hubiera extinguido la vida no digo a él sino a uno de potencias más firmes. Allí fue a perder Félix su último calor. Reposó de sus trabajos y descansó de sus fatigas. Aseguróse la holganza eterna. No hubo un clérigo que le pusiera en pies y manos los sagrados aceites, pero ni siquiera quién le dijera una oración por el bien de su alma,

pobre alma desquiciada. ¿Quién se la había de rezar?

Pasaron días y más días; y cuando el lodo, por el peso del sol de mayo estaba bien seco, endurecido, encontraron allí soterrado al Canillitas que ya se estaba desleyendo en la tierra. Después de mil arduos trabajos, se logró al fin desenterrarlo como si extrajeran una reliquia arqueológica de la más venerable antigüedad pero ya muchas gallinas y guajolotes vagabundos, le habían registrado el cuerpo con sus picos voraces; también los glotones cerdos y los perros del barrio, se decidieron a la útil tarea de hacerle la autopsia. Ya habían principiado a practicársela concienzudamente, cuando los fueron a interrumpir en su difícil labor que ya tenían muy avanzada. Extrajeron un cochambroso montón de harapos, huesos, canas, todo ello con sangre. Tenía el Canillitas en lo que le quedaba de carne, el verde amoratado de las ya muertas que pintaba Mantegna, el pintor de las violentas luces y sombras.

Lo que quedó de Félix Vargas sobre el haz de la Tierra lo recogió Petronilo el Chinchorrero en un viejo cajón de empaque y lo fue a echar en un pozo —díganle piadosamente sepultura a ese hoyo— que abrió detrás del convento de los santos Cosme y Damián para que dizque estuviera en sagrado. El dicho Petronilo el Chinchorrero su fiel acompañador en jaranas, le escribió con carbón el epitafio en un pedazo de cantera sin labrar que puso sobre el montón de tierra, que cosa de tres palmos se elevaba sobre el sepulcro: «Aquí descansa Félix Vargas, quien siempre descansó», y echó por debajo de las letras una cruz tosca y torcida para indicar con ella que el difunto que yacía en aquel lugar fue cristiano viejo y murió bajo esa fe.

Ésta fue la vida y la muerte —*res et gesta*— de Félix Vargas, más conocido por el Canillitas, pícaro insigne, borracho esclarecido, ilustre profesor de gramática parda, hombre disparatado, que sabía más que Lepe, Lepijo y su hijo.

AQUÍ DA FIN LA HISTORIA
DEL
CANILLITAS



O. S. C. S. M. E. C. A. R.